LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR



Una

PAREJA PARA EL CEO

UNA PAREJA PARA EL CEO

LOS HERMANOS WHITLEY LIBRO 1

LAYLA HAGEN

Una pareja para el CEO
Copyright ©2025 Layla Hagen
Portada: Uplifting Designs
Fotografía: Wander Aguiar
Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Epílogo

Sin título

CAPÍTULO UNO

JAKE

—JAKE, ¿cómo que estás en Boston?

Había llamado a mi mano derecha, Ben, para avisarle de que no estaba en Nueva York. Sonaba estresado y, por supuesto, yo sabía perfectamente cuál era la razón.

—Mis abuelos me pidieron que viniera a verlos —expliqué.

—Pero tenemos la presentación con el equipo de Tokio esta tarde.

—Lo sé, Ben. Y volveré a tiempo. —Tenía un avión privado que me permitía moverme rápidamente a donde quisiera, así que podría estar de regreso en Nueva York antes de la reunión.

Acababa de entrar en la floristería del barrio y me dirigía al mostrador cuando la dependienta me saludó.

—Un ramo de lirios, por favor.

—¿Estás comprando *flores*? —Casi podía imaginar la sorpresa en la cara de Ben.

—Claro, para mi abuela. —Nunca me presentaría en casa de Jeannie Whitley sin flores.

—Creo que, de alguna manera, he terminado en un universo alternativo —dijo Ben—. Nunca tienes tiempo para nada, y ahora has cancelado tus reuniones de esta tarde para viajar a Boston, volver en el mismo día y, encima, parar a comprar flores.

—Mis abuelos saben que estoy ocupado. No me habrían pedido que viniera si no fuera por algo serio.

Ben tenía razón. Nunca tenía tiempo para nada, excepto para mis clientes. En mi vida, hacer ejercicio era esencial porque me servía para desahogarme. Y las citas también eran importantes, aunque en ese momento las tenía en pausa. Además, siempre hago un hueco para mis abuelos y mis hermanos. Te llamaré más tarde, cuando esté de regreso. En cuanto termines de preparar la presentación, envíamela y la revisaré de camino al aeropuerto. Todo irá bien, confía en mí.

—Vale.

Aunque no era habitual en mí, no estaba para nada preocupado. Podría ver a mis abuelos y ponerme al día con mis hermanos, y luego regresar a la ciudad a tiempo para hablar con nuestro potencial cliente en Tokio.

Una vez que la dependienta me entregó el ramo de flores, volví al coche y conduje hasta la casa de mis abuelos en Dorchester, un tranquilo barrio familiar.

Estar de vuelta en Boston no me producía ninguna sensación de alegría. De algún modo, todo me recordaba a mi padre. Ahora mi vida estaba en Nueva York, y me gustaba que fuera así. Aparqué mi coche (bueno, en realidad era el de mi hermano Colton, quien lo había dejado en el aeropuerto para que yo lo usara) frente a la casa de mis abuelos y me dirigí a la puerta con paso apresurado.

Al pensarlo mejor, llegué a la conclusión de que aquella casa me traía buenos recuerdos. Era como una cápsula del tiempo. La vivienda de estilo colonial era exactamente como la recordaba en mi infancia: pintada de verde, con un porche envolvente y barandillas y alféizares blancos. El tejado era de color gris. Alrededor de la propiedad, los arbustos de hoja perenne la mantenían bien oculta desde el exterior.

En lugar de tocar el timbre, llamé a la puerta. Unos instantes después, se abrió. Mi abuela me recibió con una enorme sonrisa y los brazos abiertos de par en par.

—¡Querido! Me has traído flores.

—¿Cómo estás, abuela? —pregunte, besándole la mejilla mientras le entregaba el ramo.

Jeannie Whitley tenía ochenta y nueve años, pero seguía tan fuerte y lúcida como siempre. Lucía más delgada de lo que yo recordaba, y el año anterior había dejado de teñirse el pelo, lo que significaba que finalmente estaba dispuesta a aceptar su edad. Unos segundos después, mi abuelo apareció en el pasillo.

—¡Qué alegría verte, nieto! —Me estrechó la mano y, cuando entré y le di un cálido abrazo, me dio una palmada en el hombro. El abuelo siempre había tenido maneras muy formales, pero eso nunca

nos había impedido demostrar nuestro afecto—. Estamos muy agradecidos de que hayas podido venir con tan poca antelación.

—Parecía importante.

—Venga, vamos al comedor —dijo la abuela—. No he tenido tiempo de preparar nada especial. —Normalmente, le gustaba cocinar mis comidas favoritas cada vez que la visitaba.

Mientras el abuelo y yo nos sentábamos a la enorme mesa del comedor, ella sacó un florero del aparador y se dirigió a la cocina.

—¿Qué quieres beber? —preguntó mi abuelo—. ¿*Bourbon*? ¿O es demasiado temprano para eso?

—Siempre es buen momento para un *bourbon* —respondí—, pero hoy necesito tener la mente despejada. —Cogí la jarra de agua y uno de los tres vasos que había en el centro de la mesa.

Mi abuela regresó y colocó de nuevo el florero con las flores sobre el aparador.

Ambos intercambiaron una mirada y sentí cómo se me cerraba la garganta. Algo iba mal.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Por qué me habéis pedido que venga? ¿Alguno de vosotros está enfermo?

—No, no, nada de eso. —Mi abuela se sentó frente a mí en la enorme mesa de caoba, mientras mi abuelo se servía un *bourbon* y se unía a nosotros.

Aquella mesa siempre me había parecido increíblemente grande. La habían comprado muchísimos años antes, convencidos de que querían que sus ocho nietos tuvieran un sitio en la mesa. Sin embargo, para mí, yo solo tenía cuatro hermanos.

Mis hermanos menores habían aceptado a la *otra* familia de nuestro padre, sin importarles el dolor que le había causado a mi madre. Colton y yo, los mayores, éramos los bichos raros en ese sentido. Fuimos testigos directos del daño que el divorcio le causó a nuestra madre, y no estábamos dispuestos a perdonar tan fácilmente.

—¿Sabes? —empezó la abuela—, *Whitley Industries* tiene muchas subsidiarias.

—Lo sé —respondí, procurando no parecer escueto. *Whitley Industries* tenía subsidiarias por todo Boston. La compañía se

dedicaba a la biotecnología, la publicidad, la publicación de revistas, el café y la destilería artesanal, entre muchas otras cosas. Mis hermanos dirigían cuatro de las empresas Whitley, y mis medios hermanos eran propietarios de otras tres del grupo.

—No sé si tus hermanos te lo han dicho, pero la empresa de publicidad no va nada bien —comentó el abuelo.

—La verdad es que nunca hablamos sobre *Whitley Industries*, abuelo. Sinceramente, no tengo tiempo para eso. —Había construido mi propia empresa desde cero. Tenía una consultoría de gestión. Me dedicaba a reestructurar empresas, darles un giro completo y, además, me ganaba muy bien la vida con ello. Y, de todos modos, nadie en la familia dirigía *Whitley Advertising*.

—Eso es lo que pensamos. Porque se está yendo a pique —dijo la abuela.

—Ha sido un pozo sin fondo durante años —coincidí. Trece años antes, cuando la familia aún no sabía que mi padre llevaba una doble vida, todo el mundo lo aclamaba como a un genio. Parecía tenerlo todo controlado. Desde que tomó las riendas de *Whitley Industries* tras la jubilación de su abuelo, la había llevado a un nivel sin precedentes. Todos en la zona elogiaban a Ryan Whitley por su habilidad para manejar empresas polifacéticas. A simple vista, parecía irle muy bien. Sin embargo, cuando dejó la ciudad, varias de las compañías que había fundado bajo el paraguas de *Whitley Industries* entraron en crisis, obligando al abuelo a volver al trabajo.

Mi hermano mayor, Colton, se hizo cargo de la rama biotecnológica. Su función era tanto la de director general como la de científico. Spencer dirigía la editorial, Cade estaba a cargo de la empresa de producción de café y Gabe de la destilería artesanal. Yo, por otro lado, seguí mi propio camino. A los veinte años, descubrí la infidelidad de nuestro padre, y desde entonces, no quise tener nada que ver con *Whitley Industries*.

Fue un momento durísimo para todos nosotros: mis hermanos, nuestra madre y nuestros abuelos. Se habían quedado impactados por la traición de su hijo. Incluso después de todo el tiempo que había pasado, rara vez hablábamos de él.

—Oye, nieto, no vamos a andarnos con rodeos. Queremos pedirte que nos ayudes a darle la vuelta a la situación. —El abuelo fue directo como de costumbre, algo que yo apreciaba.

Me enderecé en la silla.

—De acuerdo. Déjame que lo consulte con mi equipo y nos encargaremos de ello lo antes posible. —No tenía sentido discutir con mis abuelos; sabía que, si me lo pedían, era porque no veían otra salida. Aunque no me entusiasmaba la idea de sumar otra responsabilidad a mi ya abrumadora lista de tareas, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mi familia.

El abuelo negó con la cabeza.

—No, no como un proyecto. Tampoco como un cliente. Se necesita algo más que eso.

—Mi equipo es excelente, abuelo —aseguré.

Dio otro trago de *bourbon* y apoyó el vaso en la mesa.

—Queremos que te instales en Boston durante un tiempo y que tomes las riendas de la empresa hasta que consigas recuperarla.

Tardé unos segundos en entender lo que me estaban diciendo. No me gustaba nada dónde iba aquello.

—¿Acaso no tenéis un CEO?

—Ya no —respondió la abuela, visiblemente disgustada—. Renunció hace meses, y desde entonces tu abuelo no ha hecho más que apagar incendios.

No me lo podía creer. Mi abuelo tenía ochenta y ocho años. Hacía ocho años que se había jubilado por segunda vez. Apagar incendios no era precisamente el retiro tranquilo que su médico le había recomendado después de su infarto.

Alterné la mirada entre los dos.

—¿Por qué me entero de esto ahora?

—Sabemos que no te entusiasma hablar de la empresa, y no queríamos pedirte nada a menos que fuera absolutamente necesario. Ahora lo es —explicó el abuelo.

Escogí mis siguientes palabras con mucho cuidado, porque las personas que tenía enfrente significaban todo para mí. Cuando se descubrió la infidelidad de mi padre, él se marchó de la ciudad y mi madre enfermó. Nuestros abuelos hicieron todo lo posible por

mantener unida a la familia, por evitar que nos hundiéramos. No había sido nada fácil.

—Tengo que dirigir mi propia empresa y me resultaría imposible hacerme cargo de otra más, por más que fuera como CEO temporal. —Pude ver la decepción en sus caras, y en ese momento, me sentí como una mierda—. Lo que sí puedo hacer es ayudaros a encontrar otro lo antes posible y, al mismo tiempo, poner a mi equipo a trabajar a tope para empezar a darle la vuelta a la situación.

La sonrisa de mi abuela era tensa. Maldita sea, odiaba eso. No quería defraudarlos, pero realmente no veía otra opción. Mi vida estaba en Nueva York, y así había sido durante los últimos once años. Tenía clientes que dependían directamente de mí. No estarían muy contentos si, de repente, me trasladara a Boston, incluso si me mantenía al día con los asuntos de mi empresa trabajando a distancia.

—Lo único que te pedimos es que lo consideres. Tu abuelo ya está grande —dijo la abuela.

Apenas pude contener una sonrisa. La abuela iba directa al golpe emocional, y se le daba muy bien. Cada vez que la llamaba, lograba hacerme sentir culpable por haberme ido de Boston. Pero en aquel momento, mi idea era empezar de cero y alejarme por completo de *Whitley Industries*.

—Eso es todo lo que queríamos decirte, Jake. —El abuelo parecía agotado. Odiaba pensar que estuviera dedicándole tanto tiempo a esa maldita empresa. Tenía que pensar en algo. Quizá mis hermanos pudieran ayudarme a analizar todas las alternativas.

—¿Vas a ver a tus hermanos mientras estés aquí? —preguntó la abuela, como si supiera lo que estaba pensando.

—Sí, claro. Me pondré al día con ellos más tarde. —Miré el reloj: "más tarde" era en cuarenta minutos.

Mi abuelo negó con la cabeza.

—Oye, nieto, sé que eres un hombre ocupado, pero no vivas solo para el trabajo. Cuando quieras darte cuenta, serás un anciano preguntándote adónde se fue la vida.

Mi abuela le lanzó una mirada severa.

—Deja de sermonearle. O no querrá venir a vernos nunca más.

Me reí.

—No te preocupes, abuela. Eso no pasará.

—Menos mal. Antes de que se me olvide… como sabes, este año cumplo noventa años.

—Lo sé. —Mis hermanos ya estaban organizando los regalos.

—Bueno, la cuestión es que quiero dar una gran fiesta. Nunca imaginé que llegaría a esta edad, y ahora que estoy a punto de hacerlo, quiero celebrarlo con mis amigos. Bueno, con los que aún están con nosotros —añadió tras una pausa dramática. Mi abuela había sido actriz de teatro a nivel local durante toda su vida. Decía que echaba de menos actuar, así que aprovechaba cualquier oportunidad para desplegar lo que ella llamaba su *talento dramático* siempre que podía con la familia.

—Va a ser espectacular —concluyó.

—¿Es entre semana? —pregunté.

La abuela puso los ojos en blanco.

—Será en un fin de semana.

—Estupendo. Puedo tomarme los fines de semana libres. ¿Dónde será?

—Aún no lo he decidido, pero voy a contratar a una organizadora de eventos encantadora para que me ayude con ello.

Vaya, entonces iba en serio. No recordaba ninguna ocasión en la que hubiera contratado a alguien para organizarle una fiesta. A mi abuela le encantaba planear grandes reuniones; en broma, lo llamaba su segundo trabajo.

—Pues allí me tendrás —dije. Aunque vivía en otra ciudad, nunca me perdía ninguna de sus celebraciones.

—Te tomo la palabra, jovencito. ¿Me lo prometes?

—No me lo perdería por nada en el mundo.

Algo en su expresión me decía que no me creía del todo. ¿Tan desalmado pensaba que era como para faltar a su cumpleaños? Sí, era un tío duro en los negocios, pero ¿no les había dejado claro lo mucho que me importaban?

—Va a ser fantástico —continuó, poniendo su sonrisa de actriz. Era fácil distinguirla de la habitual; esta estaba ensayada—. Ya he empezado a hacer la lista de invitados. Aún no sé si invitaré a

Angela. Siempre presume de sus bisnietos y no deja de preguntarme cuándo voy a tener alguno yo. —Me lanzó una mirada especulativa. Ahí venía la segunda excusa para hacerme sentir culpable: ¿Cuándo iba a sentar la cabeza? ¿Cuándo iba a tener hijos? La respuesta era sencilla: nunca. Ni siquiera estaba en mis planes. Ni ahora ni en el futuro.

—¿Hay alguna noticia que quieras compartir con nosotros, querido?

—La respuesta a eso es siempre no. Ya lo sabes. —Sabía que pensaban que mi posición en ese tema era un tanto testaruda, pero no creía en la ilusión de la familia perfecta. Había sido testigo directo de lo fácil que era destruirla. No quería ni oír hablar del tema.

—Sigo teniendo la esperanza de que eso cambie. Es una pena, con tantos buenos genes que transmitir.

Y justo eso era lo que me preocupaba. Lo último que quería era transmitir los genes Whitley.

—Vale, es hora de dejar que el chico se vaya. No querrás llegar tarde a ver a tus hermanos. ¿Cuánto tiempo tienes reservado para ellos?

No pude evitar reírme. Me conocían demasiado bien.

—Dos horas y luego regreso en avión a Nueva York.

—Por Dios, Jake, no puedes trabajar dieciocho horas al día toda tu vida.

—De hecho, lo he reducido considerablemente: de dieciocho a doce —respondí con seriedad—. Ahora hasta hago tiempo para otras actividades, como hacer ejercicio por la mañana.

La abuela suspiró.

—Si no te quisiera tanto, diría que eres un caso perdido.

—Pero no lo soy.

Les di un beso en la mejilla a cada uno y me despedí antes de salir de la casa.

Había quedado con mis hermanos en un bar de Beacon Hill[1]. Colton había sido quien lo había recomendado. Para mi asombro, también me informó de que se uniría a nosotros. En los últimos tiempos, estaba inmerso en lo que él llamaba un "nuevo

descubrimiento", y toda la familia se quejaba de que apenas lo veían.

Llegué a Beacon Hill veinte minutos después. A finales de junio solía hacer un calor agradable en Boston, sin demasiada humedad. Aunque había crecido allí, hacía mucho que me había ido. Me marché dos años después de que nuestra vida se viniera abajo. Terminé mi graduado y luego me fui a la Escuela de Negocios Stern de la Universidad de Nueva York para hacer un máster. Con el tiempo, Nueva York se había convertido en mi hogar; y al ver a mis cuatro hermanos reunidos en la mesa del bar, sentí que yo era el único que no encajaba.

Me estaba perdiendo muchas cosas por no estar en Boston con ellos.

—El hombre del momento —dijo Spencer cuando me acerqué a ellos, dándome una palmada en el hombro—. Hasta has conseguido que Colton salga del laboratorio. Bien hecho.

—¡Me alegro de verte, tío! —exclamó Cade, y Spencer asintió.

—¿Cuánto tiempo tienes? —preguntó Colton, sin rodeos. Directo al grano, como siempre.

—Dos horas, y luego vuelo de regreso. —Le devolví las llaves de su coche antes de que se me olvidara—. Gracias, tío.

—¿Qué te ha parecido? —Colton tenía un Mercedes AMG GT, un coche impresionante.

—Increíble. Tengo que comprarme uno.

Spencer y Gabe asintieron.

Nuestros rangos de edad eran bastante cercanos. Colton tenía treinta y cuatro, y yo un año menos. Cade y Spencer tenían treinta y uno. Eran mellizos, pero no se parecían en nada, ni en el físico ni en la personalidad. Gabe, con veintinueve, era el más joven.

—¿Para qué te ha pedido que vinieras la abuela? ¿Era por su cumpleaños o solo para recordarte, una vez más, que es una pena que no transmitas esos ojos azules y ese pelazo a las futuras generaciones? —preguntó Gabe—. Si es por eso, no te preocupes. De vez en cuando a nosotros nos dicen lo mismo.

—Me pidieron que asumiera el puesto de CEO de *Whitley Advertising*. ¿Por qué ninguno me dijo que el abuelo había vuelto a

trabajar? —pregunté.

Colton y Spencer intercambiaron miradas. Gabe frunció el ceño.

Cade levantó una ceja.

—Porque primero queríamos intentar resolver el problema por nuestra cuenta. ¿Habría cambiado algo si te lo hubiéramos dicho?

—Sí, obviamente. Me ofrecí a ayudarles a encontrar un CEO.

Cade resopló.

—¿Crees que no lo hemos intentado todos ya? ¿Incluso el abuelo? No es como si pudiéramos encontrar a uno por la calle.

—Sé cómo funciona la selección de personal. He ayudado a varias empresas a buscar nuevos CEO.

—¿Y cuánto tiempo suele llevar eso? El mercado laboral está difícil ahora mismo —replicó Cade.

—Meses, a veces hasta un año —admití—. Crucemos los dedos para que haya alguien calificado con ganas de cambiar de trabajo. Sea como sea, alguien tiene que dirigir la empresa mientras tanto.

—Ninguno de nosotros tiene tiempo, por eso lo hizo el abuelo —explicó Colton—. Parecía contento de volver al ruedo.

Aunque tal vez fuera así, debería estar disfrutando de sus años de jubilación con la abuela, no preocupándose por una empresa de publicidad en quiebra que había sido la pesadilla de *Whitley Industries* durante años.

—Alguien debería habérmelo dicho —insistí, apretando los dientes. Realmente me cabreaba que me lo hubieran ocultado.

—¿Para qué? ¿Para amargarnos más? —replicó Gabe—. Relájate, tío. El abuelo está en plena forma. Y, entre nosotros, creo que hasta le viene bien volver a trabajar. Me ha dicho que se siente mejor que nunca.

Colton y yo estábamos con la abuela cuando el médico le advirtió al abuelo que debía evitar el estrés a toda costa después de su infarto.

—Entonces, ¿no hay ni una mínima posibilidad de que asumas el puesto temporalmente? —preguntó Spencer.

—Ninguna. —Ni siquiera dudé—. No tengo tiempo para un segundo trabajo.

—No —intervino Spencer—. De hecho, nosotros también consideramos la posibilidad de ocupar el puesto.

—¿En serio? —Me quedé de piedra.

—Sí. Pero no tenemos tu experiencia manejando este tipo de crisis. Es lo que tú haces a diario. Además, probablemente podrías encontrar un reemplazo para ti en tu propia empresa más fácilmente que cualquiera de nosotros. Tu trabajo se basa en proyectos, y puedes delegarlos entre los miembros de tu equipo. Eso sería más sencillo que para el abuelo encontrar un nuevo CEO.

Odiaba que tuviera razón. Mi gerente de operaciones, Ben, era un genio, y lo estaba preparando para ser el Co-CEO en un par de años. Pero aún no estaba listo.

—¿También te mencionó lo de la fiesta? —preguntó Gabe.

—Solo me ha dicho que quiere que sea por todo lo alto. ¿Habéis decidido ya lo que le vamos a regalar?

—No —respondió Gabe—. Pero sé que Maddox, Nick y Leo tienen algo entre manos. Aunque no quieren decirme qué.

Me puse tenso al oír mencionar a nuestros medio hermanos.

—Y sí, por supuesto que ellos estarán en la fiesta. Tendrás que tener una conversación seria con ellos. Si realmente te molestaras en conocer a nuestros hermanos, te caerían bien. A nosotros nos caen bien —dijo Gabe.

—Me comportaré con cordialidad —aseguré.

—Más te vale —intervino Cade, con tono cortante—. No es culpa suya.

—Dios mío, ¿es necesario que hablemos siempre de lo mismo, Cade?

—Creo que deberíamos hacerlo.

—Sé que no es culpa suya. —Tampoco lo fue de su madre. La historia completa salió a la luz poco después de que descubriera la infidelidad de nuestro padre. Aquella mujer había trabajado con él años antes de que se casara con nuestra madre, y luego se trasladó a Maine. Siguió manteniendo una relación seria con ella, sin que nadie lo supiera. En esa época, no existían las redes sociales, que permitían rastrear los movimientos de los demás. Para mi padre fue fácil ocultar su otra familia. Ella nunca supo de la existencia de mi

madre. Mi padre le había dicho que no podían casarse porque sus padres no lo aprobarían. Por alguna razón, ella nunca lo cuestionó.

Solo había un verdadero culpable en toda esta historia: Ryan Whitley. Pero eso no significaba que fuera a ser el mejor amigo de mis medios hermanos. No necesitaba un recordatorio constante de lo cabrón que era mi padre. Cade y Spencer se llevaban bien con ellos, pero hasta donde yo sabía, no eran exactamente amigos. Gabe era el que tenía más relación con ellos.

—Voto por que te mudes a Boston por un tiempo —dijo Spencer.

—Yo también —coincidió Gabe.

Colton asintió:

—Estoy con ellos.

—Por mucho que me guste estar con la familia, esto no es algo que se decida por votación —intervine.

—Así estaríamos cerca para fastidiarte —continuó Cade, como si yo no hubiera dicho nada.

—Sería una pena que la empresa de publicidad quebrara —comentó Colton.

—Que yo asuma el cargo no es ni siquiera una opción. —No quería que se crearan falsas expectativas—. Yo ya tengo mi propia empresa que dirigir, como vosotros tenéis las vuestras. Lo único que podemos hacer es intentar encontrar un CEO lo antes posible.

—Bueno, de todas maneras, la abuela suele conseguir lo que quiere, de una forma u otra —dijo Spencer, y no le faltaba razón.

—¿A alguien más le preocupa que esté tan empeñada en tener bisnietos? —preguntó Gabe, sin dirigirse a nadie en particular.

Todos nos volvimos para mirarlo.

—Dice que sus amigas no dejan de insistirle con el tema. Así que ahora está más pesada que nunca —continuó Gabe.

Colton hizo un gesto de negación con la mano.

—Eso es típico de la abuela: cree que, si nos regaña lo suficiente, haremos lo que nos pida.

—Y lo peor es que suele funcionar —añadió Spencer, pensativo.

El sonido de una alarma interrumpió la conversación y Colton revisó su reloj.

—Tengo que volver al laboratorio.

—Joder, tío, Jake acaba de llegar —se quejó Cade.

—No quiero perderme un posible hallazgo.

—¿Ves? Este sí que tiene dos trabajos —comentó Spencer, señalando a Colton—. Es CEO *y* científico. Y además hace ambas cosas a tiempo completo. No sé cómo lo consigue.

Colton se mostró orgulloso.

—Nos vemos, Jake. Estaré en Nueva York la semana que viene. Ya nos pondremos al día, ¿vale?

—Claro.

Le estreché la mano antes de que se marchara. Aún había días en los que me costaba creer que mi hermano se dedicara a la biotecnología. De niño, solo hablaba de fútbol. Pero cuando murió nuestra madre, cambió radicalmente de rumbo.

—Nunca lo entenderé —afirmó Gabe—. Pero bueno, yo soy justo lo opuesto. Si coges el cerebro de Colton y lo giras al revés, obtienes el mío.

Todos nos echamos a reír, sobre todo porque era cierto. Gabe era la mente creativa de la familia; había llevado la destilería artesanal al éxito con nuevas recetas e ideas innovadoras.

Eso me dio una idea.

—Gabe, tú manejas toda la publicidad de tu empresa internamente, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, pero ya sé a dónde quieres llegar con esto.

—¿Ah sí? A ver…

—Quieres que asuma el cargo de CEO.

—Qué va. —No era tonto. Sabía que ser creativo con un producto y dirigir una empresa innovadora eran dos habilidades muy distintas —. Pero creo que sería útil que los asesoraras en sus campañas, al menos las relacionadas con tu sector.

—El abuelo ya me pidió consejo para algunas, pero puedo comprometerme a ser más proactivo en ese sentido.

—Gracias, tío —dije.

—¿Quién quiere beber algo? —preguntó Spencer.

—No puedo creer que Colton se fuera antes de que tomáramos unas copas —se quejó Cade, negando con la cabeza.

—Deja en paz al hombre. Está trabajando en un "descubrimiento revolucionario" —dije, haciendo comillas con los dedos.

—Sí, sí. Colton y tú sois tal para cual.

Era una cuestión de equipos. Los dos hermanos mayores, los que descubrieron que su padre era un imbécil, tuvieron que proteger a los pequeños mientras lidiaban con la enfermedad de su madre. Ella descubrió que tenía un melanoma seis meses después de enterarse que mi padre la había engañado. Estaba en una fase avanzada, y falleció solo cuatro meses después.

Se acercó un camarero y mis hermanos pidieron cócteles. Yo, en cambio, opté por una bebida energética.

Spencer levantó una ceja.

—¿Y tú por qué no brindas con nosotros?

—Tengo una llamada más tarde, cuando regrese a Nueva York.

—¡¿Desde Nueva York?! —Parecía aturdido.

—Sí.

—¿Con quién? Todo Estados Unidos está durmiendo. Y Europa también.

—Gracias por recordarme cómo funcionan los husos horarios. Es con Asia. La presentación es a las diez de noche de aquí. Para ellos, las once de la mañana.

—Ah, vale. Bueno… ¡salud! —dijo Gabe.

Quizá no lo demostraba, pero me alegraba mucho volver a estar con mis hermanos. No lo admitiría en voz alta, porque nunca dejarían de recordármelo. Pero echaba de menos las bromas y nuestras charlas en persona.

Me quedé con ellos otros cuarenta minutos antes de pedir un Uber hacia el aeropuerto privado, a las afueras de la ciudad.

En cuanto entré en el coche, empecé a hacer llamadas, poniendo en marcha la búsqueda del nuevo CEO. *Whitley Advertising* lo necesitaba con urgencia, y lo único que tenía claro era que no iba a ser yo.

---

1 Nota del Traductor: **Beacon Hill** es uno de los barrios más pintorescos de Boston, tiene calles empinadas repletas de residencias de ladrillo de estilo federal

y victoriano iluminadas con farolas antiguas.

CAPÍTULO DOS

NATALIE

—SU CASA ES PRECIOSA —comenté cuando el señor y la señora Whitley me invitaron a sentarme a su elegante mesa de caoba. Resultaba acogedora y espaciosa al mismo tiempo. Ya podía imaginármela rodeada de invitados.

—Es muy amable de su parte.

—¿La fiesta sería aquí? —pregunté, pasándome la mano por mi cabello castaño claro. Era un tic nervioso que tenía cuando conocía gente nueva. Llevaba un sencillo vestido gris formal y, en cuanto entré en la casa, me di cuenta de que era un poco más formal de lo necesario para la ocasión.

—Oh, no, no. No necesitaría su ayuda si fuera a organizar algo sencillo aquí.

Apenas pude contener la risa. Su casa no era precisamente pequeña, pero entendí lo que quería decir. Por teléfono, ya me había adelantado que quería una gran fiesta, y empezaba a darme cuenta de que hablaba muy en serio, lo cual era exactamente lo que yo quería.

No podía creer mi suerte cuando recibí su llamada. Apenas habían pasado tres días desde que había lanzado mi página web, *Natalie's Event Agency*, para publicitar mis servicios de organización de eventos. Siempre se me había dado bien la optimización de motores de búsqueda, y mis esfuerzos habían dado frutos.

Sería mi primera clienta, y esperaba que me contratara. Durante nuestra llamada, pareció más interesada en mi historia personal que en mi experiencia profesional, pero, para ser sincera, no me pareció extraño; supuse que quería asegurarse de que congeniáramos.

—Quiero hacer algo un poco diferente. Normalmente, invito a mis amigos a uno de los bonitos restaurantes que hay en Boston. He dado fiestas en todas las salas de banquetes imaginables, pero esta vez quiero algo distinto.

Miré a la señora Whitley, tratando de entender su personalidad. Parecía una persona cálida y amable; había hablado largo y tendido sobre sus nietos y amigos antes de preguntarme por mi propia familia. Echaba mucho de menos a mis padres y a mis dos hermanas. Se habían mudado a Grecia hacía poco y aún no me acostumbraba a su ausencia. A la señora Whitley parecía agradarle el hecho de que me llevara bien con mi familia. Estaba decidida a montarle la mejor fiesta posible, no solo porque lo necesitaba para mi negocio, sino porque aquella señora me caía realmente bien.

De repente, se me ocurrió una idea. Era un poco arriesgada, pero merecía la pena intentarlo.

—¿Han considerado un *destination birthday*[1]?

Miró a su marido.

—¡No, no lo había pensado! Dios mío, es una idea fantástica. Sería una manera maravillosa de celebrar.

—Pero los invitados tendrían que viajar —comentó el señor Whitley con su voz grave, aunque relajada.

—Lo sé, lo sé. —La señora Whitley parecía triunfante y me dirigió una sonrisa cómplice, aunque un tanto inquietante—. Jake siempre habla de Martha's Vineyard[2]. —Apretó los labios con aire pensativo, y preferí no interrumpirla.

—Puedo averiguar para organizarlo allí —dije tras unos segundos de silencio.

—Mi nieto Jake tiene una casa enorme. Podría convencerle para que nos dejara celebrar la fiesta allí.

—También puedo echar un vistazo a todos los locales de Martha's Vineyard —sugerí, preguntándome si el tal Jake querría realmente ceder su casa para recibir a unas treinta personas, y eso suponiendo que hubiera espacio suficiente—. ¿Tienen en mente alguna temática en particular?

—Hmmm, si elegimos una de los noventa, ¿sería demasiado atrevido?

—Podríamos hacerlo, si quieren —respondí con cortesía.

—Natalie, cariño, sé sincera conmigo. A juzgar por tu reacción, no pareces muy entusiasmada con esa idea.

—Sinceramente, señora Whitley, creo que las fiestas relacionadas con una década en particular están pasadas de moda. —La verdad era que siempre me habían parecido cursis y me recordaban al instituto—. Lo que podríamos hacer es elegir una temática estacional o basarnos en una paleta de colores. Déjenme mostrarles algunas fotos.

Técnicamente no eran mis fiestas, sino las de mi madre. Me alegraba de haber hecho siempre tantas fotos en sus eventos y de haberla ayudado tan a menudo. Siempre decía que tenía talento para ello. Como aquel era mi primer y, hasta ese momento, único trabajo, estaba decidida a hacerlo bien.

—Por cierto, nosotros no somos muy formales. Llámanos Jeannie y Abe. Son preciosas, por cierto —dijo Jeannie mientras se desplazaba por las imágenes en el iPad. Abe, por su parte, ya parecía distraído. Estaba segura de que en cinco minutos se inventaría una excusa para irse… pero solo tardó dos. Apenas pude contener la risa. Era comprensible; si no te interesaba planear ese tipo de cosas, podía resultar terriblemente aburrido.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo este trabajo? —preguntó Jeannie, levantando la vista del iPad hacia mí.

Pillada. No me lo había preguntado por teléfono.

—Seré sincera. He organizado fiestas durante mucho tiempo con mi madre, pero este sería mi primer evento oficial.

—Me pareció que tu página web no me sonaba. Busqué organizadores de eventos hace un par de semanas y no la vi.

—¿Y por qué me has elegido a mí? —pregunté, completamente sorprendida.

—Me encantó tu presentación. Tuve un buen presentimiento sobre ti.

No pude evitar sonreír. Jeannie Whitley era una persona encantadora, y sabía que disfrutaría trabajando con ella.

—Gracias.

—¿A qué te dedicabas antes, si no te importa que te pregunte? No quiero parecer entrometida.

—Oh, no, para nada. Estudié informática y trabajaba realizando estadísticas y análisis predictivo, pero las cosas no salieron como

esperaba. He enviado solicitudes para otros trabajos en el sector, pero mientras tanto, me gano la vida organizando eventos. Hace poco tuve una entrevista para un puesto interesante, pero aún no me han hecho ninguna oferta. Pero quiero que tengas la tranquilidad de que, pase lo que pase, tendré tiempo para organizar tu fiesta.

—Entonces, esto es algo temporal.

—Sí. —A juzgar por la expresión de Jeannie, no estaba segura de si eso le parecía bien o mal.

Esperaba que no siguiera indagando; no quería entrar en los detalles de por qué había dejado mi trabajo anterior. Además, como ya había creado mi página web, estaba considerando la posibilidad de seguir con la organización de eventos incluso después de conseguir un empleo a jornada completa.

—¿Tu madre ya está jubilada?

—Sí.

—¿Adónde se mudaron, si se puede saber? Recuerdo que mencionaste que ya no vivían aquí.

—A Grecia.

—Qué bonito lugar.

—Sí, pero también queda muy lejos —dije antes de reprocharme a mí misma por el comentario.

Jeannie era una posible clienta, no necesitaba conocer los detalles de mi vida. Aunque debía admitir que me sentía muy cómoda con ella.

—¿Y tus hermanas también se mudaron?

—Sí. Van a abrir un hotel allí, y mi hermana mayor acaba de tener un bebé, así que mis padres están bastante ocupados —dije con una sonrisa melancólica—. En fin… volvamos a tu *destination birthday*. Aparte de Martha's Vineyard, ¿tienes algún otro lugar en mente?

Jeannie se lo pensó detenidamente.

—Podríamos considerar otra opción, pero cuanto más lo pienso, más me gusta el viñedo, sobre todo porque algunos de los invitados podrían dormir en casa de Jake. —Me miró la mano izquierda.

—¿Sabes qué? Voy a preguntarle a mi nieto cuándo tiene previsto ir a Martha's Vineyard, y podrías acompañarlo para ver la

propiedad. Así podría enseñártela en persona.

—Eso sería increíble. Si le viene bien.

Jeannie resopló de manera exagerada.

—No dejará de repetirnos lo mal que le viene.

—Vale, entonces puedo pensar en una alternativa.

—Oh, no, no. Creo que mi nieto no es consciente de lo que le conviene. Le vendrá muy bien un descanso como ese.

No sabía qué responder a eso. Jeannie era como la abuela entrometida que me encantaría tener en mi vida. La preocupación por su nieto era evidente en su voz.

—¿Un descanso de qué exactamente? —pregunté.

—Es que trabaja demasiado. Él insiste en que son solo doce horas al día, pero sé de buena tinta que son más.

—Eso no es nada saludable —afirmé al instante.

—¡Exacto! —Parecía encantada de que estuviera de acuerdo con ella—. Y dime, Natalie, perdóname por ser tan directa, pero ¿tienes novio?

Parpadeé rápidamente, sintiendo como si alguien me hubiera quitado la silla y me hubiera caído de culo sobre el pulido suelo de madera.

—¿Novio? No.

Si un empleador me hubiera hecho esa pregunta, le habría dejado claro que no era de su incumbencia. Pero, de algún modo, Jeannie tenía una forma de ser que inspiraba a contar los secretos más profundos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada. Por nada —repitió sospechosamente rápido—. Solo me preguntaba si viajar a Martha's Vineyard durante la noche te supondría algún problema. No querría privarte de nada.

Mi exnovio fue la razón por la que me quedé en paro en primer lugar.

—No me estarías privando de nada, créeme.

Su sonrisa chispeante aumentó mis sospechas.

—Te pagaremos por ese tiempo extra en Martha's Vineyard, por supuesto.

Me lo esperaba, por eso su pregunta anterior no tenía sentido. Tuviera o no novio, si aceptaba un trabajo, viajaría sin dudarlo.

—Deja que me lo piense y hable con Jake —continuó—. Me encanta la idea del *destination birthday*, y las fotos que me enseñaste también.

—No tienes ni idea de lo feliz que me hace oír eso —respondí.

Prácticamente podía sentir cómo mi corazón se hinchaba de alegría, y decidí tomármelo como una señal muy positiva. Lo necesitaba.

Todo acabaría saliendo bien. Jeannie me encargaría el trabajo, y las cosas finalmente darían un giro a mejor.

---

1 Nota del Traductor: Un ***destination birthday*** consiste en una celebración de cumpleaños que se lleva a cabo en un lugar específico lejos de donde vive el homenajeado.

2 Nota del Traductor: **Martha's Vineyard** es una pintoresca Isla conocida por su estilo de vida relajado y su impresionante belleza natural, con acantilados junto al mar, campos de flores silvestres y playas con mucho viento.

CAPÍTULO TRES

JAKE

—BEN, no hay que perder a este cliente. ¿Lo entiendes? Es una orden.

Ben asintió y dirigió la mirada hacia la puerta. Aunque fuera mi segundo al mando, incluso él sabía que no debía perder aquella cuenta.

—Estoy en ello. Actualizaremos la presentación y las cifras.

—Bien. Ya sabes lo que tienes que hacer, así que hazlo. Quiero todo en mi escritorio en una hora.

—Entendido.

Se marchó al segundo siguiente. Ben era bueno, incluso genial, pero seguía siendo demasiado blando para las negociaciones, y necesitaba un empujón de vez en cuando. Yo, en cambio, era tenaz. Acabaría aprendiendo a hacerlo, pero le llevaría tiempo.

Me levanté de mi silla, estiré las piernas y miré por la ventana. Desde allí arriba, ni siquiera podía ver bien Wall Street. Estaba en la planta cuarenta y podía ver literalmente por encima de los tejados de otros edificios. Los edificios de Nueva York comenzaban a iluminarse, eran las seis de la tarde. La mayoría de la gente ya estaba terminando su jornada, pero Wall Street no funcionaba así. Quedarse trabajando hasta tarde no solo era necesario, sino que también era lo que se esperaba en las empresas.

Oí vibrar el teléfono en mi escritorio y fui a cogerlo. Pensé que sería el cliente, llamando para quejarse de la propuesta que le habíamos enviado, pero me sorprendí cuando apareció el nombre de la abuela en la pantalla.

—Abuela —dije rápidamente, curioso por saber de qué podía tratarse esa llamada. La búsqueda del CEO estaba en marcha, pero todavía no había tenido tiempo de informar a mis abuelos de las últimas novedades.

—Jake, ¿cómo estás?

—Muy bien. Trabajando como siempre, ya me conoces.

—¿A estas horas? Espera, para ti ya es prácticamente de mañana, ¿no? —preguntó con sarcasmo.

—No, yo diría que la cena aquí cuenta como la pausa del almuerzo.

—Ay, querido… —dijo con tono de desaprobación—. Llamaba para preguntar cómo va la búsqueda del CEO.

—En este momento tenemos tres candidatos. Solo me gusta uno de ellos, los otros dos no encajan bien. —Había echado un vistazo a sus currículums y había llamado de vuelta a la empresa de selección de personal para reprocharles que me hubieran hecho perder el tiempo enviándomelos.

—Ah, sí, te refieres al que puede empezar en seis meses, ¿no?

—Correcto.

—Hmmm.

Conocía ese tono de voz. La abuela se disponía a chantajearme emocionalmente otra vez. Desde que había vuelto de Boston, dos semanas antes, había pasado los días buscando un CEO por todas partes. No iba a ser un proceso fácil ni rápido.

—¿Has reflexionado sobre nuestra propuesta?

Puse una mano sobre mi sillón de cuero, mirando por la ventana.

—Ya lo he hecho. No hay ninguna posibilidad de que pueda postergar las cosas aquí para ir a Boston.

—¿No puedes o no quieres?

Directo al grano, como siempre.

—Las dos cosas —admití. No tenía sentido mentir. Se daría cuenta de todos modos.

—Ajá, eso pensaba yo. Bueno, supongo que era mucho pedir. —Me enderecé, desconfiando de su tono. Sonaba resignada, y eso no era habitual en la abuela—. Otra cosa. Ya sé que hemos hablado de mi cumple de noventa años —continuó.

—Sí, así es.

—Pues la encantadora organizadora de eventos que he contratado tuvo una idea maravillosa. Me sugirió un *destination birthday*.

¿Un *destination birthday* para una persona de noventa años? Eso era lo más descabellado que había oído nunca.

—Vale —dije, intentando sonar neutral—. ¿Y cuál sería el destino?

—Eso depende de ti.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ¿cuánto quieres a tu querida abuela?

Ya veía por dónde iba. Primero me preguntó si quería mudarme a Boston, sabiendo muy bien que le diría que no. Pero también sabía que eso me haría sentir culpable. Y ahora me haría un segundo pedido, a sabiendas de que no volvería a negarme.

—Esa casa que tienes en Martha's Vineyard es preciosa. Siempre me ha encantado —comentó.

—Sí, ya lo sé. Es uno de tus lugares favoritos del mundo.

La compré porque necesitaba un lugar donde escaparme. Todos siempre me criticaban por trabajar como un loco, así que me reservaba un fin de semana al mes solo para mí en Martha's Vineyard. El resto del tiempo, mi abuela y la familia la usaban cuando yo no estaba.

—Me gustaría celebrar la fiesta allí.

—¿Cuántos invitados serían? —No había prestado atención cuando mencionó el número. Era un detalle crucial, porque, aunque mi casa era grande, no podía albergar a un centenar de personas.

—No lo sé. Unos treinta, más o menos.

—¿Treinta personas?

—Sí, y ya le he enviado a Natalie fotos de tu casa. Dice que sería un lugar ideal para organizar la fiesta. —Esa Natalie ya me caía mal —. Y yo estoy de acuerdo con ella. El sitio es encantador y tienes un jardín precioso.

No podía decirle a mi abuela que no. Ya la había decepcionado al no hacerme cargo del puesto de CEO interino de *Whitley Advertising*, pero estaba dispuesto a hacer esto por ella.

—Por mí, tienes luz verde.

—¡Estupendo! Eres maravilloso. Quiero que Natalie viaje hasta allí para ver la propiedad. Si no me equivoco, tu próxima escapada es en una semana, ¿no?

—Sí —respondí en tono cauteloso, apartándome del escritorio y estirando las piernas—. Pero el objetivo de mi escapada es estar solo

para poder relajarme.

—Ni siquiera notarás su presencia. Será discreta y solo tendrás que enseñarle el lugar para que empiece a planificarlo todo.

Preferí no mencionar que, si tenía que enseñarle la casa, ya no sería un fin de semana solo para mí.

—Puedo organizar las cosas para que Natalie lo haga en otro momento —dije.

—¿Pero de verdad quieres que ande dando vueltas sola por esa enorme propiedad?

—Puedo hacer que la señora Winters se ocupe de todo. —Ella trabajaba como gestora de propiedades y se ocupaba de los asuntos cotidianos de los propietarios o huéspedes.

—Sigo pensando que tú serías un mejor guía. —Mi abuela conocía mi única debilidad: no sabía decirle que no dos veces seguidas.

—De acuerdo. Haré los preparativos para que se reúna conmigo el próximo fin de semana. Puede quedarse allí una noche.

—Oh, estupendo. Muchas gracias, cariño, esto significa mucho para mí. Tengo muchas ganas de celebrar mi cumpleaños con todos vosotros. Por cierto, puede que mi amiga Marlow traiga a su sobrina.

—No sé quién es Marlow. —¿Por qué me decía eso?

—No importa quién sea. Su sobrina, en cambio, es un encanto. Tiene unos treinta años, es guapísima y muy inteligente… aunque un poco charlatana.

—Abuela, ¿qué intentas? —pregunté.

—Pues intentando tenderte una trampa, por supuesto.

Me eché a reír.

—Esto no es gracioso —dijo ella, sonando un poco ofendida.

—Sí que lo es —respondí. Hacía tiempo que no me reía así—. ¿Qué te hace pensar que necesito tu ayuda? —pregunté con educación.

—No has traído a una chica a casa desde que estabas en la universidad. Eso es una señal bastante clara de que la necesitas.

—No la necesito. Hazme un favor. Si ese es el único motivo por el que quieres que tu amiga Marlow traiga a su sobrina, dile que no lo haga.

—Demasiado tarde. Ya las he invitado.

Gruñí.

—Compórtate como un caballero cuando estés allí —ordenó.

—No te prometo nada.

—¡Jake! —Usó su tono de voz más severo. Nunca funcionaba.

—Tengo que irme, abuela. Te mantendré informada sobre la búsqueda del CEO.

—Sí, hazlo, por favor. Y le enviaré a tu asistente los datos de Natalie.

—Sí, haz eso también, por favor.

Apreté la mandíbula. No veía cómo salir de aquello sin herir los sentimientos de mi abuela. Tenía un fin de semana al mes para mí solo, y parecía que esta vez no iba a ser así.

Me senté en mi escritorio y comprobé mis correos electrónicos. La empresa de selección de personal me había enviado otro perfil para que lo mirara. Lo ojeé rápidamente. El hombre había ocupado anteriormente el cargo de CEO en una institución financiera. ¿Por qué demonios se habían molestado en enviármelo?

En lugar de responder al correo electrónico, llamé directamente a Danielle, la persona que lo había aprobado.

—Señor Whitley —dijo ella, sorprendida.

—Danielle, hágame un favor. Si no pueden encontrar candidatos adecuados, no me envíen ninguno. No tengo tiempo que perder.

—Sí, señor Whitley. Seré sincera con usted. Estamos dando palos de ciego, ya no sabemos de dónde sacar candidatos que cumplan el perfil.

—Entonces no me envíe nada hasta que tenga algo mejor. ¿Entendido?

—Sí.

—Perfecto. Tiene todos mis requisitos, y si necesita mejorar la oferta, estoy dispuesto a negociar. ¿Eso le ayudaría a mejorar su búsqueda?

—Puede ser. Para serle sincero, señor Whitley, no hay muchos CEO de publicidad con experiencia que estén buscando empleo. Mejorar la propuesta económica nos facilitará la búsqueda. De

hecho, empezaré a ponerme en contacto con los CEO de las empresas existentes para ver si podemos atraerlos.

—Ahora sí, Danielle, veo que nos estamos entendiendo. Hágame saber cómo va.

Colgué rápidamente el teléfono. Si había algo que odiaba, era que me hicieran perder el tiempo. Era perfectamente consciente de que el mercado laboral era difícil; los más experimentados ya estaban cómodos en sus puestos o habían creado sus propias empresas y, por otra parte, los candidatos más jóvenes y con menos experiencia ni siquiera eran una opción. Quería ser comprensivo con Danielle, pero necesitaba que tuviera claras mis expectativas. Si su empresa no podía hacer el trabajo, buscaría a otra.

Cuando estaba a punto de abrir el correo electrónico que Ben acababa de enviarme, vi que me llegaba otro mensaje. Mi abuela me había puesto en copia en el *email* que le había enviado a mi asistente.

Hola, Betty. Hola, Jake.

Adjunto el número de teléfono de la señorita Natalie. Podéis poneros en contacto con ella para cualquier cosa que necesitéis para organizar el viaje. Ella irá con Jake a Martha's Vineyard este mes.

Betty irrumpió en mi oficina un minuto después.

—¿Sí? —dije con tono seco. Betty no era una cotilla, no lo toleraría. Pero estaba seguro de que aquel correo había despertado su interés.

—¿Has visto el correo electrónico de tu abuela?

—Sí.

Parecía completamente aterrada.

—¿Y quién va a decirle que se ha equivocado?

Gruñí.

—No es un error.

—Oh, así que la señorita Natalie es tu…

—No es mi nada —respondí—. Es la organizadora de eventos de mi abuela. La celebración de sus noventa años será en Martha's Vineyard.

—Vale, entendido. ¿Y se va a quedar allí todo el fin de semana?

—No, solo una noche.

Betty sonrió.

—Realmente no puedes decirle que no a tu abuela, ¿verdad?

Volví a gruñir.

—Si pudiera, no estaría en esta situación. ¿Por qué pareces tan contenta?

—Porque a veces corren rumores por la oficina —bajó la voz de manera teatral— de que eres un robot. Esto demuestra que, después de todo, eres humano.

—Betty, ya sabes lo que opino de los cotilleos. Y estoy muy ocupado.

—Sí, ya lo sé. Porque cuando tú estás ocupado, yo también. ¿Y sabes qué? Es lo que sucede todo el tiempo. —Levantó las manos en un gesto de resignación—. Bien, me encargaré de los preparativos. Me pregunto si la señorita Natalie es atractiva.

—Eso no importa —dije.

—Siento discrepar. Probablemente debería advertirle de que tenga paciencia contigo —dijo Betty, hablando más para sí misma.

—¡Betty!

—Me voy, me voy. Estoy deseando ver cómo se desarrolla todo esto —oí que decía al salir de mi despacho.

Abrí el correo de Ben mientras negaba con la cabeza. Betty estaba llevando sus bromas demasiado lejos, pero me caía bien. La conocí cuando fui testigo de un accidente de bicicleta de su hijo. Paré el coche para comprobar si estaba bien y acabé acompañándolos a urgencias. Resultó que necesitaba trabajo y yo necesitaba un asistente, así que la contraté.

Ya habían pasado cinco años de ese episodio, y seguía muy contento con mi elección. En algunos aspectos, Betty me recordaba a mi madre. En otros, era un verdadero grano en el culo.

Unos segundos después, recibí una alerta de que mi calendario se había actualizado.

Vuelo a Martha's Vineyard pasó a ser ***Vuelo con Natalie a Martha's Vineyard***.

La abuela ya había empezado a hacer de las suyas.

CAPÍTULO CUATRO

NATALIE

—¿QUÉ es esta vida? —me pregunté en voz alta mientras llenaba mi plato de manjares gratis en una sala privada del Aeropuerto Internacional Logan de Boston. Cuando Jeannie me dijo que su nieto y yo viajaríamos en su *jet* privado a Martha's Vineyard, pensé que estaba de broma.

Podría haber ido en coche y luego tomado el ferry hasta allí, pero con todos los gastos cubiertos, ¿quién era yo para decir que no?

Cuando entré en el aeropuerto, me esperaba un asistente. Me llevó lejos de la multitud de simples mortales como yo a aquel dichoso paraíso reservado solo a la élite. La sala era pequeña, pero todo en su interior había sido elegido con sumo cuidado, desde los asientos hasta los sofás de cuero fino. Pero lo mejor era la comida. Hasta el momento, había probado *carpaccio* de salmón, *carpaccio* de ternera, tres tipos de pasta y ahora estaba disfrutando de un entrecot. Estaba bastante segura de que caería en un coma alimentario durante el vuelo.

Un rato después, el mismo asistente me informó de que el señor Whitley llegaría tarde, y que probablemente ni siquiera llegaría a la sala VIP. Me quedé de piedra. Si yo siempre tuviera acceso a comida y bebida gratis, no me lo perdería. Pero el señor Whitley venía desde Nueva York, así que lo más probable era que ni siquiera bajara del avión. Solo tenía otro compañero en la sala, un señor que debía rondar los ochenta años. Se movía muy despacio, pero iba vestido de punta en blanco. Se había metido la servilleta en el cuello de la camisa mientras saboreaba su tarta de queso.

El personal me miraba con desconfianza. No los culpaba; estaba segura de que nadie más se estaba dando semejante festín, pero es que todo tenía una pinta espectacular. Regresé a mi mesa con el entrecot, la más cercana a las ventanas, para tener una vista directa de la pista de aterrizaje. En cierto modo, estaba separada del resto

del aeropuerto, lo cual tenía sentido. Desde allí, los aviones privados parecían de juguete comparados con los comerciales.

Cerré los ojos, saboreando mi entrecot. Estaba en su punto. Normalmente lo comía poco hecho, pero aquel estaba tan tierno que no me importó. Era mejor que cualquier otro que hubiera probado. También tenían mucho champán y vino, pero me limité a tomar agua con gas. No quería correr el riesgo de achisparme accidentalmente justo antes de conocer a mi jefe… bueno, al nieto de mi jefa. No podía permitirme nada que pusiera en peligro mi trabajo.

Envié un mensaje de texto a mi mejor amiga, Larissa, adjuntándole una foto.

Natalie: La sala VIP es una locura. Muero por ver el avión.

Larissa: Qué chulo. Guarda todos los detalles para cuando nos veamos en persona. Espero que sea este siglo. Tengo mucho que hacer antes de irme a Bali.

Había sido mi mejor amiga desde el instituto. Ahora era instructora de yoga y pilates, y había decidido mudarse a Bali durante tres meses para grabar clases *online* desde allí. Tenía muchas ganas de ponerme al día con ella cuanto antes.

A las cuatro en punto, se acercó el mismo asistente.

—¿Señorita Summers? La acompañarán a la puerta dentro de veinte minutos.

—Vale —dije—. Le agradezco el aviso.

Cuando se marchó, me apresuré al baño para revisar mi aspecto y retocar mi maquillaje. Hacía muchísimo calor, así que llevaba un vestido amarillo de verano con mangas cortas estilo casquillo, lo bastante suelto como para no pegarse demasiado al cuerpo. Me maquillé un poco y me pinté los labios. Quería parecer presentable y profesional.

—Vale, lista para salir, Nat. Todo va a salir bien —me dije en voz alta.

Me hacía ilusión conocer al nieto de Jeannie. Quería preguntarle más sobre su abuela. A veces, conocer la perspectiva de otros ayudaba a completar la imagen que tenías de alguien. Eso me permitiría entender mejor qué la emocionaba y así organizarle el mejor noventa cumpleaños de la historia.

No llevaba mi equipaje de mano, pues el asistente me había dicho que lo trasladarían directamente al avión. Me encantaban todas esas atenciones. Podría acostumbrarme fácilmente a viajar siempre así. ¿Quién no?

—¿Lista, señorita? —preguntó el asistente cuando volví a la sala.

—Sí.

Le seguí por el estrecho pasillo que conducía a una escalera, y bajamos una planta. Solo había un vuelo operando desde allí. Detrás de la puerta de embarque había otro asistente, y yo era la única pasajera.

—¿El señor Whitley ya está en el avión? —pregunté.

—No. Ha bajado un momento, pero vendrá enseguida.

Me acerqué a la puerta, echando un vistazo a mi alrededor. No estaba acostumbrada a tanto lujo, y me sentía un poco fuera de lugar. Jugueteé con el colgante de mi cuello y miré mis bailarinas. Eran de un rojo brillante y, por suerte, aún estaban en buen estado; les daba mucha caña a mis zapatos.

Primero lo olí: un aroma sutil, pero profundo, a cuero, madera y océano.

—Señor Whitley. —El asistente se enderezó como un militar en posición firme.

Levanté la vista y mis piernas se aflojaron al instante. Nunca, jamás, había tenido una reacción así ante un hombre. Ni una sola vez en treinta años.

El traje que llevaba le sentaba como un guante. Era elegante y parecía muy caro, pero también tenía un toque de sencillez: era de color azul oscuro y estaba combinado con unos zapatos Oxford bien pulidos. Todo en él gritaba perfección. Su pelo oscuro estaba ligeramente alborotado, de un modo que le hacía verse atractivo y elegante al mismo tiempo. Sus ojos azules me miraban con intensidad, pero algo en su expresión me decía que no le gustaba lo que veía.

Yo, en cambio, ni siquiera pude abrir la boca para presentarme. Estaba demasiado impresionada por Jake; era como si estuviera conociendo a una estrella de cine o a alguien de la realeza. Nunca había visto a nadie moverse con tanta seguridad.

—La señorita Natalie Summers, supongo —dijo.

Dios. Esa voz. Firme pero sensual al mismo tiempo. Parecía fastidiado, como si mi presencia le molestara. Pero, aun así, yo no podía salir de mi estupor.

—Sí. Encantada de conocerlo.

Eso es, chica. Contrólate. Eres una profesional.

Me ofreció la mano y se la estreché brevemente. Tenía la piel de la palma callosa, lo cual me sorprendió, pues no encajaba con su aspecto pulido. No podía imaginar que realizara ningún tipo de trabajo físico. Quizá se debía a sus rutinas de entrenamiento. Sin duda, debía entrenar muchísimo para que el traje le quedara de esa manera.

—¿Ha podido encontrar este lugar fácilmente? —preguntó.

—Sí. El personal del aeropuerto ha sido amable y profesional. También pude disfrutar de la sala VIP.

Asintió, volviéndose hacia el asistente.

—¿Podemos proceder?

—Sí. Enseguida, señor.

Durante nuestra última llamada telefónica, Jeannie me había dicho que su nieto era difícil y que no era un hombre de muchas palabras, y en ese momento tuve la sensación de que no había exagerado en absoluto.

Me hizo un gesto para que pasara delante de él. Aprecié sus buenos modales, pero cuando pasé junto a él, me pareció oír una profunda inhalación.

Giré mi cabeza para mirarle, y nuestras miradas se cruzaron durante un breve segundo. ¿Acaso su expresión era aún más intensa que antes, o la luz me estaba jugando una mala pasada? No, debía de habérmelo imaginado. Me enderecé y seguí al asistente, que se limitó a indicarnos la salida del edificio. No pude evitar sonreír.

—Lo siento. Necesito una foto de esto —dije.

—¿Qué? —Jake parecía realmente confuso.

—¡Estoy a punto de coger un vuelo privado! —No pude contener mi emoción—. Tengo que inmortalizar este momento de alguna manera.

Me miró como si nunca hubiera oído nada más absurdo.

¿Y a este qué le pasa? No iba a dejar que me desanimara. Pensaba disfrutar de aquel viaje de principio a fin. No me importaba que me considerara una cateta. Iba a divertirme.

Saqué el teléfono del bolso y lo sostuve delante de mí, pero el ángulo era incorrecto. Solo lograba captar la escalera, pero no el avión. Estaba demasiado cerca.

Al mirar a Jake por encima del teléfono, se me ocurrió una idea. Por la forma en que me miró, supe que probablemente me amenazaría con dejarme en la pista si se lo pedía, pero no iba a desaprovechar la oportunidad.

—¿Le importaría hacerme una foto delante del avión?

—Señorita Summers.

Sip. Sin duda pensaba que era idiota.

—Puede llamarme Natalie —bromeé. Definitivamente, Jake era muy rígido, y para una chica como yo, eso suponía un reto. *Que empiece el juego.*

—Señorita Summers —repitió—, no tengo tiempo que perder.

—Solo le llevará tres segundos. Mire, si discute conmigo, al final tardaremos más. ¿Puede hacerla, por favor?

Me tendió la mano. No podía creer mi suerte. Le entregué el teléfono y me acerqué lo más posible a la escalera del avión. Luego subí un escalón.

—Creo que aquí está bien. —Abrí los brazos, sonriendo de oreja a oreja. Justo en ese momento, una ráfaga de viento me azotó el cabello, pegándolo a mis labios recién pintados de rojo.

Estupendo. Vaya suerte la mía.

Me aparté el pelo de la cara lo más rápidamente posible y le pregunté:

—¿Ha podido hacer una buena foto?

—Probablemente.

—¿Puede hacer unas cuantas más?

Me miró fijamente, con una expresión de evidente irritación.

—No creo que quiera eso.

—¿Por favor? No sea tan cascarrabias. Solo unas pocas más.

Bajó el teléfono.

—Así que soy un cascarrabias…

Mierda. Solo hacía un par de minutos que había conocido a aquel hombre y ya lo estaba insultando.

Necesitas este trabajo, Natalie. Mantén la boca cerrada.

—Una foto más, por favor. —No estaba segura, pero me pareció ver que las comisuras de sus labios se curvaban ligeramente.

Bien, al menos no me odia.

—Si insiste.

—Insisto.

Sonreí ampliamente y, para mi asombro, él también esbozó una sonrisa mientras hacía una de las fotos.

Vaya, ¿quién lo diría? Por fin estaba consiguiendo que se relajara. Nadie podía resistirse a mi alegre personalidad por mucho tiempo.

Caminó con paso decidido hasta mí, entregándome el teléfono antes de que entráramos en el avión. Solo había cuatro asientos, y me indicó que me sentara frente a él para equilibrar el peso en el avión. Era pequeño y no se parecía en nada a los *jets* de lujo que había visto en las películas, pero seguía siendo la forma más glamurosa en que había viajado jamás.

Después de abrocharme el cinturón, miré entusiasmada mis fotos, y enseguida me quedó claro por qué Jake Whitley se había reído. No era porque estuviera empezando a caerle bien, ni porque mi personalidad lo hubiera conquistado. Era porque después del accidente con el pelo, me había manchado toda la cara con pintalabios. Bajé el teléfono. Él me miraba fijamente, conteniendo la risa con dificultad.

—Podía habérmelo dicho.

—Le pregunté si estaba segura y usted insistió. Después de llamarme cascarrabias.

Guardé el teléfono en el bolsillo y miré a Jake Whitley con otros ojos. No era solo difícil. Era más que eso. Tenía la sensación de que aquel fin de semana me iba a ser muy complicado.

Cinco minutos más tarde, despegamos. Después de la increíble experiencia en la sala VIP, me había preparado para el mejor vuelo de mi vida. Pero ocurrió todo lo contrario. Nada más despegar, me di cuenta de que prefería los aviones grandes. En aquel *jet*, sentía cada turbulencia.

Había cogido un asiento mirando en contra de la dirección del vuelo, y ya comenzaba a sentir náuseas. Mi estómago no paraba de subir y bajar peligrosamente. Miré a mi alrededor con desesperación, temiendo tener que vomitar.

—¿Qué necesita?

—Una de esas bolsas de papel.

—¿Va a vomitar? —preguntó, y por primera vez aquel día no sonó como un imbécil engreído. Parecía realmente preocupado.

—Sí.

—¿Sufre de mareos? ¿Por qué no avisó a mi asistente? Esto puede volverse muy desagradable.

Tuve que corregirme: seguía siendo un imbécil.

—No sabía que me mareaba. Parece que solo me ocurre en aviones pequeños y cuando estoy en mala compañía.

Al segundo siguiente, me entregó una bolsa de papel. Justo a tiempo.

A la media hora de conocerlo, había alcanzado un nuevo nivel de vergüenza: primero el pintalabios y ahora vomitar delante de él. Como me había comido mi peso en comida en la sala VIP, necesité más de una bolsa.

Cuando terminé de tener arcadas, las sostuve con fuerza en la mano para que el olor no impregnara el avión. Me sentía fatal. Ni siquiera tenía fuerzas para llevarlas al baño.

La cabeza me daba vueltas, y sentía que en cualquier momento iba a vomitar otra vez, aunque estaba segura de que no me quedaba más nada.

—Vamos a aterrizar dentro de diez minutos. Eso podría empeorar las cosas.

Lo oí como si estuviera lejos, pero volvió a sonar preocupado.

—Ah, lo que faltaba. No puedo imaginarme cómo podría ser peor. —Ni siquiera me atrevía a abrir los ojos. Tenía la sensación de que eso intensificaba las náuseas.

—Creo que podría ayudarle si cambiáramos de asiento y usted quedara mirando hacia adelante.

—No creo que pueda hacerlo —murmuré.

Sentí que se movía y que colocaba algo suave bajo mi oreja izquierda, justo donde había estado apoyando la cabeza contra el cristal de la ventana. Olía a él. Me había puesto la chaqueta del traje bajo la cabeza.

—¿Está más cómoda ahora?

—Sí —respondí con sinceridad—, gracias.

No había exagerado. Los diez minutos restantes fueron verdadera, honesta y sinceramente horribles.

—Intente inspirar por la nariz muy profundamente y luego suelte el aire con la misma lentitud.

Intenté seguir sus instrucciones. Para mi asombro, funcionó.

—Concéntrese en su respiración: en el puente de la nariz o las fosas nasales, donde sienta el flujo del aire.

Sus palabras me recordaron a una aplicación de meditación que había probado recientemente. No sabía si era su voz o la propia respiración lo que me calmaba, pero me sentí mucho mejor… hasta que las ruedas del avión tocaron el suelo. Estuve a punto de dejar caer las bolsas llenas de vómito, pero las cogí en el último momento y las mantuve bien apretadas entre mis manos. Lo último que quería era que se derramaran por todo aquel elegante y costoso avión.

Después de aterrizar, mantuve los ojos cerrados hasta que dejamos de movernos, y entonces los abrí. Milagrosamente, se me despejó la cabeza. Me enderecé en el asiento, mientras Jake me observaba con atención.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Mejor. Es como si la niebla cerebral se hubiera disipado. Si no estuviera sujetando estas bolsas, habría pensado que era todo producto de mi imaginación.

—Definitivamente sufre de mareos —dijo—. Tenga cuidado al bajar. A veces, volver a tierra firme después de algo así puede desorientar al cerebro y afectar el equilibrio.

—Como cuando se pisa tierra firme después de un viaje en barco —dije. De repente, todo encajó. Me estremecí—. ¿Cómo me las apañaré para el vuelo de vuelta?

—Hay remedios para esto. Le conseguiré algo.

—Gracias. —Desabroché la hebilla del asiento con una mano, sujetando firmemente las bolsas con la otra. Luego doblé con cuidado su chaqueta y se la entregué. Había sido un gesto muy caballeroso por su parte.

—Después de usted —indicó en cuanto el piloto abrió las puertas.

Me eché el bolso al hombro y bajé despacio las escaleras. El piloto me quitó las bolsas de vómito y se deshizo rápidamente de ellas.

—Gracias —dije, sintiéndome realmente agradecida. No quería ni verlas. Sabía que, si percibía siquiera una pizca de su olor, volvería a vomitar.

Jake tenía razón. En cuanto mis pies tocaron tierra firme, sentí que el cerebro me daba vueltas. Me volví hacia él.

—¿Hacia dónde voy?

Señaló a la izquierda, en dirección a un pequeño edificio que probablemente era la terminal de llegadas del aeropuerto. Todavía me sentía un poco inestable, así que avancé con paso lento.

—¿Necesita ayuda? —preguntó.

—Tenía razón sobre lo del equilibrio. Creo que mi cuerpo aún no ha procesado que estoy en tierra firme.

Al segundo siguiente, sentí un fuerte brazo rodear la parte baja de mi espalda. Todo mi cuerpo reaccionó al instante.

—¡Oh! —exclamé sorprendida.

—¿Va a vomitar otra vez?

Me aclaré la garganta.

—No, pero le agradezco que me ayude a mantener el equilibrio. Gracias.

De repente, me invadió un calor sofocante. Me sentí abrumada por la manera en que me sujetaba.

Su contacto era firme y sutil al mismo tiempo. Mi región inferior ardía por completo. No podía explicar mi reacción ante él. Mi cerebro aún debía de estar aturdido por el vuelo.

Apenas entramos al edificio me indicó que me sentara mientras él se ocupaba de unos papeles. No tenía ni idea de qué se trataba ni tampoco me importaba. Pero cuando me ayudó a tomar asiento noté que fruncía ligeramente el ceño, y no fue hasta que se alejó

moviendo su sexy trasero hacia el mostrador, que me percaté del motivo de su cara de desagrado.

Nunca me había enjuagado la boca. Apestaba a vómito.

CAPÍTULO CINCO

JAKE

NATALIE YA PARECÍA HABER RECUPERADO por completo el equilibrio mientras salíamos del pequeño aeropuerto. Un conductor local nos esperaba de pie junto a un Lexus negro.

—Coja el asiento delantero, Natalie —dije—. Será mejor. Y trate de mirar hacia delante.

Ella asintió, y noté que su mirada estaba más alerta que antes. Iba a recuperarse enseguida. Había planeado trabajar un poco en el avión, pero había sido imposible con ella tan descompuesta. Nunca había visto a nadie descompensarse así en un vuelo. Incluso pensé en llamar a un médico.

Llegamos a la casa diez minutos después. Cuando el coche se acercó, el portón se abrió automáticamente. La seguridad era impecable, pero el proceso era un poco engorroso. Antes de nuestra llegada, mi ama de llaves ya había desactivado todas las alarmas. Natalie guardó un silencio sospechoso cuando el coche se detuvo en el camino de entrada, junto a la piscina.

Julio era mi mes favorito para visitar la isla. El clima era perfecto para nadar, y cada mañana empezaba el día con unos largos. Me revitalizaba y me preparaba para enfrentar el día. Era la primera vez que llevaba a alguien fuera de la familia. Siempre había sido mi refugio. No hacía negocios en vacaciones, y nunca había traído a ninguna de las mujeres con las que había salido.

Después de sacar nuestro equipaje de mano, le abrí la puerta del coche. Ella salió inmediatamente y, unos instantes después, el conductor se marchó. Morton conocía bien mi rutina; mi asistente lo contrataba a menudo para mi estancia en la isla. Se mantenía disponible, pero no pasaba la noche en la propiedad. Tampoco lo hacía mi ama de llaves.

—Vaya —murmuró Natalie—, Jeannie tenía razón. Es un lugar increíble. ¿Y esta es su residencia de vacaciones? —preguntó, como

si no pudiera ser verdad.

—Sí. Fue la única que me gustó de las que estaban a la venta. Así que, aunque a mí también me pareció un poco grande, la compré de todos modos. Además, mi familia la disfruta cuando no estoy aquí.

—¿Compró un pequeño hotel porque era lo único disponible?

—¿Acaso estoy a punto de ser juzgado por cómo gasto mi dinero?

Hizo una mueca de preocupación.

Joder. No quería que se sintiera incómoda, pero aquella mujer tenía un don especial para pasar de descarada a fastidiarme en cuestión de segundos.

—Solo era una observación. Ahora entiendo perfectamente por qué Jeannie quiere celebrar la fiesta aquí.

Abrí la puerta, conteniendo la respiración cuando me golpeó otra oleada de su aliento a vómito. Había bebido un poco de agua en el aeropuerto, pero no fue suficiente.

Entramos y ella volvió a soltar un suspiro al mirar a su alrededor.

—Jake, esto es increíble. —Hizo una pausa y se corrigió rápidamente—. Señor Whitley, lo siento. Seguimos tratándonos de usted, ¿verdad?

Y ahí estaba otra vez, ese espíritu combativo asomando la cabeza.

—¿Le molestan las formalidades? —pregunté, esforzándome por no sonreír.

—No, solo me pregunto por qué insiste con eso. No es que haya una gran diferencia de edad entre nosotros, y su abuela me pidió que la llamara Jeannie. Debería tomarme al pie de la letra todo lo que me dijo, incluido el hecho de que usted es una persona muy difícil. —La última frase la dijo en voz baja.

—¿Mi abuela dijo eso? —pregunté. Por Dios. Era verdad, pero no sabía que la abuela iba por ahí diciéndoselo a la gente.

Natalie se encogió de hombros. Aunque tenía el pelo revuelto y seguía oliendo a vómito, no podía negar que era sexy. Si no fuera porque vomitó en el avión, probablemente le estaría mirando las piernas como un maldito adolescente.

—No se equivocaba —afirmó Natalie—, pero me centraré en lo positivo.

—Ah, ¿así que tengo cualidades compensatorias?

—No, no hablaba de usted. Me refería a la casa.

Una vez más, apenas pude contener la risa. Llevaba solo un par de horas con ella, y ya me estaba divirtiendo más que con nadie en mucho tiempo.

—Pero lo primero es lo primero. Necesito urgentemente una ducha para quitarme este olor. ¿Cuál es mi habitación?

—La acompañaré al dormitorio de invitados.

Miró a su alrededor con curiosidad mientras recorríamos la casa. Desde el vestíbulo, cruzamos a la cocina abierta. A la izquierda había un enorme salón, y a la derecha, un comedor. Ambos tenían ventanas panorámicas con vista al jardín y puertas que daban acceso a las terrazas.

Natalie parecía analizar cada detalle y posó su mirada en la impresionante escalera que conducía a la primera planta.

—Vaya, solo he visto este tipo de escaleras en las películas, donde cabría un cortejo nupcial entero.

Al final de la escalera, giramos a la izquierda.

—Esta es su habitación —informé.

Entró y echó un vistazo a su alrededor.

—Dios mío, ¿está seguro de que esto es una habitación de invitados? Es enorme, parece la habitación principal.

—Créame, sé perfectamente dónde está el dormitorio principal.

Se encontraba en el otro extremo del pasillo, con vista al océano. Había derribado las paredes de tres habitaciones para crearla. Me gustaba tener mi espacio.

—¿A qué hora quiere que esté lista la cena?

—Oh, no me diga que el señor Whitley va a arremangarse para preparar la cena —dijo con sarcasmo.

—No, pero mi *chef* privado sí. Solo tengo que llamarlo.

—Espera, ¿habla en serio?

—Sí.

—Puedo preparar la cena si tiene algún ingrediente. No hace falta que llame a nadie.

Su respuesta me tomó por sorpresa.

Natalie Summers era, sin duda, distinta a cualquier otra mujer que hubiera conocido. Su entusiasmo casi infantil resultaba contagioso. Era ingenua, pero en el mejor sentido. Las mujeres con las que salía en Nueva York estaban encantadas con la idea de un *chef* privado.

No estás saliendo con ella, Jake.

—Ya lo he contratado —aclaré.

—Bueno, si usted insiste…

—¿Algún pedido en especial?

—Como de todo, literalmente. Probé un millón de cosas en la sala VIP del aeropuerto. Probablemente por eso terminé tan mareada.

—Le diré que prepare algo sabroso.

—Gracias.

Natalie cerró la puerta, y yo me dirigí directamente al salón para ponerme al día con el trabajo que había postergado en el avión.

CAPÍTULO SEIS

JAKE

DONALD, el *chef,* llegó treinta minutos después. Como Natalie dijo que no le importaba qué comer, dejé que preparara lo que quisiera. Él apreciaba mucho cuando le daba rienda suelta en la cocina.

Mientras tanto, me senté en el sillón y me puse a trabajar desde mi portátil. Tenía tres correos nuevos, pero el más urgente era el de la empresa de selección de personal.

Gruñí al abrirlo.

Señor Whitley, siento no tener buenas noticias. Me ha pedido que fuera sincera con usted y que no le hiciera perder el tiempo. Ahora mismo no tengo ningún candidato adecuado. No creo que encuentre a alguien que se adapte a sus necesidades por el momento. Por supuesto, también puede ponerse en contacto con otras empresas de selección de empleo. No tiene ninguna obligación de confiarnos la búsqueda de empleo exclusivamente a nosotros.

Me levanté y me puse a deambular por el salón mientras miraba por la ventana. Desde allí no podía ver el océano, solo los árboles de hoja perenne que rodeaban la propiedad. Me tranquilizaban y me brindaban equilibrio. Salí al exterior para respirar un poco de aire fresco. Había una razón por la que aquel lugar era mi refugio: vivía una vida de mucha presión. Ese tiempo que tenía para mí mismo me ayudaba a descomprimirme y era crucial para poder seguir al mismo ritmo.

Sabía que no tenía sentido contratar a otra empresa de selección de personal. Aunque a veces le pusiera las cosas difíciles, la empresa de Danielle era la mejor del mercado. Si ellos no podían encontrar un CEO, nadie más podría. No iba a hacer perder el tiempo a nadie, y menos el mío.

—Joder.

—Oh, ¿debo tomar esto como un presagio de que estará aún más gruñón durante la cena?

La voz de Natalie resonó detrás de mí. No la había oído llegar.

Me di la vuelta y la miré con atención. Se había puesto otro vestido y se había hecho algo en el pelo. Le caía en cascada sobre un lado del pecho. Era de color castaño claro, casi rubio a la luz que se filtraba por la ventana. Sus ojos marrones, que en el avión habían estado hinchados y apagados, ahora eran nítidos. Estaba absolutamente deslumbrante. Su vestido era muy seductor, azul oscuro, con escote redondo y sin mangas. Lo bastante corto como para que pudiera verle los muslos, pero no demasiado.

—No la he oído entrar —dije.

Levantó una galleta de arroz.

—He robado algo de la cocina. Me muero de hambre, y eso que comí muchísimo en la sala VIP. Supongo que mi estómago revuelto vació todas mis reservas. Por cierto, lo siento mucho. —Parecía incómoda, cambiando el peso de una pierna a otra.

—No tiene que disculparse por estar descompuesta.

—¿Entonces tengo que disculparme por mi boca atrevida? —preguntó ella, con una sonrisa ladeada.

—Creo que ya ha tenido suficiente castigo con estar descompuesta —dije.

—Ya veo.

—Señorita Summers, estoy de peor humor que antes. Ha dado en el clavo, no voy a ser una muy buena compañía para la cena.

—Gracias por el aviso. Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? No creo que yo le haya hecho cabrear. ¿Fue el cocinero? Por favor, no se desquite con él, parece que está preparando algo delicioso, y no quiero que su alegre personalidad le arruine la inspiración.

No podía creer las cosas que decía aquella mujer. ¿Acaso era real? Nadie se atrevía a vacilarme, nunca.

—He recibido una mala noticia de la oficina —respondí, aunque no tenía por qué compartirla con ella.

Le hice un gesto para que se acercara a la mesa y le tendí una silla. Se rió mientras se sentaba, y yo hice lo mismo al sentarme frente a ella.

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta cómo mantiene sus impecables modales incluso con alguien a quien no soporta.

Parpadeé.

—¿Quién ha dicho que no la soporto?

—¿Quiere decir que es así con todas las personas que conoce?

Le dediqué una sonrisa sincera.

—De hecho, señorita Summers, ahora mismo está viendo mi mejor versión, a pesar de las malas noticias.

Donald trajo las mismas galletas que Natalie ya estaba masticando junto con un bol de crema de cacahuete. Era mi favorita. Al instante, sumergió una galleta en la crema.

—Háble me de esas malas noticias.

Parecía realmente interesada. No estaba acostumbrado a eso. Las mujeres con las que salía no se preocupaban por mis problemas, solo por los restaurantes a los que las llevaba o las vacaciones que les pagaba.

Oye, no estás saliendo con ella, dijo una voz en el fondo de mi mente.

—Es complicado. Mis abuelos me pidieron un favor, algo que no soy capaz de cumplir.

—¿Acaso se puede ser más misterioso? —me desafió ella.

Me reí porque tenía razón. Estaba siendo innecesariamente misterioso.

—¿Qué sabe de *Whitley Industries*? —pregunté.

—¿Sinceramente? Que es una gran compañía y tiene mucho éxito.

—Eso es lo que piensa la mayoría de la gente. Pero algunas de sus empresas no van tan bien. La de publicidad es una de ellas. Me pidieron que me hiciera cargo durante un tiempo hasta que se recupere.

Se detuvo en el acto de llevarse una galleta a la boca.

—Pero usted tiene su propia empresa en Nueva York.

—Exacto. Les prometí que les ayudaría a encontrar un CEO, pero no puedo cumplirlo. Ahora mismo no hay nadie en el mercado adecuado para el puesto.

—Eso es imposible —dijo Natalie.

—Créame. He contratado a una excelente empresa de selección de personal para que busque a alguien. Han estado buscando durante las últimas semanas y no han encontrado a nadie.

—Entonces, contrate a otra —dijo—, o espere un poco más.

—No me gusta la idea de esperar —admití, comiéndome yo también una galleta—. Mi abuelo tendrá que volver al trabajo, lo cual es una pésima opción.

Frunció el ceño mientras dejaba la galleta en el plato y sacaba la lengua para lamerse la salsa de cacahuete del labio inferior. Mi cuerpo reaccionó de inmediato. Tuve el extraño impulso de saltar por encima de la mesa, atrapar su labio inferior con los míos y besarla hasta dejarla sin aliento.

—¿Por qué? —preguntó Natalie, con auténtico interés. Me estaba gustando hablar con ella. Era una mujer intrigante.

—Mi abuelo tuvo un infarto hace unos años —expliqué—. El médico le ordenó que dejara de trabajar. Ya me enfadé con mis hermanos cuando me enteré de que había empezado a ir a la oficina de nuevo.

Sus ojos se suavizaron. Vi un cambio instantáneo en su expresión.

—Está preocupado por su abuelo —dijo.

—Sí, claro que sí.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Vaya, sí que tiene corazón —dijo.

—A usted no hay quien le gane, ¿verdad?

—Al contrario, esto que acaba de contarme sin duda es un punto a su favor.

En ese momento, el *chef* apareció con nuestra comida. Había preparado ceviche de atún, uno de mis favoritos. También nos trajo varios vinos para elegir. Ambos optamos por el tinto de las Bodegas Maxwell.

—Vaya, esto tiene muy buena pinta —dijo Natalie.

—De plato principal, hay entrecot —dije.

—Me encanta el entrecot. También lo comí en la sala VIP del aeropuerto. ¡Qué suerte que ya me siento mejor!

Prácticamente devoré el ceviche. Me moría de hambre, pues no había comido nada desde la mañana. Aquel día parecía no tener fin.

Tras el primer bocado, Natalie cerró los ojos y emitió un sonido de placer. Tuve que ajustarme los pantalones.

Joder, ¿qué me pasa? No podía reaccionar así. Natalie estaba allí porque mi abuela la había contratado para organizar su fiesta de cumpleaños. No iba a llevármela a la cama ni a una cita.

—¿Qué piensa hacer con lo del CEO? —preguntó.

—No suelo decir esto, pero no lo sé. Todavía me lo estoy pensando. Mi prioridad es la salud de mi abuelo.

—Y que la empresa salga adelante, supongo.

—No me importa especialmente la empresa —admití.

—No esperaba esa respuesta. ¿Acaso *Whitley Industries* no es su legado?

Se me desencajó la mandíbula.

—No. Me fui de Boston para crear mi propia empresa.

—Lo siento. No quería inmiscuirme. Parece un tema muy personal.

—Lo es.

Terminamos el ceviche en silencio, y luego Donald trajo el plato principal: entrecot con patatas asadas y tres tipos de salsas. Una era de pimienta, otra *gravy* y otra de mostaza.

—No me puedo creer que haya preparado todo esto solo para nosotros. —Observaba emocionada las salsas, sirviéndose una cucharada de cada una en su plato, separadas con cuidado para que no se mezclaran—. Oh, todo está delicioso. Le daría hasta un beso al *chef*.

Gruñí por instinto y traté de disimularlo con una tos fingida. *¿Pero qué demonios me pasa?* La idea de que lo besara no me gustó ni un pelo.

—Háble**me** de usted, señorita Summers. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo este trabajo?

Se reclinó en la silla y repiqueteó sobre la mesa con los dedos de su mano izquierda.

—Se lo diré con una condición: llámeme Natalie.

—Natalie —dije.

—De hecho, este es mi primer evento.

Me quedé helado.

—¿Qué?

¿Mi abuela había contratado a una novata para organizar una fiesta en mi casa?

—Ya veo esa expresión de escepticismo en tu cara. ¿Crees que voy a destrozar tu casa?

—No —respondí—. Pero tengo mis dudas.

—¿Como por ejemplo?

—Que no sepas lo que estás haciendo.

—¿Dudas de la capacidad de elección de tu abuela?

—Creo que mi abuela tiene un gran corazón. Y a veces, cuando alguien le cae bien, toma decisiones importantes basándose solo en eso.

Natalie parpadeó rápidamente.

—No soy una incompetente, señor Whitley.

—Creía que nos estábamos tuteando.

—Me lo estoy replanteando. —Su tono se volvió frío.

—Natalie, no pretendía ofenderte.

—Te sale natural. Empiezo a darme cuenta de ello. Le dije la verdad a tu abuela y te la voy a decir a ti también. Y, por favor, te pido que te abstengas de hacer comentarios al respecto: Ella es mi jefa, no tú.

Me eché a reír, no pude evitarlo. Me miró como si hubiera perdido la cabeza. Tal vez sí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella.

—La manera en la que continuamente me das el coñazo. Nunca había conocido a nadie que hiciera eso.

Me miró boquiabierta.

—¿Lo estás disfrutando?

—No, simplemente me divierte.

Me hizo un gesto de desestimación con la mano.

—En fin… Como le dije a tu abuela, llevo bastante tiempo organizando fiestas de manera no oficial. Mi madre tuvo un negocio de eventos hasta hace tres años. Debido a… circunstancias

inesperadas, necesito ganarme la vida con esto. Al menos durante un tiempo.

—¿Debido a circunstancias inesperadas? —pregunté—. ¿Quién está en plan misterioso ahora?

Se le desencajó la cara. Era la primera vez que perdía realmente la chispa desde que la conocí, sin contar el episodio en el avión.

—Sí. Bueno, es algo personal, y no me siento cómoda compartiéndolo con un perfecto desconocido, que, para colmo parece dispuesto a utilizar todo lo que digo en mi contra.

—Natalie —dije, mirándola directamente a los ojos porque quería que supiera que hablaba en serio—. Eso sería un golpe bajo. Nunca haría algo así. Simplemente me sorprendió que mi abuela contratara a alguien que no tiene años de experiencia en el negocio. Y más teniendo en cuenta que la fiesta se celebrará en mi casa.

La sonrisa pícara había vuelto. Se removió en su silla.

—O sea que de verdad temes que destroce tu casa. Admítelo.

—Se me ha pasado por la cabeza —respondí mientras cortaba el entrecot.

—No te preocupes. Te presentaré el programa detallado de la fiesta para que estés al tanto de todo lo que pasará aquí.

Joder. Aquello parecía una pesadilla. ¿Cuántas horas de mi vida me costaría estar al corriente de la planificación de la fiesta?

—Eso suena más a amenaza que a promesa.

—Puede ser —admitió—. Solo quería ver la cara que ponías.

—No tengo tiempo para repasar *cada cosa* contigo —dije, confirmando lo obvio.

—Entonces supongo que solo te informaré sobre el plan general y tendrás que confiar en mí para el resto. Voy a organizar la fiesta perfecta para tu abuela. Estaba pensando que mañana podríamos charlar sobre ella. Me gustaría contar con un poco de información privilegiada para saber qué la motiva, qué cosas le suelen gustar, qué la hace feliz. Ella ya me ha dicho lo que quiere, pero creo que, tanto en la vida como en las fiestas, son los pequeños detalles los que marcan la diferencia, los que crean ese subidón inesperado de felicidad.

Me sorprendió gratamente la calidez de su voz cuando habló de mi abuela. Pero, por otro lado, no había conocido a nadie que tratara con Jeannie Whitley y no la quisiera. Mi abuela era una persona cálida que hacía amigos al instante.

También solía juzgar muy bien a las personas, excepto cuando se trataba de su hijo, claro. Pero mi padre había conseguido engañar a todo el mundo. Aun así, iba a preguntarle por qué había contratado a Natalie en concreto. Su falta de experiencia oficial seguía sin cuadrarme.

—No te preocupes. Era otra amenaza. ¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó.

—Pensaba relajarme un poco.

Se rió entre dientes.

—Lo dices como si tu plan acabara de desmoronarse.

—Natalie, suelo venir aquí solo.

—Ah, y te estoy fastidiando. No pasa nada. Recorreré la propiedad sin hacer ningún ruido. Por cierto, tienes hermanos, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, apuesto a que al menos uno de ellos tendrá más ganas de hablar que tú. Le preguntaré a Jeannie si le parece bien que me ponga en contacto con ellos para obtener toda la información que quería sobre tu abuela.

Bebí un sorbo de vino tinto después de terminar mi último bocado de entrecot.

—Entonces, ¿ya te has dado por vencida conmigo? —quise saber.

Guiñó un ojo.

—Reconozco una causa perdida cuando la veo. Te dejaré hacer tu yoga o lo que sea que hagas para relajarte aquí. Y luego, por la noche, no te molestaré más. —Al instante, gruñó y se le borró la sonrisa—. Mierda, debería ir a una farmacia a comprar algo para el mareo antes de irme mañana.

—Ya he dado instrucciones al chófer para que te traiga una pulsera para las náuseas y unas pastillas.

—Gracias —murmuró antes de bajar la mirada hacia el plato. No podía descifrarla, y eso me volvía loco. En un segundo, actuaba

como si yo fuera el mayor imbécil del mundo. Al siguiente, parecía completamente sorprendida por lo que le había dicho.

En cuanto se bebió la copa de vino, se puso en pie y dijo:

—Si no te importa, voy a echar un vistazo a la propiedad esta noche, para hacerme una idea de cómo es al atardecer y esas cosas.

—Te enseñaré la mejor parte para la puesta de sol —dije, sin dejar de mirarla a la cara. Era más difícil cuando estaba de pie. Era tan jodidamente sexy que quería contemplarla todo el tiempo. Su cintura era menuda, pero las curvas de sus nalgas y sus pechos eran generosas y absolutamente apetecibles.

—Me acabas de decir que te gusta pasar el tiempo aquí solo.

—Como has señalado, mañana por la noche estaré solo.

Me dedicó una sonrisa diferente a la anterior.

—Vale. Entonces guíame, Jake.

—Así que vamos a seguir tuteándonos —bromeé mientras abría los ventanales que daban a la terraza.

—No, eso aún está por decidir. Pero de momento, parece que hemos llegado a una tregua.

Aquella noche me lo estaba pasando mejor que en la última década de mi vida. Natalie era un soplo de aire fresco. A pesar de mis reservas sobre la decisión de la abuela, respetaba a Natalie. Era tenaz.

—Este es el lugar perfecto para la puesta de sol —murmuró.

—No, este está muy bien, pero hay uno aún mejor. Vamos. —Le miré los pies. Llevaba bailarinas, así que le vendrían bien para nuestro paseo—. Tienes el calzado adecuado. Venga, vamos.

—Vale —dijo, bajando los escalones con paso vacilante. Salimos del pasillo exterior y nos adentramos en el césped que conducía a las tuyas orientales. Me encantaban esos árboles. Había un sendero cuesta arriba entre los árboles de hoja perenne.

—Lo descubrí por casualidad cuando corría una tarde. Me pareció oír ruidos procedentes de esa dirección. Resultó ser un pájaro construyendo su nido.

—Bueno, no me vendrá mal un poco de ejercicio antes de ir a la cama —murmuró mientras subíamos.

No pude evitar reírme.

—¿Consideras a esto ejercicio?

—Por supuesto que sí. Después de volar en esa trampa mortal y vomitar hasta el alma, esto definitivamente cuenta como un entrenamiento.

—¿Te encuentras mal? Podemos volver.

—No, Jake, solo estaba… No importa. A veces mi sentido del humor falla un poco, sobre todo después de beber un poco de vino… ¡Vaya, esto es precioso! —exclamó, y luego se quedó completamente en silencio.

Llegamos justo a tiempo para ver la puesta de sol. Quizá teníamos otros cinco minutos más. El sol estaba suspendido sobre el horizonte, tan cerca de la superficie que su reflejo en el agua creaba la ilusión de un enorme sol gemelo.

—Nunca he visto algo tan bonito —murmuró. Solo había sinceridad en su voz. Tragué saliva, mirándola. Era una persona auténtica, y eso era lo que yo siempre había anhelado—. Creo que este podría ser mi lugar favorito de la propiedad —sentenció.

No me lo esperaba. Habría pensado que preferiría cualquier otro rincón de la lujosa mansión, pero no, le gustaba la puesta de sol allí.

Ambos nos quedamos en silencio mientras veíamos cómo el sol desaparecía tras el horizonte. Ni siquiera sacó el móvil para hacer una foto.

Entonces se frotó los brazos de arriba abajo y noté que tenía la piel de gallina. La noche se había enfriado bastante. Sin pensarlo, me quité la chaqueta de inmediato y la coloqué sobre sus hombros.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Gracias. Te debo una. De todas maneras, tendría que llevarla a la tintorería.

—No, no hace falta.

—Dormí sobre tu chaqueta en el avión. Estoy bastante seguro de que la manché.

—No te preocupes.

Luego, en cuanto se puso el sol, dije:

—Venga, volvamos a la casa o vas a quedarte helada. La temperatura baja rápido cuando cae la noche.

—Sí, ya se siente el frío. Por tonta no me he traído ningún jersey. Pero no importa, lo dejaré aquí por hoy. Quiero que esta imagen sea la última del día. Si nos quedamos despiertos hasta muy tarde, podrías convertirte en una calabaza. O, en tu caso, en un ogro. —Su descaro había vuelto, y me encantó.

En ese momento supe que, si nos quedábamos un rato más allí, acabaría besándola.

CAPÍTULO SIETE

NATALIE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me desperté a las siete, como de costumbre. La casa estaba envuelta en un silencio inquietante. Respiré profundamente, me acerqué a la ventana y la abrí de par en par, dejando que entrara la brisa. El aire era algo frío y olía a sal, pero en general, todo era simplemente precioso. Me duché rápido y me puse unos vaqueros y la camisa más gruesa que tenía, que, a decir verdad, no era muy gruesa. Me pregunté si Jake volvería a ofrecerme su chaqueta.

Dios, ese hombre estaba lleno de contrastes. No conseguía descifrarlo. Por un lado, era reservado hasta el punto de ser grosero. Podía manejar esa faceta suya sin problema. Por otro, era sorprendentemente atento, caballeroso… y condenadamente atractivo. Esa era la faceta que no podía manejar en absoluto. Las diferencias entre Jake y mi ex eran enormes, pero también tenían similitudes. Ambos estaban centrados en su carrera, pero mientras que el enfoque de Jake era directo e intenso, Vince era un trepa al que le encantaba aprovecharse de la gente. Eso lo aprendí por las malas.

Caminé de puntillas por la casa, sin saber si Jake aún dormía o si tenía el sueño ligero. Mis zapatos repiqueteaban en el suelo de mármol, así que me los quité, sosteniéndolos con una mano. El mármol estaba helado bajo mis pies descalzos. Bajé las escaleras, mirando a mi alrededor y preguntándome si había alguien más levantado.

Jake no estaba por ninguna parte y, por lo que pude ver, tampoco había ningún miembro de su personal. La casa era una maravilla. Si me perteneciera, nunca la abandonaría, y mucho menos volvería a Nueva York. Había visitado la Gran Manzana un par de veces y siempre me había parecido abrumadora y demasiado ruidosa.

Me puse los zapatos justo antes de salir. Respiré profundamente, cruzando los brazos sobre el pecho para mantener el calor.

¿Por dónde empiezo? ¿A dónde voy?

Estuve tentada de volver al lugar que Jake me había enseñado el día anterior, solo para ver cómo era a plena luz del día, pero no podía perder el tiempo. Quería recorrer la propiedad y decidir si instalaría una carpa al aire libre. Era una pena cubrir aquel césped impecable con una estructura, pero debía considerar todas las opciones antes de presentárselas a Jeannie.

Di unos pasos para rodear la casa y me detuve en seco, quedándome completamente inmóvil ante el espectáculo que tenía delante: Jake Whitley estaba haciendo ejercicio.

No llevaba nada más que unos pantalones de *jogging*, y ese "atuendo" me enamoró. Lo lógico habría sido darme la vuelta y regresar por donde había venido. No era una mirona y, sin embargo, no podía moverme. Mis ojos estaban fijos en él. Incluso desde aquella distancia, su cuerpo era impresionante. ¿Qué había hecho, contratar a un entrenador personal para esculpir cada músculo a la perfección? Nunca había visto a nadie así. Al menos, nadie con quien hubiera estado desnuda. Y Vince… Bueno, mejor ni compararlo. Pero Jake… *Madre mía*. Parecía sacado de la portada de una revista, aunque incluso esas imágenes estaban retocadas, ¿no? Jake Whitley era real. En parte, lamentaba que eligiera hacer ejercicio con pantalones de *jogging*. Si normalmente entrenaba solo, ¿por qué no desnudo? O quizá eso era lo que hacía habitualmente y se había puesto los pantalones por mí.

¡Nat! ¡Contrólate!

Estaba haciendo flexiones y, aunque debería haberle dejado continuar con sus cosas, no pude evitar acercarme. Su pelo oscuro estaba empapado, ya fuera por el ejercicio o por el agua. Le caían gotas por la frente. ¿Se habría duchado antes?

—¿Así que esto es lo que haces en tu escapada? —pregunté—. ¿Te levantas a las siete para hacer ejercicio?

Se detuvo en medio de una flexión, me miró y luego adelantó un pie para incorporarse, quedando cara a cara conmigo.

Joder. No me lo había pensado bien.

De cerca, no solo era sexy. Su *sex appeal* era de otro planeta. Una fina capa de sudor cubría su torso, pero de algún modo, eso solo resaltaba aún más su masculinidad. Sus ojos azules parecían más brillantes al sol de la mañana y sus pómulos estaban aún más definidos que la noche anterior.

Mientras hacía flexiones, no había podido ver bien sus hombros, pero en ese momento los tenía prácticamente en la cara. Por suerte, podía inspeccionarlos con la excusa de mirar detrás de él. No estaba siendo demasiado obvia, ¿verdad?

—Me levanté a las seis. Nadé media hora antes de entrenar. Es lo que hago cuando estoy aquí, tienes razón. Me levanto temprano, entreno, y luego empiezo el día.

—Mmm —respondí, arrastrando mi mirada desde su esculpido hombro derecho hasta sus ojos—. Eres muy disciplinado, incluso en tu tiempo libre, ¿eh?

—Creo que la disciplina debe prevalecer en todo momento.

—¿Prevalecer? —bromeé.

—¿Tienes algún problema con mi uso de la lengua castellana?

—No, es que te gusta utilizar palabras formales.

Me miró como si estuviera loca y me dijo:

—Daré una vuelta contigo. Solo dame diez minutos para ducharme.

—No tienes por qué hacerlo. Eres un hombre ocupado.

Ladeó la cabeza. ¿Era mi imaginación o me estaba mirando la boca? Resultaba difícil saberlo. Tal vez fuera solo una ilusión, pero, real o no, mi cuerpo reaccionó de inmediato ante la idea de que pudiera estar interesado en mí. Sentí que se acumuló un calor entre mis muslos.

Genial, Natalie. Ahora te sientes atraída por el nieto de tu cliente, que encima es un poco imbécil.

—He dicho que lo haré.

—Bien, esperaré.

Asintió. Estuve a punto de decirle que no tenía que ducharse por mí. Su sudor me parecía increíblemente sexy, pero incluso yo sabía que eso sería totalmente inapropiado, así que me callé.

Mientras se acercaba a la casa, ni siquiera fingí que no le estaba mirando el culo: era perfecto. No había otra manera de describirlo. Se me hizo la boca agua. *Mmm…*

Vaya, vaya, ¿quién lo hubiera dicho? Solo ha pasado una noche y Jake Whitley ya se ha suavizado. Aunque… quizá no debería cantar victoria todavía. Después de una ducha y un café, podría volver a ser el mismo gruñón de ayer.

De cualquier manera, me alegré de tener la oportunidad de que me enseñara la propiedad. Quería que me diera su aprobación sobre ciertas cosas. Al fin y al cabo, era su casa, así que debía tener voz y voto en cada detalle. También necesitaba saber si había zonas a las que no debía acceder.

Bajó quince minutos después, pero no se unió a mí de inmediato. Hablaba por teléfono, paseándose por la terraza oeste con el ceño fruncido. Incluso desde mi posición, podía oír que hablaba con su abuela. Hasta mencionó a su abuelo. Unos minutos después, guardó el teléfono en su bolsillo y bajó los escalones de mármol para reunirse conmigo.

—Oh, has vuelto a tu modo gruñón, ¿verdad? —pregunté.

No sonrió.

—Empecemos el recorrido.

—De acuerdo.

Bueno, el milagro solo había durado unos minutos.

—¿De cuánto tiempo dispones? —pregunté.

—Treinta minutos.

—Eso es más que suficiente. ¿Quieres que te explique mis ideas? —pregunté.

—Claro, ¿por qué no?

—Vale, estaba pensando que no hay necesidad de montar una carpa. Tu casa es lo bastante grande como para servir los aperitivos dentro. El equipo de *catering* lo pondrá todo en la isla de la cocina y en la mesa del comedor. Habrá calientaplatos, por supuesto. En cuanto al exterior, me pondré en contacto con la empresa de alquiler de muebles para que coloquen algunas mesas y sillas en la terraza. Pero yo evitaría poner nada sobre el césped. Es perfecto tal como está, sería una pena arruinarlo. Por otra parte, Jeannie parece

amante del aire libre, a juzgar por lo encantador que es su jardín en Boston. Así que intentaré que la zona exterior sea lo más acogedora posible para que el corazón de la fiesta esté allí, junto a los árboles.

Me detuve de golpe, mirándole. Parecía distraído.

—¿Has escuchado una palabra de lo que he dicho? —pregunté.

—No, te pido disculpas. ¿Decías?

Bajé los hombros.

—Mira, no tiene sentido hacer esto si no vas a prestar atención. Tienes otras cosas en las que centrarte. Simplemente quería que supieras lo que había planeado. Dime si hay algo que no esté permitido. De hecho, ¿por qué no empezamos por ahí? ¿Hay algo que no quieras que haga en absoluto?

—Me gustaría que la planta superior permaneciera cerrada.

—Perfecto, me encargaré de que así sea. De todas maneras, no hay motivo para que los invitados suban. Tu abuela dijo que los invitados pasarían la noche en los distintos hoteles de los alrededores.

—Bien. ¿Hemos terminado?

Me quedé boquiabierta.

—¿Tienes prisa?

—Sí. Deberíamos volver a Boston inmediatamente.

Parpadeé varias veces.

—Creía que ibas a quedarte y disfrutar de tu descanso sin Natalie esta noche y mañana. —Hice una pausa—. Espera, ¿has dicho *deberíamos*? ¿Tú también vuelves a Boston? ¿Para quedarte o es solo una escala?

Entonces, al observarlo, me di cuenta. No estaba enfadado como el día anterior, tenía el ceño fruncido y su mirada era decidida y sombría, no engreída.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Mi abuelo ha tenido que ir a urgencias. —Su tono era uniforme, pero su expresión lo delataba. No lo decía, pero estaba preocupado.

—¡Dios mío! ¿Está bien? —exclamé, llevándome una mano al pecho. Tuve el extraño impulso de apoyar mi mano en su hombro, con la esperanza de calmarlo un poco, aunque parecía

perfectamente sereno. Sin embargo, tenía la inquietante sensación de que, por dentro, estaba hecho polvo.

—Dice que sí.

—Pero tú no le crees —afirmé.

—No. Mis abuelos tienen la costumbre de restar importancia a las situaciones de salud. No quieren preocuparme, ni a mí ni a mis hermanos.

—Ah, ya veo. Así que de ahí lo sacas —dije en tono burlón.

No sabía muy bien por qué lo había dicho. No intentaba fastidiarlo como la noche anterior, solo quería aliviar la tensión. Por suerte, funcionó, porque su boca se curvó en una media sonrisa.

—¿Qué?

—Pareces tan fuerte y tranquilo, pero es evidente que estás muy preocupado por él.

Sus hombros se relajaron, pero su ceño se frunció.

—¿Cómo puedes saberlo?

—No estoy segura… —respondí—. ¿Has hablado con alguno de tus hermanos?

—Ninguno contesta, lo que es aún más preocupante. —Dijo la última palabra como si le costara pronunciarla, como si admitir que estaba preocupado no fuera algo habitual en él. Tenía la sensación de que estaba viendo una faceta suya que normalmente se guardaba para sí mismo. Y por alguna razón, esa vulnerabilidad lo hacía aún más atractivo.

O quizá todavía estaba alterada por la tormenta hormonal que me había provocado antes de irse a duchar.

—¿Por qué me has dejado seguir hablando de la fiesta? —pregunté—. Vámonos.

—Porque es importante para mi abuela. Pensé que al menos podríamos dejar todo listo antes de volver a Boston, donde, según ella, todo va bien. Excepto por el hecho de que mi abuelo ha tenido que ir a urgencias.

Tragó saliva con fuerza.

—Tengo la maleta hecha. Puedo ir a buscarla ahora mismo y nos marchamos enseguida.

—No, hagámoslo. Repasemos todo una vez más antes de irnos.

—¿Prometes prestar atención? —bromeé.

—Prometo intentarlo.

—Con eso basta.

—Mi abuelo ya está en casa, así que no es una emergencia. Pero quiero que cojamos el vuelo en cuanto terminemos el recorrido.

—De acuerdo. —Di una palmada—. Presta atención, será rápido.

Tragué saliva, intentando concentrarme.

Ay, Natalie… realmente corres el riesgo de perder la maldita cabeza cuando estás cerca de este hombre.

Le eché la culpa de eso a sus hombros perfectamente esculpidos.

CAPÍTULO OCHO

NATALIE

LE EXPLIQUÉ todos los detalles a toda prisa. Por su parte, Jake cumplió su palabra: me escuchó y me hizo las preguntas adecuadas. En cuanto terminé, su actitud cambió por completo. Hizo un movimiento circular con sus hombros, lo que hizo que pareciera aún más alto. Estaba entrando en "modo negocios".

—Tengo a un piloto esperando. ¿Cuánto tardarás en estar lista?

—Ya estoy lista.

—Pues entonces voy arriba a por tu maleta.

Abrí la boca y la volví a cerrar. No iba a rechazar esa oferta.

—Gracias. De todas maneras, voy contigo. Necesito coger mi bolso.

Sentí su presencia a mi lado mientras caminábamos hacia la casa. Irradiaba fuerza y masculinidad; su lenguaje corporal era diferente al de antes. Unos instantes después, mientras subíamos a la segunda planta, sacó su teléfono.

—Colton, por fin. Llevo toda la mañana intentando localizarte.

Dios mío, esa voz. ¿Así le hablaba a su hermano? Como si le estuviera dando órdenes. De repente, me lo imaginé en una sala de juntas. No creía que nadie se atreviera nunca a contradecirlo.

—¿Estás seguro? —Su tono era cortante—. Voy a ir a Boston de todos modos. Sí, hoy mismo. Quiero ver cómo está el abuelo. Es hora de que él y yo tengamos una charla. Gracias.

Acto seguido, se guardó el teléfono en el bolsillo.

—No te llevas muy bien con tu hermano, ¿verdad?

—Claro que sí. —Parecía confundido por mi pregunta.

—Oh, vaya, me he confundido—dije—. ¿Siempre le hablas así?

—Le hablo así cuando estoy cabreado.

En cuanto entramos en la habitación, cogí mi bolso y él agarró la maleta. Sus brazos se flexionaron de una manera muy sensual al levantarla.

—Perdona, odio hacer esto, pero tengo que sacar algo de la maleta. Esta camiseta no es muy cómoda. Me la puse porque era la más gruesa que tenía.

Volvió a dejarla en el suelo, con la mandíbula tensa.

—Claro, esperaré fuera de tu habitación.

—No hace falta. Iré al baño a cambiarme, será rápido.

Me apresuré hacia el baño y me quité la camiseta en un abrir y cerrar de ojos. Por alguna razón, estaba nerviosa. ¿Por qué? ¿Porque me estaba cambiando mientras él estaba en la habitación de al lado? Era ridículo.

Me puse una camisa blanca de algodón. A ese estilo lo llamaba *business* casual, aunque era más bien informal. ¿A quién le importaba? Solo era un vuelo y ya no estaba intentando impresionar a Jake. Era evidente que no había funcionado. Además, a esas alturas tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Cuando volví a entrar en el dormitorio, estaba sentado en la cama y noté que me miró de arriba abajo. Me quedé clavada en mi sitio, sintiendo un calor abrasador recorrerme por dentro. *¡Joder!* Se levantó bruscamente de la cama y se aclaró la garganta mientras yo metía la otra camisa en la maleta.

—¿Lista para irnos? —Su voz era serena, su tono serio.

Así que lo de antes había sido un desliz. ¿Había luchado contra el impulso de mirarme tanto como yo luchaba contra lo mismo? Vaya reflexión. Sentí que mi temperatura subía unos grados más.

No te ruborices, Natalie. No te ruborices.

Tal vez solo fuera una reacción instintiva al tener a una mujer delante. Intenté no fijarme demasiado en el volumen de su brazo derecho mientras volvía a coger mi maleta y bajábamos las escaleras. Ya había un coche esperando frente a la casa. Al llegar a la puerta, recogió su propia maleta. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí cuando entramos.

—¿No vas a cerrar la casa? —pregunté.

—No. La señora Winters, mi ama de llaves, va a venir a ocuparse de todo.

Me abrió la puerta del coche y, al sentarme, rocé accidentalmente su pecho con el brazo. La reacción de mi cuerpo fue

demencial. Sentí que se me erizaba la piel en todas partes. Literalmente, *en todas partes*. No solo en los brazos y las piernas, sino también en el vientre e incluso más abajo. Ni siquiera sabía que eso fuera posible. Se me cortó la respiración. Entonces, noté que Jake exhalaba bruscamente y su aliento cálido rozaba mi sien. Por instinto, levanté la vista hacia él. Tenía los ojos clavados en mis labios. Con la respiración agitada, me acomodé en mi asiento y él cerró la puerta. Tragué saliva, jugueteando con mis pulgares sobre mi regazo.

Se unió a mí unos segundos después. Quise mirarlo a la cara, intentar descifrar lo que estaba pasando, pero ni siquiera me miró. En lugar de eso, se centró en el conductor.

—Morton, ¿tiene las cosas que le pedí que consiguiera para la señorita Summers?

—Sí, señor. Pasé por la farmacia esta mañana. Aquí están, y también la pulsera. —Me entregó una bolsita.

—Oh, gracias. —Me sentí realmente conmovida. Aunque tenía un millón de cosas de las que ocuparse esa mañana y estaba muy preocupado por su abuelo, se había acordado de mis mareos.

Fruncí el ceño.

—Espera, ¿cómo se supone que debo ponerme la pulsera?

—Ven aquí. Dame la mano, he visto cómo se hace.

—Gracias.

—Extiende la mano izquierda.

Seguí sus instrucciones. Cogió la pulsera y la sacó del paquete.

—¿Ya la has usado otras veces? —pregunté.

—Ben, mi socio, también sufre de mareos. Y siempre la lleva consigo cuando viajamos en avión.

Sentir las ásperas yemas de sus dedos sobre mi piel era casi insoportable, sobre todo después de nuestro momento anterior.

Dios mío, por favor que no vuelva a…

Por supuesto, mi piel volvió a erizarse.

Me mordí el labio inferior mientras ajustaba la pulsera. Puso tres dedos en la zona justo debajo de mi palma y luego presionó con el pulgar entre mis venas.

—Aquí es donde tiene que presionar el dispositivo.

Me aclaré la garganta y asentí.

—Gracias.

Aseguró la pulsera en cuestión de segundos y luego me soltó la mano. Deseé que no lo hubiera hecho. Su toque era relajante y sensual al mismo tiempo.

—¿Debo tomar las pastillas ahora? —pregunté en voz baja.

—Como desees —respondió—. Hasta donde sé, el efecto es rápido, pero te dará algo de sueño.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Probablemente durante todo el vuelo. Tal vez más.

—¿Crees que con la pulsera será suficiente?

—No hay forma de saberlo.

No quería otro episodio de vómitos, así que también me tomé una pastilla.

El resultado fue que dormí todo el vuelo y, cuando el avión tocó la pista al aterrizar en Boston, me desperté sobresaltada.

Los ojos de Jake se clavaron en mí.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos. Estabas completamente inconsciente.

Me pregunté cómo no me había dado un calambre en el cuello o algo así, y entonces me di cuenta de que había vuelto a usar su chaqueta de traje como almohada.

Dios, qué bonito detalle.

La doblé con cuidado, inspeccionándola en busca de alguna señal de baba. No había nada, gracias a Dios.

Se la devolví justo cuando el avión se detuvo.

—Muchas gracias.

Asintió.

—¿Seguro que no quieres que la lleve a la tintorería?

Me miró como si estuviera diciendo una locura.

—Tengo gente que se encarga de eso. No te preocupes.

Sentí que me había despachado, así que miré por la ventanilla, pero, por supuesto, aquel no era el mismo aeropuerto al que estaba acostumbrada.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. No es el aeropuerto Logan.

—Es una pequeña zona de aterrizaje para aviones privados. Era más fácil conseguir un hueco de última hora aquí.

—Nunca había estado aquí.

—No hay conexión con vuelos comerciales, así que probablemente no.

El piloto abrió la puerta unos instantes después y me ayudó a bajar. Jake descendió tras de mí con nuestras maletas.

—Humm… Voy a pedir un Uber —dije, esperando que hubiera alguno disponible en la zona. En Logan, siempre había taxis y otras opciones de transporte terrestre para los viajeros.

—Tonterías. Tengo el coche esperándome. Te llevaré primero y luego iré a casa de mis abuelos.

Volvía a estar tenso, como si se preparara para recibir malas noticias.

—Gracias. Eres muy considerado.

Me dispuse a quitarme la pulsera y devolvérsela, pero negó con la cabeza.

—No, quédatela. Quién sabe cuándo podrías necesitarla.

—Cierto. Después de lo mal que lo he pasado, la llevaré conmigo en la mayoría de mis viajes en avión. ¿Cuánto te debo?

—Natalie. —La manera en que pronunció mi nombre hizo que me estremeciera de satisfacción—. Olvídalo. Lo digo en serio. No te preocupes por eso.

—Pero…

—Lo digo en serio.

Y no insistí más, porque en ese momento tenía cosas más importantes en las que pensar.

Rodó nuestras maletas por el pequeño edificio hasta la salida, donde esperamos el coche

—Si quieres, podemos ir directamente a casa de tus abuelos, y yo puedo ir en Uber desde allí, así puedes llegar antes. Sé que estás deseando ver cómo está tu abuelo. —Hice una pausa y luego agregué—: De hecho, tengo una idea mejor. Si no es una intromisión, podría ir contigo y contarle a Jeannie alguna de mis ideas para distraerla de todo lo que ha pasado.

Jake se volvió para mirarme con intensidad.

—¿Harías eso?

—Sí. ¿Por qué no?

—Me parece una muy buena idea, porque ella se preocupa mucho en estos casos. Cuando le dio el infarto, estuvo abatida durante semanas.

—Es comprensible. Ay, pobres Jeannie y Abe. —Se me encogió el corazón por ellos.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunté mientras el coche, otro Lexus negro, se acercaba. ¿Acaso tenía uno en cada ciudad?

—No lo sé.

—No te gusta mucho estar aquí, ¿verdad?

—No.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Me recuerda a mi padre, con quien no tengo la mejor relación. —Su tono no invitaba a seguir hablando. Sus ojos azules ya no brillaban como esa mañana antes de hablar con su abuela. Le desagradaba profundamente estar allí y, aun así, había volado sin dudarlo porque su abuelo lo necesitaba. Al principio me pareció un gruñón, pero debajo de aquellas espinas había un hombre generoso y amable. Y me gustaba demasiado.

El coche se detuvo y Jake volvió a abrirme la puerta. Esa vez me aseguré de no rozarlo por accidente. Por mucho que me hubiera gustado sentir aquellos firmes músculos de nuevo, no era una buena idea.

Él iba a regresar a Nueva York en breve y yo tenía mis propios problemas, así que, por muy seductora que fuera esa tensión entre nosotros, tenía que ignorarla.

El trayecto hasta la casa de Jeannie duró más de cuarenta minutos. ¿Cómo podía haber tanto tráfico un sábado por la tarde? No lo entendía. A mi lado, Jake estuvo al teléfono todo el rato, dando órdenes. Nunca sonaba irrespetuoso, pero su tono firme destilaba autoridad en cada frase.

Tamborileaba con los dedos sobre el asiento de cuero. Una vez más, me sorprendió lo atractivas que eran sus manos, y también sus antebrazos. ¿Cuándo se había remangado? Probablemente en el avión.

Miré por la ventanilla y me esforcé por no prestar atención a la conversación, para que no pareciera que estaba escuchando. Me removí en el asiento, estiré los brazos y nuestras manos se rozaron por accidente.

Madre mía. Todos mis esfuerzos por evitar el contacto al subir al coche habían sido en vano. Lo había hecho de nuevo.

El calor se acumuló entre mis piernas, haciéndome exhalar con fuerza. Le eché un vistazo rápido. Su mirada estaba clavada en mis muslos. Como si hubiera sentido que lo observaba, levantó la vista y me miró. Mis mejillas ardieron y giré bruscamente la cabeza hacia la ventana.

—Lo siento, ha durado más de lo que pensaba. Procuro no ignorar las llamadas de los clientes —dijo tras colgar.

—No te preocupes.

Llegamos a casa de sus abuelos unos segundos después, y Jake salió primero. Probablemente iba a abrirme la puerta, pero no me molesté en esperar. Me desabroché el cinturón de seguridad y salí enseguida.

—¿Seguro que te parece bien? Puedo pedirle al chófer que te lleve a casa ahora mismo —ofreció Jake mientras rodeaba el coche.

—No, no te preocupes. De verdad. A menos que creas que estoy molestando.

—No, para nada. Voy a tener una conversación seria con mi abuelo, así que, de hecho, me vendría bien que entretuvieras a mi abuela mientras tanto.

—Oh, ya veo. Quieres que sea tu cómplice. Exijo saber exactamente en qué me estoy metiendo.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Usted es tremenda, señorita Summers.

—Oh, ¿vamos a volver a lo de los apellidos? Solo para saber cómo actuar.

—No, seguiremos tuteándonos, Natalie.

Mi nombre en su voz sonaba diferente esta vez, y algo en mi vientre se revolvió. ¿Acaso eran mariposas? Aquel hombre tenía un efecto sorprendente sobre mí.

Natalie, olvídate de las mariposas.

Sin embargo, no podía. Mi ex, Vince, nunca me había provocado esa sensación. Y aunque habíamos roto hacía seis meses, no estaba buscando otra relación. Tampoco parecía que Jake estuviera interesado en tener una.

—¿Sacamos las maletas?

—No, Cal esperará aquí hasta que terminemos.

No cuestioné su decisión. Me alegró no tener que ir arrastrando la maleta por todas partes.

Jake y yo cruzamos el pequeño jardín y subimos por el porche. No se molestó en llamar, simplemente entró. Nos quitamos los zapatos y los dejamos en la entrada.

—¡Abuela, abuelo! —llamó en voz alta—. Natalie y yo estamos aquí.

Jeannie asomó la cabeza desde el salón.

—Dios mío. No tenías por qué venir, lo tengo todo bajo control.

Me quedé de piedra. Cuando Jake había dicho que su abuela estaría abatida, había esperado que tal vez estuviera un poco nerviosa, pero Jeannie parecía una persona completamente distinta a la mujer que había conocido antes. Tenía ojeras, mechones de pelo sueltos escapaban de su moño y parecía agotada.

—Abuela, ¿has dormido algo? —preguntó Jake. Su voz estaba cargada de preocupación.

—Ya sabes cómo me pongo cuando pasan estas cosas.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer. Yo subiré a hablar con el abuelo y Natalie te mostrará los planes para la fiesta. Se le han ocurrido muy buenas ideas. —Me miró con cierta inquietud, y supe exactamente lo que estaba pensando. ¿Debería sacar el tema? Pensé que podría distraerla, pero tal vez lo que Jeannie necesitaba era alguien con quien hablar.

—Jeannie y yo estaremos bien —le aseguré. No sabía cómo iba a conseguirlo, pero sabía que podía.

Asintió con determinación y subió las escaleras. Jeannie me sonrió, y en aquellos ojos azul brillante vi un destello de la mujer que había conocido antes.

—¿Te lo ha puesto difícil?

—De hecho, sí. Pero le devolví el favor dándole el coñazo.

Jeannie estalló en carcajadas, echando la cabeza hacia atrás y apoyando una mano en su pecho.

—Dios mío, habría pagado mucho dinero por ver eso. Sabes, esta es una de las razones por la que te contraté —dijo mientras nos dirigíamos al salón.

—¿Qué?

—Pareces el tipo de mujer que podría lidiar con mi nieto.

—¿Cómo lo supiste?

Jeannie hizo una mueca de duda y luego apretó los labios, como si se hubiera sorprendido a sí misma hablando de más.

—Solo tuve la corazonada, querida, de que podría surgir la oportunidad de "darle el coñazo", como tú dices.

Agaché la cabeza, avergonzada.

—Siento mucho haber utilizado esa expresión delante de ti. No ha sido nada profesional.

—No te preocupes, cariño. Me ha sacado de mis preocupaciones durante un minuto, y lo necesitaba muchísimo.

Al parecer, había encontrado cómo llegar a ella. Nos sentamos en el sofá del salón y le mostré mis ideas para la fiesta. Para mi sorpresa, escuchó atentamente y asintió varias veces.

—Todo esto suena muy bien.

—Intuyo que viene un "pero".

—Bueno, ahora con Abe, sinceramente no estoy segura de que desplazarnos sea una buena idea.

Tenía razón.

—No había pensado en eso, pero no hay problema, podemos buscar opciones cerca de Boston. Aún tienes tiempo de decidir.

Asintió, pero su atención comenzó a desviarse.

—Sí, haz eso por favor. —Miró hacia atrás—. ¿Cuánto tiempo llevan arriba?

—Solo diez minutos. ¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Jeannie cerró los ojos.

—Se agarró el brazo y cayó al suelo. Luego perdió el conocimiento.

Dios. Eso sin duda sonaba a un infarto.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que necesita reposo total y absoluto. Fui una tonta al dejarle ir a la oficina.

—Jeannie, no puedes culparte.

—Oh, sí que puedo culparme, querida. Los hombres Whitley son extremadamente testarudos. Fíjate en lo de "extremadamente". Incluso cuando no les beneficia. Mi trabajo consiste en evitar que lleguen a estos extremos. Dios, si lo perdiera…

—Pero no lo perdiste, Jeannie —dije con suavidad—. Está aquí, y te asegurarás de que descanse bien a partir de ahora.

—Sí —afirmó ella, un poco abstraída—. Jake estaba furioso. No fue mi intención ocultárselo, simplemente no encontré el momento para llamarle.

—¿Todo esto ocurrió ayer?

—Sí, por la tarde.

En ese momento entendí por qué Jake se había cabreado. Podía entender que no llamara inmediatamente, pero ¿por qué no lo hizo después de unas horas?

Ambas nos levantamos del sofá al oír pasos en la escalera.

—¿Ves? Está bien —dijo Jeannie.

—No está bien, abuela, y lo sabes —replicó Jake. Aunque su voz era amable, las palabras eran directas, y Jeannie encajó la reprimenda en silencio.

—¿De qué has hablado con él? —preguntó.

—De que no debe volver a acercarse a *Whitley Advertising*.

El alivio en el rostro de su abuela era evidente.

—Entonces, ¿quién se hará cargo de la empresa? Sabes que tu abuelo no dejará que se vaya a pique sin más.

Jake miró a su abuela, inhalando profundamente.

—Lo sé. Por eso asumiré el cargo de CEO de inmediato.

CAPÍTULO NUEVE

NATALIE

—OH, querido, es una noticia maravillosa. Deberíamos celebrarlo. ¿Está durmiendo tu abuelo?

Jake tenía el ceño fruncido. No era una decisión fácil para él; ser director general de ambas empresas sería extremadamente difícil, de eso estaba segura.

—Sí. No lo molestemos, podemos hacer un brindis en otro momento. —Su voz era completamente plana, como si no creyera que aquello fuera motivo de celebración.

—Tus hermanos están de camino, así que, en cualquier caso, los seis podemos celebrar que tu abuelo está en casa… y tu decisión, si quieres. —Me miró—. Bueno, los siete.

—Yo me marcharé, no quiero estorbar.

No quería entrometerme, sobre todo si iban a ir los otros Whitley. Mi trabajo ya estaba hecho, y parecía que eso era justo lo que Jeannie necesitaba para sentirse mejor: saber que Jake iba a hacerse cargo del negocio, aunque fuera a regañadientes.

—Tonterías. Cuantos más, mejor.

Jake se acercó a mí.

—Natalie, mi oferta sigue en pie. No tengo intención de quedarme aquí mucho tiempo. Te llevaré a casa y luego me iré a un hotel.

—¿Estás seguro de que no molesto?

No tuvo ocasión de contestar porque sonó el timbre.

—¡Serán ellos! —vociferó Jeannie, evidentemente encantada de tener a toda su familia reunida.

Jake frunció el ceño.

—¿Qué hiciste, llamarlos en cuanto te dije que venía a Boston?

—Exacto. Supuse que estarías más tranquilo si sabías que todos estábamos cuidando de tu abuelo. Así que, si no estás muy ocupado, podríamos brindar con una copa de champán.

—Estoy muy ocupado, pero supongo que a todos nos vendrá bien una celebración después de este susto. Tendré que reorganizar muchas cosas para mi traslado temporal a Boston.

Sonó el timbre de nuevo. Cuando Jeannie abrió la puerta, entraron cuatro de los hombres más guapos que había visto en toda mi vida.

¿Qué pasa con los genes de esta familia?

Inspeccioné a cada uno de ellos. Todas podían ser modelos fácilmente, y los ojos parecían ser un rasgo distintivo de la familia. El color de su cabello variaba entre castaño y rubio oscuro, pero uno de ellos, que me resultaba vagamente familiar, tenía el pelo aún más oscuro.

De repente, se me iluminó la mente. Era Gabe Whitley. Había aparecido en un anuncio promocionando su destilería artesanal. Lo recordaba con claridad, porque era raro que un empresario protagonizara sus propios anuncios.

—¿Ya estás agobiada? —preguntó Jake.

—Sí, por los genes increíblemente atractivos de tu familia.

Me di cuenta de que lo había dicho en voz alta al ver su expresión cambiar. Pensé que se burlaría de mí o que incluso se reiría. En lugar de eso, parecía molesto. ¿Por qué? ¿Porque había elogiado a sus hermanos? La mente de aquel hombre era un misterio.

—Chicos, tengo una gran noticia para vosotros —anunció Jeannie —. Jake ha decidido que, después de todo, se mudará a Boston.

—¡Qué buena noticia, tío! —dijo uno de ellos.

—Temporalmente —aclaró Jake.

—Sigue siendo una buena noticia —señaló Jeannie—. Lo que estás haciendo por tu abuelo es admirable, querido, y te quiero por ello.

Gabe Whitley me miró.

—No creo que nos hayan presentado antes. Hermano, ¿has tenido novia todo este tiempo y nos lo has ocultado? Eso no es propio de ti.

Mis mejillas ardían.

—No es mi novia. Natalie es la organizadora de eventos de la abuela —explicó Jake.

—Oh, perdona. —Gabe me guiñó un ojo—. Ya me parecía raro. No conozco a nadie que pueda soportar a mi hermano. Soy Gabe, encantado de conocerte.

—Lo sé —respondí—. Creo que te he visto en un anuncio de Destilerías Whitley, ¿puede ser?

—Así es —dijo Gabe, claramente contento de que lo reconociera. Le estreché la mano.

El resto de los hermanos se presentaron instantes después: Colton, Spencer y Cade.

Cade me guiñó un ojo.

—Natalie, solo para que lo sepas, podemos ser un poco intensos.

—No hay problema, no me asusto fácilmente. —aseguré.

—Mejor. Bueno, habrá que celebrar, supongo —dijo Spencer—. El hijo pródigo vuelve a casa.

—No voy a volver —respondió Jake.

—La oveja perdida regresa al rebaño —añadió Spencer, ignorando la aclaración de Jake—. Tío, vamos a torturarte con todas las frases cursis que existen. Déjanos disfrutarlo. Nunca pensamos que volverías a Boston algún día.

—Solo hizo falta que el pobre abuelo enfermara para que volvieras.

Esa vez fue Colton, supuse. Empezaba a confundirlos.

—¿Podéis comportaros mientras Natalie esté aquí? —preguntó Jake.

—Eeeh… no —replicó Gabe, mirándome directamente.

—Como organizadora de la fiesta de la abuela, creo que conviene que te acostumbres a nosotros. Así estás preparada para todo lo que pueda suceder en el día de la fiesta.

Me reí entre dientes.

—Gracias por avisar.

Me pregunté cómo era posible que todos sus hermanos fueran tan relajados y bromistas, y que Jake fuese todo lo contrario. Bueno, para ser justos, Colton tampoco era la alegría de la huerta. Pero Jake… Jake era excesivamente gruñón, y su familia parecía

genuinamente contenta de que estuviera en casa. Eso solo hizo que me preguntara aún más por qué se había empeñado tanto en mantenerse alejado de Boston. En Martha's Vineyard, cuando habló de asumir la empresa, parecía más molesto por el hecho de estar en la ciudad que por dejar su negocio en Nueva York. Por otra parte, tal vez tuviera una novia allí. Aunque, según lo que había dicho Gabe, no parecía lo más probable.

—Mis nietos pueden darte algunos dolores de cabeza —advirtió Jeannie—, pero ninguno como Jake.

—¡Abuela! —protestó Jake, pero Jeannie pareció no inmutarse.

—¿Qué? Es la verdad. Aunque tengo que decir que no siempre fue así. Cade era el que siempre nos daba más dolores de cabeza. En el colegio solía sorprender a los profesores con todo tipo de bromas. Una vez metió una rana en el bolsillo de un profesor. Luego pasó a travesuras más pesadas. Temerarias, dirían algunos. —El ambiente se volvió tensó por un instante, y entonces Jeannie añadió —: Spencer era quien intentaba suavizar las cosas, a pesar de que tenían la misma edad.

—¿Sois gemelos? —pregunté sorprendida.

Spencer asintió.

—Sí. Yo siempre he sido el conciliador.

—Excepto cuando intentabas cubrirme haciendo travesuras peores solo para quitarme la atención de encima —señaló Colton.

—¿Travesuras peores? Eso es imposible —intervino Cade—. Yo era el Whitley más temerario, y no cederé ese título a nadie.

—Sí, bueno, ahora soy más sabio. Tengo estrategias más inteligentes —afirmó Spencer.

—Además, ya no comparto mis aventuras con la familia —añadió Cade, guiñando un ojo.

—Eso es lo que tú crees, muchacho —replicó Jeannie con una sonrisa pícara. La expresión de Cade pasó de la suficiencia al estupor. Volviéndose hacia Gabe, añadió—: Gabe también estaba decidido a darme tantos dolores de cabeza como fuera posible. Intentó convencerme de no asistir al último curso del instituto.

—Eso no salió muy bien —admitió Gabe—. Y menos mal que te mantuviste firme, abuela.

Jeannie se dirigió al aparador, cogió unas copas y las puso en una bandeja. Colton descorchó una botella de champán y las llenó.

¿Cuándo las había dejado allí? No podía creer que solo media hora antes pareciera un fantasma de sí misma. En ese momento estaba animada y sonriente y había vuelto a ser la misma mujer que conocí cuando me contrató.

—Haz los honores, querida —dijo, acercándose a mí con la primera copa.

—Gracias, Jeannie.

Los chicos extendieron la mano para coger sus copas, y entonces Natalie cogió también la suya. Acto seguido, todos brindaron. Yo permanecí de pie, un poco incómoda, sin saber si debía unirme, pero Jeannie me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

Me ubiqué entre Jake y Gabe. Mientras brindábamos, tropecé accidentalmente con Jake y él me sujetó por el hombro con firmeza, para que no perdiera el equilibrio. Sentí ese contacto en todo el cuerpo.

Madre mía. Había estrechado la mano de todos sus hermanos y no había sentido ni una chispa. Pero cuando Jake me tocaba, incluso a través de la ropa, ardía al instante.

Tras el primer sorbo, todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Colton y Cade querían subir a ver cómo estaba su abuelo. Spencer y Gabe preguntaban a Jake dónde pensaba vivir.

—Chicos, vuestro abuelo está descansando, pero seguro que querrá veros más tarde. Y vosotros dos, dejad en paz a Jake. Es un hombre adulto, él decidirá dónde quiere vivir —dijo Jeannie.

Gabe se volvió de nuevo hacia mí.

—Natalie, cuéntanos qué has planeado para la fiesta de la abuela.

—No hay nada definitivo todavía —respondí, entrando inmediatamente en modo trabajo—. Jake y yo viajamos en avión a Martha's Vineyard, a su casa de vacaciones, porque lo que primero habíamos pensado con Jeannie era organizar allí un *destination birthday*. Pero como vuestro abuelo necesita recuperarse, está reconsiderándolo.

Un silencio sepulcral siguió a mi explicación. Gabe miró a Jake y luego a sus otros tres hermanos.

—¿Acaso he oído bien? —preguntó Spencer—. ¿Habéis cogido un vuelo juntos a Martha's Vineyard?

—Eso es imposible —dijo Cade—. Nunca lleva a nadie allí.

Colton se aclaró la garganta.

—¿Jake?

Apenas podía contener la sonrisa. Me gustaba ver a Jake en esa situación con sus hermanos. El personal del aeropuerto, los dos chóferes e incluso el *chef* intentaban ser lo más invisibles posible en su presencia. Sus hermanos eran todo lo contrario: estaban dispuestos a pincharlo por todo.

—La abuela me pidió un favor y se lo hice —respondió Jake con cautela.

Gabe silbó con fuerza.

—Natalie, eres más dura de lo que creía. Has sobrevivido a un viaje a Martha's Vineyard con Jake y aún no has renunciado al trabajo. Tengo la sensación de que podrás con todo.

—Gracias por los ánimos —respondí.

Colton guardó un sospechoso silencio, limitándose a observar a Jake. Cade y Spencer parecían completamente atónitos.

—Espera, necesito más detalles —dijo finalmente Cade, dirigiéndose a mí—. ¿Cómo es que no has salido corriendo?

—Como ya he dicho, no me asusto con facilidad —respondí. Además, no tenía otra opción que aceptar el trabajo, pero eso no tenían por qué saberlo. Y, para ser sincera, me estaba divirtiendo. Jeannie era encantadora. Y Jake… bueno… era un bombón, pero eso no venía al caso.

El hombre no iba a quedarse en Boston durante mucho tiempo. Además, éramos completamente opuestos. Yo era una persona *alegre*. De hecho, mi madre siempre decía que yo era la más risueña de sus hijas. Me gustaba ser agradecida con lo que tenía. Mi padre nos había enseñado a serlo desde pequeñas.

«Natalie, cariño, has tenido un día duro, no una vida dura. Recuerda siempre ser agradecida con lo que tienes».

Lo intentaba incluso en esa situación.

Jake, en cambio, parecía decidido a ser infeliz. No éramos compatibles en lo más mínimo. Excepto por la química que existía entre nosotros. Teníamos de sobra.

—Bueno, Natalie y yo tenemos que irnos —dijo Jake, dejando su copa vacía sobre la mesa del salón—. La dejaré en su casa y luego iré al hotel.

—Puedes quedarte en casa de cualquiera de nosotros —ofreció Colton—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué dices, tío? —intervino Gabe—. Eso arruinaría su estilo. Interferiría con su rutina matutina de *jiu-jitsu*, o lo que sea que practique.

—Deberías probarlo alguna vez —dijo Jake.

Me sorprendió el sutil cambio en su voz. Estaba más relajado. Solo había pasado unos minutos con su familia y ya se notaba la diferencia. Pero, a fin de cuentas, Jeannie era mi clienta, y aún no habíamos decidido qué hacer ahora que la casa de Jake estaba descartada. No había ninguna razón para volver a verlo. Y esa idea me desanimó.

Clavó sus ojos azules en mí. Me quedé inmóvil.

—Natalie, ¿estás lista?

Sentí que estábamos solos en la habitación, aunque los Whitley seguían charlando.

—Sí, estoy lista, vámonos… Jeannie, pensaré en otras opciones y te llamaré para coordinar una reunión, ¿vale?

—Claro que sí, cariño. Seguro que encontraremos la mejor manera de celebrar este acontecimiento. —Volviéndose hacia su nieto, añadió—: Jake, gracias por todo y bienvenido de vuelta a casa.

Él besó la mejilla de su abuela y estrechó la mano de sus hermanos antes de salir. Fuimos directamente al coche. Subí rápido, sin darle la oportunidad de abrirme la puerta. Por alguna razón, sentía que aquel era un momento intenso entre nosotros. Vaya tela.

Cuando ambos estuvimos dentro, Jake se volvió y preguntó:

—¿Cuál es tu dirección? —preguntó Jake.

—Vivo en East Boston[1].

—De acuerdo —afirmó el conductor tras darle la dirección exacta, y el coche arrancó. Miré a Jake en silencio. Tenía un millón de preguntas en mi cabeza.

—Pregunta —dijo de repente, sobresaltándome.

—¿Cómo sabes que quería preguntar algo?

Me miró de reojo, tamborileando los dedos sobre el espacio vacío entre nosotros. Tenía que dejar de obsesionarme con sus dedos.

—Siempre pones la misma expresión cuando estás a punto de acribillarme a preguntas.

—¿Por qué decidiste aceptar el trabajo si al principio estabas tan reacio?

—Mi abuelo no está bien. No voy a dejar que arriesgue su vida intentando mantener la empresa a flote. Ya se me ocurrirá algo en Nueva York.

Miró por la ventanilla mientras yo me derretía por dentro. Desde el momento en que lo conocí, supe instintivamente que Jake Whitley siempre haría exactamente lo que quisiera, sin importarle las consecuencias. Pero aquel día descubrí que ponía a su familia por delante de todo.

—¿Sabes? No es tan malo —dije—. Boston es una ciudad increíble.

—Lo sé. Crecí aquí.

Vale, había vuelto el Jake gruñón, y parecía que no saldría de ese bache. Eché un vistazo al exterior, repasando mentalmente posibles lugares para fiestas en Boston y sus alrededores para Jeannie. Estaba claro que le gustaban los espacios al aire libre, así que eso descartaba casi la mitad de los lugares que conocía. Tendría que buscar nuevas opciones.

Llegamos a mi calle unos veinte minutos después. Vivía en un barrio bonito, lejos de la bahía, pero acogedor y que me gustaba muchísimo. Salí del coche y me dirigí al maletero para coger mi maleta, pero Jake llegó antes. Interesante. Ni siquiera había intentado abrirme la puerta. ¿Acaso eso significaba que se había dado cuenta de lo que me habían causado las interacciones anteriores? No, eso era una tontería. Quizá simplemente estaba

ensimismado. Sacó mi maleta y la llevó rodando hasta la puerta de mi casa.

Cuando vi la carta asomando por mi buzón, me quedé helada. Reconocí la letra: era de mi ex, Vince. ¿Por qué demonios me escribiría una carta? Él también vivía en Boston.

—Natalie, ¿pasa algo?

Cogí la carta sin molestarme en abrirla. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Gracias por traerme la maleta, Jake. Bienvenido a Boston. —A continuación, saqué las llaves del bolso. Él seguía ahí, al pie de los escalones. Intenté meter la llave, pero me temblaban tanto las manos que se me cayó.

Jake apareció a mi lado en un instante y cogió la llave.

—¿Cuál abre la puerta?

—La grande, la dorada —dije.

Introdujo la llave y la abrió de par en par. Al entrar, tiré inmediatamente la carta a la papelera que tenía junto a la puerta de la cocina.

—Natalie —dijo, mientras yo alejaba la maleta de la entrada—. ¿Qué ha pasado? ¿De quién era esa carta? Parecías reconocer la letra, así que o era un vecino o alguien que te conoce muy bien. A juzgar por lo pálida que te has puesto, diría que es lo segundo.

—¿Acaso eres detective en tu tiempo libre? —intenté bromear, pero mi voz sonó débil.

—¿Necesitas un detective? —preguntó Jake con seriedad.

Cerré los ojos, soltando una risa sin ganas. Sabía que lo decía en serio, y su reacción me pareció… entrañable.

—No, para nada.

Se quedó en la puerta, claramente sin intención de irse hasta que le contara lo ocurrido.

—Dime qué te pasa. Quiero saberlo. Quiero ayudarte.

—Pasa —dije—. Es curioso, ayer parecías desesperado por librarte de mí y ahora no quieres dejarme sola.

—Es que estás temblando —replicó.

—¿Quieres sentarte? —Señalé mi pequeño sofá junto a la pared.

Asintió, y ambos nos sentamos.

—Es de mi exnovio. No tengo ni idea de cómo ha conseguido mi nueva dirección. Me mudé aquí hace poco y no la he compartido con nadie, excepto con mi mejor amiga, Larissa, y ella no se lo diría ni a él ni a nadie.

—¿Te está acosando?

Aquellas palabras me dejaron en *shock*.

—No, nada de eso. O al menos, no lo creo. Simplemente es un imbécil. Rompimos hace seis meses y ha intentado volver conmigo un par de veces.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó.

—No lo sé. Creía que ya había desistido de la idea de volver conmigo, porque hace un mes que no sé nada de él. Tal vez esta sea su manera de decirme que sabe dónde estoy. Un mensaje de texto habría bastado, pero siempre le gustó intimidarme.

—No me imagino que alguien sea capaz de intimidarte.

—Eso es porque no conoces a mi ex —dije con una sonrisa triste.

—¿Tiene algo que ver con la razón por la que cambiaste de trabajo?

—Sí. Dicen que todo pasa por algo, ¿verdad? Bueno, también he leído que, a veces, la razón es simplemente que tomas decisiones estúpidas y obtienes resultados estúpidos. Ese es mi caso.

—Natalie. —Su voz fue suave—. Mi familia tiene varios apartamentos en la ciudad. Puedo hablar con mis hermanos ahora mismo y ver si hay alguno disponible para que te mudes.

No podía creer lo que acababa de decir.

—Espera… ¿Estoy soñando? ¿Por qué me ofreces eso?

—¿Es seguro para ti vivir aquí?

—Aunque no lo fuera, ¿por qué te ofrecerías a ayudarme de esta manera?

—Porque tenemos apartamentos y puede que necesites un lugar donde quedarte. —Su mirada me dejó paralizada. Era intensa y estaba cargada de preocupación.

Negué con la cabeza.

—Gracias por la oferta, pero realmente no es necesario. Y aunque lo fuera, no la aceptaría.

—¿Por qué no? —Sonaba exasperado, como si no pudiera entenderlo.

—No te conozco, Jake. Ni a tu familia. Conocí a tu abuela hace un par de semanas y a ti, ayer. No puedo simplemente aceptar mudarme a una de vuestras propiedades.

Se puso de pie y se quitó la chaqueta. Mi pequeña y acogedora casa estaba inusualmente calurosa, y no tenía sistema de climatización.

—Cualquier cosa que necesites, llámame. Lo digo en serio.

—Es muy generoso de tu parte, Jake. Nunca imaginé que harías algo así.

—Estás recuperando tu descaro. Eso es bueno. —Mirando a su alrededor, añadió—: Me gusta tu casa, es muy acogedora.

—Gracias. Quería que fuera lo más acogedora posible. Tengo un poco de obsesión por los cuadros. Siempre estoy comprando obras de artistas prometedores.

—Pues quedan bien aquí. Encajan.

Intenté verlo desde su punto de vista. Su propiedad en Martha's Vineyard no podía ser más diferente: enorme, con cada mueble elegido por un decorador. En cambio, toda mi casa cabía en su salón, y la mayoría de mis muebles los había comprado en rebajas. Por eso todo era una mezcla de estilos, pero me encantaba.

Mi sofá gris era suave y aterciopelado, mientras que la alfombra, de color rosa, alegraba el espacio. La cocina era negra con tiradores dorados en los armarios. Venían con la casa y cambiarlos habría sido demasiado caro. La verdad era que no me gustaba el negro, pero tenía que admitir que resultaba elegante. El comedor tenía una mesa de madera maciza con sillas a juego, cada una con un cojín independiente. Todo descansaba sobre una enorme alfombra redonda gris. Las paredes estaban llenas de fotos familiares y cuadros. Algunos eran representaciones clásicas de la naturaleza, otros tenían un estilo más postmoderno. No había un tema recurrente; simplemente compraba lo que hacía feliz a mi alma.

—Gracias por traerme a casa.

—Seguiremos en contacto —dijo.

—¿Sí? Hubiera apostado a que estás encantado de librarte por fin de mí.

Me miró fijamente y yo me relamí el labio inferior, decidida a sostenerle la mirada.

—Has vuelto a la casilla de salida con la fiesta de mi abuela, ¿no?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—A menos que tengas el número de teléfono de alguno de mis hermanos, sigo siendo tu única *fuente de información* sobre lo que le gusta y lo que no.

—Vaya, es verdad.

Asintió, con un dejo de satisfacción en el rostro.

—Claro que lo es.

—No parecías muy entusiasmado con la idea de ayudar cuando estábamos en tu casa.

—Acabé descubriendo que eso tiene… ventajas.

Estuve a punto de preguntar cuáles eran esas ventajas, pero no lo hice. Jake y yo habíamos pasado de enemigos a… algo incierto. Y quería saber dónde estaba parada antes de volver a presionarle. La mera idea de seguir viéndolo me provocó un estremecimiento.

—Me alegra saberlo —murmuré.

—Que pases una buena noche, Natalie. Llámame si necesitas algo.

—Gracias.

Cuando se marchó, me desplomé en el sofá. No podía creer lo que había hecho Vince. Lo único que quería era olvidarme de que nuestra relación había existido, pero al parecer, eso no iba a ser posible.

Envié un mensaje a Larissa para avisarle de que ya estaba de vuelta en la ciudad. Había pensado en llamarla, pero en su lugar, decidí hacer una videollamada con mis padres. Era tarde en Grecia, pero ellos nunca se acostaban antes de medianoche.

Para mi sorpresa, cuando mi madre contestó, toda la familia me saludó. Se encontraban en el jardín trasero del hotel, reunidos alrededor de una mesa.

—Ey, ¿qué hacéis todos levantados? —pregunté.

—Estamos disfrutando de la tarde. Hoy ha hecho tanto calor que hemos estado casi todo el día en casa —respondió mi madre.

Doris y Calvin Summers llevaban treinta y cinco años casados y estaban tan enamorados como el primer día. Se conocieron en la cafetería donde ella trabajaba como camarera, y mi padre siempre decía que había sido amor a primera vista.

Tuvieron a mis hermanas, Angie y Nellie, con solo un año de diferencia. Yo llegué cinco años después que Nellie.

—¿Dónde está Fig? —pregunté, refiriéndome a la hija de Nellie, Fionela. Desde pequeña, la llamábamos Fig.

Se fueron pasando el teléfono hasta que Nellie lo sostuvo sobre la cuna. Fig dormía plácidamente. Mi corazón se llenó de ternura.

—Es adorable —susurré mientras Nellie le devolvía el teléfono a mi madre. Ver a mi sobrina me recordó lo mucho que deseaba tener hijos. Solo esperaba encontrar al hombre adecuado, pues no me entusiasmaba la idea de criar a un niño yo sola. Había esquivado una bala con Vince, pero lamentablemente resultó ser un imbécil.

—¿Qué tal el viaje a Martha's Vineyard? —preguntó mi madre.

—Estuvo bien. La finca es preciosa, pero el marido de mi clienta enfermó y ella ya no quiere una fiesta en un destino lejano. Tendré que buscar un lugar en Boston. —Decidí no contarles lo del avión; era demasiado embarazoso.

—No tengo dudas de que encontrarás el sitio perfecto. Tienes un don para descubrir joyas ocultas. —Ese fue un gran elogio viniendo de mi madre. Siempre me había gustado ser su mano derecha, pero era exigente.

Entonces, mi padre me preguntó cómo iba la búsqueda de trabajo, y mi estado de ánimo cayó en picado.

—Estoy en la última ronda de entrevistas para el trabajo del que te hablé —dije. No era especialmente emocionante, pero el anterior tampoco lo había sido. Eso sí, estaba bien pagado.

—¡Pero tienes un título muy valioso! —exclamó mi madre—. Todo irá bien, ya lo verás.

Mis padres se enorgullecían mucho de mi título universitario. Era la única de la familia que lo había conseguido. Mi padre trabajó en la construcción toda su vida, y mi madre pasó de ser camarera a

organizadora de eventos. Mis hermanas, en cambio, habían trabajado en un hotel del centro antes de mudarse a Grecia para la apertura de una nueva sucursal.

—¿Y qué más hay de nuevo? ¿Alguna otra noticia? —pregunté, deseosa de cambiar de tema.

Me hablaron con entusiasmo de todas las reparaciones que tenían que hacer en el *B&B* y de cómo estaban pensando en añadir un menú para cenar. Mis padres parecían extasiados, al igual que Angie. Nellie también estaba contenta, pero se la notaba agotada.

Después de terminar la conversación, me comí unas sobras que encontré en la nevera. Definitivamente, había sido una buena decisión no contarles lo de la carta de Vince. Solo se habrían preocupado en vano.

Intenté centrarme en lo positivo. Seguía estando a cargo de la organización de la fiesta de Jeannie y, además… iba a volver a ver a Jake Whitley.

No podía creer lo mucho que esperaba ese momento…

---

1 Nota del Traductor: **East Boston** es un barrio diverso de carácter residencial famoso por sus enclaves frente al mar, como los parques LoPresti y Piers, con vistas al puerto, y la playa de arena de Constitution.

CAPÍTULO DIEZ

JAKE

ME REGISTRÉ en el Hotel Four Seasons, en una de sus mejores *suites*, hasta decidir cuáles serían mis próximos pasos. No quería comprometerme con el alquiler de un apartamento, ni ocupar uno de nuestros pisos. En resumidas cuentas, no pensaba quedarme tanto tiempo en Boston. Iba a decirle a Danielle que continuara buscando un CEO.

A la mañana siguiente, llegué a la oficina a las siete en punto. Necesitaba ponerme al día cuanto antes. Mi equipo de Nueva York no parecía sorprendido por mi decisión. De hecho, Ben se mostró muy entusiasmado con la idea de dirigir la empresa durante un par de meses. Era su oportunidad de demostrar su valía. Tendría llamadas diarias con ellos, y yo mismo me encargaría de hablar con nuestros clientes más importantes, aunque eso significara jornadas de trabajo aún más largas de lo habitual. No importaba. Estaba en Boston para trabajar duro y asegurarme de que el abuelo se recuperara lo antes posible. Nada más.

Y para mantener a Natalie a salvo, dijo una voz en mi mente.

Dios mío, tenía que dejar de obsesionarme con ella. Insistió varias veces en que estaba bien, pero mis instintos me decían que solo intentaba tranquilizarme. Sabía captar las señales. Intentó sonreír, pero le falló la expresión. Ni siquiera tuvo energía para burlarse de mí. Y cuando vio la carta en el buzón, se puso completamente pálida. Reconocer la letra bastó para descolocarla.

Fuera lo que fuese que había entre ella y aquel imbécil, no pintaba bien.

Mi chófer se detuvo ante la enorme entrada del edificio. Betty se encargaba de contratar chóferes para mí allá donde fuera. Hasta ese momento, no tenía ninguna queja de Cal, y siempre le daba una buena propina.

Salí del coche y contemplé la estructura. Hacía años que no pisaba la sede de *Whitley Advertising*. Estaba en pleno centro de

Boston, cerca del Ayuntamiento. Reconocí el asador junto a la entrada; llevaba trece años en el mismo sitio.

Gabe y Cade habían quedado conmigo allí. Gabe era el que estaba más al tanto de lo que ocurría en la empresa, y Cade también había asesorado al abuelo y al equipo en varias ocasiones.

Whitley Advertising era una de las empresas más importantes del sector, pero cuanto más grande la compañía, más estrepitosa podía ser la caída, y más graves podían llegar a ser los problemas de liquidez, incluso por un pequeño error de cálculo. No había tenido tiempo de revisar los libros contables de la empresa, pero ya me hacía una idea de lo que iba a encontrar. Siempre empezaba por los libros: los números nunca mentían. A veces la gente intentaba encubrir sus errores, pero yo sabía cómo excavar hasta descubrir la verdad.

Mis hermanos ya estaban esperándome en la entrada.

—Ja, te dije que llegaríamos antes que él —dijo Gabe.

—Sí, pero me has tenido que despertar antes de que amaneciera —gruñó Cade, dando un sorbo a su café. Siempre había tenido una adicción poco saludable a la cafeína, incluso antes de hacerse cargo de *The Boston Coffee Expert*.

—¿A qué hora sueles empezar el día? ¿A las nueve?

—¡Sí! —exclamó Cade con orgullo—. Es una de mis reglas de oro. Nadie puede molestarme antes de esa hora. A excepción de vosotros.

¿Cómo narices conseguía terminar las tareas si empezaba a trabajar a las nueve?

—Es un honor para nosotros —dijo Gabe con tono solemne antes de darme una palmada en el hombro—. Bienvenido a *Whitley Advertising*, hermano. ¿Quieres hacer un recorrido con nosotros primero o recuerdas dónde están las cosas?

—Quiero echar un vistazo a los libros —dije.

Cade echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—Tío, no puedes irrumpir de esa manera. Tienes que conocer al equipo, presentarte, hacer un poco de relaciones públicas…

—Estoy aquí para salvar la empresa, no para estar de cháchara. El tiempo apremia.

Cade puso los ojos en blanco.

—Sí, pero siempre hay tiempo para saludar a tu equipo. No seas gilipollas.

—Soy eficiente. Habrá tiempo para los saludos cuando me haya puesto al día.

—¿Cómo es que consigues que te contraten con esa actitud? —preguntó Gabe.

—Porque soy muy bueno en mi trabajo. A nadie le importan las habilidades interpersonales cuando estás salvando su empresa.

—Bueno, eres un Whitley, y esto es *Whitley Advertising*. La gente espera un mínimo de cercanía. No puedes entrar aquí cortándole la cabeza a todo el mundo.

Ambos me miraron fijamente. No iban a aceptar mis condiciones.

—De acuerdo.

—Muy amable de tu parte —murmuró Cade con ironía—. Venga, vamos.

Durante los veinte minutos siguientes, me presentaron a todos los miembros del equipo directivo. Muchos formaban parte de la vieja guardia, como me gustaba llamarla. Llevaban dos décadas en la empresa y probablemente la conocían al dedillo. Según mi experiencia, los empleados leales suponían una gran fuente de información. A pesar de lo que les había dicho a mis hermanos, sabía que tenía que averiguar qué movía a cada uno: quién era imprescindible y quién no. Quién tomaba las decisiones correctas y quién no. Para eso, era fundamental conocer al equipo.

Me preguntaba quién de ellos había trabajado para mi padre y si alguno sabía que había estado engañando a mi madre. Tampoco era que importara demasiado. A fin de cuentas, lo pasado, pisado.

Ya había empezado con mal pie. Si mi mente seguía por ese camino, no le haría bien a nadie, y menos a mí.

—Y aquí está tu despacho —indicó Gabe.

Entramos en una habitación enorme.

—Es muy espacioso —dije con aprecio—. Gracias, hermano.

—He reubicado al gerente que trabajaba aquí. Es el más grande de los que quedan disponibles, y sé que te gusta tener tu espacio.

—Te lo agradezco.

—Todo por Jake —afirmó Cade—. Por si no es obvio, queremos convencerte de que te quedes en Boston. Nos gusta tenerte aquí. Y, además, solo tú puedes darle la vuelta a la situación de la empresa. Los demás sabemos de negocios, pero esta empresa necesita una reforma profunda, y esa es tu especialidad.

—Ya he aceptado hacerme cargo de la compañía.

Cade asintió.

—Pero queremos que te *quedes* aquí.

—Tranquilos, no voy a salir corriendo. Le prometí al abuelo que ayudaría.

Cade sonrió con un aire de suficiencia.

—Ese fue tu primer error. Dar tu palabra antes de ver los informes financieros.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto lo verás.

—¿Y qué tal si buscas un lugar donde quedarte? —preguntó Gabe—. ¿Cuánto tiempo piensas alojarte en el Four Seasons?

—Estoy cómodo allí. —Me acerqué al escritorio, aparté la silla de cuero y me senté. Mis hermanos cogieron las dos sillas frente al escritorio y se sentaron a cada lado. De esa manera podíamos repasar los informes con más facilidad.

—¿Alguno de nuestros pisos está libre? —pregunté.

—Tres —respondió Cade al instante. Nuestra familia los reservaba principalmente para los socios comerciales. Cada vez que alguno viajaba a la ciudad por un período prolongado, le ofrecían alojamiento hasta que terminara sus reuniones—. ¿Piensas mudarte a uno de esos?

Solo quería saber qué opciones tenía Natalie.

Estaba acaparando todos mis pensamientos, y no podía negar la atracción que sentía hacia ella. Me había dado cuenta en Martha's Vineyard, y no podía evitarlo. No sabía si era su descarada capacidad para desafiarme o el hecho de que realmente quería hacer feliz a mi abuela. Parecía ser algo más que un trabajo para ella.

—¿Alguno de vosotros tiene contactos con empresas de seguridad? —pregunté.

—Tienes que ser más específico —dijo Cade—. ¿Te refieres a guardaespaldas personales o a cámaras de seguridad?

—Cámaras, y posiblemente también guardaespaldas. Pero empecemos por las cámaras.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres instalarlas en el Four Seasons? —preguntó Gabe

—No es para mí —dije.

—Estoy desconcertado —dijo Gabe.

—Sí, yo tampoco te sigo —añadió Cade.

Genial. ¿Por qué he sacado este tema? Ahora no pararán hasta que lo explique.

—Cuando ayer llevé a Natalie a su casa, encontró una carta de su ex y parecía preocupada. Quería averiguar estas cosas por si acaso —expliqué.

—Espera un segundo —dijo Gabe. Apartó su silla como si necesitara distancia para procesarlo. Cade hizo lo mismo. Ahora ambos estaban considerablemente alejados del escritorio, mirándome fijamente. Era absurdo.

—A ver si lo he entendido bien —empezó Cade—. Natalie y tú viajasteis juntos a Martha's Vineyard. Posiblemente, te la follaste…

Gruñí.

—No te pases…

—Vale, no lo hiciste, pero a juzgar por lo cabreado que estás, te habría gustado —señaló Gabe—. ¡Joder! ¿Cómo es que esa mujer ha conseguido que te vuelvas loco por ella en solo dos días?

—No lo sé —admití.

Cade se levantó.

—Ah, o sea que de verdad te gusta. Lo estás reconociendo. ¡No me lo puedo creer! Oye, Gabe, creo que tenemos una nueva estrategia para mantener a nuestro hermano en Boston: la señorita Natalie.

—¿Cómo hemos llegado a esta conversación? —pregunté en voz baja.

—Tú la mencionaste. Después de darnos tu gran discurso sobre la eficiencia —respondió Gabe—. Lo que significa que te has obsesionado con ella.

—Empecemos a revisar los informes —dije con voz firme.

—Y ahora estás cambiando de tema. Definitivamente, he tocado un punto sensible —continuó Gabe—. Quizá podamos retomar esto más tarde, cuando necesitemos un descanso luego de pasar horas desentrañando este desastre.

Me tensé al oír esa palabra. Mi hermano solía tomarse todo con calma. Si él llamaba "desastre" a todo aquello, lo más probable era que fuera un puto desastre.

—¿Cuándo preparaste este informe? —pregunté.

—El domingo por la mañana. —Su tono era cortante, lo cual auguraba una catástrofe. Para mi hermano, los fines de semana eran sagrados.

—No le asustes antes de empezar. Va a salir corriendo —dijo Cade.

Negué con la cabeza.

—Yo no soy así. Cuando acepto un reto, lo resuelvo.

—Esto no es un reto —dijo Gabe—. Es un completo desastre. Al menos, eso fue lo que nos pareció al abuelo y a mí.

—Empecemos —dije.

Durante la siguiente media hora, revisamos los indicadores clave de rendimiento. Mi hermano no había exagerado: la situación era muy grave. No había liquidez alguna, lo cual era un problema crítico en una agencia de publicidad. Tampoco había activos que se pudieran convertir en efectivo de inmediato. La gestión anterior había sido un desastre absoluto. Aún así, seguíamos teniendo muchos clientes, lo cual era positivo: había potencial para generar ingresos. Pero la empresa se estaba desangrando. Para cuando los fondos de los clientes llegaran al banco, podría ser demasiado tarde.

—Esto es solo una visión general, por supuesto —dijo Gabe—. Puedes consultar los libros cuando quieras.

Asentí, mirando fijamente los gráficos que tenía delante. Me advirtieron que este sería mi mayor reto hasta la fecha. Si se hubiera tratado de un cliente pidiéndome que salvara su empresa, le habría dicho sin rodeos que la vendiera al mejor postor. Pero sabía que mis abuelos no estarían de acuerdo. En ese momento hubieran obtenido un pésimo precio por la empresa. Además, dudaba que quisieran

venderla. Ellos vivían para *Whitley Industries*. Para ellos, era un orgullo y una fuente de satisfacción, sobre todo después del escándalo de mi padre.

Tras su partida, redoblaron sus esfuerzos para que la empresa creciera, pero nadie de la familia se había hecho cargo de *Whitley Advertising*. Se había mantenido a flote durante la última década, pero ahora se estaba hundiendo. Sin embargo, si lograba recuperarla y alguien nos ofrecía una buena suma por ella, mis abuelos quizá cambiarían de opinión.

—Vas a necesitar un milagro —dijo Cade.

—Eso mismo le dije al abuelo —añadió Gabe con seriedad.

—Va a costar muchísimo, pero voy a dar lo mejor de mí —aseguré.

—No tenemos ninguna duda al respecto —dijo Gabe—. Y en tu tiempo libre, nos aseguraremos de que disfrutes de todo lo que Boston puede ofrecerte.

—No tendré tiempo para eso.

—Me pregunto si dirías lo mismo si la señorita Natalie también formara parte del paquete —soltó Cade, esbozando una sonrisa.

Fruncí el ceño.

—Hermano, es la segunda vez que le faltas al respeto.

Me dio una palmada en la espalda.

—Vaya, había olvidado lo correcto que eras. Bienvenido a casa, hermano. Te hemos echado de menos.

Mis hermanos se quedaron en la oficina dos horas para revisar los informes conmigo. Las cosas fueron empeorando a medida que avanzábamos, pero mi cerebro ya estaba en modo de resolución de problemas. Tenía unas cuantas ideas que debía poner a prueba, pero primero necesitaba analizar los libros en profundidad. Cuando Gabe y Cade se marcharon, los consulté en mi portátil.

Pasé la tarde evaluando las cuentas y me di cuenta de que Gabe tenía toda la razón. La compañía no solo se estaba desangrando,

sino que estaba prácticamente hundida. Ese era nuestro mayor obstáculo.

La mitad de mi cerebro estaba trabajando en una solución para conseguir ingresos de inmediato. La otra mitad no paraba de pensar en Natalie. Estuve tentado de decirle a Cade que me enviara la información de contacto de las empresas de seguridad. Por lo que había visto en su casa, ni siquiera tenía cámaras. ¿Había pensado alguna vez en instalar alguna?

Joder, es increíble que me esté obsesionando con esto.

A las cuatro de la tarde, le envié un mensaje.

Jake: Natalie, soy Jake. ¿Va todo bien?

Di golpecitos con el lápiz en la pila de papeles frente a mí. Había impreso algunos documentos contables porque pensaba mejor con la información en papel.

Sonó mi teléfono y lo cogí al instante.

Natalie: Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

Jake: ¿Tienes cámaras de seguridad? He preguntado a mis hermanos y me han recomendado algunas empresas que pueden encargarse de ello.

Natalie: No, no tengo. Tranquilo, Jake, no necesito nada de eso.

¿Lo dice en serio? ¿Un tío le está dando dolores de cabeza y ella simplemente lo ignora? ¿Como si no pasara nada?

En lugar de dejarlo pasar, la llamé. No podía explicarle por qué me preocupaba tanto por ella, pero sí podía asegurarme de que estuviera a salvo.

—Natalie, soy Jake —dije en cuanto contestó.

—Me lo imaginaba. —Su tono volvía a ser tremendamente descarado, pero lo prefería a la vocecita asustada que había oído el día anterior tras ver la carta.

—No creo que debas minimizar este asunto. Deberías tener un sistema de alarma.

—Adelante, dame órdenes sobre lo que crees que debo hacer.

—No se trata de darle órdenes a nadie.

—Ajá. Pues no lo parece. ¿Qué dijeron tus hermanos cuando se lo contaste?

—Lo siento, no debería haber compartido esto con ellos. Y, por supuesto, se burlaron de mí.

—¿Sabes? Se te nota más relajado cuando estás con ellos.

—Me gusta estar con mi familia —admití.

Oír su voz tuvo un efecto inesperado en mí. Parecía calmarme, aflojar mis músculos. Había estado tenso todo el día, pero charlar con ella sobre mis hermanos me relajó por completo.

—¿Qué más piensas hacer mientras estés en Boston? —preguntó —. Además de trabajar.

—Tengo dos trabajos, así que eso es todo lo que haré.

—Entiendo —dijo Natalie—. ¿Y crees que eso les parecerá bien a tus hermanos? Ayer Gabe parecía tener muchos planes en mente. Me da la sensación de que es muy divertido.

Me enderecé en la silla, y mis músculos se tensaron. *¿Se siente atraída por él? ¿Acaso es así?*

—Para que lo sepas, Gabe nunca va en serio con las mujeres.

—Gracias por darme esa información que nunca te pedí. —Parecía completamente desconcertada.

Joder, estaba perdiendo la cabeza. Nunca me había preocupado tanto por una mujer. Jamás. Apenas hacía un par de días que conocía a Natalie y ya me estaba obsesionando con su seguridad… y ahora también con si le gustaba mi hermano.*¿Qué demonios me está pasando?*

—No guardo buenos recuerdos de Boston —reconocí, para mi sorpresa. No era algo de lo que hablara mucho, ni siquiera con mis hermanos. Ellos lo sospechaban, por supuesto.

—Qué pena que sea así —dijo Natalie. Su voz era amable—. A mí me parece una ciudad increíble y me encanta. Me gusta su puerto, los edificios de ladrillo rojo, la historia que hay por todas partes, los mercados de agricultores, las galerías de arte y el helado. Dios, mi heladería favorita está junto al puerto. Se llama *Gelateria Di Venezia*. Sus sabores de pistacho y limón son increíbles.

—Esos son los sabores menos apetecibles de los que he oído hablar en mi vida.

—No los desprecies así antes de probarlos. En fin… ¿necesitas algo más, Jake? ¿O solo has llamado para regañarme por no tener

un sistema de alarma?

—Quiero que estés segura.

—Jake, estoy bien. Créeme. Ahora tengo que colgar, estoy dando un paseo por la ciudad, tratando de encontrar el mejor sitio para el cumpleaños de Jeannie.

—Buena suerte —dije.

—Gracias. Y no te sobrecargues de trabajo.

Resoplé.

—Eso es imposible.

—Lamento oír eso. Vale, tengo que irme. Voy a hacer una lista de los lugares que están disponibles el día de su cumpleaños y luego te haré algunas preguntas sobre Jeannie. Necesitaré respuestas muy detalladas.

—Las tendrás.

—¿Ah, sí?

—Siempre soy meticuloso, Natalie. En todo lo que hago.

Inspiró profundamente. Sabía que había captado el doble sentido.

—Ahora tengo que colgar. ¿Hablamos luego? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Sabes qué, Jake? Eres un hombre muy sorprendente.

Menos mal que lo había notado… porque pensaba sorprenderla en más de un sentido.

CAPÍTULO ONCE

JAKE

CUANDO TERMINÉ de revisar tres pilas de distintos informes financieros, decidí seguir el consejo de Gabe y me presenté a los miembros del equipo que no había conocido durante la mañana.

Relacionarme con los empleados era la parte del trabajo que menos me gustaba. Los números eran fáciles de interpretar; estaban ahí, claros, y contaban una historia coherente. Las personas eran imprevisibles. Podían decir una cosa y hacer otra completamente opuesta. Tratar de distinguir la verdad de las mentiras me resultaba agotador.

Una hora después, volví al despacho y cerré la puerta. Me sentía exhausto, y no quería interrupciones. Sin embargo, al sentarme en mi silla y abrir el portátil, no saqué los informes de flujo de caja. En su lugar, busqué en Google *Gelateria Di Venezia* y apareció la foto. Volví a buscarla, convencido de que debía de haber más de una en la ciudad. Ese no podía ser el lugar al que se refería. Era horrible. Pero no apareció nada más.

En un impulso, le hice una foto y se la envié a Natalie.

Jake: No te referirás a este sitio, ¿verdad?

Para mi enorme placer, respondió casi de inmediato.

Natalie: Oye, cuidado, Jake, no querrás meterte con mi heladería favorita. Sigo siendo la organizadora de la fiesta de tu abuela. ¿Quién sabe lo que podría pasarte?

Me reí. No pude evitarlo.

Natalie: Estoy de camino. Llegaré en unos treinta minutos.

Miré de la pantalla de mi móvil a la de mi portátil. Justo entonces, otro mensaje apareció en la pantalla.

Natalie: ¿Qué opinas de esto?

Me envió una foto de un enorme jardín, con árboles viejos y un montón de sombrillas. Para mí, parecía un jardín cualquiera. Natalie

también aparecía en la foto. Llevaba un vestido blanco largo de tirantes finos y estaba señalando algo con los brazos. Su pelo lucía un poco alborotado. Algunos mechones le rozaban los pechos, otros flotaban en el aire, tal como había ocurrido en la pista del aeropuerto. Alguien debía de haber tomado la foto sin que ella posara. Me gustó que fuera espontánea. Que saliera natural.

Entonces, tomé una decisión en una fracción de segundo. En lugar de ocuparme ese mismo día de los informes de flujo de caja, cerré el portátil, me levanté de la silla, y llamé a mi chófer.

—Cal, necesito que vengas a recogerme.

—¿A dónde necesita ir, señor?

—A la *Gelateria Di Venezia*.

—Estaré en la entrada del edificio en dos minutos.

—Perfecto.

Después de colgar, respondí a Natalie.

Jake: Te queda muy bien ese vestido blanco. Estás guapísima.

Natalie: Pedí al personal que hiciera una foto de todo el lugar. No me he dado cuenta de que yo también salgo.

Sonreí. Daba demasiadas explicaciones. ¿Acaso la había puesto nerviosa? Imaginé que un encantador rubor se extendía por sus mejillas y su cuello.

Joder. Ni siquiera me reconocía a mí mismo. Era mi primer día en la oficina y ya me estaba yendo temprano. Todavía no eran ni las seis. Me dirigía al otro lado de la ciudad, a una heladería de mala muerte, para probar un helado aún peor. Pero la llamada con Natalie había sido lo único positivo de aquel día de mierda. Quería verla. Lo necesitaba.

Durante el trayecto, envié varios correos electrónicos a la oficina de Nueva York. Allí también tenía que encargarme de algunos asuntos. Además, llamé a dos de mis clientes más importantes.

—Jake, estamos en plena reestructuración. No podemos hacerlo si tú estás en Boston.

—Puedo viajar cuando sea necesario. Tengo un avión privado a mi disposición.

—Necesito que te encargues de todo.

—Sabes que eres un cliente importante para mí.

—No me vengas con tonterías.

—No te atrevas a hablarme así. Si no quieres continuar nuestra colaboración, me parece bien, pero no admito faltas de respeto.

Suspiró.

—Me he pasado de la raya. Te pido disculpas. Solo necesito que me asegures que sigues al pie del cañón.

—Escúchame con atención, Carson. Nunca asumo más trabajo del que puedo manejar. Este proyecto saldrá bien. De todas maneras, recibo información detallada todos los días.

Resopló.

—Está bien.

Estaba cabreado, así que, antes de perder los nervios por completo, me despedí y puse fin a la conversación. Tenía razón al cuestionar mis prioridades, por supuesto. Al fin y al cabo, esa era una de las razones por las que me había resistido a quedarme en Boston en primer lugar. Sabía que a mis clientes no les caería bien la noticia. Pero no permitía que nadie me hablara así.

—Señor, ¿está seguro de que esta es la dirección correcta? —preguntó Cal mientras frenaba el coche. La foto de Internet debía de tener años, porque el lugar tenía aún peor aspecto en persona. La placa con el nombre estaba desconchada y las letras *Z* y *N* se habían caído.

—Sí, es aquí.

—¿Quiere que lo espere?

—No. Cogeré un Uber para volver al hotel, o lo llamaré más tarde.

Frunció el ceño, mirándome por el retrovisor.

—¿No tiene un horario de vuelta? Betty me ha informado que usted siempre tiene horarios estrictos para los traslados y las recogidas.

—No. —Era la primera vez en años que hacía algo que no estaba programado. Fue muy liberador.

—Betty también me ha dicho que hoy le enviará su ropa. Puedo pasar por el hotel y asegurarme de que todo esté en orden.

—Estupendo, gracias. Además, pase por casa de mi abuela. Tiene que ir a por comida y ella no conduce.

—Considérelo hecho.

Salí del coche y eché un vistazo a mi alrededor. Natalie dijo que llegaría en media hora, y faltaban diez minutos para eso. Me sorprendió ver una larga cola delante de la heladería. El helado definitivamente tenía que ser bueno. Según mi experiencia, cuando un local tenía un aspecto tan deteriorado, lo que vendían tenía que merecer la pena.

Me puse en la cola detrás de una madre que llevaba un bebé en un brazo y un niño pequeño de la mano. Pronto, una pareja se puso detrás de mí, la cola no paraba de crecer. Cinco minutos después, vi a Natalie doblando la esquina. Movía ligeramente la cabeza de un lado a otro y noté que tenía puestos unos auriculares. Estaba tarareando las letras de las canciones, era completamente adorable. ¿Cómo era posible que aquella mujer me hubiera cautivado tan rápido? Se había recogido el pelo castaño claro en un lado y no dejaba de pasarse los dedos por él. Decidí no hacer ningún movimiento para captar su atención. Empezó a recorrer la cola con la mirada y, al instante, se quedó inmóvil. Sus ojos se abrieron de par en par y abrió la boca con asombro. Se quitó rápidamente los auriculares y se los metió en el bolsillo.

—¿Jake? —preguntó acercándose a mí.

—Sí. No tengo un hermano gemelo malvado.

—Podría habérmelo creído. —Bajo el descaro, había mucha confusión.

De cerca, estaba aún más guapa que en la foto. El vestido le quedaba espectacular. Mirando hacia abajo, tuve una vista directa de su escote. Era muy pronunciado y no llevaba sujetador. Incluso alcancé a ver la sombra de su pezón. Y, al instante, se me puso dura.

Levanté la mirada hacia la suya. Había matices dorados y grises en sus ojos marrones oscuros.

—Me convenciste para que viniera a probar el helado —expliqué. Apretó los labios, ladeando la cabeza—. Y me has impresionado

hasta tal punto que me has dejado sin habla —añadí—. Algo que no creía posible.

—Llamémoslo el día de las sorpresas —respondió ella—. No creía que fueras capaz de hacer una broma. O venir a por un helado tan espontáneamente. Pareces el tipo de persona que sigue la misma rutina día tras día.

Tragué saliva.

—Pues sí. Es la primera vez en diez años que salgo de la oficina a esta hora sin nada programado para el resto de la tarde.

—¿Y qué te ha llevado a hacer una excepción hoy? —murmuró.

—Me has convencido con lo del helado. Además, como mi traslado a Boston fue tan repentino, aún no tengo horarios.

Y quería verte, susurró una voz en el fondo de mi mente. El mero hecho de estar junto a ella hizo que todo lo que había sucedido aquel día quedara atrás.

—Esto me ha venido bien. Puedo evitar toda esta cola y esperar contigo.

Miré detrás de mí. Dios mío, en ese momento la cola ya daba la vuelta a la esquina.

—Es un lugar muy popular —dijo.

—Ya veo.

Cambiaba el peso de un pie a otro mientras esperábamos. De repente, caí en la cuenta de que tal vez se sintiera incómoda por mi presencia.

—Natalie, ¿te parece bien que esté aquí? —Lo último que quería era que pensara que la estaba acosando.

—Claro, solo que no me lo esperaba. Por cierto, nunca me contestaste qué te pareció ese lugar para celebrar el cumpleaños de Jeannie.

—Seré sincero. A mí solo me parece un jardín. No sé si tiene algo que lo haga especial.

Arrugó la nariz. Estaba claro que mi respuesta no le había gustado.

Cuando llegó nuestro turno, ella pidió pistacho y limón. Yo pedí lo mismo.

Natalie entrecerró los ojos.

—Antes te burlaste de mí por elegir esos sabores.

—Bueno, sigue pareciéndome una combinación extraña, pero me gusta salir de mi zona de confort.

—Es una buena manera de ver las cosas.

Saqué mi cartera.

—No, no, no. No pienso dejar que pagues por mi helado.

La miré fijamente.

—Claro que sí.

—No, Jake. ¿De verdad vas a hacerme esto?

—Sí, de verdad. —Coloqué el dinero sobre el mostrador antes de que pudiera seguir discutiendo y cogí nuestras tarrinas. Luego, mientras nos buscábamos un lugar para sentarnos, le entregué la suya. Había unas cuantas mesas, pero estaban ocupadas.

—Tengo un árbol favorito donde me siento cuando vengo aquí a disfrutar de mi helado. No lo comparto con nadie, pero haré una excepción contigo.

—Vamos, pues.

Me alegró que quisiera compartir algo especial conmigo. Caminamos durante unos cinco minutos y mientras recorríamos el barrio. No había estado allí antes, o al menos no que yo recordara.

—Allí está. —Señaló un banco frente a una tienda que vendía todo tipo de productos de baño. Cuando nos sentamos, cruzó las piernas y noté que su vestido tenía una abertura. Eché un buen vistazo y descubrí que sus piernas estaban bronceadas y eran muy largas. Al instante, las fantasías se apoderaron de mi mente. Podría lamer cada centímetro de esa mujer.

Se removió en el banco y exhaló con fuerza. Se había dado cuenta de que la estaba observando.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Probé el helado.

—Está buenísimo.

—Vaya, te ha sorprendido de verdad.

—Es que no me lo esperaba. Pensé que, como mucho, estaría pasable. Nunca he probado un buen pistacho, y creo que nunca he probado un helado de limón.

—¿Así que los has probado porque te he dicho que son mis favoritos? ¿Quién eres y qué has hecho con Jake?

CAPÍTULO DOCE

JAKE

DEJÉ mi helado en el banco y miré directamente a Natalie. Estaba de lado, girada hacia mí. Hice un gran esfuerzo para no volver a mirarle los pechos, pero mi fantasía se disparó de todos modos. Lamería sus pezones hasta que me pidiera más.

—Hasta hace setenta y dos horas, esa respuesta habría sido fácil —respondí—. Jake Whitley, CEO de *New York Management Consulting*. Pero ahora mismo, es un misterio incluso para mí. Hoy he hecho más cosas impropias de mí que en toda la última década. Y solo puedo atribuirlo a una razón.

—¿Y cuál es?

—Tú, Natalie.

—Jake —susurró. Dejó su helado junto al mío en el banco. Su cuerpo temblaba ligeramente. Cogí ambas tarrinas y las puse detrás de mí.

Luego acaricié su nuca y la atraje hacia mí antes de reclamar su boca. Tomé su labio inferior entre los míos, y ella se estremeció en mis brazos. La besé de manera larga y profunda, como si llevara años hambriento de ella. Sabía tan bien… era una mezcla de helado y su propia dulzura.

La saboreé, explorando su boca a un ritmo pausado. Entonces, sentí un tirón en mi camisa y me di cuenta de que era su mano. Profundicé el beso, la aparté del banco y la coloqué sobre mi regazo, cambiando el ángulo. La quería más cerca. Joder, la quería encima de mí.

Era una locura. Me eché hacia atrás mientras un profundo gemido me desgarraba el pecho.

—Estoy perdiendo el control, Natalie —dije con tono de advertencia.

Su respiración era irregular y sus hombros temblaban. Sus labios estaban hinchados y la piel alrededor enrojecida por los besos. Sus pupilas también parecían un poco dilatadas.

—Jake —murmuró. Luego se levantó y miró a su alrededor, parpadeando rápidamente—. ¡Dios mío! Estamos… ¡Estamos en público, y yo estaba prácticamente a horcajadas sobre ti!

—No, no hemos llegado a eso —dije, sonriendo con suficiencia—. Créeme, tuve una imagen vívida en mi mente de ti haciendo exactamente eso. Pero no fue así, solo estabas sentada en mi regazo.

—He olvidado por completo dónde estábamos.

—No te preocupes. A mí me ha pasado lo mismo.

—¿Por qué me has besado? —preguntó de repente.

Me acerqué más a ella.

—He estado pensando en ti todo el día. De hecho, toda la noche también. Luego, cuando hablamos hoy por teléfono, supe que tenía que verte.

Tragó saliva.

—Jake, mi vida es un auténtico caos.

Parpadeé, sorprendido. No pensaba que la conversación fuera en esa dirección.

—Continúa —dije.

Me miró.

—No… no puedo… no puedo besarte. Bueno, en realidad… tú no puedes besarme.

Sonreí, inclinándome ligeramente hacia ella. Me moría por oler su perfume de nuevo.

—¿Quién intenta mandar a quién ahora? —pregunté.

Se rió.

—No creo que nadie pueda obligarte a hacer nada.

Al apartarme, me di cuenta de que su expresión era seria.

—Mensaje recibido, Natalie. No volveré a besarte.

Su respiración se entrecortó. Se mordió el labio inferior y cerró la mano en un puño, como si eso fuera lo único que pudiera hacer para evitar volver a tirar de mi camisa. Decía una cosa, pero estaba claro que su cuerpo quería otra. Me deseaba. Aun así, yo no iba a insistir, al menos no esa noche. Lo que había sucedido nos había pillado por sorpresa a los dos.

—Creo que debería irme a casa.

—Te acompaño —ofrecí.

Se echó a reír. Se acomodó el pelo antes de ponerse en pie.

—No te diré que no. Tus dotes de caballero son de otro planeta, igual que tus besos.

Sentí que las comisuras de mis labios se elevaban en una sonrisa. Era imposible estar cerca de aquella mujer y no sonreír.

—Entonces, ¿besarse está prohibido, pero hablar de ello no?

Ella suspiró.

—Jake, todo esto me resulta muy confuso.

—¿Y crees que evitar el tema ayudará? —pregunté.

Asintió.

—Vale, caminaremos en silencio —añadí.

Me dio un ligero codazo.

—En silencio no, eso sería incómodo. O al menos a mí los silencios siempre me han resultado incómodos.

—A mí no.

Puso los ojos en blanco y se rió.

—Qué sorpresa…

—Por cierto, al final no me has preguntado nada sobre mi abuela —recordé mientras caminábamos hacia su calle.

—No parecías muy dispuesto a opinar sobre el lugar. Pero quizá tengas más ganas de hablar sobre Jeannie. ¿Qué tipo de comida le gusta?

Fruncí el ceño.

—Ahora que lo dices, parece más preocupada por cocinar los platos favoritos de los demás, que suelen llevar carne. Pero le gusta el pescado, sobre todo las gambas.

—¿Y le gusta bailar?

—Claro que sí. ¿Sabías que se dedicaba al teatro?

—No. —Parecía atónita—. ¿En serio?

—Sí. Hizo muchos musicales, y es una bailarina muy talentosa.

—Oye, eso es genial. Pensaré una propuesta para montar una pista de baile.

—¿Tus padres viven en Boston? —pregunté cuando llegamos a la puerta de su casa. Inmediatamente, eché un vistazo en busca de alguna nota u otra carta. Me inquietaba no conocer toda la historia

con su ex. No había mencionado que volviera a causarle problemas, pero yo seguía en alerta máxima. En mi experiencia, ese tipo de gente no se echaba atrás sin más.

—No. —Su voz denotaba pesar—. Antes sí, junto con mis hermanas. Pero luego ellas se mudaron a Grecia para trabajar como recepcionistas en un hotel. Al cabo de unos años, se enamoraron y se casaron allí. El año pasado, mi hermana mayor dio a luz a una niña y les preguntó a mis padres si no les importaría mudarse allí para ayudarles con el bebé. Mis padres no necesitaron más incentivo: hicieron las maletas y se marcharon. Incluso han abierto su propio *B&B* y son muy felices allí.

—Pero tú no.

Tragó saliva y sacó las llaves.

—Estoy muy contenta por ellos y por mis hermanas, pero los echo mucho de menos.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no volver a besarla. Era adorable, y parecía muy vulnerable.

—Pero hablo con ellos todos los días y, bueno, los mantengo al tanto de todo lo que hago. Mis padres también pasaron por momentos difíciles en su vida y siempre siguieron adelante. Aprendí eso de ellos y sé que están orgullosos de mí.

—No podía ser de otra manera —dije.

Esa era una de las cosas que me atraían de ella: era una luchadora. Lo había notado incluso en Martha's Vineyard, y quería saber más. Quería entrar a su casa y pedirle que me contara la historia que había detrás de cada foto de su familia. Su hogar contrastaba con mi *suite* en el Four Seasons que, aunque elegante, estaba completamente vacía, como si mi vida personal no existiera En cierto modo, así era. Pero en otro, no podía estar más lejos de la realidad. Yo tenía a mis abuelos y a mis hermanos.

Se acercó a la puerta, haciendo tintinear las llaves, pero de repente se detuvo y rió con nerviosismo.

—¿Qué? —pregunté.

—Oh, nada.

—Natalie —dije solemnemente—, ¿pasa algo?

—¿Por qué tu mente siempre piensa enseguida en algo malo?

—Dime qué ha pasado.

—Nada. De repente he recordado una película en la que decían que cuando una mujer juega con las llaves delante de su puerta, es señal de que quiere que la besen.

—¿Debo tomarlo como una indirecta?

—No, no, no. —Desbloqueó rápidamente la puerta y la abrió de un empujón—. Pero gracias por acompañarme a casa.

—Ha sido un placer —respondí justo cuando ella cerraba la puerta.

Le había prometido no volver a besarla. No dije nada sobre conocerla mejor…

CAPÍTULO TRECE

NATALIE

PASÉ el resto de la noche leyendo *Jane Eyre*, una de mis novelas clásicas favoritas. Seguíaaturdida por el beso; había sido completamente inesperado. Hasta el día anterior, había pensado que Jake me encontraba insoportable o, como mínimo, que era una piedra en su zapato. ¿Había deseado besarme todo este tiempo? Habladme de leer la mente… o de mi permanente incapacidad para hacerlo. Si pudiera interpretar mejor las intenciones de las personas, muchas cosas en mi vida serían distintas.

Al día siguiente, visité otro lugar para eventos. Cuando llegué a casa por la noche, tenía la intención de llamar a Jeannie, pero lo pospuse cuando vi un mensaje de Vince.

Vince: ¿Recibiste mi carta?

Natalie: La tiré.

Vince: Vamos, Nat. No seas así.

Inspiré y exhalé, intentando mantener la calma. No quería que Vince tuviera más poder sobre mí.

Natalie: Voy a bloquear tu número. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Lo bloqueé antes de que tuviera la oportunidad de responder. No podía creer que siguiera intentando comunicarse conmigo. Ya me había hecho suficiente daño.

Tomé aire unas cuantas veces más y busqué el número de Jeannie, pero entonces se me ocurrió otra idea. En su lugar, le envié las fotos a Jake. Aquel día me había esforzado mucho por no pensar en él, pero fracasé de manera estrepitosa.

Natalie: Vale, ¿qué te parece este lugar en comparación con el anterior? Tiene más espacio para bailar.

Después de lo que me había contado sobre su abuela, la fiesta empezó a tomar forma en mi cabeza.

Jake: Me gusta.

Natalie: ¿Puedes darme una opinión más detallada?

Jake: Solo si me prometes un par de bailes.

De repente, me vino a la cabeza una imagen de nosotros bailando, con uno de sus fuertes brazos en torno a mi cintura. Y, maldita sea, realmente me entraron ganas bailar con él. ¿Qué podía pasar? Además, quería poner a prueba sus habilidades en la pista.

Natalie: Trato hecho.

Respondió enseguida.

Jake: Creo que a ella le gustaría más el otro lugar porque el jardín es más grande y le encanta la naturaleza.

Natalie: Vale, gracias. La llamaré esta noche.

Jake: ¿Qué estás haciendo ahora?

Natalie: Estoy de camino a la *Gelateria Di Venezia* :-)) ¿Y tú?

Jake: Revisando informes.

Me quedé boquiabierta.

Natalie: Son las ocho. ¿No haces nada divertido por la noche?

Jake: Ahora que lo dices, tengo algunas ideas. Todas te incluyen a ti.

Tragué saliva y sentí mi pulso acelerarse.

Natalie: No, no quiero ser la razón por la que no puedas centrarte en el trabajo.

Jake: Ya lo eres.

De golpe, mi pulso se descontroló. *Dios mío.* Ya había accedido a bailar con él. Si seguíamos enviándonos mensajes, ¿quién sabía a qué más accedería?

Cuando llegó mi turno de pedir, guardé el teléfono en mi bolsillo. Tras comprar una tarrina con dos bolas, me fui andando a casa.

Una vez dentro, me dirigí directamente a mi pequeño porche trasero. Sentarme allí, en mi silla, con una enorme almohada en el regazo, era mi rincón de paz. A mi pesar, terminé el helado en solo unos minutos. *¿Por qué no pedí uno más grande?* Tuve el impulso de volver corriendo a por más, pero me contuve.

Envié un mensaje a Jeannie con fotos del lugar que había visitado aquel día y, en vez de relajarme hasta que contestara, como había planeado hacer, abrí la aplicación de correo electrónico. Aún

estaba esperando respuesta de varios espacios que quería visitar para la fiesta de Jeannie.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi el primer correo. Era de la empresa de selección de personal

Querida Natalie,

Lamento informarte de que el puesto ya no está disponible. Debido a los recortes presupuestarios de este año, la empresa ha decidido retirarlo. Por favor, llámame cuando leas esto, no importa la hora.

¿Pero qué narices…? La ira bullía en mi interior. Agarré el teléfono con fuerza, marqué inmediatamente el número de la encargada de Recursos Humanos y lo llevé a mi oreja. Eran las nueve de la noche, pero había dicho que la llamara de todos modos.

—Hola, Natalie —dijo—. Estaba esperando tu llamada.

—¿Cómo que han decidido retirar el puesto? No me habrían hecho pasar por dos meses de entrevistas si no tuvieran pensado contratar a alguien.

Era la única señal esperanzadora que tenía hasta ese momento.

—El mes pasado asumió un nuevo CEO y… ya sabes cómo son. Siempre necesitan recortar presupuestos para sentirse productivos. Lo siento mucho. Solo me ha pasado unas pocas veces en mi carrera.

Presioné mi entrecejo con dos dedos. Me dolía la cabeza.

—Pero no tengo ninguna otra oferta —dije—. Creía que habías dicho que esto era algo seguro y que por eso no tenía sentido concertar ninguna otra entrevista.

—Lo sé. Lo siento mucho, estaba segura de que saldría bien.

—¿Hay algún otro puesto en la empresa que puedan ofrecerme? ¿Algo similar?

—Ya lo he consultado. Me gusta luchar por mis clientes, pero no encontraron nada.

Tragué saliva. No me lo podía creer.

—Así que vuelvo a empezar de cero…

—Sí, desafortunadamente sí. ¿Quieres que busque otras oportunidades?

—Me las apañaré sola.

—Oye, lo siento mucho.

—Entiendo que no es culpa tuya que hayan recortado el presupuesto, pero el hecho de que ahora no tenga ninguna otra oportunidad *sí* lo es, y eso no me parece nada profesional.

—Lamento que te sientas así. Si cambias de opinión sobre nuestra colaboración, no dudes en llamarme. Que tengas una buena noche.

—Igualmente.

En cuanto colgó, me puse en pie y empecé a caminar de un lado a otro del porche. Mi mente no paraba de dar vueltas.

Dios mío, ¿qué voy a hacer? Mis ahorros se estaban agotando, y mis ingresos como organizadora de eventos no eran ni de lejos suficientes para cubrir mis gastos. No había enviado ninguna solicitud nueva desde que había llegado a la cuarta ronda de entrevistas; di por sentado que estaban seriamente interesados en mi perfil. Incluso me dijeron que no tenían otros candidatos, que solo querían asegurarse de que yo encajaba bien en el puesto.

Empezaría a presentar solicitudes de inmediato, pero por experiencia sabía que conseguir un nuevo trabajo llevaba su tiempo. Probablemente tardaría unos tres o cuatro meses en hacerlo. Apreté el puente de mi nariz, inspiré de manera profunda y exhalé muy despacio. Normalmente eso ayudaba a calmarme, pero en ese momento sentí que era una pérdida de tiempo.

El sonido de mi teléfono me sacó de mis pensamientos. Corrí hacia el sillón. Quizá era la reclutadora otra vez, para ofrecerme una solución. No. Era Jeannie. Contesté inmediatamente.

—Hola, Jeannie —dije.

—Hola, Natalie. Espero no interrumpir nada.

—No, en absoluto.

—¿Estás segura?

—Sí.

¿Era mi impresión o sonaba decepcionada?

—¿Has pasado una tarde agradable? —preguntó.

—Sí, así es.

—¿Has estado sola?

—Sí. —Qué pregunta más extraña—. Después de visitar el lugar sobre el que te comenté por mensaje, fui a tomar un helado. Todavía estoy esperando respuesta de otros espacios que quiero visitar esta semana.

—Oh, no hace falta —dijo Jeannie—. El de ayer, ese con el enorme jardín, es simplemente perfecto. ¿Está disponible para la fecha?

—Ah, sí. Sí, claro. Solo fui a visitar los que estaban disponibles.

—Pues listo entonces.

—Estupendo. ¿Quieres verlo en persona antes de confirmar?

—Eso sería estupendo, pero de momento prefiero no dejar solo a mi Abe.

Mi corazón se encogió al oír el amor en su voz.

—Es comprensible. Iré yo misma y me encargaré de hacer todas las gestiones necesarias.

—Eres maravillosa, querida. Gracias por ser tan atenta. Debo decir que, aunque no tengas experiencia oficial, eres una de las mejores organizadoras con las que he trabajado.

—Muchas gracias, de verdad. Significa mucho para mí. —Dudé unos segundos antes de lanzarme. Si no me ocupaba de mis propios problemas, nadie lo haría—. Por cierto, Jeannie, si alguna de tus amigas o alguien que conozcas necesita organizar un evento, estaré encantada de ayudar.

—Pero creía que el trabajo que habías solicitado empezaba pronto.

—Al final, resulta que no será así —dije, sentándome de nuevo en mi sillón. Ni siquiera la vista de mi pequeño jardín lograba levantarme el ánimo—. Han eliminado el puesto. —Mi voz sonaba triste, pero ¿para qué ocultarlo? El golpe había sido muy duro.

—Qué pena, querida —dijo Jeannie.

—Sí, es una pena.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Empezaré a buscar un nuevo trabajo, aunque quizá tenga que ampliar mi búsqueda fuera de Boston, pero sé por experiencia lo que se tarda en conseguir un trabajo, así que estaré por aquí un tiempo, por si alguien necesita organizar una fiesta.

Cuando hice mi especialización, decían que el mercado estaba lleno de oportunidades. Y en cierto modo, así era. Estaba bien pagada, pero la competencia era feroz. Además, mi último empleador se negó a darme una recomendación, lo que me ponía en desventaja a pesar de mis cinco años de experiencia.

—Les mencionaré tu nombre a las chicas de mi club de lectura. A esas viejas brujas les encanta dar fiestas. Siempre están compitiendo por ver quién organiza la mejor. Cuando sepan que he conseguido a la organizadora de eventos más guapa de la ciudad, todas querrán contratarte.

A pesar de todo, me reí.

—Haces que parezca un buen partido, Jeannie.

—Lo eres, cariño.

—Ya veremos.

—A nuestra familia también le gusta dar fiestas. Podría convencer a mis nietos de organizar una.

—Oh, no, no hace falta. —Un nudo se formó en mi estómago—. Jeannie, si alguien necesita mis servicios, estaré encantada de ofrecérselos, pero no quiero que nadie se sienta obligado a contratarme.

Qué vergüenza. Dios mío, ¿por qué lo dije? Era algo que tenía que resolver por mi cuenta. Pero, por otro lado, era lógico avisar a los clientes de que estaba abierta a recomendaciones, ¿no? Era la primera vez que trabajaba por cuenta propia y no tenía claro cómo manejar esas cosas. Solo sabía que no quería que pareciera caridad.

—Tonterías. Mis nietos son testarudos. Tampoco es que pueda convencerlos de hacer algo que no quieren.

—Convenciste a Jake de venir a Boston —señalé.

—Ay, querida, creo que eso no tuvo absolutamente nada que ver conmigo. Fue porque Abe enfermó.

—Bueno, Jeannie, mañana confirmaré el lugar. Te llamaré en cuanto todo esté listo. ¿Quieres que vuelva y te grabe un vídeo de las instalaciones para que estés completamente segura de que es lo que buscas?

—No es necesario. Las fotos me bastan para saber que es el indicado.

—De acuerdo. Entonces me encargaré de todo mañana —dije.

—Perfecto. Y, Natalie, querida, no seas tan dura contigo misma. Estoy segura de que pronto surgirá algo para ti. Tal vez algo incluso mejor de lo que imaginabas.

—Eso espero.

—Me gusta tu actitud. Si te mantienes optimista y te convences de que lo mejor está por venir, atraerás cosas buenas.

O bien te caerás de bruces si confías demasiado en una reclutadora de personal. Pero no lo dije en voz alta. Jeannie había pasado por bastantes dificultades en su vida y seguía siendo feliz y optimista. ¿Por qué iba yo a desanimarla? Normalmente veía el vaso medio lleno y era agradecida por lo que tenía, pero las noticias de la reclutadora me habían dejado completamente descolocada.

—Que tengas una buena noche, Jeannie.

—Tú también.

CAPÍTULO CATORCE

JAKE

—ABUELO, me alegro de volver a verte sentado a la mesa —dije el domingo por la noche. La abuela nos había llamado a todos de improviso para invitarnos a cenar, diciendo que nuestro abuelo estaba lo bastante bien como para acompañarnos y que quería vernos a todos.

Asintió.

—Ya era hora. No sé por qué los médicos exageraron tanto. No fue tan grave.

—¿De qué estás hablando? *Claro* que fue grave —señaló Cade—. Parecías un fantasma, ni siquiera podías levantarte de la cama.

—Oye, deja que el abuelo se crea Superman —dijo Spencer—. Seguro que le vendrá genial.

El abuelo le miró fijamente.

—Jovencito, no sé qué quieres decir con eso, pero estoy bien. Admito que pensaba que me recuperaría más rápido, pero siento que he recobrado las fuerzas. —Miró a la abuela y le guiñó un ojo—. Desde luego, las suficientes para estar a tope para la fiesta de tu abuela y demostrar mis mejores pasos de baile.

La abuela parecía contenta.

—Aún faltan un par de semanas para eso. Confío en que para entonces estés completamente recuperado. Aunque tu médico dijo que no debías moverte mucho durante las próximas semanas.

El abuelo gesticuló con la mano, como si no importara. Era testarudo, un rasgo que, con toda probabilidad, habíamos heredado de él. Pero podía entender su estado de ansiedad y sus ganas de salir a la calle.

—Me alegro de ver que tienes mejor aspecto —dijo Cade, sacándome de mis pensamientos.

—Pero aun así no volverás a pisar la oficina —añadió Gabe. Que el hermano más despreocupado sonara tan serio era realmente inusual.

—Eso ya no será necesario —replicó el abuelo mirándome—, ahora que Jake está aquí. ¿Cómo van las cosas, nieto?

La abuela se aclaró la garganta. Lo habíamos hablado antes y yo estaba de acuerdo con ella: el abuelo no necesitaba preocuparse por nada hasta que tuviéramos buenas noticias.

—No te daré ningún detalle —expliqué.

El abuelo miró a su mujer, que se limitó a encogerse de hombros antes de sentarse a su lado.

Había cocinado cinco platos diferentes y se aseguró de incluir todos nuestros favoritos. Aquella cena me transportó a mi infancia. Mis padres nos dejaban allí los fines de semana, y la abuela cocinaba nuestros platos favoritos en cada cena, asegurándose de que nos fuéramos con el estómago lleno. Al parecer, esta vez había decidido hacerlo todo en una sola cena.

—¿Y qué hay de postre? —preguntó Gabe.

—Helado —respondió la abuela.

—¿Dónde lo compraste? —preguntó Cade.

—Oh, en ese pintoresco y pequeño local. —Cuando dijo la dirección, entrecerré los ojos. Era la misma heladería a la que había ido con Natalie.

—¿Cómo descubriste ese lugar? —pregunté.

—Por accidente. —Su tono era demasiado inocente—. Cal se ofreció a llevarme al supermercado y vi esa dirección en su GPS. Cuando le pregunté, me dijo que te había llevado a una heladería que había allí. Y entonces recordé que Natalie también me había hablado de ella. Por lo visto, es su favorita.

—Sí, ella también me habló de esa heladería. Estuve allí con ella el lunes por la tarde.

Mis hermanos se echaron a reír al mismo tiempo.

—La abuela te ha pillado, tío —dijo Cade con una sonrisa burlona.

—Sí, no estoy seguro de que eso sea bueno —dijo Gabe.

—Abuela, ¿desde cuándo están tan desarrolladas tus dotes detectivescas? —pregunté con calma.

—Siempre las he tenido, querido. Solo que no tengo muchas oportunidades de utilizarlas.

Spencer resopló.

—Chicos, estoy seguro de que la abuela investiga todo el tiempo. La diferencia es que siempre lo hace en secreto, no como esta vez.

—Sí —dijo Colton, que parecía tan atónito como yo. Luego me miró, encogiéndose de hombros—. Ten cuidado, Jake.

—Esperado un momento, que estamos pasando por alto la parte más importante —intervino Gabe, chasqueando los dedos como si se le acabara de ocurrir algo—, ¿Dijiste que fue el lunes por la tarde? Eso significa que saliste temprano de la oficina en tu primer día de trabajo.

—Define temprano —dije.

—Supongo que para ti es cualquier horario antes de medianoche —dijo Gabe, mirando a Cade.

—Fue un día intenso, quería despejarme.

—Y entonces decidiste quedar con Natalie para tomar un helado. —Cade parecía perplejo—. Ahora entiendo por qué la abuela está tan contenta.

Decir que la abuela estaba contenta era quedarse corto. Además, había un aire de presunción en su expresión.

—Es una chica maravillosa, y ya ha encontrado un sitio para mi fiesta. Por cierto, vamos a dejar algo claro de una vez. —Me miró directamente—. Tus medios hermanos también estarán presentes.

—Ya me lo has dicho.

—Y te comportarás con educación —dijo.

Me detuve en el acto de alcanzar las quesadillas de pollo, mis favoritas.

—Siempre soy educado —respondí con rapidez. Era cierto. No hacía ningún esfuerzo por ser amable, pero tampoco era un imbécil. Simplemente, no los veía como mi familia. No iba a estropear el cumpleaños de la abuela; al fin y al cabo, era su fiesta. Podía invitar a quien quisiera.

También miró a Colton.

—Lo mismo va para ti.

Colton ni siquiera esbozó una sonrisa, solo se limitó a coger la carne asada.

—Esto no es nada incómodo… —dijo Cade.

—No te preocupes, abuela. Vigilaremos a estos dos y nos aseguraremos de que no arruinen el ambiente de tu fiesta —añadió Gabe.

—Gracias, Gabe —dijo la abuela—. Y ahora, ¿alguno de vosotros traerá acompañante a la fiesta? Debería saberlo de antemano para calcular el número final de invitados. —Su voz era inocente. Sus intenciones, no tanto.

Spencer silbó con satisfacción.

—No. Este será otro evento más en el que tendrás que quejarte con tus amigas de lo terribles que son tus nietos, que no te dan bisnietos ni nada.

Alterné la mirada entre Spencer y la abuela. Él estaba despreocupado, como si diera por zanjado el tema. La abuela, en cambio, tenía una sonrisa burlona, como si tuviera una respuesta inteligente en mente, pero no dijo nada. Eso me pareció peligroso por más de una razón. Primero, porque significaba que efectivamente tenía una respuesta, y eso ya era preocupante de por sí. Y segundo, porque no quería compartirla, lo que dejaba entrever que nos esperaba una sorpresa.

—Chicos, no os paséis de listos con vuestra abuela —dijo el abuelo, y todos asentimos.

Comimos sin hablar mucho más y luego pasamos al salón, donde Cade preparó bebidas para todos menos para el abuelo. Tenía estrictamente prohibido acercarse al alcohol, y la abuela lo vigilaba como un halcón.

Spencer y Gabe se acercaron a mí, levantando sus copas.

—¡Por ser el primer Whitley en caer en las trampas de la abuela! —exclamó Spencer.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

—Sinceramente, no lo sé —respondió Gabe, mirando a nuestro hermano.

—Sin duda, la abuela está tramando algo —dijo Cade en voz baja —. Y a juzgar por la mirada que te echó, parece que le divierte bastante.

—Ya tengo bastante de qué preocuparme con *Whitley Advertising* como para intentar adivinar lo que puede estar tramando la abuela.

—Podemos intentarlo *nosotros* —dijo Cade.

Spencer negó con la cabeza.

—No tiene sentido. Hasta ahora nunca hemos acertado en nada.

Cuando todos terminamos las copas, nos fuimos excusando uno por uno. Estaba claro que el abuelo aún no estaba al cien por cien, porque se acostó temprano.

—Abuela, ¿estás segura de que no quieres que me quede? Puedo hacerte compañía —dije después de que mis hermanos se marcharan—. Y ayudarte a limpiar.

—Tonterías. No te preocupes por mí, sé cómo apañármelas sola. Esa empresa que contrataste para que me ayudara con las tareas domésticas vendrá mañana por la mañana, y terminarán las cosas que yo no consiga hacer. —Había contratado una empresa para que ayudara a mis abuelos con las tareas del hogar. Aunque podían hacer muchas cosas por su cuenta, no quería que se esforzaran demasiado, como ambos eran propensos a hacer—. Además, esta noche tengo un plan: voy a llamar a todas mis amigas y preguntarles si necesitan una organizadora de eventos. Les recomendaré a Natalie.

Fruncí el ceño mientras me ponía la chaqueta del traje.

—¿Y eso? Habías mencionado que ya tenía otro trabajo en vista. Uno relacionado con su carrera, ¿o no?

—Desgraciadamente, ese trabajo nunca llegó, así que ahora está un poco en apuros y quiero ayudarla.

Eso no me gustó nada. La idea de que Natalie estuviera en apuros no me hacía ninguna gracia.

—¿Te ha dicho lo que necesita? —pregunté.

La abuela me sonrió, y luego esa sonrisa se volvió un tanto presumida, lo cual no era bueno.

—Sí, más clientes. ¿Por qué? ¿Se te ocurre alguna idea?

De repente sentí que había caído en una trampa. Pero se trataba de Natalie, y tenía que ayudarla como fuera.

—Entre todos, tenemos muchas empresas. Seguro que tiene que haber un puesto en alguna de ellas que se ajuste a sus cualificaciones.

La abuela me miró con una enorme sonrisa.

—Eres un gran hombre, Jake. Me recuerdas a…

—No digas que a mi padre —advertí.

Su sonrisa se desvaneció. Maldita sea, odiaba provocaba ese efecto en ella.

—Sé que es difícil de creer, porque os ha hecho mucho daño a todos, pero hubo un tiempo, cuando era joven, en el que era un buen hombre. A veces, nieto, cuando tomas un camino como el que tomó tu padre, es muy difícil salir de él.

Mis abuelos cortaron todo contacto con mi padre después de que se mudara a Sydney. Tristemente, nunca intentó arreglar las cosas, ni siquiera con ellos. Incluso hasta la fecha, dudaba de que realmente comprendiera el daño que había causado. *Increíble.* Estaba muy lejos de ser un buen hombre: era un imbécil.

—No empecemos con esta conversación, abuela. —Para suavizar mi tajante respuesta, la abracé y le besé la mejilla antes de decirle que la quería. Ella respondió del mismo modo.

—Que tengas una buena noche, Jake. Nos has ayudado más de lo que crees, en todo, tanto a tu abuelo como a mí.

Mis hermanos y yo siempre nos asegurábamos de que todas sus necesidades estuvieran cubiertas. Era un honor para nosotros cuidar de ellos en su vejez. Se merecían una jubilación sin complicaciones. Quería que fueran felices.

Por otro lado, la abuela nos conocía tan bien que quizá acabara saliéndose con la suya en su evidente intento de emparejarnos. No pude evitar pensar en lo fácil que Natalie había encajado con nosotros aquel día que volvimos de Martha's Vineyard.

Salí y me dirigí directamente al hotel. Tenía la intención de repasar las notas para la reunión del día siguiente en la agencia, pero en lugar de eso, cogí el teléfono y envié un mensaje a Natalie.

Jake: He oído que la abuela se ha decidido por el lugar. Estaba entusiasmada.

Natalie: Me alegra oír eso. Aunque aún no lo ha visto y dice que puede decidir solo con ver las fotos, lo cual me preocupa. Pero bueno, si ella está segura, yo también.

Jake: No te preocupes, ella sabe lo que quiere. Hemos cenado todos juntos, mi abuelo se encuentra mejor.

Estaba dando mucha más información de la que solía compartir con desconocidos. Tenía muy pocos amigos, pero por los que tenía, era capaz de dar la vida. No hacía mucho que conocía a Natalie y, sin embargo, me resultaba imposible dejar de pensar en ella.

No me habían gustado las noticias sobre su trabajo así que, por instinto, la llamé.

—Hola, Jake.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Se oían bocinas y sirenas de fondo.

—He comprado un poco de helado para meterlo en el congelador y estoy llegando a casa. He hablado antes con Jeannie, parecía muy animada. Me alegro mucho de que tu abuelo esté mejor.

Me aclaré la garganta.

—Para ser sincero, no creo que su buen humor se debiera al abuelo. Se enteró de que nos habíamos tomado un helado juntos.

Resopló.

—¿Cómo se ha enterado?

—Me vendió la historia de que vio la dirección en el GPS de Cal. No estoy del todo convencido de que no haya estado siguiéndome la pista.

Natalie se rió con nerviosismo.

—Es un poco intensa, ¿verdad?

—Sin duda. Oye, Natalie, quiero volver a verte.

—Lo harás, en la fiesta.

—No de ese modo. Quiero verte a solas. Además, la fiesta es dentro de tres semanas.

Tragué saliva. Mi pulso retumbaba en mis oídos.

—¿Cuál es tu lugar favorito de Boston? —preguntó de repente.

—Probablemente el Sendero de la Libertad. Hace tiempo que no lo recorro.

—Hmm, yo igual.

—Pues entonces, vayamos. Te recogeré en casa. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararte?

—Una media hora.

—Bien. Allí estaré.

—Jake —murmuró ella—, no… no sé de qué va esto.

—Yo tampoco estoy seguro. ¿Acaso importa?

—Vaya, nunca pensé que escucharía esas palabras de ti, Señor "Sigamos el plan".

—Ya te lo he dicho, Natalie, estás provocando algo en mí.

—¿Qué exactamente? —susurró ella.

—Lo averiguaremos esta noche.

CAPÍTULO QUINCE

NATALIE

CUANDO LA LLAMADA SE CORTÓ, sonreí y sentí una descarga de adrenalina de pies a cabeza. *Mierda. ¿Voy a tener una cita con Jake?* Eso parecía. *Y, después de todo, ¿qué más daba cómo llamarlo?*

Llena de energía, saqué las llaves y, al instante, me quedé paralizada. Había tres *post-its* con la letra de Vince pegados en mi puerta. Se me revolvió el estómago.

Llámame
No te hagas la difícil
Necesito hablar contigo

Los arranqué y los estrujé en mi mano antes de abrir la puerta. Temblando, tiré los papeles a la papelera de la cocina. Dejé el envase con el helado sobre la encimera y me serví un vaso de agua. Lo bebí en grandes tragos, intentando calmarme.

El hombre no captaba los mensajes. Estaba barajando la idea de llamar a la policía, pero no tenía argumentos. Me había enviado una carta, mensajes de texto y había estado en mi maldita puerta pegando *post-its*. Dios, no quería que me arruinara también esa noche. Respiré hondo unas cuantas veces más.

Vince había intentado contactarme más en aquel tiempo que después de la ruptura, pero nunca había sido tan insistente. Tal vez estaba exagerando. Tal vez eran solo mis nervios.

Va a ser una noche increíble, Natalie. Ahora, olvida que Vince existe y elige un conjunto de infarto.

Normalmente, para una salida tranquila, solo me pondría unos vaqueros y un polo, pero ¿adivina quién se estaba esforzando mucho para estar guapa? Sí, yo. Me puse un vestido amarillo de verano, ajustado en la cintura, con tirantes de encaje en forma de mariposa. Recogí mi pelo en una coleta casual y me apliqué un poco de rímel y brillo de labios, lo justo para verme fresca y natural sin parecer demasiado arreglada.

Di un paso atrás, mirándome en el espejo. Era un *look* informal. Dios, ¿me estaba esforzando demasiado por mostrarme indiferente para que no pensara que quería, no sé… seducirle?

Eso era absurdo. *Él* me había besado *a mí*. Yo no lo estaba seduciendo en absoluto.

Media hora más tarde, sonó el timbre de mi puerta. Cogí el bolso y me puse unas bailarinas antes de abrir la puerta y salir.

—Hola —dije. ¿Acaso sonaba jadeante? Sin duda, así me sentía.

Jake llevaba vaqueros y una camisa de vestir. Me habría burlado de él por ir tan formal un domingo, pero la verdad era que le hacía irresistible. Así que me quedé en silencio, simplemente contemplándolo.

—Justo a tiempo —dije mientras cerraba la puerta tras de mí.

—Como señalaste el otro día, soy un maniático de la puntualidad.

Una oleada de calor me recorrió mientras bajábamos los escalones juntos. Su cercanía era imposible de ignorar. Su colonia, aún menos: olía fresco, como el bosque al amanecer.

—¿Qué deberías estar haciendo ahora en lugar de estar conmigo? —pregunté. Sentía auténtica curiosidad. Cuanto más conocía a Jake, más misterioso me parecía.

—Pensaba leer los memorandos para la reunión de mañana.

Me eché a reír.

—No, en serio, dime qué deberías estar haciendo.

Frunció el ceño.

—Ese era el plan.

Lo miré fijamente.

—¿Eso es lo que haces los domingos por la noche?

—Si es necesario, sí.

—Ahora me siento mal. Nunca he tenido una ética de trabajo como esa. Aunque tampoco hubiera cambiado mucho las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Mi jefe me despidió porque no soportaba las peleas entre mi ex y yo.

—¿Acaso aparecía en tu lugar de trabajo?

—No, peor: trabajábamos juntos. Así fue como nos conocimos. Bueno, en realidad pasó un buen tiempo hasta que empezamos a

salir. Tres años, para ser exactos. Luego me ascendieron a supervisora, y no se lo tomó nada bien. Empezó a menospreciarme, a gritarme por cualquier cosa. Al final, lo dejé, pero eso solo empeoró las cosas. Las discusiones se volvieron insoportables. Nuestro jefe se hartó y nos despidió a los dos.

—Vaya estúpido. ¿Por qué narices no celebró tu ascenso?

—Supongo que pensaba que él se lo merecía más. No sé. Era un tipo irascible, casi controlador, y después de mi ascenso, esa faceta suya solo empeoró. Yo era muy buena en mi trabajo. Pero como la cosa terminó mal, mi jefe se niega a darme una recomendación, lo que hace que encontrar otro empleo sea mucho más difícil.

—Me parece injusto. Puedo arreglarlo.

—Jake…

—Lo digo en serio.

—Yo también. Déjalo, ¿vale? Cambiemos de tema.

No me gustaba la idea de que él solucionara mis problemas. Era importante para mí hacerlo sola. Aunque, sin duda, cualquier ayuda de Jake lo haría todo mucho más fácil.

Caminamos por el Sendero de la Libertad, empezando por la Capilla del Rey. Siempre me había encantado la arquitectura del edificio: la majestuosidad de sus columnas, la atención al detalle. Me felicité por haber elegido un calzado plano, ya que la acera era muy irregular. Como era tarde, la mayoría de las atracciones estaban cerradas. Pero eso tenía su lado bueno, porque no había mucha gente.

—Hacía tiempo que no venía —dijo.

—Ah, o sea que *sabes* disfrutar de la vida después de todo —bromeé.

Me miró fijamente, inclinándose hacia mí.

—Sí, cuando estoy contigo.

Joder, ¡qué directo! Tragué saliva, jugueteando con las correas del bolso. Mi mente trabajaba a toda velocidad buscando un tema de conversación seguro.

—Me muero de ganas de ir al Jardín Público de Boston algún día en el verano. Tienen un puesto que sirve unas ostras deliciosas. Ah,

y hablando de jardines, ¿crees que es posible que Jeannie cambie de opinión sobre la ubicación?

—No. Una vez que decide algo, no hay quien la haga cambiar de opinión. —Jake frunció el ceño, como si el tema le molestara.

—Y eso te molesta por alguna razón —afirmé.

Levantó las cejas, sorprendido:

—¿Cómo lo sabes?

—Tu actitud ha cambiado al instante.

Asintió mientras caminábamos en dirección a la Boston Latin School.

—Es que mis medios hermanos estarán en la fiesta.

—Oh, ni siquiera sabía que tuvieras medios hermanos. ¿Alguno de tus padres volvió a casarse?

Me miró fijamente.

—¿De verdad no conoces la historia?

—No. —No estaba segura de por qué pensaba que yo podría saber algo de su familia.

—Descubrimos, o mejor dicho, *yo* descubrí, que nuestro padre tenía una segunda familia.

Jadeé.

—Dios mío… Eso suena terrible.

—Lo fue. Me enteré cuando hice unas prácticas en *Whitley Advertising* durante la universidad. En aquella época, él era el CEO. Descubrí que le enviaba cheques por correo a una mujer. Cuando le pedí explicaciones, me soltó una historia absurda sobre una exempleada que estaba tan descontenta que amenazó con demandar a la empresa si no le enviaban dinero regularmente. La historia no tenía sentido. Se puso nervioso al contármela. —No podía apartar la mirada de él. Parecía tan tenso, como si estuviera reviviendo todo de nuevo—. Así que investigué un poco y lo que encontré fue… terrible —concluyó.

—¿Qué edad tenías? —pregunté.

—Veintiuno.

—Dios…

Era muy duro perder la confianza en alguno de tus padres en la adultez temprana. No es que existiera un buen momento para

descubrir algo así, pero en esa edad se hacía aún más doloroso.

—Lo siento. ¿Cómo lo llevó tu madre?

—Muy mal —respondió—. No pudo soportarlo, realmente no pudo. Estaba destrozada. Durante meses, solo salía de casa para ir a terapia. Y entonces… descubrió que estaba enferma. Falleció unos meses después. —Se le quebró la voz.

—Dios mío. ¿Y luego qué pasó? —pregunté.

—Gabe tenía diecisiete años, así que se fue a vivir con mis abuelos. Cade, Spencer, Colton y yo ya éramos mayores de edad. Mis abuelos intentaron hacer lo mejor que pudieron después de que mi padre desapareciera.

—¿Adónde se fue? —pregunté, confusa.

—Las apariencias eran muy importantes para él. —Su tono se volvió amargo—. En cuanto la noticia se filtró en su círculo social, se largó a Sydney. Nancy, la madre de mis… medios hermanos… tampoco quería tener más nada que ver con él. No tenía idea de que estaba casado con mi madre.

Parpadeé varias veces. Mi cerebro tardó en procesar toda la historia.

—¿Australia? ¿Ahí es donde vive ahora? Y por eso te fuiste de Boston —concluí.

Asintió.

—Sí. Yo me mudé a Nueva York. No quería tener nada que ver con ninguna división de *Whitley Industries*.

—Es tu legado —murmuré.

—No en lo que a mí respecta. Mi legado es lo que yo mismo he construido, no lo que haya tocado mi padre.

—Pero tus abuelos fueron los que empezaron a construir ese legado, ¿verdad?

Asintió.

—Sí, pero eso es irrelevante.

¿Realmente lo era? No quería tener nada que ver con el apellido Whitley y, sin embargo, había acudido en ayuda de su abuelo. No sabía si le importaba el legado familiar, pero algo sí tenía claro: haría cualquier cosa por su familia. Y eso lo hacía increíblemente atractivo.

—En fin… la cuestión es que mis horarios aquí son una locura. Me levanto todos los días a las cinco.

—Joder. Yo apenas puedo levantarme de la cama a las siete. Necesito tres alarmas.

—Puedo llamarte por las mañanas si quieres, para asegurarme de que te levantes.

—Eeem… Te tomaré la palabra. Pero volviendo a lo de tus horarios. ¿Sabes lo que deberías hacer? —dije, alzando las cejas con picardía.

—Será mejor que lo digas rápido porque si no, mi mente empezará a imaginarse todo tipo de cosas. —Bajó la voz—. Cosas muy interesantes.

Un calor intenso me recorrió. Su lado provocador era increíblemente irresistible.

—Deberías redescubrir Boston. Volver a visitar tus lugares favoritos. Buscar lo que te hace feliz. Encuentra tu luz.

—¿Mi qué?

—¿Has oído a la gente hablar de los disparadores emocionales?

—He oído ese término.

—Bueno, pues una vez leí que lo contrario son las luces de esperanza. Pueden ser cualquier cosa que te dé alegría: un paseo por la naturaleza, salir a correr, escuchar cantar a un pájaro… Deberías intentarlo. Creo que te haría bien. —Bajé la voz a un susurro porque estaba mirando fijamente mi boca. Dios, si me besaba, le devolvería el beso. Mi autocontrol tenía un límite. ¿Pero qué sentido tenía todo aquello? Aunque nos lo pasáramos bien juntos, probablemente volvería a Nueva York en cuanto consiguiera sacar la empresa adelante. Y yo… yo iría a donde el trabajo me llevara.

—Lo haré, pero con una condición.

—Oh, ¿así que hay condiciones? —pregunté.

—Sí. —Me dedicó aquella sonrisa seductora—. Quiero que seas mi guía, Natalie.

Me relamí los labios. Sus ojos azules se volvieron aún más ardientes, lo que hizo que me estremeciera. Dios mío. Ni siquiera estaba intentando ligar conmigo y ya me estaba derritiendo delante

de él. ¿Cómo me las apañaría para pasar aún más tiempo en su compañía?

—Humm, no sé si es una buena idea —murmuré.

—¿Por qué no? Incluso podemos convertirlo en un acuerdo de trabajo. La abuela me ha contado que estás buscando clientes. Podrías considerarme uno de ellos.

Retrocedí un paso.

—Espera, ¿qué? ¿Quieres pagarme por mi tiempo? ¿Por qué?

—A ti no te vendría mal algo de dinero extra y a mí me encantaría tener tu compañía.

—¿Crees que tienes que pagar por mi compañía? —pregunté, atónita—. ¿O es que te doy pena? —Estaba empezando a cabrearme.

—No, por Dios. No era mi intención que sonara así.

—Bueno, ¿qué querías decir exactamente? Acabas de ofrecerme dinero por estar contigo. Estoy empezando a tener muy, pero muy malas ideas.

—Natalie, para —dijo Jake—. No debería haber sacado el tema.

—No, no deberías haberlo hecho.

—Bien. Considéralo olvidado.

—¿Crees que te voy a dejar librarte tan fácilmente? —pregunté. Todavía estaba un poco cabreada, lo cual era una locura. Obviamente, sabía que tenía buenas intenciones, pero, aun así, no me gustaba que me tratara como si me estuviera haciendo un favor —. Creo que ahora soy yo quien tiene que poner condiciones. —Mi tono era juguetón, pero en cierto modo lo decía en serio.

—Ya veo. ¿Quieres hacerlo a tu manera? —dijo.

—Exacto.

—Noticias de última hora, Natalie. Soy muy cabezota.

—Pues qué casualidad, yo también.

Volvió a mirarme los labios y, antes de que pudiera responder, acortó la distancia y me besó.

Me sentí completamente perdida en él: su forma de explorar mi boca era de otro planeta. Bajó su mano desde mi mejilla hasta mi cuello, apartándome suavemente mi largo cabello. Mi piel se erizó

cuando movió sus dedos en pequeños círculos por el costado de mi cuello.

—Jake —murmuré cuando nos separamos. Su respiración era agitada. Me humedecí los labios y me balanceé sobre la punta de los pies, incapaz de estar quieta. Sentí que me sujetaba los brazos con ambas manos. Me armé de valor y abrí los ojos, solo para encontrarme con él mirándome fijamente. En algún momento del beso, mis dedos se habían enredado en su espeso cabello. De cerca, noté que el castaño oscuro se entremezclaba con mechones negros.

—No tengo ninguna posibilidad de salirme con la mía, ¿verdad? —susurré.

—Ni una sola.

—Entonces, ¿necesitas una guía, a pesar de que Boston sea tu ciudad?

—No, te necesito a ti, Natalie. Solo estaba buscando una excusa.

El aire entre nosotros parecía espesarse a cada segundo. Sentí su contacto casi como si estuviera desnuda.

—¿Por dónde quieres empezar? —pregunté.

—Primero besaría tus labios… y luego recorrería todo tu cuerpo.

Dios mío. Una oleada de calor me recorrió desde el vientre hasta cada rincón de mi cuerpo.

—No me refería a eso. ¿Por dónde quieres empezar a recorrer la ciudad?

Se rió.

—Perdona. Supongo que mi mente me ha jugado una mala pasada, y ahora ya me he delatado. Encárgate tú de todo esto, Natalie.

Di un paso atrás porque estar demasiado cerca de aquel hombre tan guapo estaba afectando mi capacidad para razonar.

—Es una estrategia muy inteligente, Jake Whitley. Finges que me dejas decidir, pero en realidad me llevas exactamente a donde quieres.

Había un brillo juguetón en sus ojos.

—No lo confirmaré ni lo negaré.

—Al menos dime qué es lo que quieres.

—¿Aparte de ti?

Otra oleada de calor me invadió.

—Sí. —Mi voz era temblorosa.

—Vale, te daré una ayuda. Llévame a un lugar donde te gustaría tener una cita.

Se me cortó la respiración.

—¿Me estás invitando a salir?

—No, simplemente te estoy diciendo que me lleves a un sitio que te guste.

—Eres muy listo y tienes demasiadas artimañas —comenté.

—Natalie.

Dios, no podía seguir diciendo mi nombre así. Tuve la sensación de que me estaba ordenando que me desnudara allí mismo, en plena calle. Y si seguía haciéndolo, mi ropa podría arder espontáneamente en cualquier momento.

—Vale, ya se me ocurrirá algo.

Me gustó ver el brillo juguetón que había en sus ojos y que aquella noche se hubiera abierto conmigo sobre su familia. Cuando lo conocí, parecía muy distante. Pensé que siempre mantendría las distancias y que sería reservado respecto a su vida personal. Tal vez siguiera siéndolo. Estaba claro que no le hacía gracia tratar con sus medios hermanos, pero había abierto una puerta… y, para mi sorpresa, yo quería cruzarla. Aunque la verdad era que estaban ocurriendo muchas cosas en mi vida y no podía fiarme mucho de mi corazón, y menos en ese momento.

CAPÍTULO DIECISÉIS

NATALIE

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, siempre me despertaba pensando en Jake. Al oír el tono de mi móvil, sonreí y lo cogí inmediatamente de la mesilla de noche, incorporándome para sentarme. Había cumplido su promesa de despertarme por la mañana. Era el tercer día consecutivo que lo hacía. El primer día me había llamado, pero tenía demasiado sueño para mantener una conversación, así que terminamos intercambiando mensajes.

Jake: Buenos días, preciosa.

Natalie: Estoy despierta y lista para empezar el día con fuerza.

Jake: Me encanta esa energía.

Aquella mañana me sentía muy motivada, así que le respondí sin rodeos lo que estaba pensando.

Natalie: Esta noche, yo elijo el sitio.

Jake: No, te equivocas. Soy yo el que te va a llevar a dar un paseo por ahí.

Natalie: Creía que no se trataba de una cita, sino de llevarme a algún sitio al que quiera ir. Según entiendo, eso es llevarme a dar un paseo por ahí.

Jake: Demasiada semántica.

Estallé en carcajadas. *Vaya manera de despertarse.*

Natalie: Esta noche he quedado con mi mejor amiga, Larissa, para cenar. Haremos una lluvia de ideas juntas. Como ella es muy creativa le pediré algunas sugerencias.

Jake: Yo cenaré con mis abuelos, pero puedo recogerte después. Podemos terminar esa lluvia de ideas.

Natalie: Créeme, no te lo recomiendo. Escucharás cosas que nunca te habrías imaginado.

Jake: Puedo soportarlo.

Natalie: No lo dudo, pero yo no. Gracias por despertarme. Hablamos esta noche.

El resto del día estuve en las nubes. Hablé con mis padres y mis hermanas mientras iba de camino a la imprenta, donde quería ver un par de modelos de invitaciones para la fiesta de Jeannie. Ya les había avisado del evento a sus amigas por correo electrónico, pero yo quería que pudieran llevarse las invitaciones como recuerdo. Ella le estaba dedicando mucho tiempo a la fiesta, y me encantó que se esforzara por que fuera una ocasión memorable y no solo un frívolo evento. Se notaba que de verdad apreciaba a sus amigas, al punto de incluir una foto con cada una en las invitaciones.

Por la noche, llegué al restaurante antes que Larissa.

Me senté a la mesa y eché un vistazo a mi alrededor. Hacía tiempo que no salíamos, y habíamos decidido probar un nuevo restaurante chino. Solíamos ir por cócteles una vez a la semana, pero hacía tres meses que no quedábamos, justo desde que me quedé sin trabajo y tuve que empezar a apretarme el cinturón. Pero como Jeannie me había pagado por adelantado las horas que ya había invertido, podía darme ese pequeño lujo. El restaurante tenía muy buenas críticas, a pesar de no ser para nada caro. Tenía que aprovechar la oportunidad para ponerme al día con mi amiga antes de que se fuera a Bali.

Mi teléfono vibró y desbloqueé la pantalla de inmediato.

Larissa: Llegaré un par de minutos tarde.

Natalie: No te preocupes.

Al mismo tiempo, noté que Jake también me había escrito.

Jake: ¿Cómo va la lluvia de ideas?

Natalie: Aún no hemos empezado, Larissa no ha llegado. Pero créeme, una vez que lo hagamos, no habrá quien nos pare.

Jake: Suena prometedor. Estoy impaciente por saber qué se os ocurre.

—¡Tienes una sonrisa de oreja a oreja! —exclamó Larissa cuando llegó unos segundos después.

Aparté el teléfono rápidamente. Estaba espectacular, como siempre: su cabello rojo fuego y sus ojos azules brillaban bajo la luz del restaurante. A menudo se quejaba de que su piel era demasiado pálida, pero para mí tenía un aire de princesa.

—Sí…

—¿Tiene que ver con el nieto de tu clienta?

Larissa, por supuesto, estaba al corriente de todo lo que ocurría en mi vida. Bueno, de casi todo.

—Sí.

—¿Ya has decidido adónde vas a llevarlo? —preguntó ella.

—Sinceramente, no. Le prometí que le enviaría un mensaje en cuanto acabara nuestra cita de chicas.

Movió las cejas con picardía.

—Oye, puedes decirle que venga cuando quiera. Estoy deseando conocerlo. Ya sabes que tengo un gran don para leer a la gente.

—Es cierto —admití. Si tan solo la hubiera escuchado cuando me dijo que pensaba que mi ex era un cabrón de dos caras.

De repente, un camarero apareció con dos platos.

—Este es un aperitivo sorpresa de la casa —anunció Mitch, según indicaba su etiqueta.

—Guau. ¿Qué es?

—Rollitos de gambas.

Larissa y yo nos miramos y sonreímos al mismo tiempo.

—Nos encantan las gambas.

Dejó los platos en nuestra mesa y se retiró.

Los rollitos estaban deliciosos. Mientras los comíamos, también ojeamos el menú.

—Creo que voy a pedir pato pekinés —dije, levantando la vista… y de inmediato, me quedé sin aliento.

Miré atentamente a Larissa. Su cara se estaba poniendo roja.

—Larissa, ¿estás bien? —pregunté, aunque la respuesta era obvia. Respiró hondo y tosió.

Miré horrorizada nuestros platos.

—¿Crees que puedes ser alérgica a algún ingrediente de la comida?

Ella asintió.

—¡Mierda, ¿llevas un *EpiPen* o algo así contigo?! —pregunté, aunque en el fondo sabía que no. Larissa no tenía ninguna alergia… o al menos eso creíamos.

Negó con la cabeza y, sin pensarlo, me puse de pie de un salto, mirando a mi alrededor en busca de ayuda.

Un camarero vino corriendo hacia nosotros, claramente notando mi angustia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Tienen *EpiPen* aquí? ¿O algún medicamento para alergias?

—No. —Miró a Larissa—. Pero no mencionaron ninguna alergia al hacer la reserva.

—¡Eso no ayuda! —solté, frustrada.

Esperaba que se preocupara por mi amiga, pero parecía más centrado en cubrirse las espaldas. No había tiempo para discutir. Tenía que llevarla a urgencias.

—¡Voy a llamar a una ambulancia! —exclamé, sacando el teléfono para marcar el 911.

Unos minutos después, Larissa y yo estábamos en la parte trasera de una ambulancia. Le administraron un *EpiPen*, pero mi preocupación no desaparecía. ¿Era mi imaginación o su rostro seguía hinchándose?

Cuando llegamos a urgencias, su piel tenía un tono ligeramente azulado.

Los siguientes minutos pasaron en una especie de niebla. Hablé con una enfermera, rellené formularios, vi cómo la llevaban en una camilla y le conectaban una vía intravenosa.

—De esta manera entrará más rápidamente en su organismo —explicó una enfermera cuando le pregunté por qué estaban procediendo así.

—¿Tendrá que pasar la noche aquí? —pregunté.

—Es muy pronto para saberlo.

Asentí.

—¿Puedo sentarme a su lado?

—Claro.

La sala de urgencias estaba llena de camas separadas por cortinas. Médicos y enfermeras se arremolinaban alrededor. La cacofonía de sonidos era ensordecedora. Larissa estaba tumbada en una de las camas, con la mano que tenía libre bajo la cabeza. Afortunadamente, presentaba un aspecto mucho mejor que antes. Su color estaba volviendo a la normalidad, aunque aún tenía los labios un poco hinchados.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Mucho mejor. Menudo susto.

Asentí, sentándome en una silla junto a su cama.

—Y que lo digas. ¿Tienes idea de qué fue lo que pudo provocar la reacción?

—Sinceramente, no. No he tenido alergias en mi vida. La enfermera me sugirió que me hiciera pruebas con un alergólogo.

—Sí, deberías hacerlo.

Aún tenía el corazón acelerado. Verla luchar por respirar había sido aterrador.

—No hace falta que te quedes aquí. Esperaré un par de horas y luego cogeré un taxi a casa.

—Ni de coña. No me moveré de aquí. No hay nada peor que estar sola en un hospital.

—Pero a ti te ponen mal los hospitales.

Arrugué la nariz.

—A nadie le gustan. Pero te quiero y quiero quedarme aquí contigo.

—Eres una gran amiga —murmuró Larissa.

Parecía cansada. Incluso yo sentí cómo la adrenalina se desvanecía en mi cuerpo.

Mantuve la vista en ella, atenta a cualquier señal de que pudiera hincharse de nuevo. Afortunadamente, eso no sucedió. Sin embargo, se quedó dormida al cabo de media hora. Entonces, como no tenía

nada que hacer, me puse los auriculares, abrí la aplicación de Netflix en el móvil y empecé a ver un episodio de *The Big Bang Theory*. Cuando terminé el tercero, cerré la aplicación. Estaba empezando a inquietarme. Larissa seguía dormida. ¿Era normal?

Entonces vi que tenía cinco notificaciones en mi teléfono. Todos los mensajes eran de Jake.

Dios mío. Olvidé por completo que tenía que enviarle un mensaje.

Jake: Entonces… ¿cuál es el destino al que YO te llevaré?

Jake: Natalie, ¿estás bien? Contéstame cuando puedas.

El último mensaje era de hacía solo unos minutos.

Jake: Estoy empezando a preocuparme en serio. Por favor, dime algo o voy a derribar tu puerta solo para asegurarme de que todo está bien.

Respondí inmediatamente.

Natalie: Eso no serviría de nada porque no estoy en casa. Estoy en urgencias.

Ni siquiera había cerrado la aplicación de mensajería cuando el teléfono empezó a sonar. Miré a mi alrededor. No podía responder en la habitación del hospital, pero no quería dejar sola a Larissa.

Rechacé la llamada y le envié un mensaje.

Natalie: Mi amiga tuvo una reacción alérgica a algo que comimos, y le han puesto una vía. Probablemente estaré aquí unas horas más. Hay mucho ruido en urgencias dentro y es imposible mantener una conversación.

Jake: Avísame cuando le den el alta. Os recogeré.

Natalie: ¿En serio? ¿Estás seguro?

No tenía por qué hacerlo. Estaba ocupado y no tenía ninguna obligación de pasar su tiempo libre haciéndonos de chófer.

Natalie: Lo más probable es que sea tarde cuando le den el alta.

Jake: No importa. Mándame un mensaje cuando hayáis terminado y os recogeré.

Natalie: Gracias.

Sentí un calor extraño recorrerme el cuerpo, y mi estómago se revolucionó. A pesar de estar en una sala de urgencias y sentada en

una silla incomodísima, no podía dejar de sonreír.

Jake Whitley vendrá a recogernos.

CAPÍTULO DIECISIETE

NATALIE

JUSTO CUANDO LEVANTÉ LA VISTA, Larissa abrió los ojos.

—Me quedé dormida —dijo. Su voz era mucho más fuerte.

—Sí. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo?

—Un poco de agua. Tengo la boca seca.

—Aquí tienes.

Las enfermeras habían dejado un vaso lleno de agua en la mesilla junto a la cama. Ayudé a Larissa a incorporarse un poco y bebió con ansias, terminándose el vaso de un solo trago.

—Iré a buscar a una enfermera, ¿vale? Para avisarles que te has despertado.

—Sí, vámonos cuanto antes de aquí. Ya me siento mucho mejor.

—Tenemos que esperar a ver qué dicen los médicos.

Encontré a su enfermera a unas cuantas camas de distancia y le señalé a mi amiga con la cabeza.

—Enseguida estoy con vosotras —dijo la enfermera con una sonrisa.

—Gracias.

Volví a la cama de Larissa. Estaba entretenida con su *smartphone*.

—Hay muchos Uber por aquí —comentó.

—Esperemos a ver si realmente te dan el alta. Por cierto, Jake dijo que nos recogería cuando saliéramos.

A Larissa casi se le cae el teléfono.

—¿Qué? ¿Jake Whitley?

Asentí. Y así, de la nada, mi sonrisa regresó.

—Sí, lo nuestro ya no es un simple tonteo. Tenía pensado decírtelo en la cena. Bueno… la cosa es que nos estábamos enviando mensajes y entonces ocurrió esto, y hace un rato le respondí contándole lo sucedido.

—Espera, ¿estabais tonteando mientras estábamos en el restaurante?

Sonreí tímidamente.

—Culpable.

—Humm. Ese no es muy propio de ti.

—Lo sé, pero desde que Jake me atrapó en su telaraña, no consigo liberarme.

—Esa comparación da un poco de miedo —dijo.

—Tienes razón. —Fruncí los labios, pensando que, en realidad, me había atrapado desde el momento en que apareció aquel día en el aeropuerto.

La enfermera se acercó en ese instante, interrumpiendo mis pensamientos.

—Estás despierta y tienes buen aspecto. Déjame comprobar tus constantes vitales y llamaré a un médico para que te dé el alta.

Diez minutos después, un doctor confirmó que Larissa estaba lista para irse a casa. Solo faltaba completar el papeleo. Luego, cuando la ayudé a levantarse de la cama, me di cuenta de que aún estaba un poco mareada por la medicación.

Mientras Larissa firmaba los papeles del alta, miré a la enfermera.

—¿Es normal que esté así?

—Oh, sí. Todavía está bajo los efectos del Benadryl, pero mañana estará como nueva.

—¿Necesita supervisión durante la noche?

—No, en absoluto. No te preocupes.

—De acuerdo. Gracias.

Cuando Larissa terminó con la documentación, le envié un mensaje a Jake.

Natalie: Oye, hemos terminado. ¿Sigue en pie tu oferta? Una advertencia: Larissa aún tiene algunos efectos secundarios por los medicamentos. Puede que sea una pasajera muy habladora.

Jake: Voy para allá. Llegaré en diez minutos.

Natalie: Gracias.

Una vez que todo estuvo listo, guié a mi amiga hasta la salida. Se encontraba bien, pero hablaba mucho más de lo habitual. Esperamos a unos metros de la entrada principal del hospital, mientras el sonido de las ambulancias llenaba el ambiente. Le envié a Jake nuestra ubicación exacta y, tal como prometió, llegó pocos minutos después.

Detuvo el coche delante de nosotras e inmediatamente se bajó. Era el mismo vehículo que solía conducir Cal.

—Vaya, vaya, vaya… pero si es el famoso Jake Whitley —dijo Larissa—. Esperaba poder conocerte algún día después de oír hablar tanto de ti.

Esbozó una sonrisa, alternando la mirada entre ella y yo mientras rodeaba el coche. Estaba guapísimo. Sus anchos hombros encajaban a la perfección en su elegante traje. Llevaba el pelo despeinado, con algunos mechones rebeldes. Le quedaba *espectacular.*

Me sostuvo la mirada mientras decía:

—Así que has oído muchas cosas, ¿eh? Tengo curiosidad por saber qué exactamente. Lo averiguaré más tarde.

—Estaré encantada de contártelo —se ofreció Larissa.

Le di un golpecito con el codo.

—No, ni se te ocurra. Todo lo que te conté era confidencial.

—Pero tú se lo ibas a decir, así que ¿qué más da? —preguntó con cara seria y visiblemente confundida.

—No, no lo haré. ¿Qué te ha dado esa idea?

Larissa se echó hacia atrás, riendo.

—Solo tienes que mirar a ese tío… Mirada ardiente y lenguaje corporal decidido. No hay duda de que te hará soltar la información. Simplemente estoy diciendo que tal vez te convenga confesar. Pensándolo mejor, no lo hagas. Seguro que empleará tácticas muy creativas para hacerte hablar… ¡y eso podría ser muy divertido!

—Bueno, bueno, es hora de llevarte a casa.

Menos mal que estaba oscuro, porque me sonrojé muchísimo. Por otro lado, Jake guardaba un sospechoso silencio mientras abría la puerta y me ayudaba a acomodar a Larissa en el coche.

Cuando estaba a punto de unirme a ella en el asiento trasero, noté su sonrisa de suficiencia.

—¿Qué? —pregunté en voz baja.

—Te lo contaré más tarde.

El tono de su voz era tan misterioso como seductor. Ay, Dios mío, sin duda se avecinaba una noche más interesante de lo que esperaba. Después de que él también subiera al coche, Larissa le indicó la dirección y arrancamos.

—Jake, déjame decirte que has sumado muchos puntos por haber venido —dijo ella.

—Me alegra saberlo —respondió con soltura.

—Aunque está claro que esperas que esto te sume puntos y te abra el camino hacia la cama de mi mejor amiga.

—¡Larissa! —exclamé, llevándome las manos a la cara—. Dios mío, no suele ser así.

—Suelo tener un filtro mejor —dijo ella, sonriendo.

Me miró por el retrovisor y sentí cómo me ardía la piel. Era como si cada centímetro de mi cuerpo anhelara estar más cerca de él. Relamiéndome los labios, me hundí un poco más en el asiento de cuero, cruzando los dedos para que Larissa dejara de avergonzarme de camino a su casa. Por suerte, se quedó dormida poco después.

Cuando llegamos, la ayudé a entrar. Jake nos acompañó, pero se quedó esperando en la puerta principal mientras yo ayudaba a Larissa a ir al dormitorio.

Estaba demasiado cansada para ducharse o siquiera cambiarse de ropa, así que me limité a quitarle los zapatos y cubrirla con una manta. Se quedó dormida al instante. Antes de salir, puse un vaso grande de agua en su mesilla de noche.

—Ya podemos irnos —le susurré a Jake.

Salimos en silencio del oscuro recibidor y, una vez fuera, solté un largo suspiro de alivio.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó? —preguntó Jake mientras bajábamos los escalones de la casa.

—Tuvo una reacción alérgica. Me asusté muchísimo. No sabíamos que tuviera alguna alergia.

—Hiciste bien en llevarla a urgencias —señaló Jake.

Me temblaban ligeramente las manos.

—Creo que la adrenalina por fin ha empezado a hacer efecto —murmuré, inhalando y exhalando profundamente—. ¿Qué hora es?

—Es tarde.

—Voy a coger un Uber a casa. Tú deberías irte, Jake.

Se acercó y me puso una mano en el hombro derecho. Con la otra, me levantó la barbilla y, con un tono sagaz, dijo:

—¿Y dejarte sola, Natalie? No esta noche.

Me derretí ante la determinación de su mirada.

—Dios mío, Larissa tiene razón. Definitivamente *estás* intentando ganar puntos para meterte en mi cama.

Jake se rió entre dientes y me cogió de la mano.

—Venga. Vámonos.

—¿Esa es tu frase para ligar?

—No, Natalie. Pensaba llevarte a cenar.

—Oh.

—Supongo que por lo que pasó, no pudieron comer nada.

—Así es, ¿cómo lo has sabido? —pregunté.

—Te rugían las tripas en el coche.

Al instante, me llevé una mano al estómago, avergonzada.

—Vamos. Deja que cuide de ti esta noche. Llevas horas bajo tensión, necesitas relajarte.

Antes de que pudiera protestar —no era que fuera a hacerlo—, posó ambas manos sobre mis hombros y me guió hasta el lado del copiloto del coche. Fue entonces cuando decidí dejar que aquel hombre maravilloso me llevara a donde quisiera esa noche.

Siempre me gustaba saber los planes de antemano. Pero aquella noche, simplemente quería dejar que las cosas fluyeran. Ni siquiera pregunté adónde íbamos mientras avanzábamos a toda velocidad hacia el centro de la ciudad. Lo malo fue que, de repente, caí en la cuenta de que mi aspecto no debía ser el mejor. Ni siquiera había ido a mirarme al espejo, pero probablemente tenía el pelo hecho un desastre. Me había puesto máscara de pestañas en algún momento del día, y después de tantas horas, normalmente empezaba a esparcirse. Llevaba el vestido desde primera hora de la mañana y esperaba que no estuviera demasiado arrugado. Con la mayor discreción posible, levanté el brazo derecho, apoyé el codo en el

marco de la ventanilla y acerqué la nariz a la axila, oliendo disimuladamente. No olía mal, pero tampoco podía decir que estuviera fresca.

Veinte minutos después, Jake aparcó el coche frente a uno de mis parques favoritos.

—Oye, esto es increíble. ¿Cómo sabías que pensaba venir aquí en algún momento del verano? —pregunté.

—Me lo dijiste cuando paseábamos la otra noche.

—Ah, es verdad. Aquí tienen las mejores ostras.

—Entonces, esta noche la señorita cenará ostras.

Cuando vi que se acercaba para abrirme la puerta, dejé que cumpliera con su papel de caballero. Quería dejarme mimar esa noche. Al salir del coche, sentí su mirada hambrienta recorriéndome de pies a cabeza. Un escalofrío me recorrió la espalda. Tras cerrar la puerta, dio un paso atrás y volvió a mirarme con detenimiento.

Me mordí el labio.

—No hagas eso. No me mires así, ya estoy bastante cohibida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No he podido arreglarme después de haber ido al hospital.

—Estás increíblemente sexy.

Y así, sin más, todos mis miedos se esfumaron.

Nos adentramos en el parque, que estaba abarrotado de gente, pero afortunadamente había varias mesas altas disponibles. El lugar parecía sacado de un cuento de hadas: todo lleno de árboles iluminados con luces parpadeantes. No, en realidad ya no eran luces parpadeantes; ese año las habían cambiado por bombillas de estilo industrial, repartidas por todas partes. Aun así, el lugar seguía teniendo un aire romántico.

Jake pidió ostras para los dos, acompañadas de pan con salsa de queso.

—Esto es un festín —dije.

—No quiero que te quedes con hambre —dijo—. Deberías comer, ha sido una noche larga.

El tono protector de su voz hizo que me derritiera. La verdad era que tenía mucha hambre, solo que no me había dado cuenta mientras estaba en el hospital.

—Las ostras están deliciosas, como siempre. —Enderezándome en mi asiento, decidí ponerme seria y preguntarle sin rodeos a Jake —: Jake, ¿qué es exactamente lo que estamos haciendo?

Hasta aquí llegó mi resolución de dejar que las cosas fluyan esta noche.

Él deslizó una mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Estás preparada para llamarlo una cita?

Su cuerpo irradiaba calor… literalmente. Sentí que mi cerebro se nublaba por completo.

—Tal vez mejor no —concluyó, malinterpretando mi silencio.

En lugar de corregirle, apreté los labios. La verdad era que aún no quería llamarlo de ninguna manera.

—Gracias por todo —murmuré.

—De nada. Y si alguna vez vuelve a pasar algo así, quiero que sepas que puedes contar conmigo, ¿vale?

—Jake… —murmuré. Ningún chico con el que había salido me había ofrecido algo así. Y ahí estaba aquel hombre, con quien ni siquiera podía confirmar que estuviéramos saliendo, diciéndolo como si fuera lo más natural del mundo—. Tú también puedes contar conmigo.

—Eso es algo que normalmente solo oigo decir a mis hermanos.

—Bueno, ahora puedes añadirme a la lista.

—Genial. Entonces, ya es oficial: podemos contar el uno con el otro. Ahora, venga, pidamos un plato principal.

—Sí, vamos. Por alguna razón, tengo aún más hambre que antes.

La comida estuvo deliciosa, la noche resultó mejor de lo esperado y la compañía fue más que perfecta. Y, aun así, en el fondo sabía que lo nuestro no podía llegar demasiado lejos. Me gustaba Jake, en todos los sentidos. Pero sabía que no debía empezar algo que ninguno de los dos pudiera terminar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

JAKE

DESPUÉS DEL PLATO PRINCIPAL, pasó de estar enérgica y descarada a verse agotada ante mis propios ojos.

—No sé qué me ha pasado —murmuró.

—Estás cansada, Natalie. Has tenido un día muy largo. Vamos, te llevaré a casa.

—Quería que nos quedáramos más tiempo aquí. Este lugar es precioso.

—Podemos volver en otra ocasión —sugerí.

Aquella noche bajó la guardia. Aunque no había bebido alcohol, estaba exhausta después de pasar horas con Larissa en el hospital y, durante el trayecto de vuelta a su casa, permaneció en silencio. Al llegar, mientras nos acercábamos a la puerta, bostezó. Sacó las llaves del bolso, jugueteó con ellas y me miró.

—¿Quieres entrar?

—Sí —respondí—. Quiero asegurarme de que llegues bien.

—¿Crees que me voy a tropezar en las escaleras?

—Estás muy cansada, Natalie.

—Y tú estás siendo protector, como siempre. Nunca lo había dicho, pero me encanta eso de ti.

—Me gustas así, con la guardia baja —susurré en su oído, acercándome por detrás.

Se puso tensa, pero luego se relajó bajo mi tacto. Joder. Tenía que contenerme o iba a darle la vuelta y besarla allí mismo, contra la puerta.

La abrió y entró, mirando hacia atrás.

—Sigues con tu misión de meterte en mi cama, ¿eh?

Me aclaré la garganta.

—Lo único que quiero es asegurarme de que estarás bien esta noche.

—Entonces tendré que mejorar mis dotes de seducción.

Tardé unos segundos en reaccionar a sus palabras.

Joder. Me ha invitado intencionadamente.

Se dio la vuelta y me miró. Me acerqué. La deseaba tanto… pero no quería aprovecharme de ella.

—Natalie, ¿estás segura?

Ella asintió.

—Sí. Hemos pasado una noche maravillosa y, bueno, ¿quién sabe cuánto tiempo nos queda?

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Estaba lo bastante cerca como para oler su champú y sentir su aliento en mi cuello.

—Estoy solicitando trabajo por todas partes, así que, si tengo que mudarme al quinto pino, lo haré.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Bajé la mirada hacia ella.

—No.

—¿Qué? —preguntó, confusa.

—No —repetí con más firmeza.

Antes de que pudiera replicar, la besé con tanta intensidad que se tambaleó hacia la pared. Extendí una mano para sostenerla y evitar que se golpeara contra los azulejos, mientras que con la otra la sujeté por la cintura. No podía dejar de besarla, y mi cuerpo reaccionó al instante. De ninguna manera iba a dejar que se marchara. ¿Por qué nadie me había dicho que estaba buscando trabajo en otras ciudades? ¿Por qué no me lo había imaginado antes?

Pero, por otro lado, ¿estaba siendo justo? Después de todo, en cuanto recuperara la agencia de publicidad, iba a tomar el primer vuelo a Manhattan.

—Jake —murmuró cuando nos separamos para respirar. Volví a besarla. No podía parar. No lo haría.

Ella apoyó ambas manos sobre mi pecho y luego deslizó una hacia mi cuello, tomando dos rápidas bocanadas de aire. Sujeté su muñeca, presionando mi pulgar sobre su punto de pulso. Estaba acelerado, igual que el mío.

—Natalie —dije con los dientes apretados—. ¿Estás segura?

—Sí. Dios, Jake, te deseo tanto…

Tragué con fuerza, necesitaba tenerlo todo claro.

—¿Estás segura de que quieres que me quede esta noche?

—Sí. Te quiero aquí, en mi apartamento… dentro de mí.

Estaba a punto de perder el control. La besé aún más fuerte, llevándola contra la pared. Bajé las manos hacia la parte exterior de sus muslos y dibujé círculos con mis dedos antes de subirle el vestido. Cuando toqué su piel desnuda, se me terminó de poner completamente dura. Era aún más suave y tersa de lo que había imaginado.

—Joder, si supieras todo lo que te voy a hacer esta noche.

Su piel se erizó al instante con mis caricias.

—Sí, Jake, hazme todo lo que quieras.

—Lo haré, porque eres mía. Voy a demostrarte lo bien que eso te hará sentir.

Dando un pequeño paso atrás, le quité el vestido por encima de la cabeza. Llevaba bragas negras y un sujetador a juego.

—Eres increíblemente preciosa. —La recorrí con la mirada, sin saber por dónde empezar a deleitarme.

Aún llevaba puestos los tacones y, pese a que parecía una diosa así, yo quería que estuviera cómoda.

—Quítate eso —dije, señalando sus zapatos con la cabeza mientras me descalzaba.

—No era por ahí por donde pensaba que ibas a empezar —dijo con tono juguetón.

—Poco a poco, Natalie. Poco a poco. —Tomé su mano y la sostuve mientras se deshacía de los tacones.

Una vez descalza, me llevó hasta el salón. No podía apartar la mirada de ella. Acercándome, volví a tocarle la parte exterior de los muslos y esta vez llevé una mano a su nalga derecha, dándole una ligera palmada. Ella giró la cabeza y me miró con intensidad.

—¡Oye! —Su voz tembló levemente.

La atraje hacia mí, allí mismo, en el salón, y deslicé mi mano derecha entre sus piernas. Sus bragas ya estaban húmedas.

A continuación, pasé mis dedos por encima de la tela empapada, sabiendo que el roce contra su piel la volvería loca. No había contado con que me volvería loco a mí también. Sentir cómo todo su cuerpo se retorcía y se movía sincronizado con mis dedos mientras acariciaban su coño era increíblemente sensual.

—Jake…

—Ya estás al límite, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Dios, sí.

Con la otra mano, le desabroché el sujetador. Quería sentir sus pechos en mis manos. Lo lancé al suelo y tomé uno entre mis dedos. Era redondo y encajaba perfectamente en mi palma. Eso pareció estimularla aún más. Me centré en su pezón derecho antes de pasar al izquierdo. Mientras tanto, seguí frotando su entrada de arriba y abajo, sin presionar demasiado su clítoris. Quería dejar lo mejor para el final.

—Jake, Jake… —repetía ella, dejando caer de nuevo la cabeza sobre mi hombro. Se giró ligeramente y la besé de lado, moviendo la lengua con rapidez, alternando con largos lengüetazos que seguían el ritmo de mis dedos sobre sus bragas. Podía hacer que se corriera así, en su oscuro salón, sin ni siquiera quitarle la ropa interior. Pero quería darle más. Aquellos no eran más que juegos preliminares.

Aparté la mano de sus bragas y ella jadeó, temblando entre mis brazos.

—Jake, por favor… por favor, haz que me corra.

Casi me corro en mis pantalones con solo escucharla.

—Lo haré. Te lo prometo. Te correrás muy fuerte.

Deslicé el encaje por sus piernas. Ella lo notó enseguida y tomó el control, jugueteando con la prenda antes de inclinarse de manera seductora para quitársela del todo. Me bajé los pantalones, pero me detuve a la altura de mis rodillas. La imagen frente a mí era demasiado perfecta. Estaba desnuda, todavía de pie, dándome la espalda. Saqué la cartera del bolsillo trasero de mi pantalón y me puse un condón. Ella giró la cabeza para mirarme e inspiró profundamente.

Me incliné hacia delante.

—Pon las manos en el borde de la mesa.

—¿Aquí mismo?

—No voy a penetrarte aún. No tan rápido, Natalie. Quiero que te corras con mi polla y con mi mano.

Se estremeció y estiró los brazos hacia adelante, empujando sus nalgas hacia atrás. Pasé mi erección a lo largo de su sexo, rozando

su clítoris con la punta en cada pasada. Se me nubló la vista. De golpe, me invadió una descarga de placer, y ni siquiera estaba dentro de ella.

—¡Dios mío, Jake! —Le temblaba la voz.

Entonces rodeé su clítoris con la mano, alternando entre movimientos suaves y presiones más intensas, atento a cada reacción de su cuerpo. Sus piernas temblaban.

—Eso es, cariño. Córrete. Quiero que te corras —susurré, presionando su clítoris con dos dedos.

Explotó casi de inmediato. La sostuve contra mí con una mano mientras se retorcía de placer. Joder, era maravilloso verla así. Me moría de ganas de hacerla correrse de nuevo, esta vez en la cama. Sabía que seguía usando parte de su energía para mantenerse en pie, a pesar de que yo la sostenía. La próxima vez, no tendría que preocuparse por eso.

A esas alturas, estaba tan empalmado que resultaba casi doloroso. Entonces la llevé hasta la puerta junto al salón, suponiendo que daba al dormitorio. Acerté. También estaba oscuro allí. Me quité los pantalones de una patada y me desabroché todos los botones de la camisa antes de deslizarla por mis hombros. Quería sentir su piel contra la mía, sin barreras.

—Espera… —Encendió la luz y me miró con un puchero mientras se sentaba en la cama—. Quería verte quitándote la ropa.

—Tendrás muchas oportunidades —aseguré—. Ahora, ponte de rodillas.

Sus ojos parpadearon, pero obedeció, colocándose en el centro de la cama. Yo la seguí y me arrodillé detrás de ella. Me miró la polla.

—Oh, vaya… Es enorme.

Desde atrás, volví a colocarme entre sus piernas, rozándola como antes, pero desde un ángulo distinto. Sabía que seguía encendida por su orgasmo anterior, así que, en vez de rodearle el clítoris, le di pequeños toques en su punto más sensible, provocando estremecimientos con cada roce.

—Dios… —Se inclinó hacia delante, apoyándose sobre sus manos.

—Vuelve a subir, cariño. Te quiero justo así.

Respiró hondo y se impulsó de nuevo hacia arriba. Entrelacé nuestros dedos con la mano izquierda y, con un movimiento lento, me deslicé dentro de ella. Jadeó y dejó caer la cabeza sobre mi hombro mientras yo entraba y salía de ella.

Era la mejor sensación que había tenido nunca. No podía creer que fuera posible sentirme tan bien. Siempre había disfrutado del sexo, pero con Natalie era algo más profundo que eso. Iba mucho más allá del placer físico.

Me moví con precisión, deslizando mi mano libre hasta su clítoris y tamborileando con los dedos sobre su piel. De vez en cuando, le daba una leve palmadita, provocando que se estremeciera.

—Estás tan apretada… —Si se tensaba más, me iba a volver loco. Junté nuestras manos, llevándolas a su pecho izquierdo, cubriéndolo con la suya y guiándola a jugar con su propio pezón. La visión era tan jodidamente erótica. Sabía que estaba cerca, y yo también. Su respiración se aceleró y sus músculos se contrajeron aún más. Se movía conmigo, empujando las caderas hacia atrás, buscando más. Apenas había tenido tiempo de darme cuenta de que Natalie estaba llegando al clímax cuando el mío explotó. Nos movimos con desesperación, nuestros cuerpos chocando, hasta que el placer nos sobrepasó y nos dejamos caer, jadeando. Salí de ella con suavidad y la acomodé de lado, pegándome a su espalda.

—Oye, parece que alguien es muy romántico, increíble en la cama y además le encanta hacer cucharita —murmuró, haciéndome reír—. ¿Tienes sueño?

—Sí —admití.

Aunque intentaba resistirme, el cansancio me invadía poco a poco. Quería permanecer despierto y hablar con ella toda la noche, pero sentía las extremidades pesadas y la cabeza me daba vueltas.

—Yo también.

Un segundo después, su respiración cambió, volviéndose más suave. Me apoyé en el codo para mirarla: parecía dormida. Besé su hombro y ni siquiera reaccionó. Sí, definitivamente se había quedado dormida.

Me limpié rápido, luego volví a apoyar la cabeza en la almohada y me sumí en el sueño casi de inmediato.

CAPÍTULO DIECINUEVE

JAKE

PARPADEÉ VARIAS VECES, dándome cuenta de que un sonido había interrumpido mi sueño. Noté que la ducha estaba abierta y Natalie no estaba a mi lado. Debí de estar profundamente dormido, porque ni siquiera la oí levantarse. Por lo general, tenía el sueño ligero. Era la primera vez en mucho tiempo que dormía tan profundamente.

Hacía un calor de locos en la habitación. Fui directo a la ducha, abrí la puerta para unirme, y Natalie estaba… ¿Qué estaba haciendo? ¿Bailando en la ducha? Balbuceaba algo contra el cabezal de la ducha, pero no hizo ningún otro ruido hasta que me vio y soltó un grito.

—¡Ay! ¿Te he despertado? Lo siento mucho. Creía que no estaba haciendo mucho ruido. No habré empezado a cantar sin darme cuenta, ¿verdad?

Me eché a reír, entendiendo por fin lo que había estado haciendo.

—Espera… ¿estabas cantando en susurros? ¿Acaso eso es posible?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Al parecer, yo puedo hacerlo.

—¿Y al ritmo de qué canción estabas bailando?

Se dio un golpecito en la sien, sonriendo.

—Tengo la canción aquí mismo. Puede que no la cante en voz alta, pero me la sé de memoria.

Abrí más la puerta para poder entrar.

—Oye, no recuerdo haberte invitado a compartir mi ducha.

Incliné la cabeza.

—Perdón. ¿Quieres que me vaya?

Su sonrisa se ensanchó.

—Qué va. De hecho, ahora que estás despierto, puedo hacer todas esas cosas que imaginé mientras te miraba dormir.

—¿Como qué? —pregunté, tomando el cabezal de la ducha y girándolo para que el agua nos cubriera a los dos.

Me señaló el pecho y luego deslizó ambas manos por mis pectorales, bajándolas hasta mis abdominales.

—Estabas tumbado boca arriba con todos esos abdominales a la vista… y *él* también.

Cogió mi miembro una mano y me endurecí al instante. Lo apretó una vez antes de volver a llevar la mano a mi pecho.

—Bueno, sí… La cuestión es que todas tus partes tentadoras estaban expuestas. Me costó muchísimo no tocarte, besarte… o, básicamente, lamerte por todas partes.

—¡Natalie! —La sujeté por las caderas, pegándome a ella hasta que mi erección hizo contacto con su cuerpo. Gimió cuando la froté contra su clítoris.

—¡Sí! Eso quería… —Sus ojos se entrecerraron y se le cortó la respiración.

—Quiero besar tus labios, pero lo dejaré para más tarde —dije—. Aunque aún puedo besar el resto de ti. —Incliné la cabeza y presioné mis labios contra su cuello. Me di cuenta de que ya se había enjabonado porque olía a flores.

Ella suspiró.

—Te quedaste.

Me enderecé:

—Por supuesto. ¿Acaso no esperabas que lo hiciera?

Natalie se relamió los labios, apartando la mirada.

—No lo sé. No tenía ninguna expectativa. O sea, lo de anoche fue tan explosivo, tan increíble y, bueno… Podría usar todos los adjetivos positivos que tengo guardados en algún lugar de mi mente, pero ahora mismo no se me ocurre ninguno.

—Lo que dices no tiene sentido, cariño.

Se aclaró la garganta.

—No importa.

—Estás nerviosa. —Deslicé la mano por su mejilla y ella asintió una vez. Nunca la había visto así. La había visto descarada, molesta, cabreada, mareada… pero nunca vulnerable o nerviosa. Al menos, no por mí.

—Estoy aquí —dije—. Y hoy también me quedaré.

Pasé el pulgar por debajo de su labio inferior. Ella sonrió, moviendo las caderas con aire acusador.

—Así que primero te metes en mi ducha y luego te cuelas en mi día. ¿Y si ya tenía planes? —dijo burlonamente mientras cerraba el grifo.

Salió primero de la ducha, yo la seguí de inmediato y la abracé por detrás.

La miré a través del espejo y Natalie hizo lo mismo.

—Anoche hice todo lo posible por mantenerme despierto.

Se rió de manera nerviosa.

—Lo sé. Yo ni siquiera lo intenté, no después de ese espectacular entrenamiento…

—Entonces, hoy tenemos mucho que compensar —dije.

En ese momento, todo lo que sucedía fuera de ese apartamento me daba igual. Estaba allí con ella, y no quería estar en ningún otro lugar. Lo necesitaba.

—Esa es la mejor noticia que podría recibir —respondió—. Primero tengo que comprobar cómo está Larissa, ver si necesita algo. Anoche estaba tan cansada que se quedó dormida con la ropa puesta. Esta mañana me he levantado antes de lo habitual porque estaba preocupada por ella.

Me gustó que se preocupara tanto por su amiga.

—Podemos llevarle lo que necesite —sugerí.

—¿Quién eres y qué has hecho con el gruñón señor Whitley? Espera, no respondas. No quiero invocar tu lado oscuro por accidente.

Me eché a reír:

—Joder, mujer, las cosas que dices.

Sonrió, y esta vez fue con timidez.

—Te lo advierto, puede que hayas visto otros lados de mí, pero ahora que sé que no muerdes, quizá me deje llevar aún más. A veces me pasa.

Le besé el hombro.

—No veo la hora de que suceda.

—Joder, qué calor hace aquí. Esta casa necesita un aire acondicionado.

—Puedo comprarte uno —ofrecí sin pensarlo.

Plantó bien los pies y se puso las manos en las caderas.

—No, ni se te ocurra . Puedo comprarme mi propio aire acondicionado, pero este piso es de alquiler. No voy a invertir en algo que no es mío.

—Natalie…

Se puso de puntillas, apoyó las manos en mis hombros y presionó los labios contra los míos. Cada parte de mí quería insistir, mi instinto protector gritaba, pero lo dejé pasar. No quería malgastar nuestro tiempo juntos discutiendo.

—Está bien. Mensaje recibido —concluí.

—¿Qué sueles hacer los sábados? —preguntó mientras nos secábamos con las toallas.

—Cuando no estoy en Martha's Vineyard, trabajo.

Parpadeó varias veces, sorprendida.

—No puedes decirlo en serio. ¿Quién demonios trabaja los fines de semana? ¿Acaso eso no es… no sé, ilegal?

—No cuando tienes una empresa. O cuando eres el CEO de dos.

—¿Y cómo va eso?

—Es bastante intenso.

—¿Te arrepientes de haber aceptado venir a Boston y hacerte cargo de la empresa de publicidad?

—No. Era lo que mi familia necesitaba. Mis abuelos están mucho más relajados desde que me hice cargo. Pero es incluso más trabajo del que imaginé.

—Y no ayuda que yo te distraiga todo el tiempo, ¿verdad?

—Al contrario —respondí—. Me hace bien estar contigo.

Echó la cabeza hacia atrás y yo tragué saliva. No había querido decir eso, pero ahora que lo había dicho, sabía que era cierto al cien por cien.

—¿Ah, sí?

—Sí, es realmente así. —Por instinto, la tomé por las caderas y la alcé en brazos. Me rodeó con las piernas y apoyó las manos en mis bíceps.

—Cómo me gustan tus brazos. —Los apretó con los dedos—. Sobre todo ahora que están esforzándose tanto para sostenerme en el aire.

Riéndome, la llevé hasta la cocina. Con ella, terminaba haciendo las cosas más locas. No recordaba la última vez que había actuado por impulso. Sin embargo, cuando estaba con Natalie, no quería pensar demasiado en nada, solo quería *ser*. Era una sensación completamente nueva para mí.

—Oye, ¿crees que deberíamos ponernos algo de ropa? —preguntó.

—Solo si insistes.

Cuando llegamos a la zona de la cocina, la bajé.

—Mmm, a ver qué hacemos… Vale, ya lo tengo. Podemos ir sin nada.

Le guiñé un ojo.

—Buena decisión.

—¿Sueles desayunar? Yo solo tomo café.

—Por mí, con un café basta. No suelo comer nada por la mañana.

Mientras ella se ocupaba de preparar el café en la máquina, recordé nuestra conversación de la noche anterior, antes de que todo se nos fuera de las manos.

—Natalie, ¿qué fue lo que dijiste anoche sobre buscar trabajo fuera de Boston?

Giró su cabeza para mirarme y se encogió de hombros.

—Bueno, la competencia es feroz, sobre todo en ciudades populares como Boston, así que he ampliado mi zona de búsqueda.

—¿Hasta dónde? —insistí.

—A todo el país.

—¿Y te han contestado? —Me molestaba. ¿Por qué no me lo había dicho antes? Aunque, por otro lado, ¿por qué iba a hacerlo?

—No, todavía no. Es un proceso largo. Odio que me hagan pasar tantas entrevistas. Lo hace todo mucho más tedioso de lo necesario. ¿Tan difícil es decidir en una sola entrevista si alguien es bueno para el trabajo o no?

—Es difícil —respondí—, y muy subjetivo. Por ejemplo, algunas personas hacen buenas entrevistas y causan una gran primera impresión, pero cuando profundizas, te das cuenta de que no tienen mucho que ofrecer. Normalmente, necesitas un par de entrevistas para determinarlo.

—Por Dios, Jake, era una pregunta retórica.

Le di una palmadita en la nalga de manera juguetona:

—Eso también fue retórico. —Aclaré mi garganta y añadí—: No pensé que considerarías irte de Boston.

Volvió la cabeza hacia la cafetera.

—¿Qué más da? Tú volverás a Nueva York en cuanto consigas sacar la empresa adelante.

—Eso es diferente —dije—. No tengo ni idea de cuánto tiempo me llevará eso. Tú, en cambio, podrías recibir una oferta de trabajo en cualquier momento.

Se dio la vuelta, mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué estás diciendo, Jake?

—Que no me gusta la idea de que te vayas.

Sonrió. Me di cuenta de que estaba a punto de soltar alguna broma, pero sus ojos carecían de la chispa habitual.

—¿Qué tal si hacemos las cosas a mi manera? —preguntó.

—¿Y cómo sería eso?

—Deja de preocuparte por lo que pueda pasar, eso solo consigue arruinar el momento. Ahora mismo estamos aquí, felices y desnudos. Pronto tomaremos nuestro café… ¿Qué más se puede pedir?

—Tengo algunas ideas —dije.

—Vaya suerte la mía.

El café no era demasiado fuerte, así que me tomé tres tazas. Después, nos vestimos y salimos a su terraza. Tenía su iPad en la mano.

—¿Qué decías sobre trabajar los fines de semana? —pregunté cuando la vi respondiendo a un correo electrónico.

—Oye, esto no es trabajo. Solo estoy enviando un correo electrónico confirmando la lista de invitados para la fiesta de Jeannie.

Me puse tenso a su lado mientras nos sentábamos en el columpio.

—¿Mis medios hermanos van a llevar acompañantes?

Me miró, boquiabierta.

—No. ¿Acaso no te lo han dicho?

—No estoy en contacto con ellos.

—Ah, vale. Cuando dijiste que no estás muy unido a tus medios hermanos, no imaginé que no tuvierais ningún tipo de relación. Y sí, los tres han confirmado su asistencia.

—Bueno, gracias por el dato.

Dejó el iPad a su lado.

—¿Quieres hablar de ello? —Movió las piernas, haciendo que el columpio se balanceara suavemente.

—No hay mucho que decir.

—Has pasado de estar relajado a ponerte tenso y fruncir el ceño, así que algo hay.

—Digamos que, si pudiera elegir cómo pasar una tarde, no incluiría a mis medios hermanos.

Se giró hacia mí y dobló las piernas sobre el columpio.

—Pero es algo que hará felices a tus abuelos.

—Lo sé.

—¿Tus otros hermanos tampoco tienen contacto con ellos? Solo intento hacerme una idea de cuán incómodo podría ser.

—Que yo sepa, Colton no tiene relación con ellos, pero nuestros hermanos pequeños sí.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Es una larga historia…

—Pero quiero oírla.

—¿De verdad? —Me sorprendió. Nunca hablaba de nuestro drama familiar.A fin de cuentas, ¿quién querría oír hablar de una familia desestructurada?

—Sí —respondió Natalie.

—Mi madre intentó proteger a mis hermanos pequeños de los detalles de su depresión y enfermedad. Mis abuelos se esforzaron mucho por integrar a los otros Whitley de la familia. Por su parte,

mis hermanos estaban muy contentos de tener tres hermanos más de la noche a la mañana.

—¿Y su madre?

—Fue una víctima más de mi padre. De eso no tengo dudas.

—No estará en la fiesta, ¿verdad? No recuerdo que Jeannie me dijera nada sobre ella.

Negué con la cabeza.

—No. Evita los eventos familiares. Solo la vi una vez.

—Creo que podría ser una muy buena oportunidad para que paséis tiempo con vuestros medios hermanos. Cada vez que Jeannie habla de todos vosotros, se le ilumina la cara. Significa mucho para ella teneros a todos juntos.

—Lo sé. —Sinceramente, esa vez no estaba tan preocupado por ver a mis otros hermanos como de costumbre, y sospechaba que todo se debía a Natalie. Tenía razón: no se trataba de mí ni de mis medios hermanos, sino de hacer feliz a la abuela.

—¿Ellos también viven en Boston?

—Sí. Mis abuelos los animaron a mudarse aquí.

Oí el rugido de su estómago y sonreí.

Sonrió con timidez.

—Supongo que es la manera que tiene mi cuerpo de decirme que, después de todo, necesito comer algo.

Me levanté, aunque al parecer demasiado rápido, porque el columpio se movió y Natalie estuvo a punto de caerse. Bajó una pierna para estabilizarse mientras yo la sujetaba del brazo, y luego se enderezó.

—¡Uf! Vale, eso ha estado cerca. —Su estómago rugió aún más fuerte—. Maldita sea. Cuando quiere comida, no hay quien lo pare.

—Venga, preciosa, vamos a comer algo.

Mientras comíamos, empecé a pensar de nuevo en su búsqueda de trabajo. No iba a sacar el tema, porque estaba de acuerdo con ella: quería disfrutar de todo aquello, de lo que teníamos en ese momento. Pero eso no significaba que pudiera evitar que mi mente siguiera dándole vueltas, buscando soluciones. Quería que se quedara en Boston, y *Whitley Industries* tenía muchas subsidiarias;

no dudaba de que podríamos encontrar un puesto para Natalie en alguna de las empresas.

Que ella aceptara ya era otra historia…

Pero tenía algo muy claro: no iba a quedarme de brazos cruzados.

CAPÍTULO VEINTE

NATALIE

—¿DESEA beber algo más, señorita? —preguntó el camarero.

—No, gracias. Estoy bien. Solo estoy esperando a mi clienta.

Me encontraba en el restaurante donde tendría lugar la fiesta de Jeannie. Tras algunas idas y venidas, la convencí para que se acercara a ver el espacio por sí misma. Siempre existía la pequeña posibilidad de que no conectara con el lugar, y no quería correr ningún riesgo. Finalmente accedió. Uno de sus nietos iba a quedarse en la casa con Abe mientras ella estaba conmigo. Por teléfono, me había contado que a él le gustaba tomar tres tipos de infusiones de plantas a lo largo del día, y que ella debía asegurarse de que las tomara a la hora indicada.

Miré mi iPad, comprobando mis notas. Tenía varias cosas que consultar con Jeannie y me preguntaba si me había olvidado de algo. Era un precioso día: hacía sol y, aunque demasiado caluroso para mi gusto, llevaba un vestido largo de verano, preparada para enfrentar el calor y el sol cegador. A fin de cuentas, me encantaba el verano y siempre lo esperaba con ansias.

Para ser sincera, no tenía muchos motivos para estar feliz aquel día. Mi búsqueda de empleo parecía estancada y, aunque me había llamado una de las amigas de Jeannie, su fiesta no sería hasta dentro de unos meses. Así que, hasta entonces, tenía que encontrar la manera de subsistir. Tal vez podría trabajar de camarera. Lo había hecho varias veces en otras ocasiones y también durante la etapa de la universidad.

Visto lo visto, las cosas no pintaban para nada bien, pero a pesar de todo, me sentía más optimista de lo normal, incluso para mis estándares. Supuse que tenía algo que ver con Jake, porque después de nuestro sábado juntos, mi energía estaba por las nubes.

No lo había visto desde entonces, pero nos enviábamos mensajes a lo largo del día. Me preguntaba cuándo lo volvería a ver, y la respuesta llegó diez minutos después, cuando vi que Jeannie no

llegó sola. Jake la acompañaba, y mi cuerpo se estremeció al verlo caminar hacia mí. Llevaba traje, pero eso no era nada nuevo. ¿Cómo demonios hacía ese hombre para no asfixiarse con tanto calor? ¿Acaso no necesitaba una ducha fría a cada rato? Podría guiarlo hasta la más cercana… tal vez meterme con él… o simplemente quitarle esa camisa.

Natalie, céntrate. Jeannie es tu clienta.

Dios mío, ¿y si ya sabe lo nuestro?

Jake y yo no habíamos hablado en absoluto de nuestra situación. No quería decepcionar a Jeannie ni que pensara que no era profesional.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, me puse en pie.

—¡Jeannie, Jake, hola! —Mi voz sonaba como si me hubiera atragantado. Mierda, ¿qué fue eso?

—Natalie, cariño, qué día tan maravilloso —dijo Jeannie mientras Jake y ella tomaban asiento.

—Pensé que vendrías sola.

Jake levantó una ceja, esbozando una pequeña sonrisa.

Jeannie le dio una palmada en el brazo.

—Yo también lo pensé. Pero entonces, de la nada, Jake se ofreció a venir conmigo. Fue una sorpresa, no tenía ni idea de que estuviera tan interesado en mi fiesta.

En ese momento, Jake me estaba mirando directamente. Al instante, empecé a arder en mi silla y luego extendí los brazos, señalando el lugar.

—¿Qué te parece este sitio? ¿Te gusta el estilo?

—Sin duda. También me encanta la entrada, me parece muy romántica y festiva. Pero la fiesta será en el jardín, ¿verdad?

—Sí, siempre que te guste. Pensaba pedirles que montaran las mesas allí, bajo los árboles.

No había sombra natural donde estábamos sentados, solo sombrillas, pero no eran suficientes. Estaba siendo un verano inusualmente caluroso para Boston, y la sombra de los árboles siempre era más fresca.

Jeannie asintió:

—Ese lugar de allí parece muy agradable.

—Si quieres, podemos dar una vuelta. A menos que prefieras tomar algo antes.

—No, estoy bien. Vamos a verlo.

—¿Cómo está Abe? —pregunté mientras los tres caminábamos hacia los árboles. Siempre había sentido debilidad por los jardines. Me parecía que los árboles tenían alma propia; cuanto más viejos, más me conmovían. En definitiva, era una amante de la naturaleza.

—Está bien, aunque a veces se pone un poco cascarrabias —respondió Jeannie.

Jake seguía sujetando el brazo de Jeannie. Yo estaba del otro lado, pero, incluso con ella como barrera entre nosotros, mi cuerpo se estremecía cada vez que nuestras miradas se cruzaban. No había contado con eso. Supuse que mi reacción ante él solo ocurría cuando estábamos solos, pero, por lo visto, no. Cada día descubría algo nuevo sobre mí.

Cuando llegamos al lugar donde pensaba colocar las mesas, todos nos pusimos a la sombra de un enorme abeto.

—Esto es el paraíso —dijo Jeannie.

—¿Verdad que sí? Aquí la temperatura baja varios grados.

—Eres muy lista, querida. —Jeannie echó un vistazo a su alrededor—. Pongamos las mesas aquí. Será lo mejor para Abe, el calor no le sienta nada bien.

—Vale, déjame que te cuente rápidamente cómo pienso disponer las mesas y delimitar el espacio con adornos para evitar que los demás clientes entren sin querer.

—¿Van a mantener el restaurante abierto para otros clientes? —preguntó Jake, frunciendo el ceño.

—Sí. Ni siquiera intenté proponerles que lo cerraran. No tenemos suficientes invitados para justificarlo. No creo que acepten.

—Hablaré con ellos.

Adoptó su tono de voz de hombre de negocios. Mis bragas se deslizaron un par de centímetros. Me sorprendió que no se me cayeran del todo.

—No, nada de eso —dijo Jeannie—. No me molesta que haya más gente. Ellos deben hacer lo mejor para su negocio.

—Abuela —empezó a decir Jake.

—Mi cumpleaños, mis reglas, ¿recuerdas?

Intenté reprimir la risa con todas mis fuerzas ante la expresión perpleja de Jake. Estaba claro que no era algo que oyera habitualmente de otras personas, pero no siguió discutiendo con su abuela. Me encantaba ver ese lado suyo; la forma en que intentaba complacerla me parecía entrañable.

Jake no me quitaba la mirada de encima mientras yo me movía de un lado a otro, explicando dónde irían las mesas y el bufé. Con la cantidad de invitados que habría, era más fácil tener un menú fijo. El restaurante aceptó que se usaran calientaplatos y que el personal se encargara de ellos.

—Y aquí voy a poner una mesa enorme para ti, para Abe y para todos tus nietos. —Apreté los labios. No mencioné nombres, pero Jeannie me había pedido que los sentara a todos juntos. Después de mi fin de semana con Jake, no estaba segura de que fuera la mejor idea, pero, al fin y al cabo, Jeannie era mi clienta.

La mirada de Jake se endureció.

—Sí, nosotros cinco.

—Ay, por favor, no seas aguafiestas —dijo Jeannie—. Es mi cumpleaños, quiero que charléis un poco entre vosotros.

—¡Abuela! —Su voz sonaba peligrosa. Sabía que había un límite para que consintiera a Jeannie, pero no estaba segura de dónde estaba. ¿Sentarse con sus medios hermanos? ¿Hablar con ellos? ¿Simplemente ser educado? Supuse que pronto lo averiguaría.

—Natalie, sé buena y ayúdame con esto.

Jake desvió su mirada hacia mí. Era dura pero también ardiente, como si estuviera desnudándome con los ojos.

¡Oh, no! No podía hacerme eso delante de Jeannie… ni de nadie. Estaba dispuesta a actuar con profesionalidad y ponerme de su lado, pero él me estaba desarmando con su mirada y su encantadora sonrisa.

¡Un momento! Una de las comisuras de sus labios se curvó apenas un poco más de la cuenta… Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

¿Ah, sí? ¿Cree que puede hacerme cambiar de opinión solo porque se acostó conmigo? ¿O porque hoy está aún más irresistible?

Se va a enterar.

—Creo que Jeannie tiene razón —intervine—. Además, las fiestas son acontecimientos sociales. Es una gran oportunidad para relacionarse con todos los invitados.

—Gracias, Natalie. Eres un encanto. Estoy segura de que conseguirás que sus desafiantes personalidades se unan.

Iba a preguntarle qué quería decir con eso cuando, de golpe, añadió:

—Voy al baño. Vosotros seguid.

—¿Necesitas que te enseñe dónde está? —pregunté. No estaba segura de que quedarme a solas con Jake fuera una buena idea.

—No, lo vi al entrar.

En cuanto Jeannie estuvo lejos de nosotros, Jake se acercó más. Ahora no solo mis bragas amenazaban con caerse, sino que además, mis piernas flaquearon.

—¿Qué pretendes? —preguntó.

—¿De qué hablas?

—Ya te dije que no me gusta relacionarme con mis medios hermanos.

—Sí, pero Jeannie es mi clienta y tú estás jugando sucio.

Le brillaron los ojos.

—Siempre lo hago.

—No puedes utilizar tu mirada ardiente para convencerme de que me ponga de tu parte.

—¿Por qué no? Dijiste que podía convencerte de cualquier cosa cuando hago eso.

—Sí, justamente. —Miré a mi alrededor. No había nadie cerca de nosotros, pero aun así bajé la voz—. Pero en privado, no a la vista de todos. Y menos cuando estoy con un cliente.

—Hay algo que deberías saber sobre mí, Natalie. No elijo los momentos para jugar sucio. Juego sucio todo el tiempo para conseguir lo que quiero.

Sonreí con suficiencia, dando un paso atrás y cruzándome de brazos. Por alguna razón absurda, mi cuerpo encontraba atractivo aquel tono, porque se me endurecieron los pezones. No creía que

nadie pudiera notarlo a través de mi sujetador, pero más valía prevenir que curar.

—No dejaré que me des órdenes, Jake.

—Vayamos a algún sitio, los dos solos, y te demostraré que sí.

Volvió a acercarse. Sentí como si estuviéramos bailando nuestro propio tango privado en medio del jardín. Esperaba que nadie estuviera mirando, porque solo un ciego podría pasar por alto lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

—Te he echado de menos estos dos últimos días —añadió en un murmullo.

Su confesión me tomó por sorpresa. El tono de su voz era más suave. Me humedecí los labios y me pasé un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo también te he echado de menos —admití, tragando saliva con dificultad.

—Vayamos a algún sitio cuando hayamos terminado de resolver todo con mi abuela, los dos solos.

—¿No se supone que tienes que llevarla a casa? —pregunté, aunque la idea de pasar más tiempo con él me encantaba.

—Cal está aquí con nosotros. Él puede ocuparse de llevarla a casa.

—No lo sé… ¿No crees que atará cabos?

Sonrió con aire socarrón. Dios mío, ¿cómo era posible que cuando lo conocí quería borrarle esa sonrisa burlona de un bofetón y ahora me pareciera increíblemente sexy?

—Conociendo a mi abuela, seguro que ya se ha dado cuenta de todo.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cómo es posible?

—Cuando fui a por un helado, ya tenía sospechas. Pero, sinceramente, era fácil notarlo. No suelo hacer cosas así.

Me gustaba *mucho* que hiciera conmigo cosas que normalmente no hacía. Me hacía sentir menos culpable por el hecho de estar allí, en público, y lo único en lo que podía pensar era en encontrar una excusa para llevarlo a un rincón apartado y besarlo sin restricciones.

—Y hablando de mi abuela… —dijo, dando un paso sutil y elegante a un lado mientras Jeannie se acercaba a nosotros. Era

muy rápida. Mi corazón se aceleró al preguntarme cuánto habría visto.

—Mi niña, creo que ya tengo una buena idea de cómo se desarrollará la fiesta. Confío en que te ocupes de todos los detalles. Ahora tengo que irme a casa, Abe ya debe estar echándome de menos, y, francamente, no me apetece hacer de vieja sujetavelas.

Jadeé. Jake se echó a reír.

—Jeannie —murmuré—. ¿De qué estás hablando?

—Cariño, he visto cómo te mira. Tendrías que haber visto la velocidad con la que se ofreció a venir conmigo a la reunión. Lo supe enseguida. Ya tenía algunas sospechas desde el principio, claro, pero esto solo lo confirmó. Venga, id a hacer cosas de jóvenes, yo me iré a casa con Abe.

—No es mi intención… Quiero decir, eres mi clienta.

Me quedé sin palabras. No esperaba que hablara de ello tan abiertamente.

Antes de que pudiera añadir nada más, me guiñó un ojo. *¡Me guiñó un ojo!* Y se marchó.

Jake empezó a reírse mientras Jeannie aún estaba lo bastante cerca como para oírnos. Estaba segura de que me había puesto roja como un tomate. Mi frente ardía… y mis mejillas aún más.

—Dios mío, dime que esto no acaba de pasar.

—Tengo que admitir que eso ha sido muy descarado, incluso para la abuela —replicó Jake—. Vamos hacia allí, entre los árboles.

Aún estaba demasiado aturdida por la reacción de Jeannie, pero dejé que me guiara a una zona donde había más sombra. Allí el aire era más fresco. Me tranquilicé un poco, pero entonces Jake se inclinó sobre mí. Su altura y corpulencia me envolvieron como un refugio. Deslizó sus dedos sobre mi mejilla y me rozó los labios con el pulgar.

—No tienes ni idea de cuánto fantaseo con besarte.

—Jake —murmuré y cerré los ojos.

Sus labios resultaron inesperadamente suaves y exploradores a la vez. Aunque se había afeitado por la mañana, su leve rastro de vello me erizó la piel, provocando que mi cuerpo ardiera. Mantuvo su mano con firmeza sobre mi cara, dándome un beso tras otro hasta

dejarme completamente excitada y sin aliento. Cuando nos separamos, incluso estaba un poco mareada.

Gruñó.

—Natalie.

—Así que viniste con Jeannie por mí, ¿eh? —pregunté.

—Claro que sí. Cuando me enteré de que había quedado contigo, no me lo pensé dos veces. Esta semana no he podido dejar de pensar en ti.

—¿Ah, sí? ¿Imaginando todas las cosas sucias que podrías hacerme en tu escritorio?

—Eso también. Me alegro de que mi abuela lo sepa, y mis hermanos.

Me mordí el labio inferior.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Natalie? —llamó una voz desde un lugar más cercano al restaurante. Di un respingo y me giré, saliendo de entre los árboles.

—Estoy aquí.

Michael, uno de los camareros, se acercó a nosotros. Había hablado antes con él sobre los detalles de la fiesta.

—¿Qué te ha parecido todo?

—Todo perfecto, Michael. Mi clienta está de acuerdo con la disposición de la que hablamos.

Asintió, pero su expresión se tornó confusa al mirar a Jake, que se había acercado por detrás de mí.

Un momento. Michael no miraba a Jake por casualidad… ¡Jake lo estaba fulminando con la mirada!. *¿Qué demonios está pasando?*

—Bien. ¿Quieres que lo ultimemos todo esta misma semana? —preguntó Michael.

—Sí. Creo que será mejor que vuelva aquí sola, y entonces podremos concretar los detalles.

Asintió.

—Estupendo. ¿El viernes te parece bien?

Era miércoles.

—Mejor hagámoslo mañana. Así, en caso de que no coincidamos en algo, tendré tiempo de cambiar las cosas antes de la fiesta.

—De acuerdo, pero estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo rápidamente. Lo haremos el jueves entonces. Y, a título personal, ¿estás libre esta noche?

—¿Quieres hablar de los preparativos ahora? —pregunté, algo confundida, porque acabábamos de acordar reunirnos al día siguiente.

Volvió a mirar a Jake. No era tan alto como él, pero ambos me sacaban al menos una cabeza.

—No, me refería a si quieres ir a cenar conmigo. Mi turno acaba de terminar.

¡Mierda! Yo no había captado ninguna intención de flirteo en él, pero estaba claro que Jake sí, incluso antes de que Michael lo dejara claro. Eso explicaba la mirada que le había lanzado antes. Yo estaba en modo negocios y ni siquiera me había dado cuenta de sus intenciones.

—No, no puede. Va a salir conmigo —dijo Jake antes de que yo pudiera abrir la boca.

Me mordí el interior de la mejilla, conteniendo la risa con todas mis fuerzas. En serio, un hombre de metro ochenta acababa de estremecerse ante la respuesta de Jake.

—Mis disculpas. No lo sabía. Bueno, pues hasta mañana, Natalie. —Michael se giró y regresó al restaurante.

—Quiero estar aquí mañana cuando te reúnas con él —afirmó Jake.

Me di la vuelta y casi tropiezo hacia atrás por la intensidad de su mirada.

—Por favor, no seas ridículo.

—Lo digo en serio. No quiero que estés a solas con él.

—Creo que ya ha captado el mensaje.

—Me da igual.

—¡Jake!

Se acercó a uno de los árboles y, sin pensarlo, lo seguí. Ahora estábamos fuera de la vista de los clientes. No podía creer que estuviera celoso.

—Eres mía, Natalie.

Sip. Mis bragas por fin hicieron lo que habían anunciado desde que Jake había aparecido aquel día y ardieron espontáneamente.

—Vale, yo también he captado el mensaje —murmuré. En ese instante, era dolorosamente consciente de su presencia, de la forma en que parecía dominar el espacio a su alrededor.

Ladeó la cabeza, como si meditara sus próximas palabras con detenimiento.

—¿Qué te apetece hacer esta noche?

De repente, me animé, recordando que íbamos a pasar el resto de la noche juntos.

—Tengo ganas de dar una vuelta por Castle Island.

—El sur de Boston, entendido. Venga, vámonos. —Su voz seguía siendo cortante y su mirada, dura. *«Eres mía, Natalie»*, había dicho.

Y lo peor era que tenía razón. No tenía ni idea de cómo había sucedido, pero lo era.

CAPÍTULO VEINTIUNO

JAKE

—HACÍA años que no venía por aquí —comenté mientras caminábamos por el Harbor Loop[1].

—De hecho, yo tampoco —dijo Natalie—. Había olvidado lo bonito que es. Las vistas son espectaculares.

Habían instalado puestos de comida en la playa. Más lejos, incluso se veía un parque infantil.

—¿Cómo es posible que haya tanta gente? —pregunté, mirando a mi alrededor. La gente hacía picnic en la hierba o en la arena. Estaba realmente lleno hasta los topes.

Natalie se rió. Ese sonido me resultaba adictivo.

—¿Sabes? A la gente le gusta divertirse por la noche. Sobre todo después del trabajo.

—No te burles de mi ética de trabajo. Últimamente la he estado descuidando bastante.

—Ah, sí —dijo ella, arqueando una ceja—. Llevas tres o cuatro días sin trabajar hasta la medianoche. ¿Crees que eso significa que has encontrado el equilibrio?

Le rodeé la cintura con un brazo y le di un pellizco en el trasero. Se enderezó de golpe y soltó un gritito.

—Tal vez puedas convencerme de que pase más noches así —admití.

—Lo tendré en cuenta —murmuró, todavía algo aturdida. Me gustaba sorprenderla.

De repente, mientras nos dirigíamos hacia uno de los puestos de comida que había junto al río, su teléfono sonó. Resopló y lo guardó de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunté de inmediato, notando cómo sus hombros se tensaban.

—Es solo un recordatorio de que pronto me toca pagar el alquiler.

—¿Tienes problemas con eso?

—No. Puedo pagarlo.

Pero algo en su expresión me hizo dudar, así que decidí insistir.

—¿Y si hablo con mis hermanos? Quizá alguno tenga un trabajo que encaje con tu perfil.

—No, no quiero eso.

Tragué saliva, intentando mantener la calma. No esperaba que se negara en redondo.

—¿Por qué no?

—No quiero que me den un trabajo por lástima ni que nadie mueva los hilos por mí.

—¿Has oído lo que te he dicho? Sería uno que se ajustara a tus cualificaciones.

Negó con la cabeza.

—Ya he enviado suficientes solicitudes, y hoy estaba pensando que, mientras espero a que me contesten, puedo coger algún trabajo de camarera. Ya lo hice anteriormente.

—¿Prefieres hacer turnos en trabajos agotadores antes que dejarme hablar con mis hermanos? —Estaba acostumbrado a que la gente me pidiera favores todo el tiempo, y sin embargo, Natalie ni siquiera quería ni oír hablar de ello.

—Eso me haría sentir desesperada. Por favor, no lo hagas. Además, si tuvieran vacantes, ya las habría visto en los anuncios de empleo.

Apreté la mandíbula. Sentí cómo me palpitaba una vena en el cuello. Natalie hablaba completamente en serio. Yo solo quería facilitarle la vida, cuidarla. Como mínimo, quería asegurarme de que no tuviera problemas económicos ni de ningún tipo. Nunca me había sentido así por nadie. Al mismo tiempo, tuve que admitir para mis adentros que quería que se quedara en la ciudad. La idea de que se mudara por un trabajo era inconcebible. ¿Acaso eso me hacía egoísta?

Por otro lado, yo iba a volver a Nueva York una vez que *Whitley Advertising* repuntara, así que ¿cómo podía exigirle eso a ella? Aun así, pasara lo que pasara entre nosotros, quería saber que estaría bien. No quería que se viera en apuros, ni ahora ni en el futuro.

—Vamos a por unas hamburguesas —sugirió—. La última vez que vine, probé unas increíbles hechas de proteína de soja.

—Espera, no he terminado de hablar de esto.

Bajó los hombros y se cruzó de brazos. Había descubierto que esa era su manera de ponerse a la defensiva. Lo último que quería era incomodarla, pero necesitaba saber más.

—Es que me resulta más difícil conseguir entrevistas porque no tengo referencias.

—Por culpa de tu ex.

—Sí.

—Háblame de él.

—¿Por qué? —preguntó ella, con evidente desconfianza.

—Para que pueda asegurarme de que no vuelva a molestarte.

—No creo que lo haga.

Deslicé mi mano desde su cintura hasta la nuca y presioné ligeramente con los dedos. Parecía gustarle, así que continué. Me encantaba encontrar nuevas maneras de complacerla.

—¿Cuándo rompisteis?

—Hace unos siete meses. Seguimos trabajando juntos tres meses más antes de que nuestro jefe nos despidiera.

—¿Y te ha molestado desde entonces?

—De vez en cuando. Durante los dos primeros meses después del despido, intentó hacerme la vida imposible. No entiendo por qué. Mientras trabajábamos juntos, apenas se esforzaba en ser cortés, y después de la ruptura, pareció transformarse en otra persona: de repente intentaba ser amable conmigo. Luego se enfadó porque me negaba a dirigirle la palabra. Yo estaba harta. Eso fue un mes antes de que enviara la carta.

—Natalie, si alguna vez vuelve a molestarte, prométeme que me lo dirás.

Ella asintió.

—Te lo prometo. Ahora, ¿podemos dejar este tema, por favor?

—Claro. Gracias por contármelo.

Me dedicó una sonrisa triste.

—No es que esté ocultando algo. Es que no me gusta pensar en ello.

Besé su frente y mi boca permaneció algunos segundos sobre su piel. Estaba tratando de controlar mi instinto, esa necesidad primaria de protegerla de cualquier cosa, ya fuera un ex o problemas económicos. Pero no quería resultar autoritario.

—Vamos a por tu hamburguesa —dije cuando me aparté—. Espero que también tengan de carne. No soy muy fan de la soja.

—Te aseguro que merece la pena probarlas.

—Le daré un bocado a la tuya.

Solo había dos personas delante de nosotros en la fila. Mientras esperábamos, observé cómo preparaban las hamburguesas. Definitivamente, no iba a probar la de soja; tenía pinta de algo que ni siquiera le daría a un perro. Opté por una de carne y, en un par de minutos, las tuvieron listas.

Natalie echó un vistazo a su alrededor mientras yo recogía las bolsas de papel con las hamburguesas.

—Busquemos un banco.

—Podemos sentarnos en el césped si quieres. No me importa —aclaré.

—No, hay demasiados bichos.

—Pensaba que te gustaba la naturaleza.

—Me gustan los árboles, pero los insectos no tanto.

—Vamos a buscar un banco, entonces. —Pasé un brazo por su espalda y le besé la sien.

Encontramos uno un poco más alejado del de la orilla, nos sentamos y sacamos nuestras hamburguesas de las bolsas. Nos las comimos rápidamente. Tuve que reconocer que estaba buenísima, y eso que ya había probado muchas en Nueva York.

—Creí que ibas a probar un bocado de la mía —dijo cuando casi había terminado.

—Me bastó con ver la preparación. No necesito probarla.

Ella soltó una carcajada.

—Tú te lo pierdes —dijo antes de dar el último bocado.

De repente, sonó mi teléfono. Lo saqué, vi la pantalla y gruñí antes de rechazar la llamada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Un cliente.

—¿No tenías la norma de nunca ignorar las llamadas de los clientes?

—Me gusta romper las reglas por ti, Natalie. No pienso perder el tiempo con trabajo esta noche.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —preguntó ella.

—Quiero centrarme en ti. Háblame de tu futuro. ¿Cómo lo imaginas? ¿Cuáles son tus sueños?

—¿Quieres la respuesta como Natalie la soñadora o Natalie la realista?

—¿Por qué deberían ser diferentes?

Suspiró y se quitó los zapatos.

—Bueno, la Natalie realista quiere conseguir un buen trabajo, conseguir una hipoteca y hacer cosas de adultos. La Natalie soñadora, con total sinceridad, simplemente no quiere que acabe esta noche. La Natalie soñadora también quiere que vuelva mi familia para poder ir a su casa todas las veces que quiera. Me gustaría que mis padres estuvieran aquí, para que, cuando tenga un millón de bebés, puedan colmarlos de amor.

En el pasado, escuchar a una mujer hablar de hijos me habría puesto nervioso. Pero, por alguna razón, me gustaba oír a Natalie hablar sobre cómo imaginaba su vida. Despertaba una necesidad primaria dentro de mí que ni siquiera sabía que tenía.

—Vale, ahora te toca a ti —dijo.

—Nunca he pensado en ello —admití.

—¿Nunca has pensado en el futuro? ¿Cómo es posible?

—Siempre me he imaginado lo mismo —expliqué—. El trabajo, los clientes, fines de semana en Martha's Vineyard…

—¿Nunca has pensado en cambiarlo? —Su voz era incrédula.

—Después de lo que pasó con mi padre, lo único que me importaba era montar un negocio en Nueva York. Ni siquiera pensaba en mi vida personal. Mis padres parecían tenerlo todo: un matrimonio feliz, hijos… y, sin embargo, la realidad era completamente distinta.

—Fue como si todo tu mundo se desmoronara de repente. Es normal poner una barrera entre uno mismo y todo lo demás.

—Una barrera —repetí, como si la palabra fuera nueva para mí. Nunca lo había pensado así, pero tenía razón. Tenía toda la razón del mundo—. Me enfoqué en una sola cosa: crear mi negocio de consultoría. Eso me consumía todo el tiempo. Pero era un sistema que me funcionaba.

—Un sistema… —Parecía perpleja—. ¿Tu vida es un sistema? No te estoy juzgando, solo estoy, bueno… sorprendida.

Me levanté para ir a tirar las bolsas de comida vacías en un contenedor cercano y regresé, sentándome más cerca de ella.

—Ahora, viéndolo con perspectiva, yo también me sorprendo. Todo parece muy frío. Pero cuando estás metido en eso, no tienes tiempo de pensarlo.

—¿Y ahora sí?

—Cierta persona me está haciendo reconsiderar algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Como reorganizar todo en mi… *sistema*.

Esbozó una sonrisa triunfante.

—¡Ah, muy bien! Ahora, si pudiera convencerte de que pruebes también una hamburguesa de soja, eso me alegraría la noche.

—Ni de coña. Pero estoy dispuesto a cualquier otra cosa.

Sonrió.

—Reto aceptado.

---

1 Nota del Traductor: Este paseo marítimo conecta los barrios de la ciudad con el puerto, uniendo atracciones recreativas, culturales e históricas, así como el acceso al transporte público.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

JAKE

—¡ESTO es increíble! —exclamó Natalie una semana después en la fiesta de la abuela. Lo tenía todo bajo control con mano firme. Me gustaba eso de ella. Era organizada, meticulosa, pero sin caer en la microgestión.

Sonreí.

—Tienes un talento natural para esto.

—Vaya, gracias. ¿Me estás haciendo un cumplido porque esperas tener sexo después?

Me incliné más hacia ella:

—Podemos hacerlo ahora mismo, no hace falta esperar hasta más tarde.

Se rió, ladeando la cabeza para mirarme.

—Jake, otra vez con esa mirada.

—No puedo evitarlo.

—Claro que puedes. Lo estás haciendo a propósito.

—Bueno… sí, lo admito —dije—, pero no puedes culparme.

—Claro que puedo. Y lo estoy haciendo.

—Pero me he portado bien hasta ahora.

Puso las manos en las caderas.

—La fiesta empezó hace dos horas.

—Exacto. Llevo dos eternas horas conteniéndome.

—No seas malo. Está siendo una fiesta increíble.

—Así es. Y me prometiste que, cuando las cosas se calmaran, te sentarías a mi lado en la mesa.

Se mordió el labio inferior.

—Ya he bailado contigo.

—¡Natalie! —Mi tono bajó peligrosamente.

Me señaló con el dedo.

—Ve a sentarte a la mesa y charla con tus hermanos y hermanastros.

Entrecerré los ojos.

—Te propongo un trato. Si te sientas conmigo, prometo ser cordial con ellos.

—Tengo muchas cosas que hacer, que supervisar. No puedo ausentarme. Soy la organizadora de la fiesta.

—No es que vayas a desaparecer. Además, necesitas descansar un poco. Llevas toda la noche de pie.

—Repito: solo han pasado dos horas.

—Mujer, ¿por qué eres tan testaruda?

—Así soy yo.

La miré expectante. La verdad era que quería que estuviera a mi lado. La familia ya sabía de ella, por supuesto, pero sería diferente si se sentaba con nosotros, si llegara a conocerlos mejor.

—Está bien, iré un rato a comer algo contigo. Pero luego tengo que volver al trabajo.

—Trato hecho. —Me sentí absurdamente orgulloso de mi logro.

Natalie tecleó algo en su iPad y echó un vistazo a su alrededor.

—Creo que todo está bajo control, así que puedo permitirme una pausa. —Dejó el iPad en una pequeña mesa que había junto al bufé, donde tenía montada una especie de oficina.

—Puedes llevarlo contigo —sugerí—. Así no tendrás que estar levantándote cada dos minutos.

—Si me lo llevo, me pasaré toda la cena revisándolo en lugar de hablar con los invitados. Créeme, es mejor así.

—Vale.

Cogió un plato y lo llenó con pollo y pasta. Mientras nos dirigíamos a la mesa, le puse una mano en la cintura. Cada vez que Natalie estaba cerca, necesitaba tocarla.

Cuando nos sentamos a la mesa, la abuela nos sonrió radiante. Estaba de muy buen humor aquel día. Le había encantado el regalo que mis hermanos y yo le hicimos: un curso de fotografía con uno de los fotógrafos más reconocidos del país. También le habíamos regalado el equipo necesario para que no tuviera que comprar nada más.

—Natalie, cariño, tengo que decirlo: hacéis una pareja estupenda. —Natalie se sonrojó—. Estoy muy contenta de haber seguido mi corazonada y haberte contratado.

—¿Qué? —pregunté.

Natalie se enderezó y la abuela me dedicó una sonrisa pícara.

El abuelo se aclaró la garganta.

—Jeannie, no tienes que contarles todo.

—Oh, ¿por qué no? Un poco de diversión no hace daño a nadie. —La abuela miró alrededor de la mesa—. Bueno, ya que parece que ninguno de vosotros me va a dar bisnietos, he tenido que tomar cartas en el asunto.

Prácticamente pude ver cómo la sangre se les iba del rostro a mis hermanos, y hasta a mis hermanastros. Maddox, Nick y Leo estaban sentados entre Gabe y el abuelo. Hasta el momento, había charlado con cordialidad con ellos, pero sin tocar ningún tema delicado.

Supuse que esa fue la manera que eligió la abuela de romper el hielo… y vaya si lo logró.

—¿Y ahora qué, abu? —soltó Maddox.

Nadie de nuestra familia la llamaba "Abu". Todos nos dirigíamos a ella como "Abuela". Nuestra madre nos había inculcado esa costumbre desde pequeños, y la manteníamos.

—Eso mismo, jovencito. Exactamente lo que has oído —prosiguió la abuela—. En fin… la cuestión es que Natalie me pareció una mujer encantadora, así que decidí seguir mi instinto.

—Tengo una duda, ¿de verdad querías celebrar la fiesta en Martha's Vineyard o solo era una excusa? —preguntó Natalie. Parecía completamente atónita.

—Hmm, no, realmente tenía la intención de que fuera allí, pero, para ser sincera, me pareció que sería una gran oportunidad para que… vieras a Jake en su propio espacio, supongo.

—Espera. Cuando me hablaste por primera vez de tus planes para la fiesta, dijiste que habías invitado a una amiga tuya y a su sobrina. ¿Por qué me dijiste eso? ¿Han venido hoy? —pregunté.

—Eso me lo inventé —respondió la abuela—. Quería que estuvieras alerta al principio, para que luego te relajaras más con Natalie.

Nadie habló durante varios segundos.

A continuación, la abuela se volvió hacia Natalie.

—Debería habértelo dicho. Nick, Maddox y Leo también pueden ser un poco complicados. Pero son buenos chicos. Amigables.

—Excepto entre ellos. Por ejemplo, cuando descubren que tienen la misma novia… como les pasó a Maddox y Leo —acotó Spencer.

Natalie parpadeó varias veces, sorprendida.

—Lo siento mucho.

Leo hizo un gesto de negación con la mano.

—Fue en la universidad. Al final conseguimos dejarlo atrás… después de no hablarnos durante unos seis meses. Nick intentó mediar, pero a Spencer se le daba mejor.

Nick asintió.

—Sí, él es el verdadero conciliador de la familia. ¿Por qué has sacado el tema ahora?

Spencer se encogió de hombros.

—Me gusta pasar de pacificador a echar gasolina al fuego de vez en cuando.

Todos se echaron a reír.

—Bueno, Natalie —intervino finalmente Nick—, hemos oído hablar mucho de ti.

Lo miré a los ojos. ¿De verdad habían hablado de ella? De repente, Gabe se centró intensamente en cortar su filete. Bueno, ya sabía quién se había ido de la lengua. No estaba enfadado, solo sorprendido. No imaginaba que mis hermanastros estuvieran tan interesados en mi vida.

—Y esta fiesta mola muchísimo —continuó Nick—. Es elegante, pero sin ser pretenciosa.

Natalie se animó.

—Exacto.

—Sí. La abuela nos ha dicho que eres nueva en esto de organizar eventos —añadió Maddox.

—Es verdad. Solo lo hago temporalmente. Mi madre era profesional en este negocio, y yo la ayudé durante varios años. La verdad es que lo estoy disfrutando mucho.

—Eso me parece genial —intervino Leo—. Siempre digo que todos deberíamos hacer cosas que nos gusten. —Se volvió hacia mí —. Y te admiro, Jake, por venir a Boston y hacerte cargo de *Whitley*

Advertising. Debe de ser difícil intentar salvar una empresa en la que no tienes ningún interés. No creo que yo pudiera hacerlo. —No había rastro de sarcasmo en su voz. Lo decía en serio.

—No es tan terrible como pensaba —respondí con sinceridad—. Pero la carga de trabajo es enorme.

Leo hizo un gesto de pesar.

—Como he dicho, te admiro.

—¿Es siquiera posible salvarla? —preguntó Nick.

Miré alrededor de la mesa, preguntándome si ese había sido el plan de la abuela desde el principio. Hacía años que no tenía una conversación tan larga con mis hermanastros.

—Creo que sí. —Elegí mis palabras con cuidado. Sabía lo importante que era esto para el abuelo, y no quería darle falsas esperanzas. Además, no me gustaba alardear de mis capacidades, era una de las cosas que me convertían en uno de los mejores en el negocio. Mis clientes acudían a mí porque sabían que les diría la verdad, sin rodeos. Y eso era exactamente lo que hacía. Nunca me vendía en exceso solo para conseguir un proyecto. Si creía que podía hacer el trabajo, se los decía. Si pensaba que se trataba de una situación irreversible, también lo comunicaba.

—Pero aún es demasiado pronto para sacar conclusiones —dije.

—Ánimo. Si necesitas algo, dínoslo. Aunque no es nuestra especialidad, podemos ayudar en lo que sea —añadió Nick.

Esa fue otra sorpresa. Suponía que me odiaban a muerte, pero no era así. ¿En qué más me había equivocado? Todos ellos tenían sus propios negocios.

Leo dirigía *Whitley Real Estate*. Nick se encargaba de la empresa de gimnasios de *Whitley Industries* y también acababa de lanzar una empresa de ciberseguridad. Maddox dirigía *Whitley Office Designs*, especializada en diseñar espacios de oficina personalizados. Había cambiado radicalmente la empresa desde que se hizo cargo de ella; con el auge del *coworking* y los espacios compartidos, había sabido adaptarse al mercado.

Natalie me sonrió, y luego a Maddox.

—Jeannie me ha dicho que vosotros tres también estáis muy ocupados, así que me parece un gran detalle que os ofrezcáis a

ayudar.

Cade se aclaró la garganta.

—Creo que es un buen momento para que intervenga y señale que ni Colton ni Jake son exactamente del tipo que admitiría necesitar ayuda. —Hizo una pausa y añadió—: Así que, ya sabéis: mantened los ojos abiertos y prestad atención a las señales, pero no esperéis que salgan y lo digan.

Colton se rió:

—Te llevaría la contraria, pero tienes toda la razón. Aunque, ahora que lo pienso, no recuerdo ningún momento en el que realmente necesitara ayuda.

Cade puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, déjame aclararte algo: cuando tienes que trabajar desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche para conseguir la aprobación de un medicamento, ese sería el momento de pedir ayuda. No a nosotros, porque ninguno de los dos somos expertos, pero tal vez te vendría bien contratar a alguien más.

Colton se cruzó de brazos.

—Qué interesante. Hemos pasado de analizar a Jake a analizarme a mí.

—¿Vas a hacer lo mismo con todos los miembros de la familia? —preguntó Natalie.

Maddox silbó.

—Vaya, me gusta esa idea, Natalie. Podría darme la oportunidad de averiguar más cosas sobre estos hermanos. No es que Gabe no sea una fuente suficientemente fiable…

—Oye, tío —dijo Gabe—, se suponía que no debías decirle eso. Además, Spencer y Cade también son buenas fuentes de información.

—Es verdad —dijo Maddox—. Pero Gabe se lleva la palma.

Siempre había tenido la sensación de que me estaba perdiendo una gran parte de mi vida por no estar en Boston, pero nunca lo había sentido tan profundamente como en ese momento.

Además, nunca había visto a mis hermanos pequeños relacionarse así con nuestros hermanastros: había tanta naturalidad

y complicidad. Ni siquiera sabía que se había formado este tipo de relación entre ellos. ¿Cuántas cosas más me estaba perdiendo?

—Por cierto, Natalie —dijo Maddox—, la abu dijo que te gustaría tener más clientes.

—Oh, sí, claro.

—Pues mira, nuestra coordinadora de eventos se va de vacaciones para cuidar de su madre. Se fue hace dos semanas y, como estará fuera seis semanas, necesitamos a alguien que la sustituya hasta entonces. Tenemos algunas entrevistas con posibles candidatas, pero eres más que bienvenida a participar. De hecho, podría considerar esta fiesta como tu solicitud.

—¡Qué considerado de tu parte! —exclamó Natalie—. Entonces, ¿tu empresa se dedica a organizar eventos?

—No. Diseñamos, y casi siempre rediseñamos, espacios de oficina. Solemos organizar eventos para los clientes después de inaugurar el espacio en el que hemos trabajado. Invitan a sus socios y, de paso, conseguimos más trabajo.

¿Pero qué narices…? Se había resistido cuando le propuse pedirle trabajo a mis hermanos.

—¿Qué cualificaciones necesito? —preguntó ella—. No sé si Jeannie te lo ha dicho, pero no llevo mucho tiempo en esto.

¿Se estaba planteando en serio trabajar para Maddox cuando me había dicho claramente que no quería que les preguntara a mis hermanos?

—No buscamos a alguien con décadas de experiencia dirigiendo una agencia de eventos. Obviamente, alguien así estaría sobrecualificado. Y es un puesto temporal, lo que también te viene bien a ti.

—Gracias. Me gustaría solicitar el trabajo. Te enviaré mi currículum, fotos de eventos en los que he ayudado y cosas así.

¿Qué demonios…?

Natalie se volvió para mirarme. Su sonrisa era radiante, pero se desvaneció de inmediato al ver mi expresión.

—Si me disculpáis —dijo—, debería ir a hablar con el DJ. Tenemos algunas cosas planeadas para las próximas dos horas.

Se alejó hacia su improvisado escritorio con paso decidido.

Uno o dos minutos después, me excusé y fui tras ella. Pensé que tal vez lo había hecho a propósito para que pudiéramos hablar, pero realmente estaba sumida en una animada conversación con el DJ. Esperé junto a su escritorio, mirándola sin pestañear y dando golpecitos con el pie. Se acercó a mí unos minutos después.

Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—¿De verdad lo preguntas?

—Es evidente que no tengo ni idea, o no preguntaría.

—¿Por qué dijiste que le enviarías tu currículum?

Ella parpadeó:

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Te lo diré de otro modo. No me dejaste que hablara con mis hermanos para buscarte un trabajo, ¿pero a Maddox le vas a enviar tu currículum?

—Es que él se ofreció, y además el puesto encaja con mi perfil —dijo.

—Podríamos conseguirte un puesto de organizadora de eventos en cualquiera de las empresas. Joder, hasta podríamos crear uno.

—¿Ves? Esa es la cuestión. No quiero que tengas que crear un puesto para mí. Esta oportunidad ha surgido de forma casual. ¿De verdad quieres que no envíe mi solicitud solo porque el trabajo viene de tu hermanastro? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Porque si es así, estás completamente fuera de lugar.

Di un paso atrás, procesando sus palabras. Me gustó que me plantara cara. En ese momento, más que nunca, respeté la manera en que me desafiaba. Sí, estaba cabreado. Y también estaba "completamente fuera de lugar" al desquitarme con ella. ¿Por qué debería importarme que Natalie trabajara con Maddox? Ella tenía razón. Él había ofrecido el trabajo y el puesto encajaba perfectamente con su perfil.

—No sé por qué me molesta —dije con total sinceridad.

Suspiró, dedicándome una pequeña sonrisa.

—Mira, agradezco que quieras cuidar de mí y ayudarme, pero, por favor, intenta entenderme. Siento haber sido demasiado dura. Mi

ex tenía opiniones muy estrictas sobre lo que debía y no debía hacer, y todavía es un tema sensible para mí.

—Yo no soy tu ex. Y tienes razón, no he reaccionado de la mejor manera.

—¿Sabes? Esto hace que me sienta valorada. No siento que me estén regalando algo. En cambio, si fueras tú quien me contratara…

—No sería una limosna.

—Pero a mí me lo parecería, ¿vale? Además, creo que Maddox es divertido. Tus hermanastros parecen buena gente.

Me aclaré la garganta.

—No sabría decirte.

—Mmm…

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. —Pero no dejaba de sonreír.

—Natalie. —Me incliné hacia ella—. Habla, o utilizaré alguna de esas habilidades que no dejas que use.

—Vaya, ahora ya ni siquiera negocias, sino que directamente me chantajeas.

—Nah. Esto se llama una negociación dura —aclaré.

—Me pregunto si Jeannie está haciendo de las suyas, intentando acercarte también a tus hermanastros.

—Seguro que sí —respondí—. Siempre ha intentado hacerlo. Solo que yo no he sido capaz de dejar atrás ciertas cosas.

—Mierda. —Miró su iPad.

—¿Qué?

—Es que no he comprobado si han llegado las velas. Son noventa.

Silbé.

—Me sorprende que la abuela haya aceptado eso.

—Quedarán preciosas. Solo tengo que comprobar que estén aquí. Si no, saldré corriendo a comprar algunas. —Se agarró el hombro izquierdo con la mano derecha y lo hizo girar una vez—. Hoy he estado muy tensa. Ya me está empezando a doler todo.

—No te preocupes —respondí con aire inocente—. Te mimaré más tarde.

Se dio la vuelta, mostrándome una sonrisa pícara.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

Se le iluminó toda la cara.

—No contaba con eso.

—Si quieres, puedo empezar aquí mismo, durante la fiesta.

Ella suspiró.

—Vaya, esto se te da *muy* bien.

—Lo sé.

—No puedo volver a la mesa ahora. Hay demasiadas cosas que comprobar y, si me siento, perderé la noción del tiempo de lo bien que me lo estoy pasando con tu familia. Hazme un favor: intenta hacer feliz a Jeannie, ¿vale?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—Antes, en la mesa, cuando tus hermanos y tú charlabais sobre *Whitley Advertising*, la observé. Pude ver cómo se le iluminaba la cara cuando os comunicabais entre vosotros.

—Haré lo que pueda. La verdad, no me costó tanto.

—Me alegra oír eso.

—¿Seguro que no puedo distraerte un poco más tarde? —Le guiñé un ojo.

—Por favor, te pido que no lo hagas. Estoy intentando causar una buena impresión.

—Lo estás petando, cariño. He oído a varios invitados decir que es una fiesta maravillosa.

—Humm. ¿Estás diciendo la verdad o solo intentas calmar mis nervios?

—Nunca te mentiría.

—Es cierto. Nunca te andas con rodeos y, desde luego, no eres mentiroso.

Sonreí.

—Me alegro de que eso te haya quedado claro.

A continuación, volví a la mesa, pero no dejé de observarla. Estaba impresionante, y sentía un gran respeto por ella. Aquel día se estaba luciendo. Había pensado en cada detalle, incluso en que los lirios eran las flores favoritas de la abuela y los había usado como centros de mesa. La abuela había insistido en que también quería

que la fiesta fuera un homenaje a su largo matrimonio, así que Natalie nos había pedido a todos fotos y vídeos de mis abuelos, y había preparado un *collage* que emocionó a mi abuela hasta las lágrimas. Natalie encajaba de manera muy natural en la familia, y eso me encantaba de ella.

De repente, Maddox me apartó hacia un lado.

—Jake, ¿podemos hablar?

—Claro.

Nos alejamos de la mesa y nos dirigimos a la parte de atrás, donde había mesas altas de bar.

—No te ha gustado que le haya ofrecido trabajo a Natalie —afirmó en cuanto nos quedamos solos.

Joder, ¿fue tan evidente?

—¿Acaso te ha dicho algo la abuela?

—No. Simplemente he atado cabos. Dime, ¿hay algún problema con eso?

—Para nada. Solo que le hice una oferta similar hace un par de días y la rechazó. Me sorprendió que contigo fuera distinto.

Se acomodó los gemelos.

—Es que tengo argumentos muy convincentes. Pero no te preocupes, tu chica estará en buenas manos con nosotros. No le habría hecho la oferta si hubiera sabido que te cabrearía. Lo último que quiero es preocupar aún más a la abuela.

Por cuarta vez en el día, Maddox me cogió totalmente por sorpresa. Enseguida pensó en la abuela.

—Bueno, tengo que admitir que no he sido muy cordial en el pasado.

—Tío, tienes tus razones. No hace falta que las analicemos ni las diseccionemos. Tú a lo tuyo y yo a lo mío. Esto no significa que ahora seamos amigos. Solo pensé que esta era una buena oportunidad para ayudar a Natalie.

—Sí, sin duda lo era —respondí.

—Me alegro de que estés de acuerdo. —Me dio unas palmaditas en el brazo antes de volver a la mesa.

Nick y Leo se giraron inmediatamente hacia él en cuanto se sentó, al igual que Gabe.

Me quedaban unos meses en Boston y Natalie tenía razón: quizá podría hacer un esfuerzo por acercarme más a mis hermanastros. Pero, ¿por dónde empezar? Había pasado los primeros años después de enterarme de la infidelidad de mi padre fingiendo que no existían. Desde entonces, las cosas siempre habían resultado demasiado incómodas como para darles la vuelta, pero existía la posibilidad de que estuviera equivocado.

—No, en serio, George. Te dije que necesitábamos velas blancas para la tarta, no negras. Parece que estemos asistiendo a un funeral —dijo Natalie desde unos metros de distancia.

Se me escapó una risa mientras me dirigía hacia ella. Natalie me miró con el ceño fruncido y me detuve al instante. No quería restarle autoridad, pero el mero hecho de que hubiera dicho eso con tanta seriedad hacía la situación aún más graciosa. El propio George parecía querer que se lo tragara la tierra.

—Iré a comprar unas nuevas —dijo e inmediatamente se marchó.

—¿Por qué sonríes así? —me preguntó.

—Me gusta verte en acción. Eres feroz.

George regresó con velas blancas veinte minutos después. Mi abuela estaba desbordante de alegría cuando presentaron la tarta. Observé detenidamente tanto a ella como a mi abuelo mientras cantábamos el "Cumpleaños feliz". Él parecía agotado. Solo había bailado una vez con la abuela, y luego, cada uno de los nietos, nos turnamos para bailar con ella. Mi mayor deseo era que mis abuelos fueran felices y estuvieran sanos. Se notaba que ambos se sentían a gusto por el hecho de que todos estuviéramos juntos y llevándonos bien. El abuelo aún no se había recuperado por completo, pero esperaba que pronto volviera a la normalidad. Me alegré de haber podido ayudarlo con la empresa.

Maddox, Leo y Nick se encontraban a un paso de mis hermanos y de mí. Era el primer evento en el que todos coincidíamos en el mismo lugar. Desde la perspectiva de un extraño, sería difícil notar el

parentesco entre los dos grupos. Mis hermanos y yo habíamos heredado mucho del lado de nuestra madre, sobre todo los ojos azules. En cambio, nuestros hermanastros tenían una mezcla de ojos verdes y marrones, además del característico pelo negro de nuestro padre.

Después de la tarta, la abuela pidió otra ronda de baile con cada uno de sus nietos, y nosotros accedimos sin dudarlo. Haríamos cualquier cosa por complacerla.

—¡Estoy agotada! —exclamó. Fui el último en bailar con ella. Me sonrió—. Eres un excelente bailarín.

—Gracias por el cumplido.

Dando un paso atrás, se giró hacia las mesas.

—Me gustaría deciros a todos que ha sido un placer teneros hoy aquí, pero mi Abe tiene que irse a casa y no quiero dejarle solo. Así que es hora de ir dando por terminada la fiesta.

Así era mi abuela: breve y al grano.

Cuando me acerqué a nuestra mesa, Gabe me miró y dijo:

—Voy a salir a tomar algo con Leo, Maddox y Nick. ¿Quién se apunta?

—Tengo que volver a la oficina —dijo Colton, poniéndose en pie.

—Tío, eso es una locura, incluso para ti —le dije.

—Estamos cerca de conseguir un gran avance. Tengo que estar allí. —Vi la intensidad reflejada en sus ojos. Era algo que ambos compartíamos, así que lo entendí de inmediato.

Cade y Spencer negaron con la cabeza.

—Ya hemos hecho planes, pero podemos ponernos al día en otro momento —dijo Spencer.

Gabe me miró y yo sonreí con picardía. Maddox se dio cuenta y silbó.

—No hace falta que digas nada, tío. Puedo leerte la cara.

Ni siquiera me molesté en negarlo. Llevaba todo el día esperando el momento de estar a solas con Natalie.

Ella seguía en su escritorio improvisado, escribiendo en su iPad mientras yo me acercaba sigilosamente por detrás.

—Se ha terminado la fiesta —dije.

Giró la cabeza para mirarme.

—Así es. Me encanta lo relajados que están todos. He oído decir a tu hermano que van a salir. ¿Te unirás a ellos?

—Claro que no. Llevo horas deseando tenerte solo para mí.

—¡Oh! —Se sonrojó—. ¿Y qué tienes en mente?

—¿Qué te parece si volvemos al hotel? Quiero mimarte un poco con el servicio de habitaciones.

Se rió.

—Vaya, directo al grano. Pero suena muy bien, sobre todo porque tienes aire acondicionado, y mi casa es un horno ahora mismo.

—Pues vámonos.

—No tan rápido. Aún tengo que terminar unas cosas aquí.

—Natalie…

Me guiñó un ojo.

—Me encanta cuando te pones impaciente.

Me impacienté aún más durante los siguientes veinte minutos, mientras ella hablaba con el personal y se despedía de mis abuelos. Cuando por fin estuvo lista para irse, nos dirigimos directamente al hotel. Había disfrutado mucho de aquella noche con mi familia, pero en ese momento necesitaba estar a solas con Natalie.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

JAKE

EN CUANTO ENTRAMOS en la *suite*, noté lo vacía que estaba. Todo parecía muy elegante y tenía todo lo que uno podría necesitar, pero simplemente carecía de personalidad. Claro que también mi ático en Nueva York y mi casa en Martha's Vineyard tenían el mismo problema. La empresa de decoración lo había elegido todo con mucho cuidado, pero no me representaba a mí. En realidad, no representaba a nadie.

De repente, un pensamiento me golpeó: ¿cómo sería si Natalie eligiera los muebles y los cuadros para mi casa?

¡Joder! No podía pensar así. Ambos teníamos caminos y planes diferentes para el futuro, y lo último que necesitaba después de que ella se marchara a su nuevo trabajo eran recuerdos de nuestro tiempo juntos. No quería dejarla ir, pero lo único que teníamos era el ahora, y lo único que necesitaba en ese momento era tenerla allí, conmigo.

Nos detuvimos en el minibar, junto a la ventana. Retrocedí un paso, observándola. Parecía una visión, allí de pie en mi *suite*, con las luces de la ciudad como telón de fondo tras el enorme ventanal. Pero no era suficiente. Necesitaba más luz. Necesitaba verla. Estábamos en una planta alta, a salvo de miradas indiscretas. Quería explorarla con mis manos y mi boca. Iba a besar y tocar cada centímetro de ella: su delicada piel, sus labios carnosos, todo.

Me acerqué a Natalie, colocándome detrás, y luego pasé mis manos sobre sus caderas. Subí lentamente por su cuerpo hasta llegar a sus pechos.

—Quiero verte —susurré en su oído—. Quiero encender las luces.

Ella gimió suavemente.

—Sí… lo que tú quieras, Jake.

Bajé la cremallera de su vestido con lentitud, presionando con las yemas de los dedos sobre su espalda desnuda mientras deslizaba la mano hacia abajo. Aspiró y relajó los hombros. Me encantaba

observar cada una de sus reacciones. El vestido resbaló fácilmente por su cuerpo, y ella dio un paso al costado para terminar de quitárselo, sin dejar de darme la espalda. Recorrí su piel con las manos, siguiendo el mismo camino que antes, cuando aún estaba vestida. Se estremeció bajo mi contacto, arqueó ligeramente la espalda y dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

Deslicé los dedos desde su esternón hasta su vientre, y luego más abajo. Noté cómo tensaba sus músculos. Sabía sin ninguna duda que, si la tocaba sobre la tela, la encontraría empapada. Me deseaba. Me necesitaba.

Le di la vuelta lentamente, capturando su boca. Sabía a manzana y canela, y disfruté mucho de ese sabor. Quería explorar todo su cuerpo con la boca antes de meter la cabeza entre sus piernas y hacer que se corriera.

—Oh… —murmuró mientras tiraba de mis gemelos. Consiguió desabrocharme uno y yo me deshice del otro. Luego, con una sonrisa traviesa, empezó a desabotonar mi camisa y se encontró con mi camiseta interior.

En contra de todos mis planes, mi polla ya latía por la necesidad de estar dentro de ella. Hundida hasta el fondo. Embistiendo. Iba a reclamarla de una manera que nunca antes había sido reclamada. Después de aquella noche, iba a ser solamente mía.

—Eres tan guapo… —susurró, deslizando los dedos por mi pecho cuando, por fin, me quitó la camiseta interior.

A continuación, me quité los pantalones y los calzoncillos, y me puse un preservativo. Me acerqué a la mesita de café donde había una lámpara y encendí la luz. El regulador de intensidad me permitió ajustarla al punto exacto en el que podía admirarla. Su lencería me estaba tentando demasiado. La besé de nuevo, esta vez con más intensidad, le desabroché el sujetador y lo tiré a un lado.

Poniendo las manos bajo sus nalgas, la levanté y la coloqué sobre la barra del bar. La imagen era muy erótica. Le abrí las piernas con suavidad y besé cada muslo, disfrutando de la anticipación en su rostro.

Su boca formó una *O* perfecta.

—No me lo esperaba… —murmuró.

Sonreí contra su piel.

—Mejor, me gusta sorprenderte. Lo único que debes esperar esta noche es correrte… y varias veces.

Jadeó y movió sus caderas hacia delante. Entonces noté el cubo con hielo a nuestro lado y se me ocurrió una idea. Saqué un cubito de hielo y ella me miró con avidez. Lo pasé sobre su pezón y luego lo atrapé con mis labios. Su reacción fue inmediata: echó las caderas hacia adelante, casi resbalando de la barra, pero la sujeté con firmeza.

—Oooooh… —Su voz era temblorosa.

Acto seguido, deslicé un cubito entre sus piernas abiertas, recorriendo primero un muslo, luego el otro… hasta presionarlo sobre la fina tela de sus bragas. Gritó mi nombre cuando su cuerpo se sacudió con violentos espasmos. Me endurecí aún más. Quería tomarme mi tiempo para llevarla al orgasmo, aunque eso pusiera a prueba mi último hilo de autocontrol. Aquella noche, se merecía todo el placer del mundo. Y yo se lo iba a dar. Besé su cuerpo y me detuve para cubrir el otro pezón con mi boca. Lo acaricié con la lengua hasta que se endureció tanto que ella soltó un gemido entre el placer y el dolor. Entonces deslicé los dedos por el lateral de sus bragas, y ella se balanceó, dándole mejor acceso para quitárselas. Luego volví a separarle las piernas y la coloqué casi al borde de la barra. Apretó los dedos contra el borde exterior mientras yo acercaba mis labios a su clítoris y lo atrapaba con la boca. Su respuesta fue salvaje. Gritó y arqueó la espalda. A continuación, introduje mi lengua en su interior y, al mismo tiempo, masajeé su clítoris, esperando inundarla de placer.

Estimulé su cuerpo con la lengua, y los músculos de sus piernas se tensaron. Con la mano libre, llevé los dedos desde el tobillo hasta la rodilla. Luego continué hacia su torso, encontré su pecho y palpé la parte inferior antes de acariciarle un pezón. Entonces sentí que Natalie ponía su mano sobre la mía. Aparté la boca, alcé la vista… y quedé hipnotizado por la escena de ella tocando su propio pecho.

Presionando mi pulgar sobre su clítoris, acerqué de nuevo mi boca a su entrada. Alternando el movimiento de presión entre mi pulgar y mi lengua, oprimí la punta de mi lengua, acercándola más y

más al límite. Ella estalló de placer al segundo siguiente. La sostuve mientras se retorcía bajo el placer, saboreando cada estremecimiento de su cuerpo. Luego besé su vientre y subí lentamente por el valle entre sus pechos, deteniéndome en cada punto donde sabía que su piel era más sensible.

Finalmente, me enderecé y le llevé el pulgar al labio inferior. Ella se inclinó hacia delante y nos besamos de manera lenta y profunda. Apoyó los brazos sobre mis hombros, descansando sobre mí. La levanté de la barra, colocándola sobre mí. Inmediatamente apretó las piernas contra mis costados. *Joder.* Sentir su coño caliente contra mi polla me estaba volviendo loco. Era una sensación tan placentera que supe que no iba a ser capaz de controlarme durante mucho tiempo más.

Menos mal que ya me había puesto un condón, porque ahora lo único que quería era hundirme en su cuerpo. Quería verla correrse de nuevo, pero esa vez con mi polla dentro de ella, palpitando en torno a mí. La apoyé contra la pared más cercana.

—¿Estás lista para mí, cariño?

Ella asintió, musitando.

—Sí, sí, lo estoy. Te deseo muchísimo.

—No más de lo que yo te deseo. Me encanta ver cómo te corres. Estoy deseando sentir tu orgasmo mientras estoy dentro de ti.

Cuando empujé hacia delante, gimió. Entré lentamente. Aún estaba muy contraída por el orgasmo anterior.

Aunque me costó mucho contenerme, solo fui penetrándola centímetro a centímetro. Por otro lado, eso tenía sus ventajas. Pude observar cómo cambiaba su preciosa cara mientras se adaptaba al placer.

—Joder —gruñí cuando estuve dentro del todo—. Me encanta esta sensación, cariño.

Apretó las piernas a mi alrededor. Sus rodillas presionaban mis costillas: estaba claro que buscaba hacer palanca. Seguí embistiendo, pero esa vez ya no lo hice con lentitud. Apoyó los brazos en mis hombros y apretó aún más las rodillas contra mis costados. Natalie era increíble, y la tenía toda para mí. Me pasaría día y noche así con aquella mujer. No quería que la noche terminara.

Buscando un mejor punto de apoyo, caminé con ella hasta el sofá, colocándola en el reposabrazos. Era lo bastante ancho como para que Natalie estuviera estable y cómoda. Luego la incliné para que cayera hacia atrás y apoyé una mano en el cojín. Embestí una y otra vez, observando su cara, siguiendo las señales de su cuerpo. Con ese ángulo, podía frotar su punto G cada vez que me deslizaba hacia adentro.

Gimió y entonces supe que estaba al borde del orgasmo. Yo también estaba muy cerca: sentía que estaba a punto de estallar. Necesitaba liberarme. Empecé a rodear su clítoris con el pulgar. No lo presioné ni lo acaricié, simplemente lo rodeé, y eso fue todo lo que ella necesitó para llegar a su orgasmo. Se corrió de manera aún más intensa que antes. Tiró de una de las almohadas hasta que la sacó de su sitio. Cubriéndose la boca con ella, gritó, contorsionándose en torno a mi miembro.

Esa imagen accionó una palanca en lo más profundo de mí, y entonces cedí a mi propio orgasmo casi de inmediato. Seguí embistiendo, disfrutando de cómo me envolvían sus contraídos músculos. Todo mi cuerpo estaba en llamas. Mi vista se nubló y se me cortó la respiración por la intensidad del placer. Perdí el control de mi cuerpo y mi mente. Todo en mí había quedado rendido a ella.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

NATALIE

CUANDO RECIBÍ la llamada de Carmen, la jefa del Departamento de Recursos Humanos de la empresa de Maddox, me sorprendí. Le había enviado mi currículum el día anterior durante la fiesta, y no esperaba que me contactara al día siguiente, ya que era domingo.

—Hola —dije después de que se presentara—. No esperaba tener noticias tuyas hoy.

—Es que, créeme, estamos con el agua al cuello, así que cuando Maddox me envió tu currículum y me dijo que creía que encajabas bien, no quise dejar pasar la oportunidad. —Parecía una mujer con iniciativa, y eso me gustaba. Nada de rodeos ni de perder el tiempo.

—También me ha dicho que tienes más candidatos.

—Sí, hablé con ellos el viernes. Pero tú eres la única que puede empezar de inmediato. Y Maddox tiene buen ojo para estas cosas —comentó Carmen—. Si a él le pareces adecuada, pues a mí también. Te ha comentado que sería solo por seis semanas, ¿verdad?

—Sí, sí, me lo aclaró —respondí. No tenía demasiadas esperanzas en los otros trabajos a los que había postulado, así que esta era una oportunidad perfecta.

—Tenemos un horario flexible. No es exactamente de nueve a cinco. Y nos gustaría que estés presente en todos los eventos.

—No hay problema.

Cuando mencionó el salario, me pareció una oferta muy atractiva.

—Además, tenemos una política de espacio de trabajo flexible. Puedes trabajar desde casa los días que no haya eventos.

—Perfecto.

Claro que no pensaba hacerlo. Con ese calor, necesitaba estar donde hubiera aire acondicionado, es decir, en cualquier sitio que no fuera mi casa.

Me apoyé en el borde del escritorio mientras Jake me observaba desde el sofá. Llevaba pantalones cortos, y su aspecto era cien por cien tentador y doscientos por cien sexy.

Me moría de ganas de celebrar la noticia con él.

—Mañana tengo muchas reuniones —explicó—, pero ven a la oficina el martes a las ocho de la mañana.

—¿Para una entrevista? —pregunté.

—Nada de eso. Estás contratada.

—Vaya… gracias. Esto es tan emocionante como inesperado.

Se rió.

—Somos una empresa bastante informal. Probablemente te haría pasar varias pruebas si se tratara de un puesto permanente, pero es un alivio que alguien pueda hacerse cargo de inmediato porque tenemos un evento a la vuelta de la esquina.

—Estaré en la oficina el martes a las ocho.

—Estupendo.

—Gracias, Carmen. Que tengas un buen domingo.

En cuanto colgué, vi que tenía cinco llamadas perdidas de un número desconocido. ¿Tal vez Carmen había intentado llamarme antes desde otro teléfono? No importaba. Ya había conseguido el trabajo.

Jake dijo:

—Enhorabuena, cariño.

Prácticamente corrí hacia él, salté a su regazo y rodeé sus muslos con mis piernas. Sonrió ante mi entusiasmo.

—Estoy tan contenta por cómo se han dado las cosas. —Además, tenía un pequeño plan en mente. Quizás, con el tiempo, podría acercar a Jake y Maddox. En la fiesta había notado que entre ellos habían caído algunas barreras. ¿Quién sabía qué más podría pasar?

—¿Cómo te gustaría celebrarlo? —preguntó.

—Podemos seguir en la misma línea que anoche: tener sexo y luego pedir algo al servicio de habitaciones. Me gusta mucho este sitio. —No podía creer que fuera tan grande—. Aunque es un poco frío. Vacío.

—Es verdad.

—Podría traer uno de mis enormes cuadros y colgarlo encima de tu escritorio.

—Pues tráelo —respondió—. Hablaré con el hotel para que me lo cuelguen.

—¿En serio? —sonreí.

—Me gusta la idea de tener algo tuyo aquí.

Sus ojos se clavaron en los míos y, por un instante, me quedé sin aliento. ¡*Quiere que haya algo mío aquí!*

—No lo repitas mucho… o podría darme por traer más cosas.

—Puedo soportarlo, cariño. Déjate llevar.

—Eso haré.

El martes llegué a la oficina a las ocho en punto. Era un día cálido, pero con una humedad sofocante. Las nubes flotaban bajas en el cielo, ocultando el sol. Incluso había un poco de niebla.

El edificio era un almacén reconvertido en el barrio de Waterfront. Desde la segunda planta, se alcanzaban a ver algunos barcos a lo lejos, difuminados entre la bruma.

Carmen me recibió y cumplimos rápidamente con las formalidades. Luego me indicó que fuera al despacho de Maddox, que ya me estaba esperando.

—Nos alegra mucho que hayas podido empezar tan pronto —dijo Maddox en cuanto entré en su despacho.

—Estoy muy contenta por la oportunidad y con ganas de ponerme a trabajar.

—Estupendo. Te explicaré lo básico. Tenemos una política flexible de trabajo remoto. Disponemos de esta oficina de lujo porque nuestro negocio es crear espacios de trabajo de primer nivel, así que teníamos que predicar con el ejemplo. Y la verdad es que no deja de ser una gran ventaja.

—Sin duda —dije—. Las vistas son increíbles y hay muchos sitios buenos para comer por aquí.

—Es verdad. Pero bueno, la cuestión es que no nos importa especialmente desde dónde trabajes. Puedes venir a la oficina o hacerlo desde casa. Incluso desde el extranjero, pero necesitamos que nos avises con tiempo si decides viajar, por cuestiones de seguro.

—No te preocupes. No tengo planes de salir del país en el futuro cercano, créeme.

Sonrió.

—Muy bien. No estarás adscrita a ningún departamento en particular. El área de *marketing* sobre todo en la publicidad *online*, pero tu puesto es independiente de todo eso.

—Puedo adaptarme a eso. Supongo que tendré acceso a todos los contactos y proveedores de la empleada anterior, ¿verdad?

—Sí. Úsalos como mejor te parezca.

En la fiesta, Maddox me había parecido un hombre relajado, pero en ese momento se veía aún más tranquilo, casi despreocupado. Mientras caminábamos por el *open space*, observé los distintos sectores comunes y la zona de descanso, que tenía un pequeño cartel para identificarla. Me asomé al interior: había una máquina de café y un exprimidor. Junto a estos, una cesta llena de manzanas, naranjas y limones.

—No puedo creer que haya un exprimidor.

—A la gente le encanta, pero yo paso.

Solo los directores tenían despachos individuales. Todos los demás trabajaban en el *open space*. Los escritorios estaban distribuidos de manera que nadie se sintiera invadido. Había plantas y paneles fonoabsorbentes colocados estratégicamente para reducir el ruido.

Cuando Maddox volvió a su oficina, me presenté a las personas que estaban sentadas a mi alrededor. Carmen ya me había dado un portátil, así que empecé a revisar los archivos que mi predecesora había guardado en la nube.

Era ordenada hasta el último detalle. Todo estaba clasificado con precisión: proveedores, contactos y una lista con los próximos eventos. El siguiente apenas había comenzado a planificarse, así que supe exactamente por dónde empezar.

No podía creer mi suerte. Aunque el día estaba gris y pesado, me sentía más optimista que en semanas. No era un trabajo fijo ni estaba relacionado con mi carrera, pero era un buen comienzo y lo tomé como una gran señal de que las cosas irían a mejor para mí. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía dejar atrás mi pasado y centrarme en el futuro. Probablemente incluso podría solicitar trabajos en planificación de eventos una vez terminada mi etapa en la empresa de Maddox. Al menos tendría alguna experiencia en mi currículum que me abriría puertas fuera del ámbito de mi licenciatura en informática. Y, de momento, suponía unos ingresos mejores de los que podía conseguir por mi cuenta.

Justo cuando empezaba a redactar un correo para programar una reunión sobre el próximo evento, mi teléfono sonó. Era un mensaje de Jake.

Jake: ¿Cómo va tu primer día?

Natalie: Increíble.

Jake: ¿Cómo te está tratando mi hermanastro?

Natalie: Es genial. Me recibió personalmente y parece una persona muy amable. Todo lo contrario a ti, Jake.

Jake: ¿Intentas ponerme celoso?

¡Oh, no! Me salió el tiro por la culata. Solo quería molestarle un poco. Era una pena que no tuviera relación con sus hermanastros.

Instantes después, envió otro mensaje.

Jake: Natalie.

Me removí en mi silla, inquieta. Prácticamente podía oírle decir mi nombre con ese tono mandón que utilizaba cuando quería que hiciera exactamente lo que me pedía. Joder, ¡ese no era el lugar ni el momento para ese tipo de pensamientos!

Natalie: Puedes venir y comprobarlo por ti mismo si quieres.

Me sentí como un auténtico genio. Nada más enviarlo, me di cuenta de que podría organizar reuniones improvisadas entre Jake y Maddox. Como Jake era todo un caballero, si le pedía que me recogiera, probablemente lo haría. Ambos eran demasiado orgullosos para acercarse por voluntad propia, pero tenía la sospecha de que podía darles un empujón.

Entonces, mientras sonreía, caí en la cuenta de que eso era exactamente lo que Jeannie quiso decir cuando dijo "Unirás sus desafiantes personalidades". Joder ¿Me lo había metido en la cabeza sin que me diera cuenta? Fuera como fuese, funcionó.

En ese momento estaba tan feliz que pensaba que nada podría acabar con mi buen humor.

Estaba muy equivocada…

A mitad del día, recibí un correo electrónico en mi cuenta personal. Era de Vince.

Vince

Reunámonos. Necesito hablar contigo. Solo una vez.

Se me revolvió el estómago. *¿En serio? De todos los días, ¿justo hoy se le ocurre enviarme un mensaje?*

Natalie

No, no hay nada que hablar. En absoluto. Deja de intentar ponerte en contacto conmigo.

Vince

Lo haré si aceptas reunirte. O al menos contestar el teléfono. Te llamé cinco veces este fin de semana.

Un nudo se formó en mi estómago. Así que las llamadas perdidas eran suyas. No estaría intentando que volviéramos, ¿verdad? ¿Por qué ahora?

No respondí. Quizás, si lo ignoraba, desaparecería de nuevo. Por lo que a mí respectaba, no había motivo para volver a verle.

Volví de inmediato al trabajo, sumergiéndome en todas las tareas pendientes.

Después de comer, alguien pronunció mi nombre.

—¿Señorita Natalie?

—¡Sí! —Me levanté, mirando a mi alrededor en busca de la voz.

El portero caminó rápidamente en mi dirección. Llevaba un enorme ramo de rosas rojas.

—Tenemos esta entrega para usted —anunció.

Al instante, una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Dios mío. —Las puse sobre mi escritorio. Eran preciosas y ocupaban la mitad del mueble, pero ¿a quién le importaba? Eran de Jake.

Me había enviado flores. Estuve a punto de dar un baile de felicidad en medio de la oficina al leer su tarjeta.

Buena suerte en tu primer día de trabajo. Estoy deseando mimarte esta noche. Jake.

La presioné contra mi pecho, disfrutando del aroma de las rosas antes de sentarme. A pesar del críptico mensaje de Vince, nada iba a arruinarme ese día. Además, ya tenía una idea para atraer a Jake a la oficina. Me moría de ganas de verle.

CAPÍTULO VEINTICINCO

JAKE

LEÍ EL CORREO electrónico dos veces, con una sensación triunfal. Acabábamos de recibir una oferta por la venta de *Whitley Advertising*, y era muchísimo mejor que cualquier otra que hubieran recibido antes de que yo me hiciera cargo de la empresa, dos meses atrás. Era una excelente noticia. Demostraba que el mercado empezaba a reconocer el verdadero valor de la empresa. En el tiempo que llevaba en Boston, había cerrado cuatro grandes acuerdos con clientes y les había exigido el pago por adelantado. Eso contribuyó a solucionar el problema de liquidez.

Después, si mi abuelo aceptaría vender o no, ya era otra historia. Sabía lo que sentía por las empresas de la familia. Pero, al menos, era un buen comienzo, y me sentía orgulloso de aquel logro.

No respondí al correo electrónico. No quería parecer ansioso. Además, ya eran las seis y tenía cosas mejores que hacer.

Natalie me había pedido que pasara por la oficina. Le había prometido que haría que su primera velada después del trabajo fuera memorable, y pensaba cumplir mi palabra. Cuanto antes empezara, mejor.

La empresa de Maddox no quedaba muy lejos. Le había dado la tarde libre a Cal, así que conduje yo.

Cuando llegué, aparqué frente a la entrada del edificio y llamé a Natalie.

Ella contestó enseguida.

—Hola, ¿estás aquí?

—Sí. No me digas que ya te está sobrecargando de trabajo en tu primer día. Hablaré con él.

—No, no es eso. Es solo que estamos aquí charlando con un par de compañeros, y me han preguntado si quiero quedarme. Me pareció que eso me ayudaría a integrarme. Puedes venir si quieres. Están Nick y Leo, me encantaría que también estuvieras tú.

Antes de conocer a Natalie, habría respondido con un rotundo no. Lo último que hubiera querido hacer era compartir una velada con mis hermanastros. Pero quizá no era tan mala idea, sobre todo porque mi chica estaba presente.

—Vale, subiré. ¿Dónde es?

—En la segunda planta.

Cuando salí del ascensor, lo primero que pensé fue que me había equivocado de planta y había entrado en una fiesta de fraternidad. Luego me di cuenta de que había oficinas por todas partes y algunas personas incluso llevaban traje. Aunque eso no les impedía jugar… ¿acaso estaban jugando al ping pong? ¿En medio de la oficina? Se estaban disputando varios partidos al mismo tiempo.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando Natalie se acercó a mí, sonriendo de oreja a oreja.

—Es un torneo de ping pong. Están probando el concepto antes de lanzarlo a los clientes.

Miré a mi alrededor, atónito.

—¿Un torneo de ping pong en una oficina?

—Sí, Jake —respondió Maddox, apareciendo de la nada—. A algunos les gusta hacer actividades de formación de equipos en la oficina.

—Sí. Se rumorea que los tuyos cenan en la oficina. No me sorprende —dijo Nick.

—Pero nosotros no creemos en esas habladurías —añadió Leo—. ¿O acaso deberíamos?

No pude evitar reírme. No sabía qué era más cómico: que creyeran eso de mí o que no lo hicieran.

—Bueno —señalé las mesas—, así no es como yo dirijo las cosas, eso es todo.

—Puedes intentarlo —dijo Maddox, haciéndome un gesto con la pala.

—No, gracias. Me basta con mirar.

Nick le dio cinco dólares a Leo.

—Has ganado.

—¿De qué va eso? —pregunté.

—Hemos hecho una apuesta sobre si te unirías o no. Parece que he tenido demasiada fe en ti —dijo Nick.

—O yo muy poca —replicó Leo—. Todo es cuestión de perspectiva.

—Chicos, no lo molestéis —intervino Natalie—, o no volverá a aparecer por aquí.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando —dije, rodeándole los hombros con un brazo. Normalmente no haría demostraciones públicas de afecto en su lugar de trabajo, pero al mirar a mi alrededor vi que había varias parejas más. Además, ya estábamos fuera del horario laboral, así que supuse que eso significaba que todos los empleados podían llevar a su pareja si querían.

—Vale. Es el turno de mi equipo —dijo Natalie, y se fue corriendo a jugar un partido.

—¿Ya tiene un equipo?

—¿Acaso te sorprende? Es muy sociable —dijo Maddox—. Creo que este trabajo es perfecto para ella.

—Tiene muchos talentos —señaló Nick.

—Coincido. —Al parecer, hacerse amiga de sus compañeros de trabajo al cabo de solo un día era uno de ellos. Estaba muy orgulloso de ella.

Miré a Nick y a Leo.

—Así que, ¿os pasáis por aquí a menudo?

—Estaremos aquí durante la mayor parte del torneo —asintió Nick—. Nosotros también organizamos eventos en nuestras oficinas, a los que también asiste Maddox. Me sorprende que Gabe no haya podido venir esta noche, normalmente no se lo pierde.

—¿Tú vas a jugar? —le pregunté a Maddox.

—No. Solo me aseguro de que nadie la cague.

Nos quedamos viendo jugar a Natalie. El silencio era incómodo. Por lo general, no me importaba, pero ya estaba allí, así que decidí hacer un esfuerzo.

Natalie me miró, guiñándome un ojo. Luego sonrió y alternó la mirada entre nosotros.

—He leído sobre tu empresa —le dije a Maddox—. De hecho, sobre vuestras tres compañías. Lo estáis haciendo muy bien.

Los tres parecían sorprendidos.

—Viniendo de ti, eso es un gran cumplido —dijo Nick.

—Es la verdad. Habéis hecho un gran trabajo.

—No tanto como tú, que empezaste desde cero —dijo Maddox.

—La mayoría de estas empresas estaban en ruinas después de que nuestro padre se fuera —dije con un tono duro de voz—. Así que, en muchos sentidos, creo que todos intentábamos lo mismo: salvar lo que quedaba, si no directamente reconstruirlo desde cero.

—Es cierto —confirmó Nick—. Aunque yo no lo entendía del todo. Cuando me hice cargo, hacía años que él había abandonado la empresa. ¿Cómo es posible que nadie con capacidad para sacarla adelante tomara el relevo en todo ese tiempo?

Me encogí de hombros.

—He visto casos similares en mi trabajo. Cuando un conglomerado gira en torno a una sola persona, es muy difícil reemplazarla porque, por lo general, dirige todo de manera caótica.

—Y parece que papá era así —dijo Leo. Su voz estaba tensa. No podía creerme que estuviéramos hablando de nuestro padre, pero allí estábamos, dando nuestra opinión. Y no me molestaba. En absoluto. Empezaba a darme cuenta de que mis hermanos pequeños tenían razón. Nuestros hermanastros formaban parte de la familia y de la empresa.

—¡Tengo mucha suerte de principiante! —exclamó Natalie, dirigiéndose hacia nosotros.

—No, creo que simplemente se te da bien —contestó Nick—. Maddox, sé que dijiste que te mantendrías al margen esta noche, pero ¿por qué no vamos a jugar un partido? Todo el mundo se lo está pasando en grande, no podemos limitarnos a mirar.

—Vale, vamos —dijo Maddox.

—¿Cómo va todo? —preguntó Natalie, sonriendo de oreja a oreja —. Vi que estabais hablando bastante los cuatro.

—Me alegro de haber venido esta noche.

Hizo un pequeño gesto de alegría, y noté que su sonrisa era diferente, cómplice.

—Natalie, ¿qué estás tramando?

—Nada —respondió.

Yo tenía mis sospechas.

—Vale. Algún día te lo diré, pero no esta noche.

—¿Estás lista para irnos? —pregunté.

—Sí. Creo que alguien me prometió que cuidaría de mí esta noche, y no veo la hora de que cumpla esa promesa.

—Por supuesto que lo haré.

Me lo había pasado muy bien aquella noche, pero ya era momento de quedarme a solas con Natalie y centrar toda mi atención en ella.

Nos dirigimos al hotel. Me gustaba su casa, pero el hotel tenía sus ventajas. A saber: servicio de habitaciones y aire acondicionado.

—Te noto callada —le dije durante el trayecto—. ¿Estás cansada?

—Sinceramente, sí. —Su voz sonaba tensa.

—¿Pasa algo?

—Hoy he recibido un correo electrónico de Vince.

Giré brevemente la cabeza para mirarla.

—¿Pero qué coño…? ¿Qué quería?

—Dice que tenemos que hablar y, por supuesto, no pienso lo mismo. Le ignoraré para siempre.

—¿Ese es el plan? —Intenté mantener la voz tranquila y uniforme.

—¿Por qué? ¿Tienes otra idea?

—Sí. Dame el nombre completo de ese cabrón y me encargaré de él.

—Créeme, no merece la pena que pierdas el tiempo con él.

—Natalie…

—¡Jake!

—Ignorar los problemas no resolverá nada.

—No es un problema, sino más bien una molestia. Le gusta provocarme. Cuando trabajábamos juntos, no podía ignorarlo, tenía que enfrentarme a él porque estaba allí. Y mira adónde me llevó todo eso: acabaron despidiéndome. Así que sí, voy a ignorarlo.

—Dijiste que intentó volver contigo después de que lo despidieran.

Natalie frunció el ceño y empezó a juguetear con sus pulgares.

—Sí, de repente empezó a enviarme mensajes muy bonitos. Fue raro, casi como si hubiera cambiado de personalidad. Pero ahora ha vuelto al modo imbécil. Su último mensaje tenía mucho del Vince que yo conocía.

—Entonces tienes aún más razones para…

—Por favor, dejémoslo. Odio desperdiciar nuestro tiempo juntos hablando de él.

Me estaba matando no poder decir más, pero me obligué a hacerlo. Por el momento…

—Está bien.

—Creo que nunca me cansaré de entrar en este lugar y ver lo impecable que está —comentó cuando entramos en la *suite*.

El día anterior habíamos ido a su casa para elegir un cuadro. Se decidió por el que representaba una versión posmoderna de una pareja bailando. Yo no sabía nada de arte, pero me agradaba ver aquel cuadro colgado en mi habitación.

Se quitó los zapatos al entrar y pisó la alfombra.

—Es tan suave y bonita.

Me encantaba su manera de fijarse en los detalles: aquellos que hacían que la habitación fuera acogedora, no ostentosa. Me acerqué a ella, le rodeé la cintura con un brazo y recorrí su espalda con mis dedos. Cuando deslicé los dedos desde la tela de su blusa hasta la piel descubierta de la parte superior de su espalda, ella abrió la boca.

Algún día podríamos mudarnos a un ático en la última planta de un hotel.

La idea apareció en mi mente con una energía refrescante. ¿De dónde había salido? Tragué saliva, mirándola. Supe en ese preciso momento que era exactamente lo que quería: vivir con ella, estar con ella. Pero era imposible. Tenía que volver a Nueva York en cuanto terminara mis asuntos en Boston. Y, según sus propias

palabras, ella tampoco estaba segura de cuánto tiempo se quedaría en aquella ciudad. No tenía sentido sacar el tema.

—Estás muy callado —murmuró—. Callado, pero no gruñón. Eso no es habitual en ti. ¿En qué estás pensando?

—En que te quiero.

Se quedó de piedra.

—Guau. ¿Lo dices en serio, Jake?

—Sí.

Podría no estar preparado para admitir que quería que nos fuéramos a vivir juntos, pero no quería reprimir mis sentimientos.

Sonrió e hizo un pequeño baile con las caderas.

—Y yo que pensaba que este día no podía ser mejor. —Giró sobre sí misma, como si bailara al ritmo de una canción imaginaria.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Estoy celebrando —respondió despreocupada antes de volver a acercarse, ponerse de puntillas y besarme una comisura de los labios y luego la otra—. Yo también te quiero, Jake Whitley. Me encanta todo de ti, hasta cuando te pones gruñón y grosero.

Me eché a reír y la cogí de las manos, besándola. Empecé de manera suave, queriendo saborearla. Lo necesitaba. Sabía a zumo de naranja y sonrió contra mi boca mientras seguía besándola. Me recompensó con un profundo suspiro, rodeando mi cuello con los brazos y apoyando todo su cuerpo contra mí.

Al apartarse, vi que tenía la mirada perdida, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Se encogió de hombros, mordiéndose el labio inferior.

—Acabo de caer en la cuenta de que esto no durará mucho.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

—Lo sé —dije.

Volvió a sonreír, pero con una pizca de tristeza.

—Algunas personas te cambian la vida, aunque no se queden para siempre. Y será un honor para mí cambiar la tuya, aunque solo sea un cuadro medio raro colgado encima de tu escritorio. Porque seguro que te lo llevas a Nueva York.

—Has cambiado mucho más que eso —respondí con un gruñido. Me resultaba imposible imaginar mi futuro de vuelta en Nueva York. No solo quería llevarme el cuadro allí, quería llevármela a ella. No le hablé de la oferta de venta de *Whitley Advertising*. No tenía sentido sacar ese tema, sobre todo porque no estaba seguro de que mi abuelo quisiera vender.

—También has enviado solicitudes para puestos en Nueva York, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, pero me rechazaron enseguida. La competencia por los trabajos allí es feroz.

Pero eso no significaba nada. Podrían surgir nuevas oportunidades en el futuro. Joder, incluso yo podría crear una. No sabía si ella aceptaría eso, pero era algo que debía tener en cuenta.

—Entonces —dijo ella—, ¿cómo piensas mimarme?

—He reservado una sala de masajes en el *spa* del hotel —dije.

—¿Hablas en serio? Ni siquiera sabía que necesitaba eso, pero suena increíble. ¿Aún está abierto a esta hora?

—Para mí, sí.

Sonrió.

—Vale, me pondré el albornoz del hotel y nos iremos de inmediato.

Volvió en cuestión de segundos, lo cual me resultó muy gracioso. Me gustaba verla así de ansiosa. Hacer algo que la complacía tanto me hacía sentir increíblemente bien. Cogiéndola de la mano, la conduje fuera de la habitación.

—Me vas a acompañar hasta allí. Qué galante. Aunque creo que no tendría ningún problema en encontrarlo por mi cuenta.

No respondí, simplemente seguí caminando.

Le había reservado un masaje, pero con un toque de originalidad.

Yo era ese toque.

Pasé la tarjeta de administrador para abrir la zona de *spa*, que solía estar cerrada a esas horas de la noche, y luego la conduje a la habitación que nos habían reservado. Los hoteles de ciudad no solían tener una zona amplia de *spa*, pero la de aquel era

estupenda. La habitación estaba ambientada con música relajante y olía a eucalipto.

—¿Dónde está mi masajista? —preguntó Natalie.

—Lo estás viendo.

—Oh, ya veo, listillo. ¿Pero estás cualificado para esto? —preguntó con tono burlón, mientras se quitaba el albornoz.

—Creo que sí. Por lo pronto, sube a la camilla y ponte boca abajo.

Se subió y se tumbó boca abajo, y mi polla se crispó al ver su perfecto trasero. Sin duda, todo aquello iba a ser un verdadero ejercicio de autocontrol. Le eché aceite de masaje en la espalda y ella se reacomodó en la camilla.

—¿Estás cómoda? —pregunté.

—Sí. Esto es un sueño. No puedo creer que hayas sobornado a los empleados para que nos dejaran estar aquí solos.

—No los soborné. Solo les hice una oferta muy convincente.

Empecé por la parte baja de la espalda. Cuando presioné la base de su columna, emitió un sonido de placer, y luego deslicé mis manos hacia arriba. Cuidadosamente, evité rozar los laterales de sus pechos. Tendría tiempo para concentrarme en ellos más tarde. Cuando llegué a los omóplatos, ejercí presión con todos mis dedos antes de continuar con un masaje firme y pausado. Emitió otro sonido de placer.

Joder. Ese sonido fue directo a mi polla. Luego, cuando bajé las manos por su espalda, le di un pequeño pellizco en la nalga derecha.

Giró su cabeza un poco para mirarme, sonriendo.

—Que sepas que, cuando acabes conmigo, te tocará a ti.

—Lo que quieras, cariño.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

JAKE

—DAVID, eres un genio —dije mientras repasaba la oferta oficial que había enviado. Era el comprador interesado en *Whitley Advertising*. Durante las tres últimas semanas, habíamos discutido los detalles varias veces. Aún no había dicho nada a la familia, pero con esta última oferta, sabía que al menos conseguiría que el abuelo la considerara.

Aquel día tenía dos llamadas programadas con Ben y Betty para hablar de algunos asuntos de mi empresa en Nueva York, pero podía hacerme un hueco para una larga charla con mis abuelos.

Estaba a punto de llamar a mi abuela cuando mi teléfono sonó. Era Maddox. Fruncí el ceño. *Interesante*. Me había pasado por su despacho un par de veces desde que Natalie empezó a trabajar con él, sobre todo cuando se quedaba hasta tarde por los torneos, pero Maddox nunca me había llamado antes.

—Hola, Jake —dijo.

—Hola.

—Seré breve. Como sabes, se está acercando nuestro mayor evento. Bueno, el más importante que ha organizado Natalie.

—Sí, me ha contado los detalles.

Tendría lugar al día siguiente por la noche y ella no paraba de hablar del tema. Se le iluminaba la cara cada vez que hablaba de su trabajo. Yo seguía preguntándome por qué había decidido dedicarse a la informática y al análisis predictivo.

—Quería invitarte oficialmente a ti también. Asistirán muchos nombres y empresas importantes. Clientes potenciales para *Whitley Advertising*.

—Natalie estará presente, así que cuenta conmigo.

—Me gusta cómo priorizas las cosas.

Durante las últimas semanas, había estado haciendo más malabares de lo habitual: negociando la oferta de venta,

ocupándome de los asuntos diarios de *Whitley Advertising* y gestionando las comunicaciones con Nueva York.

—Gracias por la invitación.

—A ti por venir. Venga, no te entretengo más. Ambos tenemos muchas cosas que hacer. Hasta luego, Jake.

—Hasta luego.

Después de colgar, llamé de inmediato a mi abuela. Aunque el abuelo se encontraba mucho mejor que un par de semanas antes, mantuve la rutina de llamarla para ver cómo estaba. Descansaba varias veces al día, y no quería llamarlo directamente para no despertarlo.

Ella respondió enseguida.

—Vaya, pero si es el nieto pródigo.

—¿Alguna vez dejarás de llamarme así?

—Sí, cuando vuelvas a casa definitivamente.

—Sutil como siempre, abuela.

—Querido, nunca he dicho que lo fuera. ¿A qué debo el placer de esta llamada?

—Tengo una noticia muy importante y me gustaría hablarlo contigo, el abuelo y mis hermanos. ¿Cuándo podemos reunirnos en tu casa?

—Podría preparar una cena para todos. ¿Os viene bien mañana?

—No, tengo que ir a un evento por la noche.

—¡Pues entonces venid a almorzar! Es sábado, así que espero poder reunir a todos. Especialmente a Colton. Ese chico empieza a preocuparme.

Sinceramente, a mí también.

—Te entiendo, abuela —respondí—. Oh, una cosa, ¿te importaría que Natalie viniera?

—¿Importarme? Cariño, es todo lo que siempre he querido. ¿Recuerdas mis maquinaciones?

—Claro, son difíciles de olvidar, abuela —admití.

A pesar de mis esfuerzos por convencerla, Natalie no pudo venir a almorzar el sábado. Tenía que estar en el lugar a las once de la mañana para prepararlo todo para el evento. Me entristeció un poco, porque quería que estuviera conmigo cuando compartiera la noticia.

—Qué mal, Jake. Acabas de restar un punto con la abuela por venir sin Natalie —dijo Cade.

Había preparado tres comidas diferentes para el almuerzo.

—Abuela, no hace falta que cocines para un ejército cada vez que venimos a comer —dijo Gabe, besándole la mejilla. Fue el último en llegar.

Colton no dejaba de mirar su móvil. Le lancé una mirada de reojo, pero ni siquiera se encogió de hombros. Parecía agotado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Al final no hemos logrado ningún avance, así que estamos como al principio.

—Cariño, lo sentimos mucho —dijo la abuela.

Sospechaba que se estaba castigando porque su investigación no había dado resultados. Siempre había tenido un gran sentido de la responsabilidad, pero así era el mundo de la ciencia. A veces las cosas funcionaban, y otras, no.

Gabe y Cade intercambiaron una mirada. Apostaba a que ya estaban ideando alguna forma de hacer que nuestro hermano dejara de obsesionarse con el tema.

Spencer, en cambio, no apartaba la vista de Colton.

—Tío, no puedes encerrarte en tu despacho o en el laboratorio hasta que llegue el próximo avance. Vas a quemarte.

—Spencer tiene razón —dije. Colton era ambicioso, pero de un modo diferente al resto de nosotros. Para él, nunca se trataba de dinero. El trabajo era su vida. Yo estaba a favor de que las personas siguieran su pasión, siempre y cuando eso no las consumiera por completo.

—Por cierto —dijo Gabe, volviéndose hacia mí—, he oído que vas a ir al evento de Maddox.

Lo miré sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque iremos todos.

—Obviamente —añadió Cade.

—Excepto Colton. Aún no ha confirmado su asistencia —dijo Spencer.

—No creo que podamos convencer a ese tío para que venga —señaló Gabe.

Spencer frunció el ceño.

—Déjalo en mis manos.

Por primera vez en el día, Colton soltó una risita.

—Me encanta cuando habláis de mí como si no estuviera aquí.

Spencer se encogió de hombros.

—Es evidente que estás perdido en ese gran cerebro tuyo. Así que es casi lo mismo, sinceramente.

Cade se volvió hacia mí.

—La abuela me ha dicho que tienes noticias.

—Sí, así es —dije.

—Bueno, es hora de que las compartas con nosotros —respondió el abuelo. Era la primera vez que hablaba desde que nos habíamos sentado a la mesa. Nadie tocaba su comida. Se notaba que todos estaban nerviosos.

Me levanté y cogí la carpeta que había dejado en la mesa consola junto a la entrada.

—Voy a suponer que lo que quieras decir tiene que ver con eso —dijo el abuelo, señalando la carpeta mientras me sentaba.

Asentí:

—Sí. Se trata de una oferta para comprar *Whitley Advertising*.

La abuela se hundió más en su silla. Mis hermanos no reaccionaron en absoluto.

El abuelo frunció el ceño.

—Una de las primeras cosas que dijiste es que nadie va a pagar lo que vale.

—Eso fue hace meses. El estado de *Whitley Advertising* ha mejorado mucho, y la oferta lo refleja. Es un precio muy bueno, si me permitís decirlo. He hecho los cálculos.

—¿Quién quiere comprarla? —preguntó el abuelo.

—David Kazinski, de *The Advertiser*. Tú lo conoces.

—Es una empresa de confianza. Pásame la carpeta.

Se la entregué y la abrió inmediatamente. Había puesto la cantidad en dólares en la primera página; los detalles estaban en el resto del documento. Durante un instante, el abuelo pareció demasiado impactado como para hablar.

—No me esperaba una oferta así.

—David es un hombre inteligente. Conoce el valor de la empresa y sabe que tenemos una enorme base de clientes. La reciente mala gestión del flujo de caja no afecta al gran trabajo creativo que hace el equipo.

Dejó la carpeta sin echar un vistazo al resto de las páginas. Aunque tampoco esperaba que lo hiciera. Si estaba dispuesto a considerarla, la revisaría a fondo más tarde.

Acto seguido, el abuelo miró a la abuela, que solo asintió, y luego volvió a mirarme.

—Preferiríamos que la empresa permaneciera en la familia, pero la decisión final es tuya.

—¿Por qué tendría que ser mi decisión?

—Porque ahora eres el CEO. Y te has esforzado mucho por recuperarla.

—Aun así, creo que la decisión no debería recaer en mí. Es tu empresa.

—También es tuya —dijo la abuela en voz baja—. Todas son de todos.

—Sí, no te presiones tanto —dijo Spencer, reclinándose en la silla y cruzándose de brazos con aparente relajación.

Cade me miró.

—Deberíamos celebrarlo. No sé exactamente cómo, pero esto lo merece.

Colton se volvió hacia ellos.

—Basta. Esto no es broma. Jake ya tiene suficiente presión.

No entendía por qué el abuelo quería que yo tomara la decisión. Él sabía que yo la vendería sin pensármelo dos veces. Pero, por otro lado, quería que la empresa permaneciera en la familia.

—¿Prefieres que vuelva a iniciar la búsqueda de otro CEO? Calculo que en unos cuatro meses la empresa estará en condiciones de ser dirigida por otra persona.

—Claro, esa es otra opción, si crees que no debemos venderla —respondió.

No había contemplado ese escenario. La única razón por la que había tardado tanto en hablar con la familia era porque quería argumentos sólidos para convencer al abuelo de vender. No esperaba que me cediera la toma de decisiones.

Normalmente, me resultaba fácil resolver aquel tipo de asuntos. Algunos decían que era implacable en los negocios, incluso despiadado. Pero la verdad era que siempre me guiaba por los números. Y en ese momento, los números indicaban que lo más conveniente era vender. Le vendería *Whitley Advertising* a David Kazinski, y yo podría volver a Nueva York para continuar con mi vida.

Solo un par de meses antes, no habría dudado. Incluso si el abuelo me hubiera dicho que prefería que la empresa se quedara en la familia, la habría vendido sin pensarlo dos veces. Pero en ese momento era distinto. Necesitaba hablar con Natalie. No quería hacerlo antes de su gran evento, pero ya había esperado bastante. Quería que lo supiera todo.

—Ahora está dudando —dijo Gabe.

Lo fulminé con la mirada.

—Es lógico. El abuelo básicamente acaba de darle un gran golpe —intervino Colton, que sonaba tan sorprendido como yo. Lo positivo era que la noticia parecía haberlo sacado de su dinámica negativa.

—Buena jugada, abuelo. Has conseguido sorprenderlo —dijo Cade—. De hecho, nos has sorprendido a todos. ¿Tienes alguna otra sorpresa bajo la manga?

—No.

Cade levantó una ceja:

—No sé si creerte. Tú y la abuela estáis muy… guerreros últimamente.

El abuelo se rió entre dientes.

—Los asuntos de vuestra abuela con vosotros son cosa *suya*, no mía.

Estaba evitando deliberadamente mirar a Cade. Algo que no pasó desapercibido para mi hermano.

—No, pero está claro que tiene que ver conmigo. ¿Qué escondes, abuelo?

—Nada.

Cade gruño.

—Entonces, ¿qué esconde la abuela?

—No me corresponde a mí decirlo. Siempre cubre las espaldas de tu esposa. Siempre. Recuérdalo, puede que algún día ese consejo te resulte útil.

Cade abrió la boca y luego apretó los labios, frunciendo el ceño.

El abuelo empezó a servirse pollo asado:

—No puedo pretender decidir sobre el futuro de *Whitley Advertising*. No sería justo. Especialmente teniendo en cuenta todo el tiempo que Jake ha invertido en ella.

—Bueno, creo que ya hemos hablado suficiente de negocios. Es evidente que Jake necesita algo de tiempo para pensárselo. No tiene sentido insistir; cambiemos de tema. ¿A qué hora empieza la fiesta de Maddox? ¿La ha organizado Natalie? —preguntó la abuela.

—Empieza a las siete, y sí, la ha organizado ella —dije—. Está muy emocionada.

—Tiene mucho talento para organizar eventos. Todas mis amigas estaban encantadas con mi fiesta de cumpleaños. ¿Tiene algún otro trabajo a la vista? ¿Jake?

—Aquí Tierra a Jake, ¿estás ahí? —preguntó Cade, sacudiendo la cabeza en tono burlón—. Es inútil hablar con él en este estado.

Lo fulminé con la mirada y él levantó las manos en son de paz.

—Vale, Vale. Solo intento ayudarte tío. Si apareces con esa cara, Natalie va a dejarte. ¿Qué piensa ella de esta oferta?

—Aún no sabe nada. Por eso quería que estuviera hoy aquí. Pero se lo diré esta noche, antes del evento.

Colton parpadeó varias veces, sorprendido.

—¿Crees que es una buena idea? Tiene que trabajar después.

—Lo sé, pero no creo que esperar sea una buena idea. Estoy muy nervioso, y ella lo notará enseguida.

—Estoy contigo —dijo Gabe—. Con solo ver esa expresión en tu cara, sabrá que algo no va bien. Vas a necesitar toda la suerte del mundo.

—Vaya, gracias por el ánimo —repliqué.

—No pretendía animarte —aclaró Gabe—. Solo decirte la pura verdad. O la cruda verdad. Según cómo quieras verlo.

Después de eso, todos permanecimos en silencio mientras nos servíamos el pollo asado y las guarniciones que había preparado la abuela.

No, no tenía por qué ser tan cruda, pero estaba de acuerdo con Gabe: iba a necesitar tener toda la suerte de mi lado.

CAPÍTULO VEINTISIETE

NATALIE

—CARIÑO, no tienes por qué ponerte nerviosa —dijo mi madre por teléfono. Estaba cargando mis auriculares, así que sostenía el teléfono entre la oreja y el hombro.

Tenía un par de horas hasta que llegaran los invitados, así que aproveché el tiempo para llamar a mis padres. Para ellos era casi medianoche, pero ambos eran noctámbulos.

—No puedo evitarlo, pero son nervios de los buenos.

—Me alegro de que te diviertas tanto haciendo esto.

—Siempre me ha gustado. Te he ayudado durante muchos años.

—Sí, es cierto, pero era un poco diferente porque era yo quien llevaba la responsabilidad del evento. No sabía si eso le quitaría la diversión al trabajo.

—Al contrario, lo estoy disfrutando mucho.

—Aun así, espero que pronto aparezca una oferta para un trabajo de verdad.

Mi corazón se encogió. Sabía que mis padres se sentirían terriblemente decepcionados si al final no lograba sacarle provecho a mi costosa carrera universitaria. A decir verdad, yo también estaría decepcionada conmigo misma, sobre todo por haber dedicado tantos años a algo que, en el fondo, no me hacía del todo feliz.

—¿Cómo estáis todos? —le pregunté a mi madre.

—Cariño, hablamos hace dos días.

—Lo sé, pero los bebés crecen muy rápido. Y tú y papá siempre estáis metidos en mil cosas.

—Bueno, la verdad es que estamos disfrutando mucho del trabajo en el *B&B*. —respondió mi madre, antes de contarme acerca de la última pelea de mi padre con los pescadores locales sobre dónde podía pescar.

Cuando terminamos de hablar, le envié un mensaje a Larissa. La echaba muchísimo de menos y me moría de ganas de que volviera de su viaje. Justo antes de irse, se había hecho una prueba de

alergia y resultó que, de repente, era alérgica a los cacahuetes, algo que nunca le había dado problemas. Pero, según los médicos, las alergias podían manifestarse sin previo aviso.

Natalie: Espero que lo estés pasando genial.

Larissa: Es una pasada, pero echo de menos estar en casa. ¿Qué tal el evento?

Natalie: Aún no ha empezado, pero estoy contenta con todo lo que hemos preparado.

Me había encantado organizar el nonagésimo cumpleaños de Jeannie porque había sido un acontecimiento muy importante a nivel personal. Mi trabajo había hecho *muy felices* a ella y a su familia. Pero, por otro lado, también disfrutaba organizando eventos corporativos. Había intentado personalizarlo lo máximo posible, aunque quizá me excedí un poco con los arreglos florales. Maddox había aprobado el gasto extra sin objeción alguna. Me gustaba mucho trabajar con él; era una pena que el trabajo fuera temporal.

Me senté bajo una enorme sombrilla, bebiendo limonada. El evento se celebraba junto al río.

Cuando terminé mi bebida, me apresuré para ir a casa a cambiarme. Me había pasado todo el día en pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes, y quería ponerme algo más formal. Aunque se trataba de una fiesta en la playa y el código de vestimenta era informal, quería causar una buena impresión.

Ya en casa, me puse rápidamente una falda color crema y una blusa rosa claro.

Aunque le había dicho a Jake que podíamos encontrarnos directamente en el evento, insistió en pasar a recogerme. Después de todo, tenía que estar allí una hora antes que los invitados.

Estaba muy emocionada de que hubiera aceptado la invitación de Maddox. Durante un par de semanas, le di pequeñas indirectas a Maddox para que lo invitara, hasta que al fin captó el mensaje.

A las cinco y cuarenta y cinco ya estaba lista. No podía esperar a saber cómo había ido la comida en casa de Jeannie y Abe. Todavía me apenaba un poco no haber podido asistir.

En cuanto oí cerrarse la puerta de un coche, abrí la puerta principal.

Jake estaba guapísimo. Llevaba una camisa de lino, y no pude evitar soltar una risita.

—¿Qué? —preguntó.

—Me hace gracia que, para ti, "informal" siga siendo una camisa de vestir.

—Pero tú llevas ropa de oficina —señaló—. Que, por cierto, te queda espectacular.

Moví las caderas. Me encantaba que me hiciera cumplidos.

—Sí, pero yo estoy trabajando. ¿Qué tal la comida?

—Bien.

Su respuesta fue un poco seca y noté que estaba tenso.

—¿Le pasa algo a Abe? ¿Está enfermo otra vez?

Llevaba preocupada por eso desde que Jake me dijo que iría a comer con ellos.

Me estaba poniendo nerviosa.

—¿Jake? Me estoy preocupando. ¿Le ha pasado algo a Jeannie?

—No, nada de eso. Me reuní con ellos porque *Whitley Advertising* ha recibido una oferta de compra. Una oferta muy buena.

De repente, sentí náuseas. *¿Me estaba diciendo que iba a volver a Nueva York?*

—Vaya… Eso es una buena noticia, ¿verdad? Es lo que querías. ¿Qué ha dicho tu abuelo?

—Quiere que yo decida si la vendemos o no. Dijo que preferiría que se quedara en la familia, pero que la decisión final es mía.

—Pero eso bueno, ¿no? Dijiste que, si no fuera la empresa de tu familia, la salvarías y la venderías.

—Sí… —respondió pausadamente—. Natalie. —Me acarició la cara—. Sé que no es el mejor momento para contártelo, pero sabía que te darías cuenta de que algo no iba bien. Mejor ir al grano.

—No, está bien que me lo hayas dicho. Me alegro por ti.

Frunció el ceño.

—¿Te alegras de que venda la empresa y vuelva a Nueva York?

Me relamí los labios. Su contacto me estaba haciendo arder.

—Es lo que quieres, ¿no?

—Lo era en un momento, sí.

Era. Sentí que mi corazón estaba a punto de estallar por la emoción.

—Entonces, ¿ya no quieres eso?

Bajó la mano, apoyándose en el coche.

—No lo sé. Aunque mi abuelo dijo que la decisión final estaba en mis manos, también dejó claro que prefería que se quedara en la familia. Puedo seguir buscando un CEO. Me quedaría el tiempo necesario hasta encontrar a alguien.

Y entonces mi corazón se encogió de nuevo. ¿Por qué tenía la esperanza de que me dijera: *"No, quiero quedarme aquí en Boston contigo, casarme contigo y tener un millón de hijos?"*.

Eso no iba a pasar. Ambos lo sabíamos.

—Creo que tus abuelos estarán contentos con esa alternativa.

Me miraba fijamente, como esperando que dijera algo más. Pero necesitaba tiempo para asimilar todo aquello.

—Deberíamos irnos —dije—. No quiero que lleguemos tarde.

—Claro, vamos.

Durante el trayecto, me quedé perdida en mis pensamientos. Solo cuando llegamos me di cuenta de que Jake también lo estaba, porque no había intentado hablar en ningún momento.

JAKE

Maddox no había exagerado sobre su evento. Asistieron todos los peces gordos del mundo empresarial de Boston, y más de un invitado con el que hablé mostró interés en contratar los servicios de *Whitley Advertising*.

—Jake, me alegra ver que *Whitley Advertising* está resurgiendo —dijo Derek Casin, dándome una palmada en el hombro antes de marcharse. Era la décima o undécima persona interesada en convertirse en cliente.

Gabe, Cade y Spencer habían llegado media hora después de que empezara la fiesta, y estaban socializando con los invitados. No habían podido convencer a Colton de que se uniera.

—¡Hermano, eres la leche! —exclamó Maddox al acercarse a mí. Me llevé el vaso de whisky a los labios. Solo había conseguido beber un sorbo en los últimos diez minutos; sabía horrible porque gran parte del hielo ya se había derretido—. Te he visto hablar con al menos media docena de personas.

—La mayoría de ellos están interesados en *Whitley Advertising*.

—Así que los rumores de que no eres una persona sociable eran falsos.

—De hecho, lo eran. Pero estoy haciendo un gran esfuerzo por mejorar —dije, dejando mi vaso en una mesa cercana.

—Deberías tomarte otro. Ese parece un triste intento de bebida.

—La verdad que sí.

Busqué a Natalie entre la multitud. Hacía un buen rato que no la veía. Esperaba que nuestra conversación de antes hubiera ido de otra manera. Quería que me pidiera que me quedara, o al menos que me dijera que estaba buscando trabajo en Nueva York.

—Me he enterado de la noticia —dijo Maddox, captando de nuevo mi atención.

—Vaya, se corre rápido la voz. ¿Te lo ha contado Gabe?

—No, esta vez ha sido el propio abuelo. Creo que espera que pueda convencerte de que veas las cosas desde su punto de vista.

—Ha dejado muy claro su punto de vista. —Seguía buscando a Natalie con la mirada, pero no la veía por ningún lado.

—Mira, parte de la razón por la que nos mudamos aquí fue para estar más cerca de nuestros abuelos —dijo Maddox, cogiéndome completamente por sorpresa.

Me giré completamente para quedar de frente a él.

—No queríamos tener nada que ver con papá después de todo lo que pasó, pero nuestra madre quería mudarse lejos de Maine, y estábamos en una edad en la que podíamos decidir por nuestra cuenta.

Nunca lo había pensado desde esa perspectiva. Debió de ser una mierda para ellos también. Aunque su madre estaba viva y sana, este tipo de cosas siempre dejaban huella.

—Es más, los tres hicimos un pacto: nunca, bajo ningún concepto, tocaríamos nada que tuviera que ver con papá.

—Entonces, ¿cómo acabasteis trabajando en *Whitley Industries*?

—Vimos cuánto deseaban los abuelos que perdurara el legado, así que dejamos a un lado nuestros resentimientos.

—Eso fue un gesto muy noble —lo decía en serio.

—Pero, como diría Gabe, sin presiones.

—De verdad que hablas como él —dije.

—No, no suena como yo. Nadie puede superarme —intervino el propio Gabe, acercándose a nosotros. No me había dado cuenta de que estaba allí. Cade y Spencer venían justo detrás de él.

—Eso lo decidiremos nosotros —replicó Cade.

—Exactamente, tú eres imparcial —añadió Spencer.

Maddox negó con la cabeza.

—Nah, esto no está sujeto a debate.

—Claro que lo está. Tú eres aún más imparcial —señaló Cade—. ¿Estabais hablando de la noticia bomba del abuelo?

—Obviamente —respondió Maddox.

—Bueno, eso sí que no lo vamos a resolver esta noche —concluyó Spencer.

—Estoy de acuerdo —dije—. Y ahora, si me disculpáis, acabo de ver a alguien que podría ser un gran cliente para *Whitley Advertising*. —Me volví hacia Maddox—. Gracias de nuevo por invitarme.

—Ha sido un placer.

Mientras me dirigía hacia Holden Delaware, CEO de una enorme empresa internacional del sector de bienes de consumo, seguí buscando a Natalie con la mirada.

Maldita sea, ¿dónde está?

Hablé con Holden durante unos veinte minutos antes de finalmente verla, e inmediatamente me excusé.

Estaba hablando con uno de los tantos camareros que servían los aperitivos. La miré y le hice un gesto de "ven aquí" con la mano. Ella sonrió y se acercó a mí al terminar su conversación. Joder, me encantaba aquella mujer. Mi vida había cambiado por completo desde que la conocí.

—Parece que te lo estás pasando bien —dijo ella.

—Así es. Es una muy buena fiesta. Después de todo, está a cargo de una organizadora increíble, así que no tenía dudas de que sería un éxito.

—Vaya, al parecer, nadie se ha tentado a "robarte" todavía.

Fruncí el ceño.

—Hay mucha gente interesada en trabajar con *Whitley Advertising*.

Se pasó una mano por el pelo.

—No me refiero a eso.

—No te sigo.

—He visto al menos a cinco mujeres comiéndote con la mirada. No me cabe duda de que les gustaría hacer algo más…

—¿Quién? ¿Cuándo?

Enarcó una ceja.

—¿De verdad no te has fijado en ellas?

—Natalie, eres la única mujer en el mundo para mí. No lo dudes nunca.

—Pero eso no significa que no puedas fijarte en otras mujeres.

—Sí, eso es exactamente lo que significa. Solo me fijo en ti. Y si quieres, te besaré aquí mismo para que todo el mundo sepa que soy tuyo.

Se relamió los labios, dando un paso atrás.

—Vaya… Realmente te atreverías a hacerlo, ¿eh?

—Me encantaría. Pero sé que no te beneficiaría a nivel profesional. Así que guardaré esos pensamientos para esta noche, cuando volvamos a tu casa.Queda mucho más cerca que el hotel.

—Vaya, y ahora te autoinvitas otra vez. Eres increíble…

—Solo di que sí.

—Siento debilidad por ti, Jake. No puedo evitar decir que sí.

—Eso es todo lo que quería oír.

—Te lo advierto: hace un calor infernal en mi casa —dijo.

—Sin problema. Nos quitamos la ropa y ya está.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

JAKE

NATALIE NO BROMEABA. Era más de medianoche cuando llegamos a su casa, pero el calor dentro era sofocante.

—¿Qué es este infierno?

—Te lo dije —murmuró.

Su estómago gruñó mientras nos quitábamos los zapatos.

—¿Has comido algo? —pregunté.

Se dio una palmada en la frente.

—Lo olvidé por completo. Es que no paré de correr de un lado a otro en toda la noche.

—Tienes que cuidarte, no puedes estar sin comer. ¿Tienes algo en la nevera?

Fui directo a la cocina y abrí el frigorífico.

—Puedo prepararte algo con esto.

—No hace falta —dijo—. Es medianoche.

—Claro que hace falta.

—¿Es porque tienes pensado hacer mucho ejercicio después?

—Eso también. Venga. Siéntate y yo me encargaré de todo.

En vez de sentarse, se apoyó en la encimera y me miró mientras sacaba huevos. Decidí hacerle un par de huevos fritos.

—¿Tienes pan? —pregunté.

—Sí, ahí arriba. —Señaló un armario superior.

Saqué dos rebanadas y las puse en la sartén.

—Eres un genio —dijo—. Así no hace falta usar la tostadora.

Empezaba a sudar la gota gorda. Definitivamente tenía que comprarle un aire acondicionado.

—Eres mi héroe —afirmó.

—¿Por qué?

—Porque estás en mi cocina, que está más caliente que el infierno, preparándome huevos fritos. Si eso no es perfección, no sé qué más podría serlo.

Coloqué las tostadas en un plato y añadí los huevos enseguida.

—Si yo no te mimo, ¿quién más lo hará?

Suspiró.

—Es verdad.

Cogió el plato de inmediato y devoró el pan y los huevos sin perder tiempo. Mi chica tenía hambre. Al menos mientras estuviéramos juntos, me aseguraría de que estuviera bien cuidada.

En cuanto terminó de comer, dejó el plato en el fregadero y dijo:

—Salgamos de la cocina. Tengo la impresión de que aquí hace aún más calor.

Nos habíamos trasladado al salón cuando Natalie se aclaró la garganta y dijo:

—Pensé que el plan era desnudarnos en cuanto llegáramos a casa.

La atraje contra mí y la besé sin dudarlo.

Todo mi cuerpo se activó. Deslicé los dedos bajo su blusa, acariciando su piel mientras ella movía las caderas contra mí, justo donde más la necesitaba.

Jooooder.

Profundicé el beso mientras buscaba la cremallera. No encontré ninguna, solo unos malditos botones. Los desabroché rápidamente, sin dejar de besarla hasta dejarla sin aliento. Le quité la blusa, dejando al descubierto un sujetador blanco de encaje. Sus pechos se veían absolutamente apetecibles, tanto que no iba a quitárselo todavía. La levanté en brazos y la tumbé sobre la mesa del comedor. Quería devorarla, y necesitaba las condiciones adecuadas para hacerlo.

Bajé la cabeza hasta su pecho, besando el contorno de uno antes de pasar al otro. Sus manos maniobraban incansablemente en los botones de mi camisa. Me deshice de ella mientras descendía con mi boca hasta su ombligo. Luego volví a subir hasta sus pechos. Me gustaba cómo lucía aquel encaje sobre su piel pálida. El sol no la había tocado en esa zona. Nada ni nadie lo había hecho en meses, excepto yo; y nadie volvería a hacerlo. Yo era el único que podía complacerla así, el único que podía hacerla suplicar.

—Jake… —murmuró, agarrándome suavemente del pelo.

Subí su falda hasta la cintura. Era la forma más fácil de acceder a la parte interna de sus muslos. Sabía que necesitaba que le diera placer: sus bragas estaban empapadas. De hecho, estaban tan empapadas que podía ver su piel. Me encantaba lo rápido que podía excitarla, la manera en que su cuerpo respondía a mí sin reservas. Le quité el sujetador y, al mismo tiempo, rodeé su pezón con mi boca. Aparté la tela de sus bragas y deslicé el pulgar sobre su entrada, provocándola con lentitud, aumentando poco a poco la presión.

Intensifiqué el ritmo de mi movimiento, queriendo darle exactamente lo que necesitaba.

—Jake… Jake… Jake —murmuró antes de explotar. Al mismo tiempo, introduje dos dedos en su interior. Sabía que intensificaría su orgasmo y quería sentir cómo palpitaba. Mi polla palpitaba dolorosamente, a punto de estallar, mientras ella iba superando el subidón del clímax.

—Dios… no me lo puedo creer. Has hecho que me corra sin siquiera quitarme la falda.

—Me encanta cuando hablas así.

—No te supero en lo de hablar sucio. —Sus labios estaban enrojecidos, con leves marcas de mordidas por lo mucho que había tirado de ellos. Bajó de la mesa de un salto.

—Estás tan sexy así —dije. No podía contener las ganas de estar dentro de ella—. Date la vuelta.

—Vaya… —susurró mientras obedecía, girándo su cabeza para mirarme— Esta noche estás muy impaciente.

Acerqué mi boca a su oreja, acariciando sus nalgas antes de bajarme los pantalones y los bóxers, y quitármelos de una patada. Ya nos habíamos deshecho de mi camisa, perdida entre el resto de la ropa.

—¿Vas a seguir teniéndome así, medio vestida mientras me devoras?

—Te quiero así —admití.

La giré de nuevo y le aparté el cabello, frotando mi erección contra el interior de sus muslos. Al principio, evité tocar su centro, pero ella jadeó de todos modos, moviendo las caderas como si no

pudiera soportar la espera. Sujeté mi polla por la base y presioné la cabeza contra su clítoris. Sus piernas temblaron tanto que, por un momento pensé que perdería el equilibrio.

Se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos y dejando la cabeza caer sobre sus brazos. Me encantaba verla así, entregándose completamente a mí, lista para todo lo que quisiera hacerle. Se ponía completamente en mis manos.

—Jake… —murmuró mientras yo seguía estimulando su clítoris. La estaba volviendo loca, pero yo no estaba mucho mejor, y no quería avergonzarme eyaculando antes de lo previsto como un adolescente.

Giró de nuevo la cabeza para mirarme, mordiéndose el labio inferior.

—Jake, estoy sana y tomo la píldora. Si quieres, podemos…

—Sí. Claro que sí. Yo también estoy sano.

Al instante siguiente, me deslicé dentro de ella, quedándome completamente inmóvil.

—Jake… —pronunció mi nombre con un jadeo entrecortado. Sus piernas se aflojaron y sus músculos internos palpitaron.

—Joder, cómo me gusta… —Eché la cabeza hacia atrás, inspirando profundamente. Seguía sin moverme, disfrutando de aquella sensación carnal. Era increíble.

Debería haberle quitado las bragas. Podía sentir la tela rozando el costado de mi polla, pero ya era demasiado tarde. Nada me haría salir de aquella mujer, no hasta que me hubiera saciado de ella. Acaricié su trasero con una mano y me incliné sobre su espalda, besando sus hombros y la curva de su cuello.

Cuando sus contracciones bajaron de intensidad, empecé a moverme.

—Oh, Jake… —Ya estaba al límite, y yo apenas había empezado a penetrarla. Acompañó mis movimientos, balanceándose entre los talones y las puntas de sus pies.

No podía ser delicado. La penetré con rapidez; necesitaba ver ese lado salvaje de ella, saber todo lo que yo le provocaba.

Ladeó la cabeza, y yo me acerqué aún más, capturando su boca. Natalie gimió contra mis labios. Entrelacé mi lengua con la suya,

sincronizando su ritmo con el de mis embestidas. Subí una mano hasta su pecho, atrapando su pezón entre mis dedos antes de pellizcarlo suavemente. Un gemido profundo vibró en mi garganta, aunque no supe si era mío o suyo.

Estimulé su pezón hasta que sentí que sentí cómo se apretaba a mi alrededor, y entonces bajé esa misma mano hasta su clítoris, acariciándolo con dos dedos. El siguiente gemido fue definitivamente suyo: se trató de un sonido gutural, casi animal. Se contrajo tanto que mis piernas flaquearon. Joder, no estaba preparado para la oleada de placer que me recorrió, pero ella estaba a punto de estallar, y yo sabía que podía hacerla correrse antes que yo.

Retiró la mano y la volvió a apoyar sobre la mesa. Estaba claro que se estaba preparando para lo que venía. No podía besarme y follarme al mismo tiempo. Me encantaba llevarla al límite, al punto en que solo pudiera hacer una cosa a la vez.

Mis movimientos se volvieron más lentos, alargando la sensación. Continué estimulando su clítoris, y supe que iba a correrse incluso antes de que lo hiciera. Su pierna izquierda cedió y sus músculos se tensaron bajo mi mano extendida.

Estalló pronunciando mi nombre. El espasmo de su orgasmo fue tan intenso que yo tampoco pude aguantar más. Sus músculos internos no paraban de contraerse y palpitar mientras yo alcanzaba un violento clímax. Me quedé sin aliento y se me nubló la visión.

Joder, todo aquello era más que intenso. Parecía de otro planeta. La manera en que me hacía sentir era surrealista. Me negaba a aceptarlo. Porque si esto era real, significaba que había vivido todos los años anteriores sin saber lo que realmente era el deseo.

—¿Sabes cuáles son los beneficios de las olas de calor? —preguntó Natalie a la mañana siguiente.

—No, ilústrame.

Ambos estábamos desnudos, tomando el café de la mañana.

—Que no hace falta llevar ropa.

—Podemos hacerlo incluso con el aire acondicionado del hotel. ¿Cómo es que este piso no tiene?

Se encogió de hombros.

—El propietario no quiere invertir en ello. Supongo que es una de las razones por las que nadie quería alquilarlo. Estuvo vacío durante un tiempo antes de que yo lo alquilara. El lugar donde vivía antes tenía todas las comodidades, pero no podía permitírmelo después de que me despidieran.

A la mierda con todo. Quería darle todas las comodidades que el dinero pudiera comprar. Sería un placer para mí.

—¿Vince y tú vivíais juntos?

—No, nunca dimos ese paso. Menos mal.

Me acerqué y deslicé la palma desde su omóplato hasta su nalga, dándole una leve palmada.

Sonrió.

—Veo que también te estás volviendo fan de la vida sin aire acondicionado.

—Tiene sus ventajas —admití, besándole el hombro.

—Por cierto —dijo, mirándome de reojo—, no te has tomado un descanso en Martha's Vineyard desde que te mudaste a Boston.

—Es verdad. —No me alejé de ella mientras la giraba por las caderas para que quedara frente a mí. Sus pechos rozaban mi piel—. ¿Estás insinuando que quieres ir?

Arrugó los labios.

—No, no creo que sea posible. La mayoría de los eventos de la empresa son los viernes por la noche, y los próximos dos son durante el fin de semana. Pero puedes ir tú. No quiero que te pierdas tu descanso.

—No lo he necesitado desde que te conocí.

Su boca se abrió en una enorme "O".

—¿Por qué no?

Deslicé los dedos por su labio inferior antes de besarlo, recogiendo unas gotas de café.

—No lo sé, Natalie. Creo que antes necesitaba algo y no estaba seguro de qué era. Pero ahora mismo tengo todo lo que necesito. Te

tengo a ti. Podemos ir a Martha's Vineyard cuando tengas un hueco. La verdad es que no tengo ningún deseo de ir allí solo.

—Jake… —murmuró, dejando su taza de café en la mesa mientras yo la rodeaba con mis brazos—. Dios, ya estoy sudando. ¿Cómo puedes abrazarme así?

—Resulta que me gustas cuando estás sudada —respondí. La besé a lo largo de la mandíbula antes de descender al cuello. Sabía a sal, pero me gustaba—. Me encanta el olor de tu piel. Es dulce, pero también salado, y muy delicioso. —Recorrí hacia arriba su cuello con la punta de mi nariz y le mordí el lóbulo de la oreja. Jadeó, giró las caderas y empujó su pubis contra mi pene.

—Me gusta pasar los fines de semana contigo —admitió—, sobre todo después de un evento.

—Son agotadores, ¿no? —pregunté, dando un paso atrás mientras la cafetera empezaba a hacer zumbidos. Estaba realizando su proceso de limpieza.

—Sí, pero me encantan. Entre tú y yo, estoy disfrutando mucho más de esto que de mi trabajo anterior. Definitivamente elegí la carrera equivocada.

Me gustaba por dónde iba la cosa, pero no quería presionarla.

—¿Has estado pensando en cambiar de profesión?

—Sí. Pero, sinceramente, creo que decepcionaría muchísimo a mis padres. Están muy orgullosos de que fuera a la universidad, de que obtuviera un "título serio", como ellos lo llaman. Por supuesto, yo también estoy orgullosa de ello.

—Mira, no conozco a tus padres, pero por lo que me has contado, creo que acabarían entendiéndolo, aunque quizá no reaccionen bien al principio.

—Veré cómo avanzan las solicitudes —murmuró.

De repente, el sonido de un teléfono interrumpió el momento.

—Es el mío —dijo ella, cogiéndolo de la mesa de la cocina—. No tengo el número guardado. Podría ser una de las empresas a las que envié mi currículum.

—¿Un sábado? —pregunté con escepticismo.

—Carmen me llamó un domingo —señaló.

—Es verdad.

Respondió la llamada.

—Hola, habla Natalie… —Su expresión cambió de inmediato. Se puso pálida—. Vince, no quiero que me llames. No, vete a la mierda.

Enseguida me puse alerta.

—Dame el teléfono.

Dudó.

—¡Natalie!

Me lo entregó de inmediato.

—Escucha, cabrón. —Mi voz salió en un gruñido.

—¿Quién habla? —preguntó el imbécil.

Ignoré la pregunta.

—No vuelvas a llamar a su número nunca más, o lo lamentarás.

—¿Quién coño te crees que eres? —intentó sonar desafiante.

—Alguien con quien no deberías meterte. ¿Sabes? Ella no está sola. Yo la protejo.

Colgó.

—¿Qué quería? —pregunté.

—No lo sé. No tuvo ocasión de decírmelo. Estaba demasiado ocupado insultándome.

—Natalie…

—Olvidémonos de él, ¿vale? No quiero que nos arruine el día.

—No puedes simplemente ignorarlo.

—No lo estoy haciendo, pero estoy segura de que se cansará y dejará de molestar. —Sonrió rió sin ganas—. Apuesto a que ahora mismo desearías estar en Martha's Vineyard…

—Ni de coña. —Dejé el teléfono y le acaricié la cara antes de deslizar las manos hasta su trasero y levantarla en brazos—. Si me fuera, no podría hacer esto. —La cogí en brazos.

Sonrió y apoyó sus manos en mis hombros.

—Listillo…

—Estoy justo donde necesito estar —aseguré, besándola de nuevo y luego deslizando mi boca por su cuello—. Justo aquí.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

NATALIE

—¿CÓMO está mi organizadora de eventos favorita? —preguntó Maddox el martes por la noche.

Me sobresalté en mi silla. Era de las últimas personas que quedaban en la oficina. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que, en realidad, era literalmente la *única* que quedaba.

—¿Cuándo se han ido todos los demás? —pregunté.

—Mientras estabas absorta trabajando en el ordenador.

Sonreí con timidez.

—Tengo unos cuantos problemas que resolver. Nuestra empresa de *catering* ha dicho que no puede comprometerse para el próximo evento. Al parecer, muchos de sus empleados están de baja. Creo que es porque tienen un horario demasiado exigente. Pero me complace decir que he encontrado a alguien que trata mejor a sus trabajadores.

—Me gustas cómo piensas, Natalie —dijo Maddox.

—Genial. Me alegra que le guste a mi jefe.

—También me gusta cómo tú y la abuela maquináis para juntarnos a Jake y a mí de vez en cuando.

—Tengo que aclarar que no estoy maquinando nada con tu abuela. Solo pensé que podría ser una buena idea que lo invitaras.

—Y lo fue, creo —respondió Maddox—. Él y Colton son los dos hermanastros que nunca llegué a conocer bien. Jake se fue de la ciudad antes de que nos mudáramos aquí.

—¿Y Colton? —pregunté.

—Siempre está ocupado en su laboratorio o "CEO-jando".

Me reí.

—Nunca lo había oído. Me lo apunto. "CEO-jando".

—Así llamo yo a la gente que va de traje. Sobre todo si llevan gemelos.

—Especialmente los gemelos —coincidí con él—. ¿Debería hablar con Jeannie para planear alguna estrategia que los acerque?

—Por lo que dijo Gabe, ellos tampoco han visto mucho a Colton últimamente, así que no creo que sirva de mucho. —Miró hacia la puerta y luego volvió a mirarme—. Vamos, salgamos ya de la oficina. Soy partidario de la dedicación, pero no de quedarse trabajando hasta tan tarde. Además, corremos el riesgo de que mi hermano eche la puerta abajo para sacarte de aquí.

—Sin duda sería capaz de hacerlo —dije riéndome—. Vale, tienes razón. De todos modos, lo más probable es que no me contesten esta noche. Ya es bastante tarde para todos. —Apagué el portátil, me levanté de la silla y guardé mi teléfono en el bolso—. Voy a ir a cenar a casa de Jeannie y Abe, así que pensé en quedarme un rato más para avanzar con algunas cosas.

—Escucha, si crees que hay demasiado trabajo, podríamos considerar asignarte un asistente.

—Estoy bien con el trabajo. Estas situaciones no se dan muy seguido, y puedo manejarlo. No te preocupes.

Bajamos en el ascensor y luego salimos del edificio.

—Por fin. Pensé que me había equivocado de dirección.

Hice una mueca de disgusto: era la voz de Vince. Me giré y lo miré fijamente. Hacía unos cinco meses que no le veía. Tenía exactamente el mismo aspecto, con aquel pelo negro despeinado.

Uf. ¿Qué demonios vi en él?

—¿Natalie? —preguntó Maddox, y luego se volvió hacia Vince—. ¿Quién coño eres tú?

—Dile quién soy. ¿Este es el cabrón que contestó al teléfono? —gruñó Vince.

Negué con la cabeza.

—No, este es mi jefe. Vince, ¿qué haces aquí?

—Te dije que necesitaba hablar contigo. Tienes que darme otra oportunidad.

—¿Qué? —Estaba completamente desconcertada—. Si crees que existe alguna posibilidad de que eso ocurra, estás mal de la cabeza.

—Mira, la verdad es que todo se volvió raro entre nosotros cuando te dieron ese trabajo a ti en lugar de a mí.

Por Dios. No quería sacar ese tema en plena calle y mucho menos delante de mi nuevo jefe. Pero no pude evitarlo, y lo

enfrenté.

—Me lo merecía.

—Para nada —soltó—. Odiaba que fueras mi jefa. Pero eso no viene al caso.

Me eché a reír.

—Estás de broma si crees que quiero volver contigo. Escúchate. Además, ahora estoy saliendo con alguien.

—Venga, no te hagas la difícil…

—¡Vete a la mierda! —Maddox se plantó frente a él—. Lárgate de aquí ahora mismo.

—Ni que fuera tu edificio, imbécil.

—No, pero igual puedo llamar a la policía por alterar el orden público.

—¿En serio? —Vince me miró.

—No lo entiendes —le respondí—. Por el amor de Dios. Maddox tiene razón, si no te largas, llamaré a la policía.

—No te atreverías —dijo, acercándose.

Maddox se interpuso entre los dos.

—¿Y tú quién demonios te crees que eres? —le preguntó Vince.

—Maddox Whitley.

Vince intentó apartarlo. Cuando quise darme cuenta, Maddox le empujó con más fuerza y Vince retrocedió, tambaleándose. Entonces, para mi horror, se lanzó contra él con el puño en alto, pero Maddox bloqueó el golpe con facilidad, como si supiera artes marciales, y le bajó el brazo con violencia. Vince gritó de dolor.

—Inténtalo otra vez y vas a necesitar una ambulancia.

Dios mío. Había intentado agredir a mi jefe. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Si te metes con Natalie, vas a tener un gran problema. Lárgate de aquí. —Maddox se volvió hacia mí—. Natalie, vamos. Vámonos.

No tenía ni idea de adónde me llevaba Maddox. Estaba temblando y no podía contener las lágrimas. Aquel día ya estaba bastante nerviosa por haber tenido que esforzarme tanto en encontrar otro servicio de *catering*. Y luego, toda esa situación con Vince…

—Lo siento mucho —dije entre sollozos. Tardíamente, me di cuenta de que me había llevado hasta su coche, un Range Rover.

—No tienes nada de qué disculparte —respondió, una vez que él también estuvo dentro.

—Intentó golpearte. Literalmente.

—Creo que ha recibido el mensaje. ¿Quién es?

—Es mi ex.

—Vale.

—Y trabajábamos juntos. Yo era su jefa.

Asintió.

—Sí, lo he escuchado.

—Siempre ha tenido problemas de ira. Y después de que me ascendieran en lugar de él… bueno, creo que no pudo soportarlo.

—Que le den.

—Totalmente. De todos modos, empezó a tener ataques de ira en la oficina, y al final mi jefe se hartó de la situación y nos despidió a los dos.

—Qué putada. ¿Has pensado en presentar una demanda?

—No. Después de todo lo que pasó, ya no quería seguir trabajando allí.

—¿Y ahora no puedes quitarte a ese cabrón de encima? —preguntó Maddox.

Me reí.

—Hablas igual que Jake.

—¿Él sabe todo esto?

—Sabe quién es Vince y que intentó ponerse en contacto conmigo. —Suspiré profundamente, al fin algo más tranquila—. ¿Podemos mantener esto entre nosotros? No quiero que se preocupe.

—Creo que le gustaría saberlo —dijo Maddox en tono comedido.

—Sí, coincido, pero sinceramente, no quiero perder ni un segundo de nuestro tiempo juntos hablando, o siquiera pensando en Vince.

—No parecía que fuera a rendirse fácilmente.

—Cuando vuelva la persona a la que estoy sustituyendo, yo ya no estaré y él dejará de ser un problema para ti. Siento mucho que se

haya presentado así.

—No es que me moleste, Natalie. Lo que pasa es que, básicamente, te está acosando. Esto está muy lejos de ser aceptable.

—Tengo que pensármelo —admití—. Pensé que si lo ignoraba, se cansaría, pero empiezo a darme cuenta de que eso no va a pasar.

—¿Estás segura de que no quieres decírselo a Jake?

—Sí. —Mi tiempo con Jake era limitado, y no quería que Vince lo arruinara.

—Como quieras —dijo Maddox. Su voz reflejaba desaprobación.

—Maddox, no creo que Vince nos haya seguido. Puedo bajarme en el próximo semáforo.

—Te llevaré a casa de mis abuelos.

—No tienes por qué.

—Insisto. Has tenido un día de mierda y una tarde aún peor.

—Gracias, Maddox. —Como no había podido asistir a la comida del sábado, me invitaron a cenar ese día, y estaba más que emocionada. Al menos lo estaba antes de que Vince apareciera.

Durante el trayecto, hablamos del próximo evento. Normalmente disfrutaba compartiendo detalles sobre ellos, pero ese día me costaba sentir cualquier tipo de entusiasmo.

Cuando llegamos, Jake ya estaba allí. Salí rápido del coche y él frunció el ceño al ver a Maddox, que se marchó casi de inmediato, saludándolo con un gesto de cabeza al pasar.

—¿Todo bien? —preguntó—. ¿Por qué te ha traído Maddox?

—Fui la última en salir de la oficina, y por lo visto es tan caballero como tú. —No era mentira, simplemente no era toda la verdad.

—¿Segura de que va todo bien? Pareces alterada.

Suspiré.

—La empresa de *catering* canceló el servicio para el evento del viernes, así que he tenido un día infernal. —Otra verdad a medias.

Jake me miró y asintió.

—Venga, entremos. Seguro que la abuela ha preparado de todo.

Cuando entré en la casa, olía delicioso.

—No me lo puedo creer, ¿ha hecho calabacines rellenos?

Jake sonrió radiante.

—Así es.

—¿Cómo supo que es mi plato favorito?

—Por mí, obviamente. Es muy típico de mi abuela: siempre trata de averiguar el plato preferido de cada uno y prepararlo cuando venimos.

Resultó que aquella noche había calabacines rellenos para todos.

—Me corrijo. Por lo visto, tú eres la invitada de honor esta noche, Natalie —dijo Jake—. No veo pollo asado por ninguna parte.

—Os mimo todo el tiempo. Esta noche le toca a Natalie —dijo Jeannie, besándome la mejilla. Le devolví el beso—. Y de postre hay tarta de queso con nueces.

Otro de mis favoritos. Miré a Jake con calidez.

—Gracias por por haberme escuchado con atención.

Después, Jeannie empezó a servir los calabacines.

—No conozco la receta de tu madre, pero he buscado varias en Internet y creo que esta ha salido bastante bien.

Probé un bocado. Estaba delicioso. Emití un suave sonido de aprobación y levanté el pulgar.

Ella se rió:

—Me alegro.

—Abe, tienes mucho mejor aspecto —le dije.

—Me siento genial. Incluso he vuelto a hacer algo de ejercicio. Mi médico me ha dado el visto bueno, dice que el corazón necesita algo de actividad de vez en cuando.

—¿Cuánta exactamente? —preguntó Jake bruscamente.

Me encantaba cuando se ponía protector con su familia.

—Lo hago bajo la estricta supervisión de mi fisioterapeuta. No me estoy excediendo.

—Vale. —Jake se calmó al instante—. Por cierto, tengo noticias. Ya he hablado con una empresa de selección de personal para buscar un nuevo CEO. No venderé Whitley Advertising.

Me tomó de la mano por debajo de la mesa y la apretó con suavidad. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que iba a explotar.

Su abuelo sonrió.

—Es una buena decisión, hijo, pero ya sabes que eso puede llevar un tiempo.

—Lo sé, y estoy dispuesto a esperar hasta que aparezca la persona adecuada. Sé que el proceso puede resultar agotador.

Jeannie sonrió, pero era evidente que estaba triste. La entendí: estaba contenta de que la empresa se quedara en la familia, pero que Jake estuviera buscando un CEO significaba que no pensaba quedarse en Boston.

Jake acarició el dorso de mi mano con el pulgar y nos quedamos así durante casi toda la cena. La conversación se desvió hacia temas ligeros, como unas breves vacaciones que Jeannie había planeado a solo una hora de Boston. Al parecer, de ahí venía la costumbre de Jake de hacer escapadas: ella y Abe habían ido al mismo hotel durante cuarenta años. El negocio había pasado a la siguiente generación, y estaban felices de que siguiera abierto.

Después de terminar el plato principal, todos ayudamos a llevar los platos a la cocina.

Luego, Abe y Jake volvieron a la mesa con las bebidas, y yo me quedé acompañando a Jeannie mientras cortaba la tarta de queso.

—Tiene una pinta increíble.

Dios, me sentía tan feliz…

—Mi Jake sabía cuál era tu postre favorito. Quería que te sintieras como en casa; me contó lo mucho que echas de menos a tu familia.

Eso me conmovió profundamente. No solo por lo que él había dicho, sino porque ella se había tomado el esfuerzo de preparar mis comidas favoritas.

—Sí… la verdad es que sí.

—La familia es lo más importante. Siempre serás bienvenida en nuestra casa, pase lo que pase. ¿De acuerdo?

—Gracias, Jeannie.

Sentí un nudo en el estómago mientras volvíamos a la mesa. Jake clavó sus ojos en mí. Cuando me senté, Abe y Jeannie empezaron a discutir.

—No, el médico no dijo en ningún momento que pudieras tomarte un chupito después de cenar para "hacer la digestión".

—Dijo que si me ayudaba a relajarme, podía hacerlo.

—Hablaba del vino.

Jake se inclinó hacia mí.

—Cariño, ¿qué pasa? Háblame.

Lo miré de reojo. Eran tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Que Vince hubiera reaparecido, que hubiera amenazado a Maddox, que Jake estuviera buscando un CEO. Todo me sobrepasaba.

Me había prometido que disfrutaría de la velada con Jake, pero parecía imposible.

—Nada, solo ha sido un día difícil —murmuré. Otra verdad incompleta. No me gustaba para nada.

Frunció el ceño y asintió. En ese instante, supe que no se lo había creído.

—¡Está bien, entonces no beberé nada! —Abe parecía exasperado.

—Gracias —dijo Jeannie. Desde que la conocí, nunca la había oído hablar con tanta firmeza—. Y tú tampoco bebas, Jake, o le vas a dar ideas a tu abuelo.

—Ni siquiera he pedido nada —protestó Jake.

Jeannie se volvió hacia Abe, poniéndose una mano en la cadera.

—¿Entonces me has mentido?

—Solo intentaba suavizar la situación. Está claro que Jake *sí* quiere beber.

Jeannie se hartó y estalló.

Jake sonrió.

—Si discuten delante de ti, es que ya eres parte de la familia. ¿Vamos a la cocina a por más té helado? Esa bebida sí está aprobada.

—Sí, mejor. —Me sentía honrada de que me incluyeran, pero la discusión me hizo sentir algo incómoda.

Una vez en la cocina, Jake cogió el té helado de la nevera y unos cubitos enormes del congelador. Tenían fruta dentro. También cogió unas hojas de menta de la planta que Jeannie tenía en la ventana.

—¿Tiene una receta especial para esto? —pregunté.

—Sí. Y más vale no estropearla, créeme.

Cuando terminó de añadir las hojas de menta, no volvimos enseguida al comedor. En cambio, me tomó de la barbilla y me miró a los ojos.

—¿Estamos bien?

—Sí, claro. Es que ha sido un día muy largo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Me miró primero una comisura de los labios, luego la otra, como si analizara cada gesto.

—Estoy contento de que estés aquí esta noche.

—Yo también estoy contenta —admití—. Probablemente deberíamos volver al salón. me muero por probar esa tarta de queso.

—Claro, vamos. —Su tono de voz era… *peligroso*.

—¿Ibas a decir algo más?

—Sí, que también me muero por probar algo de *ti*.

—¡Jake!

Amaba a aquel hombre con toda mi alma. Era la primera persona con la que podía imaginarme compartiendo el resto de mi vida. ¿Era por la forma en que se preocupaba por quienes lo rodeaban? ¿O por su atractivo irresistible? Fuera por lo que fuera, Jake Whitley se había instalado en lo más profundo de mi corazón… y de mi cuerpo.

CAPÍTULO TREINTA

JAKE

PASÉ la mayor parte de la semana siguiente revisando los currículums que me envió la empresa de selección de personal. Me alegró ver que había al menos dos candidatos prometedores en la lista. Aún recordaba los pésimos candidatos que me enviaron cuando solicité un CEO meses atrás. Aun así, era demasiado pronto para cantar victoria.

Necesitaba entrevistarlos primero, y esa semana ni yo ni ellos teníamos tiempo para eso.

—Deberías tomártelo con calma —dijo Gabe. Él, Cade y Spencer habían pasado por mi despacho por la tarde, intentando convencerme para que saliera a tomar algo con ellos.

—Es justamente lo que estoy haciendo.

—Sí, hay que reconocerlo. Está mejorando —dijo Spencer con ligereza.

—Mucho —añadió Cade—. Sinceramente, no sé qué pensar. ¿Será por nuestra influencia?

—No digas tonterías —respondió Gabe—. Es todo gracias a Natalie. Bendita sea la abuela y su instinto.

Lo señalé con el dedo.

—Espera a que ese instinto se vuelva contra ti.

Gabe hizo una mueca de dolor al instante.

Cade se echó a reír:

—La abuela trama algo contra mí, fijo. Estoy seguro de ello por la manera en que actuó el abuelo.

Spencer negó con la cabeza.

—Jake la tiene bastante entretenida.

Me encogí de hombros:

—Sí, pero solo hasta que encuentre un CEO.

—¿Qué pasará después? —preguntó Spencer, con tono serio—. Con Natalie, quiero decir…

—Aún no hemos hablado de eso.

Cade se incorporó en la silla.

—¿Qué quieres decir? Eres el dios de la planificación.

—Sí, tío. Has hecho un plan quinquenal para la empresa. ¿Y todavía no has hablado con Natalie sobre qué harás cuando encuentres un CEO? —Gabe sonaba escéptico.

Le fulminé con la mirada.

—No, y te agradecería que no te metieras en nuestros asuntos.

Gabe levantó las manos.

—Siempre y cuando prometas venir a tomar algo con nosotros.

—Lo prometo, pero solo si Natalie también viene.

—Vale, nos parece razonable —dijo Gabe—. Y, de paso, podemos preguntarle si la abuela está tramando algo con nosotros como próximos objetivos.

Cade levantó una ceja.

—Eso no importa ahora. Pensemos en cómo ayudar a Jake.

Me reí.

—No necesito vuestra ayuda.

—Cuando cambies de opinión, estaremos aquí para ti —respondió Cade con calma. Era implacable, pero yo también.

Fuimos en coches separados. Odiaba admitir que mis hermanos tenían razón. Siempre me había gustado planificarlo todo con antelación, pero en lo que respectaba a mi relación con Natalie, había hecho exactamente lo contrario. Ni siquiera había querido pensar demasiado en el futuro, porque estaba disfrutando tanto del presente… pero no podía posponer la conversación indefinidamente.

Durante aquellos últimos días, parecía más distante de lo habitual, y tuve la corazonada de que se debía a mi comentario sobre buscar un CEO para *Whitley Advertising*.

Pero al girar hacia la calle donde estaba su edificio de oficinas, me di cuenta de que no era eso. Ya la había visto en ese estado cuando Maddox la dejó en casa de mis abuelos la semana anterior.

Cuando me acerqué, buscando una plaza de aparcamiento, enseguida noté que algo no iba bien. Maddox y Natalie estaban afuera, discutiendo con un tipo.

¿Qué narices está pasando? Aparqué el coche y salí rápidamente, uniéndome a ellos.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté.

—Oh, Jake —dijo Natalie con voz agobiada. Maddox tenía la cara completamente roja. El otro tipo me miraba con saña.

—¿Quién eres? —pregunté, y entonces lo comprendí—. Ah, tú debes de ser Vince. ¿Qué haces aquí?

—Vince ya se iba —dijo Maddox con voz tensa.

—No, Vince no se va a ninguna maldita parte —espetó él—. Te he dicho que no me iré hasta que Natalie y yo hablemos a solas.

—Ya te ha dicho que no va a volver contigo, tío. ¿Estás loco o qué? —preguntó Maddox.

—Lárgate de aquí. Lo nuestro se acabó hace meses, Vince. No sé qué más decirte, pero será mejor que te vayas ahora mismo. He llamado a la policía —dijo Natalie.

Vince echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—No, no es verdad. —Estaba rojo como un tomate. Claramente, era alguien incapaz de controlar su ira. Y ese alguien iba a aprender a mantenerse lejos de mi chica.

—¿Quieres comprobarlo? Perfecto. Entonces quédate y espera —espetó Natalie.

—Es la segunda vez que apareces por aquí. Y será la última. Vete ya —dijo Maddox entre dientes.

—Tengo testigos de las dos veces que has venido. Con eso basta para pedir una orden de alejamiento. —Natalie nos dirigió una mirada firme tanto a Maddox como a mí.

¿Las dos veces? ¿Qué coño está pasando? ¿Cuándo había aparecido Vince y cómo lo sabía Maddox? Y, lo más importante: ¿por qué yo no me había enterado?

—La policía está de camino —continuó Natalie—. Te lo creas o no, es tu problema. Pero no tengas dudas: voy a pedir una orden de alejamiento.

Vince me miró.

—Que sepáis que esta zorra probablemente se esté tirando a los dos. No me sorprendería.

Fue lo último que dijo antes de que me plantara frente a él.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a Natalie, o la orden de alejamiento será el menor de tus problemas. ¿Me has entendido?

Ahora, a menos que quieras que tu cara se encuentre con mi puño, lárgate de aquí. —Mantuve la compostura, pero el tono de mi voz dejaba claro mi desprecio. El tipo lo entendió sin lugar a dudas.

Por primera vez, se acobardó. De verdad. Luego se esfumó justo en el momento en que noté la presencia de Gabe, Spencer y Cade. No me había dado cuenta de que ya habían llegado.

Cuando vimos a Vince entrar en un coche, me giré hacia Natalie.

—¿Estás bien?

Estaba temblando. La rodeé con los brazos y ella se acurrucó contra mí.

—Sí, ahora sí.

—¿Has llamado a la policía?

—No. Era un farol.

—Le pedí a mi asistente que vigilara por la ventana. Si no se hubiera ido, habría llamado a la policía —dijo Maddox.

—¿Cuándo fue la vez anterior? —pregunté.

—La semana pasada —respondió Natalie con voz temblorosa.

—Cuando Maddox te llevó a casa de mis abuelos. —Recapitulé—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Se limitó a negar con la cabeza.

Miré a Maddox.

—¿Por qué cojones *tú* no me lo dijiste?

—Porque ella me pidió que no lo hiciera —respondió con frialdad —, y quise respetar su decisión.

—Nunca más me ocultes algo así. ¿Me entiendes? No cuando se trata de mi chica.

—Quizá te ganes su confianza si le dejas contártelo por sí misma.

—No te atrevas a hablarme así —gruñí—. No me conoces y no conoces nuestra relación. No tienes derecho.

—Por favor, no os peleéis —suplicó Natalie.

—No, déjalo hablar. Por lo visto necesita desahogarse —dijo Maddox.

—¿Qué coño te pasa?

—Solo quería mantenerla a salvo.

—Ese es mi trabajo. —Una vena palpitaba en mi cuello.

—Pues se te da fatal. Tendrías que haberte ocupado de ese cabrón hace tiempo.

Tenía razón, pero eso solo hizo que me enfureciera más. Proteger a Natalie era mi responsabilidad. Y había fallado.

—Esto no es asunto tuyo, Maddox. No te metas.

—Ya estoy metido, te guste o no.

—Pues no me gusta.

—Chicos, vamos. No hagáis esto aquí fuera, estáis alterando a Natalie —intervino Cade, colocándose entre nosotros. Gabe y Spencer parecían demasiado atónitos para decir algo—. Maddox, ¿por qué no vuelves a tu despacho? Dejemos que Jake y Natalie hablen tranquilos. Nosotros vamos contigo. Nos vendrá bien una copa.

Gabe miró a Natalie.

—¿Quieres que te traiga algo? No sé qué tiene mi hermano arriba… ¿Tal vez *whisky*?

Natalie se rió.

—No, no creo que pudiera beber nada ahora mismo. Dios mío, Maddox, siento muchísimo que haya vuelto a montar una escena aquí.

—Eso es lo último de lo que deberías preocuparte, ¿vale? Tendrías que presentar esa orden de alejamiento cuanto antes.

—Yo me encargo a partir de ahora —dije, con un tono más posesivo del que pretendía. Maddox se volvió hacia mí.

—Tío, eres de lo más pesado. —Mirando a Gabe, preguntó—: ¿Cómo haces para aguantarlo?

—Es nuestro hermano. Viene incluido en el paquete.

—Pues no es mi caso, yo soy su medio hermano. Ya no tengo más nada que hacer aquí. —Se dio la vuelta y entró al edificio. Mis hermanos lo siguieron.

Natalie jadeó.

—No… por favor. No quería que os pelearais. Y menos por mi culpa.

—Natalie, vamos. Olvídate de eso. ¿Cómo te sientes? ¿Estás herida? Háblame. —Debería haberme centrado en ella en vez de discutir con Maddox—. Estás temblando.

—Estoy furiosa. No puedo creer que Vince vuelva a hacer esto. Otra vez, arruinándome las cosas en el trabajo. Aunque esté como reemplazo temporal… ¿Qué pasaría si no lo fuera? ¿Va a perseguirme cada vez que consiga un nuevo empleo?

—No si consigues la orden de alejamiento —respondí.

—Voy a solicitarla cuanto antes.

—¿Quieres que vayamos a casa? ¿O prefieres sentarte un momento en el coche?

—No. No quiero que nos vayamos. Quiero que volvamos arriba para que Maddox y tú podáis arreglar las cosas.

La miré a los ojos. Estaba claramente conmocionada por la visita de Vince, ¿y aun así se preocupaba por mí y por Maddox?

—Natalie, lo único que quiero esta noche es cuidar de ti. Me importa una mierda si Maddox no me vuelve a dirigir la palabra.

—No digas eso, por favor. Por fin estáis conectando. Y ahora todo se ha ido al traste por mi culpa. —Parecía al borde de las lágrimas.

—¿De qué estás hablando?

—Que esto no habría pasado si yo no hubiera traído todo mi drama con Vince a vuestras vidas.

—Cariño, ¿por qué no me lo contaste la última vez?

Empezó a llorar.

—Cariño, no llores. Solo dime cómo arreglar esto.

—No lo sé —murmuró—. No te lo dije porque nos queda poco tiempo antes de que vuelvas a Nueva York. No quería desperdiciarlo hablando de Vince. Me llamó un par de veces y me envió correos electrónicos. Y otra vez puso *post-its* en mi puerta… pero no había suficiente para justificar una orden de alejamiento. Y cuando apareció aquí la última vez, pensé de verdad que había entendido el mensaje. Dios, qué estúpida he sido…

—No, no lo eres.

—Y ahora lo único que he conseguido es que Maddox y tú os peleéis.

—Si él quiere pelear, es su problema.

Tras respirar hondo, se secó las lágrimas y dio un paso atrás.

—No, también es tu problema. Es tu hermano. Y sé que significa mucho para ti poder formar un vínculo con él, aunque no lo digas.

Lo último que quiero es ser la razón por la que eso se rompa.

—No se está rompiendo nada. Cariño, vamos a casa, te prepararé algo de comer. O vayamos al hotel y pidamos algo al servicio de habitaciones.

—No. Quiero irme a casa.

—Vale, pues vayamos a tu casa.

—Yo sola.

—¿Qué? —pregunté, desconcertado.

—Quiero ir sola. Necesito estar un rato conmigo misma. Por favor, Jake. Solo un poco de tiempo.

—¿Y si Vince aparece allí?

—Llamaré a la policía al instante. Te lo prometo. Jake, por favor.

—¿Y si está esperándote cuando llegues? Al menos déjame llevarte.

—No. Cogeré un taxi. Si lo veo cerca, me quedaré en el coche y llamaré a la policía.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Por qué no quieres que esté contigo esta noche?

Tragó saliva con fuerza y se puso ambas manos en el vientre. Por un segundo, la imaginé diciéndome que estaba embarazada, que íbamos a tener un bebé. *Dios, ¿de dónde había salido ese pensamiento?* No lo sabía. Pero lo deseaba tanto que, cuando dijo lo siguiente, sentí que me abofeteaban.

—Porque quiero que te quedes aquí y arregles las cosas con Maddox. Por favor, Jake. Significaría mucho para mí, para tu familia… y para Jeannie. No arruines la relación con tu hermano por una relación pasajera.

—Esto no es una relación pasajera, Natalie —repliqué—. Ni por asomo. Te quiero.

—Yo también te quiero. Pero eso no cambia nada, ¿verdad? Ya te dije una vez que quiero ser alguien que mejore tu vida, no que la complique.

—¡Natalie! —Estuve a punto de decirle que todo aquello me parecía un poco dramático, pero sabía que eso no ayudaría. Además, estaba visiblemente dolida. Yo solo quería estar con ella esa noche. Me frustraba que me alejara.

—Mira, allí viene un taxi. Voy a hacerle señas. —Al segundo siguiente, levantó la mano, y el maldito taxi se detuvo delante de ella.

—Natalie, voy a seguirte en mi coche.

—Eso no es lo que quiero, ¿vale? Solo arregla las cosas con Maddox. —La súplica en su mirada era evidente y, aunque estaba dispuesto a hacer lo que me pedía, no sabía cómo hacer las paces con Maddox cuando mi única preocupación era mi mujer. La necesidad de protegerla era feroz.

—¿Acaso no importa lo que yo quiera? —pregunté

—Sí, claro que sí —dijo ella—. Es solo que… esta noche prefiero estar sola, ¿vale? Solo esta noche.

Me di cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo. Natalie podía ser muy testaruda a veces, y no quería ser un novio controlador y manipulador como su ex.

Maldita sea. Era probable que estuviera siendo demasiado sobreprotector. Tenía que aceptarlo, aunque mis instintos dijeran lo contrario.

—Mándame un mensaje cuando llegues, ¿vale? Solo para saber que estás bien.

Entró en el coche y cerró la puerta tras de sí antes de que pudiera decir algo más.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

NATALIE

ENTRÉ a mi casa y me tumbé en el sofá, deseando más que nunca tener aire acondicionado. ¿Cómo podía hacer tanto calor allí dentro en septiembre? Fuera hacía más fresco. Fui hasta la nevera, la abrí y me quedé de pie frente a ella unos segundos, pero eso solo consiguió que me sintiera peor. Cuando volví al salón, parecía mucho más caluroso que antes.

No podía creer que Jake y Maddox se hubieran peleado por Vince. El sentimiento de culpa me estaba asfixiando. ¿Había sido demasiado ingenua al pensar que podía empezar un nuevo capítulo en mi vida sin que Vince se metiera en él? Tal vez me había engañado a mí misma tomándolo todo como una señal positiva: conocer a Jake, enamorarme de él y luego conseguir aquel trabajo con Maddox. Me senté en el sofá, recogiendo las piernas debajo de mí. Estaba completamente derrotada.

Ver la expresión de pesar en la cara de Jake me destrozó, pero sabía que necesitaba tiempo para pensar, y si en ese momento él hubiera estado en casa conmigo, no habría podido hacerlo.

¿Por qué Vince no pudo simplemente abordarme en casa? ¿Por qué tuvo que ir y montar un numerito en mi lugar de trabajo? Estaba furiosa con él. Había roto esa frágil paz que Jake y Maddox finalmente habían encontrado. Los había visto interactuar en las últimas semanas: se habían vuelto mucho más cercanos. Y ahora volvían a estar enfrentados, por mi culpa. Lo último que quería era separarlos. Aún recordaba la alegría de Jeannie en su cumpleaños, al ver a todos sus nietos reunidos en la misma mesa.

Le envié un mensaje a Larissa. Necesitaba desesperadamente hablar con otro ser humano.

Natalie: Oye, ¿puedo llamarte?

Respondió unos segundos después.

Larissa: Claro.

Finalmente fue ella quien llamó. Contesté enseguida.

—¿Estás bien? —Sonaba preocupada.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque no sueles llamar. Tú eres más de mandar mensajes.

—Es verdad. Me siento fatal. Echo de menos a mis padres y a mis hermanas. Y ahora que tú también estás lejos…

Ella se rió.

—Veo que tengo un lugar importante en tu lista de prioridades.

—Sabes que te quiero.

—Ya lo sé, tonta. ¿Qué ha pasado?

—Vince ha vuelto a aparecer.

—¿Ha aparecido de nuevo en tu trabajo?

Ya le había contado lo de la semana pasada.

—Sí. Y esta vez Jake también estaba allí. Se enfadó porque no le había contado lo de la vez anterior, y luego se enfadó con Maddox por habérselo ocultado. Discutieron, y luego Jake y yo nos peleamos. Ahora me gustaría despertarme de este mal sueño y descubrir que en realidad nada de eso ha ocurrido.

—Ay pobrecita… Espera, ¿Jake te ha dejado sola en casa? Se va a enterar.

—No, él quería venir conmigo, pero yo le dije que necesitaba estar sola.

—¿Por qué? Si yo tuviera ese pedazo de hombre, me lo llevaría a la cama cada vez que pudiera. Definitivamente, no le diría que me dejara sola.

—No lo sé. Es que… me angustió tanto verlos pelear.

—Tienes que resolver lo de Vince ya.

—Ya lo sé. Me he relajado demasiado al respecto, pero está claro que va a seguir acosándome, y eso no puede seguir así. —No podía creer que le hubiera restado importancia a ese asunto durante tanto tiempo. Para ser sincera, hasta que apareció en el trabajo, creí que terminaría por rendirse. No me gustaban los conflictos, pero no iba a permitir que nadie me pisoteara así. Su temperamento estaba incluso peor de lo que recordaba. Nos peleábamos mucho y a menudo gritaba, pero nunca se había comportado de esa forma—. Sea lo que sea lo que le pasa, está definitivamente en una dinámica destructiva, y lo quiero fuera de mi vida cuanto antes.

—¿Y qué vas a hacer con Jake?

—Ahora mismo, no lo sé. Y no quiero seguir hablando de ello, necesito que me distraigas. Cuéntame algo guay.

—Bueno, no quería contarlo todavía, pero la verdad, venir a Bali ha sido lo mejor que he hecho en la vida.

—Me alegro mucho por ti. ¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera? Si quieres decírmelo.

—Puede que me quede un poco más. Me gusta estar aquí, y la gente parece muy interesada en las clases *online* que doy.

—Suena muy relajante.

Siempre subía vídeos de yoga con un exuberante paisaje verde de fondo. A veces, la vista, el canto de los pájaros y el sonido del agua corriendo eran tan relajantes que me olvidaba por completo de seguir la rutina.

—Natalie, no podemos *no* hablar de Jake.

—Lo sé, pero esta noche no. Sé que pronto lo perderé, así que no creo que pueda hablar de ello en absoluto. —Solo pensarlo me causaba un rechazo físico. El estómago se me retorcía, el corazón se me encogía y la garganta se me secaba.

—Está bien. Entonces cambiemos de tema —dijo Larissa—. Esta noche tengo una cita.

—¡Cuéntame todo ahora mismo! Espera un momento… Está sonando mi teléfono, me está llamando mi madre —dije, sorprendida. Normalmente a esa hora ya estaba dormida—. Perdona, tengo que contestar para asegurarme de que todo esté bien, ¿vale?

—Claro, hablamos luego. De todos modos, estaba a punto de grabar una clase.

—Vale, adiós. —Cambié de llamada y me llevé de nuevo el teléfono a la oreja—. Hola, mamá. ¿Pasa algo? ¿Por qué estás despierta?

—Estamos de fiesta. Y, cariño, tengo que decirte que esto es una pasada.

Mis padres estaban de fiesta a las… ¿qué hora era allí? Al otro lado del océano, eran las dos de la mañana. Me reí entre dientes—. Me alegro de que lo estéis pasando bien.

—Decidí llamarte. Sé que es tarde para ti, pero he tenido la corazonada de que lo necesitabas…

Siempre decía que tenía un sexto sentido cuando sus hijas la necesitaban. Y lo increíble era que siempre acertaba.

—Mamá, has acertado de nuevo.

—Cariño, cuéntamelo todo.

Dudé porque tampoco les había contado que Vince se había presentado la semana anterior. Pero tuve que armarme de valor y confesarlo. No me gustaba guardar secretos, ni con mis padres ni con nadie. Lo que había pasado con Jake era prueba suficiente de que no servía de nada hacerlo.

Mi madre escuchó con atención, como era habitual.

—Ay, mi niña —dijo cuando terminé—. Siento mucho que estemos lejos de ti. Papá y yo podemos sacar el primer vuelo que podamos permitirnos y estar contigo.

—No, mamá. No hace falta, ¿vale? Mi hermana te necesita más ahora que yo. —En ese instante no estaba segura de que eso fuera del todo cierto, pero no podía ser tan egoísta. Yo me recuperaría; en cambio, mi hermana tenía que ocuparse de un bebé con cólicos. Definitivamente, necesitaba más ayuda que yo.

—No puedes hacer nada con respecto a Jake y Maddox. No te culpes.

—No los conoces, mamá. Estaban comenzando a encontrar un equilibrio en su relación.

—Si una sola discusión ha bastado para desestabilizarlo, entonces no era tan sólido como parecía.

No estaba de acuerdo con ella, pero no se lo dije. No quería herir sus sentimientos, solo estaba intentando ayudar.

—Natalie, siempre has intentado arreglar las cosas sin que nadie interfiriera. Cuando tenías problemas en el colegio, no querías que nadie se metiera. Ni tus hermanas, ni tu padre, ni yo. Siempre respeté que cada uno fuera distinto, y sabía que nos querríamos igual porque somos familia. Sé lo que sientes por Jake, pero no dejes que él dude de tus sentimientos, ¿vale?

—Gracias, mamá.

Tenía razón. Aunque, siendo sincera, no sabía si eso cambiaría algo. Pero lo amaba con todo mi corazón y quería asegurarme de que él lo supiera bien, sin lugar a dudas.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

JAKE

JAKE,

Necesitamos que te conectes para hacer una entrevista ahora mismo.

Me quedé mirando el correo. Joder, eran las ocho de la mañana. Definitivamente no era la forma en la que quería empezar el día. Le había dado a Natalie suficiente espacio y tiempo; ahora lo único que quería era verla.

Entonces me di cuenta de que me habían enviado un segundo correo electrónico.

Es el mejor candidato que tenemos. No podemos dejarlo escapar. El otro ya ha aceptado otro trabajo.

Me puse una camisa a toda prisa, escribiendo mi respuesta con una mano.

Estaré conectado en cinco minutos.

Ni siquiera había desayunado ni tomado mi café de la mañana. Volví a mi escritorio y coloqué la silla y el portátil de modo que el cuadro de Natalie quedara justo frente a mí.

Cuanto antes acabe con aquel asunto, mejor. Danielle no exageraba: el candidato era muy sólido; en el pasado había sido CEO de uno de nuestros principales competidores, así que estaba más que cualificado.

No tuve tiempo de investigar sus estadísticas recientes, pero no dudaba de que fueran buenas. En los informes de estudios de mercado que leía, esa empresa siempre figuraba como una de las principales del sector.

Me conecté a Zoom. Dos minutos después, la pantalla se dividió en dos. En una estaba Danielle, y en la otra Harold, el candidato.

—Jake, estamos muy contentos de que hayas podido conectarte con tan poca antelación —dijo Danielle.

—Encantado de conocerte, Jake. He oído hablar muy bien de ti —dijo Harold.

—Lo mismo digo. Tu reputación te precede —respondí—. Bueno, vayamos al grano. ¿Por qué quieres cambiar de trabajo?

—Danielle me contactó en LinkedIn, preguntándome si estaba dispuesto a aceptar un reto. Y le dije que sí, siempre que la oferta económica fuera lo suficientemente buena como para dejar mi puesto actual, claro.

No me gustó que empezara hablando de dinero, pero era un argumento válido.

—Te aseguro que, si llegamos a un acuerdo, nuestra oferta será muy razonable. Sería un gran cambio para ti pasar de donde estás ahora a *Whitley Advertising*.

—Nunca he trabajado en una empresa familiar. Va a ser un buen cambio de ritmo para mí, y probablemente también para la gente que trabaja allí. Sé que en ese tipo de entornos los empleados tienden a acomodarse.

Tampoco me gustó ese tono arrogante.

—Nuestros trabajadores tienen mucho talento y siempre dan lo mejor de ellos.

—Entonces, ¿por qué has tenido que venir de Nueva York para salvar la empresa?

—Admito que el departamento de finanzas no estaba a la altura.

—Entonces puedo empezar por recortar gastos allí.

—Mira, no estamos buscando a alguien que venga a presumir de su cargo e intente mejorar los beneficios despidiendo a todo el que se le cruce —repliqué.

Entrecerró los ojos. Sabía cómo trabajaban los CEO al llegar a una nueva empresa: querían demostrar que tenían agallas, lo que normalmente significaba recortar lo que ellos consideraban gastos prescindibles.

—Nuestros empleados son el activo más valioso de *Whitley Advertising* —continué.

—Ya lo evaluaré cuando me haga cargo. Tengo grandes planes para *Whitley Advertising*. Durante años pensé que podían llegar mucho más lejos si aprovechaban mejor sus recursos.

—Mejor cuéntanos cómo piensas atraer más clientes —interrumpió Danielle, interpretando correctamente mi expresión.

No me impresionó en absoluto, y lo peor era que no había otro mejor que él. Era un CEO de renombre dentro del mismo sector.

—Tendría que tener cuidado de no perjudicar a nadie. No quiero que me demanden por una cláusula de no competencia.

—No queremos que te acerques a ninguno de tus clientes actuales —afirmé categóricamente. Lo último que quería era que acusaran a *Whitley Advertising* de robar clientes a otra empresa.

Siguió divagando sobre la captación de clientes, pero en mi mente ya lo había descartado. Ni una sola vez mencionó el legado de la empresa. Mi abuelo la había fundado, y algunos empleados llevaban décadas trabajando con nosotros.

Dios mío, al principio, cuando asumí el mando de la empresa, probablemente sonaba igual que él.

Lo interrumpí a mitad de una frase.

—Todas estas ideas parecen geniales, puedes enviármelas en una presentación. Me temo que tengo que irme.

Levantó la barbilla.

—Si no te interesan las ideas, dímelo directamente. No quiero perder el tiempo preparando una presentación.

—Perfecto. No estoy del todo convencido de que seas la persona adecuada.

—¿Por qué narices no?

—Parece que olvidas que esto es una empresa familiar. De hecho, da la impresión de que lo primero que quieres es cambiar eso.

—¿Acaso ese no es el siguiente paso?

—Para nada. Creo que con esto concluimos la entrevista.

—Que tengas un buen día —dijo al despedirse.

Ni siquiera esperé a hablar con Danielle después de que Harold se desconectara; simplemente procedí a cerrar mi sesión también. Ella entendería el mensaje.

Cerré el portátil y me quedé mirándolo. Me sentía un hipócrita. Acababa de soltar un discurso sobre la familia y, el día anterior, yo mismo la había mandado al carajo.

Estaba cabreado, sí, pero Maddox no se merecía mi ira. Tenía razón: había hecho lo que estaba a su alcance para proteger a

Natalie.

Me levanté de mi silla y empecé a deambular por la *suite*.

Céntrate en la empresa.

No podía permitir que un desconocido se hiciera cargo de *Whitley Advertising*. Era impensable: nadie respetaría el legado familiar.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesto a admitir que el legado iba mucho más allá de mi padre. Pertenecía a mis abuelos y a mis hermanos… y también a mis medios hermanos. Maldita sea, tenía que llamar a Maddox. La noche anterior había estado demasiado cabreado como para volver a su despacho.

Fui de nuevo al escritorio, cogí el móvil y lo llamé enseguida. Me sorprendió que contestara. Si los papeles hubieran estado invertidos, yo no lo habría hecho.

—Buenos días, Jake —dijo con voz templada.

—Buenos días, no te entretendré mucho. —Ambos apreciábamos la brevedad— Quiero disculparme por lo de anoche. Dije cosas que no debía.

—Sí, así es. Te agradezco la llamada. Yo también me pasé de la raya. Lo siento.

—Entonces, ¿estamos bien?

—Sí. Pero si esto vuelve a ocurrir, cortaré la relación para siempre. No tengo tiempo para estas mierdas. ¿Lo entiendes?

—Sí, y yo igual. Si vuelves a hablarme así, se acabó.

—Entonces nos estamos entendiendo. Por cierto, Natalie ha entrado hace unos minutos y no tiene buena cara. ¿Qué le pasa?

—Ah, sobre eso. Tengo una idea, y te involucra a ti también. —No podía creer que se hubiera presentado en el trabajo aquel día. Por otra parte, estábamos hablando de Natalie. Jamás le fallaría a Maddox.

—Antes de que se me olvide, ¿sigues en el hotel?

—Sí.

—Vale, porque es muy probable que Cade derribe tu puerta muy pronto. Anoche dijo que si no volvías a la oficina, iría a por ti por la mañana.

—Muy típico de él.

—Entonces, ¿decías que tienes una idea que también me implica a mí?

—Sí. Mira, esta es la cuestión.

Hablé con él unos cinco minutos antes de que alguien llamara a la puerta.

—Aquí está, justo como habías previsto —le dije a Maddox.

—De todas maneras, creo que ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

—Sí, así es.

Tras colgar, fui a abrir la puerta.

—Me sorprendió que en recepción me dijeran que seguías aquí. Llamé antes de venir; pensé que ya te habrías ido.

—Tuve una llamada inesperada con la reclutadora de personal y el posible CEO.

—¿Y?

—No lo contrataré. De hecho, no voy a contratar a nadie. Me mudaré a Boston y dirigiré *Whitley Advertising* yo mismo.

—¿Hablas en serio? —preguntó Cade.

—Por supuesto que sí.

—¿Se lo has dicho ya a la familia?

—No, pero lo haré pronto.

El abuelo me dijo que actuara en función de lo que considerara la mejor opción, y yo sabía exactamente cuál era la mejor: quedarme en Boston. Al fin y al cabo, yo era un Whitley, y todo aquello formaba parte de mi legado. En los dos últimos meses había comprendido con claridad lo que eso significaba. Iba a ascender a Ben a CEO en mi empresa de Nueva York. La mayoría de los clientes con los que trabajaba estaban contentos con él. Y los que no, tendrían que contratar a otra empresa. Los nuevos sabrían desde el principio que él estaría al mando. Yo simplemente asumiría un papel de asesor. Mi vida iba a estar en esta ciudad, con Natalie y mi familia.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión con respecto a quedarte? —preguntó Cade—. ¿Fue nuestra constante insistencia?

—No, eso se llama dar la lata, hermano.

Las comisuras de sus labios se levantaron en una pequeña sonrisa.

—Ah, ya lo sé tío. Fue Natalie, ¿verdad?

—Sí. Pero la familia también fue un factor importante.

Sus ojos se abrieron como platos por la sorpresa.

—¿"Un factor"? Vaya, sí que eres directo.

—Ahora no tengo tiempo para darte los detalles. Tengo que irme.

—¿Vas a decírselo a la familia?

—Más tarde. Ahora mismo, tengo que ir a buscar a mi chica. Tiene ideas raras en la cabeza y quiero convencerla de que no son ciertas.

—Buena decisión —dijo, mirándome con complicidad—. Vale, de acuerdo. Me enteraré de los detalles más tarde por Natalie… o más probablemente por la abuela. Esas dos son como uña y carne.

—Sí, así es. —Era una de las cosas que más me gustaban de Natalie: lo bien que había acogido a mi familia, incluso a la política.

—¿No está ahora en el trabajo? Es decir, puede que tú hayas cambiado tu ética laboral, pero no creo que Natalie lo haya hecho —comentó Cade, mientras caminaba a mi lado al salir de la *suite* y dirigirnos al ascensor.

—Estaba en la oficina, sí, pero le pedí a Maddox que me hiciera un favor.

—¿Te has disculpado con él?

Asentí.

—Me alegro de que por fin hayas reconocido que nuestros hermanastros también forman parte de la familia.

—Sé que me llevó bastante tiempo —dije.

—Ya. Buena suerte —dijo mientras salíamos del ascensor.

Di la vuelta a la derecha frente al edificio, saqué el teléfono y envié un mensaje a Maddox.

Jake: ¿Todo ha salido según lo planeado?

Maddox: Sí. Estaba a punto de escribirte. Buena suerte, hermano.

Me quedé mirando la palabra, sintiéndome completamente cómodo al responderle: **Gracias, hermano.**

Era un genio. Le dije que necesitaba que Natalie fuera a nuestra heladería, y enseguida se le ocurrió una idea: dijo que simplemente le pediría que comprara una caja enorme de helado para su equipo. Como no tenían servicio de reparto, tendría que ir ella misma en persona.

Iba tan ilusionado mientras conducía que ni siquiera podía oír mis propios pensamientos. Iba a suceder. Pasara lo que pasara, Natalie era mía, y tenía que saber que nada volvería a interponerse entre nosotros.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

JAKE

LE PEDÍ a Cal que me dejara a una calle de la heladería porque no quería que Natalie supiera que yo también iba a ir. Estaba lloviendo, así que no había nadie en la cola. Me quedé a unos metros con un paraguas, esperando a que ella saliera del Uber. Al acercarse al mostrador, abrió el paraguas, y entonces me adelanté y le corté el paso.

—Las grandes mentes piensan igual —dije.

Se sobresaltó, inclinó el paraguas hacia atrás y me miró.

—Jake, ¿qué haces aquí?

—Me apetecía tomar el mejor helado de la ciudad.

—Espera, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Por Maddox. Le dije que necesitaba que vinieras.

—Dios mío, espera un segundo. Si Maddox organizó esto contigo… —Tragó saliva con dificultad—. ¿Eso significa que las cosas entre vosotros van bien?

—Sí. Cariño, vamos a ponernos a cubierto. Vamos a acabar empapados. Está lloviendo a cántaros.

Nos refugiamos en la zona exterior cubierta. No había nadie. Luego cerramos los paraguas y los dejamos sobre la mesa más cercana. La miré de arriba abajo: tenía las puntas del pelo ligeramente mojadas.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que te de la chaqueta de mi traje?

Ella sonrió con timidez.

—Tú siempre tan caballero, eh.

—Siempre —confirmé.

—No tengo frío, pero gracias. Cuéntame más sobre lo de Maddox.

—No he venido a hablar de eso, pero quédate tranquila, ya está arreglado. Lo que quiero ahora es hablar de nosotros.

Sus mejillas se enrojecieron. Bajó la mirada, luego se cruzó de brazos y volvió a levantar la vista.

—¿En qué momento tus ojos pasaron de ser serios a ardientes?

—Voy a tener que usar todos mis recursos.

—¿Para qué? —murmuró ella.

Le puse las dos manos sobre los hombros.

—Para convencerte de que estamos hechos el uno para el otro.

—Jake, espera…

—Antes de que sigas, quiero que sepas que hoy he tomado una gran decisión.

—Ajá.

Se humedeció los labios. Quería inclinarme y besarla hasta dejarla sin aliento, pero tenía que moderarme o perdería el control.

—He decidido mudarme a Boston. Voy a dirigir *Whitley Advertising* yo mismo.

Jadeó.

—Pero, ¿qué va a pasar con tu empresa en Nueva York?

—Ascenderé a mi gerente de operaciones a CEO, y me limitaré a asesorar y viajar a Nueva York cada vez que sea necesario. —Ben había hecho un gran trabajo mientras yo estaba en Boston. No tenía dudas de que podía desempeñar bien el cargo con mi asesoramiento en las cuestiones más importantes.

—¡Dios mío, Jake, es una noticia increíble!

—Eres la primera en saberlo. Bueno… serías la primera si Cade no me hubiera sorprendido antes con su visita.

—Jake, tus abuelos se van a poner muy contentos —dijo efusivamente—. Y tus hermanos también.

—Me encanta que pienses en ellos primero, cariño.

Me incliné hacia ella y le di un beso en la comisura de los labios. No podía evitarlo; necesitaba el contacto.

—Eres mi vida, Natalie. Tienes mi amor, mi corazón, mis sueños y mi futuro. Quería traerte aquí, a tu lugar favorito de la ciudad, para decírtelo.

Sonrió, mirándome directo a los ojos.

—Realmente eres increíble, Jake Whitley. Estoy atónita. Ni siquiera sé qué decir.

Fruncí el ceño, le acaricié un lado del rostro y pegué mi frente a la suya.

—Dime que tú sientes lo mismo. Dime que tú también quieres esto.

—Claro que sí. Dios, te amo —susurró mientras tiraba del cuello de mi camisa—. Me has sorprendido tanto que me he quedado sin palabras.

—Eso era justo lo que necesitaba oír. —Me aparté un poco y le levanté el mentón con dos dedos—. Lo único que no quiero es que te culpes por lo que pase con mi familia, ¿de acuerdo?

Cerró los ojos e inspiró hondo antes de volver a abrirlos.

——La pelea con Maddox ya está resuelta, te lo prometo. Pero aunque no lo estuviera, aunque mis hermanos y yo no volviéramos a hablarnos jamás, eso no cambiaría lo que siento por ti, ni cuánto te amo, ni cuánto te necesito —concluí.

Y entonces ya no pude contenerme más. La besé con tanta intensidad que ambos nos quedamos sin aliento. Quería devorarla, seguir así todo el día. Solo me detuve cuando la oí gemir, tras lo cual se apartó.

—Dios mío, Jake… —Tenía los labios rojos, temblaba ligeramente. Verla así me encendía por completo.

—Vamos al hotel —dije.

—Pero me están esperando en la oficina —murmuró.

—Esa fue solo una excusa para traerte aquí. Nadie está esperando que vuelvas.

Su rubor se intensificó.

—Pero, ¿qué dirán mis compañeros? ¿No se molestarán?

Le guiñé un ojo.

—Conozco al jefe, seguro que no hay problema. Quiero pasar el resto del día contigo.

—¡Sí, yo también! —exclamó con entusiasmo. Luego sonrió y señaló la heladería—. Pero no me iré de aquí sin un helado.

—Me has leído el pensamiento. —Quería comprarle un helado, pero no por la razón que ella pensaba. Tenía algunas ideas en mente —. Vamos al mostrador y pidamos una tarrina para llevar.

Eligió varios sabores. Me moría de ganas de probarlos sobre su piel.

Le había dicho a Cal que se fuera porque, porque no sabía cuánto tiempo tardaríamos, así que cogimos un taxi hasta el hotel. La lluvia había amainado un poco, así que no hizo falta abrir los paraguas mientras caminábamos a paso rápido hacia el vestíbulo. Nos dirigimos directamente al ascensor. Al llegar a nuestra planta, noté que Natalie estaba temblando.

—Vaya… ahora sí que tengo frío —dijo—. Pero presiento que no tardarás mucho en hacerme entrar en calor.

—¿Qué me ha delatado? —dije mientras deslizaba la tarjeta por la puerta, empujándola para abrirla. En cuanto entramos, le quité el helado de las manos y lo puse en el pequeño estante de la entrada. Acto seguido, la besé. No fue como en la heladería. Esta vez fue un beso real, profundo, cargado de todo lo que sentía.

Natalie respondió igual, tirando de mi camisa. Quería que me desnudara y yo obedecí, quitándome los pantalones. No hubo romanticismo, solo necesidad. Quería sentirla, piel con piel. Quitárselo todo fue fácil: solo llevaba un vestido y esa maldita lencería que me iba a volver loco algún día.También era de encaje, por supuesto, y contrastaba de una manera exquisita con su piel. El sujetador era casi transparente, detalle que agradecí, con un encaje más denso sobre los pezones. Aquello hizo que perdiera la cabeza.

—No deberías salir de casa así de sexy —gruñí, acorralándola contra la pared.

—¿De verdad? ¿Vas a quejarte por eso?

—Por supuesto —dije—. Todo esto me pertenece. Solo yo puedo verte así.

—Desde luego, solo tú —respondió, con voz baja y tímida.

Le acaricié un pecho por encima del encaje.

—Mío —susurré. Sentí cómo su pezón se endurecía bajo la tela. Me invadió un deseo feroz. Y quería que lo supiera.

Me miró con los ojos entrecerrados. Joder. Sí, lo sabía. Y le gustaba. Por eso era mi chica. Sabía lo que necesitaba y no dudaba en dármelo.

Deslicé una mano más hacia abajo, extendiendo los dedos sobre su vientre, presionando suavemente sobre su pelvis y luego apretando un poco más al cubrir su sexo por encima de la tela.

—Te pertenece —dijo antes de que pudiera abrir la boca, y luego sonrió.

Volví a besarla y luego me quité el resto de la ropa, incluidos los bóxers. Dando un paso atrás, cogí la caja de helado y la guié hacia el interior de la *suite*. Puse la caja sobre el escritorio y la abrí. Tragó saliva tan fuerte que pude oírla.

—¿Por eso querías una tarrina para llevar? —dijo.

—Por supuesto, cariño.

Me dio la espalda. El trozo de seda que tenía entre las nalgas era increíblemente sensual. Giró su cabeza y me miró por encima del hombro mientras se desabrochaba el sujetador. Unos instantes después, se dio la vuelta, mostrándome los pechos.

—Siéntate en la cama —ordené.

Me hizo caso.

—Ahora abre las piernas. Bien abiertas.

Accedió a ese pedido también. Se le cortó la respiración.

—Tócate. Quiero verte.

—¿Por encima de las bragas? ¿O quieres que deslice la mano dentro?

Mi polla se endureció de inmediato; ya estaba completamente erecta. Ella se relamió los labios, mirándola.

—Empieza por fuera.

Siguió mis indicaciones al pie de la letra, acariciándose con los dedos de arriba abajo, por encima de la tela.

Caminé hacia ella, metí dos dedos en el helado y se lo unté alrededor del pezón. Esperé unos segundos a que el frío le recorriera la piel, y luego puse la boca justo ahí.

—Oh, Jake…

Noté que juntó sus muslos, y enseguida deslizó la mano dentro de las bragas. Sentí una oleada de orgullo. Había conseguido excitarla tan rápido que no podía evitar tocarse.

—Muévela despacio —susurré contra su piel mientras le untaba helado en el otro pezón. Luego repetí la secuencia: frío primero, calor después.

—Necesito moverla más deprisa —suplicó. El tono de su voz fue mi perdición.

—No, cariño. Ahora mando yo. Levanta tu precioso culo.

En cuanto lo hizo, le bajé las bragas.

—Túmbate —ordené, y me obedeció. Al segundo, le apliqué una fina línea de helado desde el ombligo hasta el pubis. —Por favor, por favor… —jadeó.

Al principio, no toqué su coño. Lamí el helado, dejándolo derretirse en mi lengua para que estuviera fría, pero no incómoda sobre su piel sensible. Luego presioné la parte plana de la lengua contra su clítoris. Se estremeció y casi me da un rodillazo en la oreja.

—Dios mío, Jake…

No le di tregua alguna. Ya estaba tan excitada que sabía que solo necesitaría unos minutos para llegar al clímax. No había nada que me gustara más que verla correrse. Bueno, sí había algo: verla rendirse por completo al placer.

Mantuve sus muslos bien abiertos para evitar otro golpe, y me di un festín con su coño. Aún podía saborearla por debajo del helado. Era una sensación embriagadora. Estimulé su clítoris, alternando con movimientos de mi lengua en su interior, hasta que la oí gritar de placer. Se había tapado la cara con una almohada, pero aún podía oírla. Era tan sexy… no podía creer que fuera a ser mía para siempre.

Cuando soltó la almohada, me acerqué a la cama, observándola. Tenía la cara completamente roja, y todo su cuerpo seguía temblando. Cerró los ojos, como queriendo absorber hasta la última gota de placer. La agarré por las nalgas, llevándola más hacia el centro de la cama, y abrió los ojos.

—Jake, vamos a tener que comprar helado para llevar más a menudo.

—Por supuesto que sí —aseguré.

Luego la giré hacia un lado para que quedara de cara a mí. Movió los dedos de los pies y giró las caderas. Quería que estuviera más cerca de ella.

La besé despacio, disfrutando de lo relajada que estaba tras su orgasmo, pero sintiendo cómo aún estaba alerta, esperando el siguiente Me gustaba ofrecerle satisfacción plena. deslicé mi polla

dentro de ella sin dejar de besarla, y gimió suavemente contra mi boca. Esa sensación de absoluta perfección nunca dejaría de sorprenderme.

Sentía que la conocía de toda la vida. Ella era mi hogar. Embestí una y otra vez, tocándola por todas partes. Sus pechos estaban increíblemente sensibles, más que de costumbre por el contraste del frío y el calor. Los toqué uno a uno, observando cómo su rostro cambiaba con cada nueva oleada de placer.

Cuando cerró los ojos y exhaló con fuerza, supe que era momento de intensificarlo. Estaba ahí, ante mí, llevándose la mano al clítoris mientras yo la penetraba. Me estaba volviendo loco. Sus dedos rozaban mi polla con cada embestida, y estuve a punto de explotar. Pero quería más, necesitaba tocarla con las manos también, así que cambié de posición. Ella jadeó al darse cuenta y abrió los ojos justo cuando la coloqué encima de mí. Me regaló una sonrisa pícara y comenzó a cabalgarme con ritmo firme, sin quitar la mano de su clítoris. Era jodidamente preciosa.

A continuación, me incorporé, besándole el torso mientras me cabalgaba. Llegué al límite antes de lo que pensaba. El éxtasis se apoderó de cada célula de mi cuerpo, recorriéndome de pies a cabeza. Me dejé caer hacia atrás, completamente entregado a la sensación, ella se inclinó, apoyando los brazos en mi pecho, y no dejó de moverse hasta que llegamos al orgasmo a la vez. Luego la atraje hacia mí para que se tumbara sobre mi pecho, haciendo que su cálido aliento se posara sobre mi piel.

—Te quiero.

—Mmm… —Rozó su mejilla contra mi piel.

—¿Entiendo que eso significa que tú también me quieres? —pregunté.

—Siempre tan presuntuoso —murmuró, con una sonrisa—. Pero sí, te quiero. Muchísimo. No puedo creer que te vayas a quedar en Boston.

—Aquí es adonde pertenezco —dije sin vacilar.

Abrió los ojos y se levantó un poco.

—Yo también he tomado una decisión importante.

—Te escucho —Mi corazón se aceleró.

—Voy a seguir a mi corazón y dedicarme de lleno a la organización de eventos. Buscaré un trabajo en ese sector, estoy segura de que encontraré algo en Boston. Además, mantendré mi propia empresa de manera paralela y, con suerte, con el tiempo, construiré una marca lo bastante fuerte como para poder dedicarme a ello a tiempo completo. Aunque, sinceramente, no me importaría seguir trabajando por cuenta ajena si es en estas circunstancias.

—Cariño, no es por nada, pero… ni siquiera tienes que trabajar si no quieres.

Me lanzó una mirada fulminante.

—Vale, retiro lo dicho —dije con seriedad.

—Sí, por favor. Me gusta trabajar.

—Es que me encanta cuidar de ti.

—Y puedes hacerlo perfectamente —dijo con una sonrisa socarrona—. Mientras no dejes que las reservas de helado bajen demasiado y me sigas dando esos maravillosos masajes… yo seré feliz.

—Trato hecho.

EPÍLOGO

NATALIE

Un mes después

—Hola, mamá, tengo algo que contaros a ti y a papá.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá del enorme salón de la casa de Jake en Martha's Vineyard, sujetando el teléfono con ambas manos. Jake estaba apoyado en el enorme ventanal del otro lado de la habitación, con los ojos fijos en mí.

—Cuéntanos, hija —dijo, al tiempo que mi padre también aparecía en la pantalla. Ambos estaban bronceados y el sol les había aclarado el pelo.

—¿De qué se trata? —preguntó papá.

—Bueno, ya sabéis que estoy disfrutando de mi trabajo aquí con Maddox.

—Sí. Nos lo has contado —respondió mi madre.

—Pues he decidido quedarme en su empresa de forma indefinida.

Mi predecesora, Susan, había regresado la semana anterior, pero nuestros últimos eventos habían tenido tanto éxito que Maddox decidió que debíamos organizar más y, para poder llevarlo a cabo, necesitaba formar un equipo de dos personas.

Mi madre parpadeó varias veces.

—¿Qué quieres decir exactamente? —El tono de su voz era un poco seco. Se me revolvió el estómago.

—No me sentía realizada en mi trabajo anterior. Lo hice porque no quería que todo el esfuerzo por conseguir mi título fuera en vano, pero nunca fui feliz.

Mi madre resopló.

—Cariño, me di cuenta de ello hace mucho tiempo. Solo pensé que tal vez querrías ser más perseverante —dijo mi padre.

—¿Te diste cuenta?

—Lo notaba en tu cara. Nunca mostrabas entusiasmo cuando hablabas de tu trabajo. Pero siempre supuse que era por culpa de Vince, que te estaba haciendo la vida imposible.

—No era solo por él. Da igual… La cuestión es que también seguiré organizando eventos por mi cuenta hasta que pueda crear mi clientela. Mamá, sé que esto no es lo que esperabas, pero esto es mi pasión.

—Cariño, nunca podría estar decepcionada contigo. Hice ese trabajo durante años porque era el único que podía hacer. Y siempre pensé que, con un título, tú tendrías más oportunidades que yo. Eso es todo lo que quería para ti. Pero si esto te hace feliz, adelante. Estamos orgullosos de ti, hagas lo que hagas.

Pude ver en la expresión de mi madre que aún había cierta sombra de decepción, pero de momento, sus palabras me bastaban.

—Gracias a los dos. Sinceramente, eso era todo lo que tenía que decir. ¿Tenéis planes para hoy?

—Vamos a pasar un rato a solas con nuestra nieta. Así podremos mimarla sin la mirada crítica de tu hermana —dijo mi madre, sonriendo con picardía.

—Mamá, no la cabrees… o te quitará los privilegios de abuela.

—No, qué va. Me necesita para tener un poco de tiempo libre —Mi madre me envió un beso al aire—. Adiós, cariño. Y dale recuerdos a Jake.

Giré el teléfono.

—Está aquí mismo.

Ya les había presentado a Jake en una de nuestras llamadas. Aquel día, tras colgar, mi madre me envió un mensaje para decirme que tenía la aprobación total de ambos.

—Hola, me alegro de volver a veros —dijo él.

—Jake, por fin podemos volver a hablar contigo. Nuestra hija te mantiene alejado de nosotros.

—No, mamá —resoplé—. Pero la última vez lo tuviste al teléfono cuarenta y cinco minutos.

—Normal, era la primera vez que nos veíamos. Si hubiéramos estado en Boston, habría preparado una buena comida y habríamos pasado *muchas horas* juntos.

—Estamos deseando conocerte en Navidad —dijo mi madre.

Suspiré.

Deseaba que nos visitaran antes, pero comprendía que no era posible. Jake y yo estábamos barajando la idea de visitarlos, pero teníamos tantas cosas entre manos que no sabíamos cuándo. Se había mudado del hotel a mi acogedora pero diminuta casa, y buscábamos algo más grande. Por suerte, desde que había llegado octubre, ya no hacía un calor tan sofocante.

—Lo mismo digo —respondió.

Dando la vuelta al teléfono, les mandé un beso al aire antes de colgar. Apenas podía creer la vida que llevaba ahora. La orden de alejamiento había surtido efecto y Vince había desaparecido por completo. Incluso nos mandó un mensaje extraño diciendo que se había mudado a California y que no quería saber nada más de mí. Jake y yo no pudimos evitar reírnos. Siempre era *él* quien creía tomar las decisiones. En fin… la cuestión era que estaba segura de que aquel asunto ya estaba cerrado.

Jake sonrió y se sentó en el sofá a mi lado.

—Te dije que tus padres se lo iban a tomar bien.

—Sí, creo que se lo tomaron lo mejor que pudieron, pero acabarán acostumbrándose, sobre todo mi madre. Cuando vengan aquí y vean lo feliz que soy, no les quedará ninguna duda de que tomé la decisión correcta.

Estaba tan contenta de que las cosas estuvieran saliendo bien. Jake me hacía más feliz que nunca y yo tenía el trabajo de mis sueños. ¿Qué más podía pedir?

—Me encanta este sitio. Gracias por venir un día antes —dije. El cumpleaños de Abe era al día siguiente. Habíamos llegado a Martha's Vineyard el día anterior, muy tarde por la noche. Los demás llegarían en unas dos horas: Jeannie y Abe, los hermanos de Jake y sus medios hermanos. Abe insistió en que estuviera solo su familia para la celebración.

—Me gusta complacerte, cariño —respondió—. Ya te lo he dicho. Me tienes comiendo de la palma de tu mano.

—Humm, uno de estos días te vas a arrepentir de haberme dicho eso porque voy a aprovecharlo.

—Estoy deseándolo.

De repente, se oyó un estruendo en la cocina. El *chef* estaba limpiando. Habíamos disfrutado de una cena deliciosa. Donald había preparado *tataki* de atún con sésamo de entrante y unos deliciosos canelones rellenos de con queso feta y espinacas como plato principal. De postre, tomamos helado.

—¿No deberíamos ayudar? —pregunté. No quería que Donald recogiera solo.

—No, no te preocupes, cariño, ¿vale?

—Está bien, si tú lo dices…

—¿Quieres dar un paseo por la propiedad? Es nuestro último momento a solas durante el resto del fin de semana.

—Sí, vamos. Va a ser divertido tener a todo el mundo aquí.

—Ya lo sé. Pero te quiero solo para mí un rato más —explicó.

Me reí entre dientes mientras bajábamos por la terraza, cogidos de la mano.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Te imaginaste alguna vez organizando una fiesta de cumpleaños aquí e invitando a *toda* tu familia?

—No —respondió sin vacilar—. Aunque la abuela sí que me había convencido de organizar su cumpleaños aquí.

—Es verdad, pero aceptaste a regañadientes, ¿verdad?

—La sinceridad es mi fuerte —dijo encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa.

—Oye, ya casi es la hora de la puesta de sol —señalé—. ¿Crees que aún la podríamos ver desde aquel lugar?

—Sí, por supuesto.

Lo dijo tan rápido que inmediatamente sospeché. ¿Habría calculado el tiempo? Conociéndolo, tan meticuloso con los horarios, era muy posible. Por otra parte, no me importaba lo más mínimo, porque no quería perderme ese atardecer. Era mágico, y estaba deseando vivirlo otra vez, ahora que todo era diferente.

Jake me amaba y yo lo amaba a él. Nunca había sido tan feliz en mi vida. De hecho, para ser sincera, ni siquiera sabía que se podía sentir tanta alegría cada día.

Me puso la mano en la parte baja de la espalda mientras me guiaba por un pequeño sendero entre los árboles.

—Sí… este lugar es mágico. De verdad. —Miramos a través de los árboles y, en efecto, el sol se veía precioso desde allí. Era una experiencia casi surrealista.

Tenía un color distinto al que recordaba. No tan naranja, sino más rosado. ¿Sería el cielo reflejándose en el agua lo que lo hacía parecer así? No importaba. Era espectacular.

—Gracias por enseñarme este lugar.

—Natalie —dijo Jake. Su voz sonaba diferente. Me giré para mirarlo—. Gracias por formar parte de mi vida. Apareciste tan inesperadamente… y todo en ti me atrajo.

—¿Todo? —pregunté.

—Sí.

—Vomité de camino aquí la primera vez que vinimos.

—Me pareciste adorable. Y me costó mucho disimularlo. Pero ya no tengo que fingir nada. Eres todo lo que siempre he querido. —Dio un paso atrás. Me pregunté si eso significaba que ya quería que nos fuéramos. El sol había…

Dios mío. Estaba arrodillado.

Arrodillado.

Acto seguido, sacó la mano de detrás de la espalda. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había escondido. Sostenía una caja de terciopelo. Al abrirla, vi un anillo con una preciosa piedra translúcida.

—Natalie, creo que aquí es donde empezó nuestra historia, justo en este lugar.

Tenía los ojos un poco vidriosos. Se me cerró la garganta.

—Aquí fue donde supe que eras diferente, que despertabas algo en mí —continuó.

—¿Qué? —murmuré.

—Entonces no lo sabía, pero ahora sí. Me has devuelto las ganas de vivir y la felicidad. Quiero vivirlo todo contigo. ¿Quieres casarte

conmigo?

—Sí, Jake. Sí, quiero… —Mis últimas palabras se ahogaron cuando se me cerró la garganta. Tuve que toser para aclararla. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no me importó. Lo veía como a través de la lluvia mientras me ponía el anillo y se incorporaba.

—Te quiero, Natalie.

—¡Oh, Jake, te quiero tanto! Tanto, tanto.

Cuando me besó, me derretí por completo. Sus labios eran suaves, pero también intensos. Lo rodeé con los brazos y pegué mi cuerpo al suyo. Gimió contra mi boca mientras lo besaba con toda la pasión que tenía dentro. Ardía por él: mi cuerpo, mi corazón y mi mente.

Amaba a aquel hombre con toda mi alma, y me sentía más feliz que nunca.

Los Whitley llegaron dos horas más tarde.

—Vaya, qué sitio más bonito —dijo Maddox, echando un vistazo al jardín mientras todos caminaban por el sendero de entrada. Leo y Nick iban justo detrás de él. Como era la primera vez que visitaban la casa, comprendí perfectamente su sorpresa. Leo miraba a un lado y a otro como si estuviera calculando el tamaño del jardín de manera mental. Sí, yo había hecho *exactamente* lo mismo la primera vez que vine.

Mientras entrábamos, Jeannie me cogió de la mano.

—De alguna manera, intuía que Jake iba a declararse.

Varios de los chicos silbaron mientras nos felicitaban. Jake asintió, parecía orgulloso de sí mismo. En ese momento estaba llevando la maleta de Jeannie y Abe dentro de la casa. Los demás se encargaban de las suyas.

—¿Quién iba a decir que podía ser tan romántico? —continuó Jeannie.

—¿Queréis la misma habitación de siempre? —preguntó Jake a sus abuelos.

—Sí, por favor —dijo Abe.

—Vale, subiré vuestro equipaje.

—Nuestro *chef* ha preparado algo para picar por si alguien tiene hambre —ofrecí.

Hubo un coro general de "No, ya hemos comido en Boston".

Abe subió directamente. Leo, Maddox, Nick, Colton y Gabe le siguieron, llevando sus maletas. Solo Jeannie, Spencer y Cade se quedaron en la planta baja con nosotros.

—Voy a la cocina de todos modos —anunció Cade—. He traído café. La última vez que estuve aquí, mi queridísimo hermano tenía uno que era horrible. Pero bueno, ni que tuviera una empresa que se dedique al café…

Jake se rió.

—Haz lo que quieras, tío. Para mí, el café es café.

Cade se quedó mirándolo y yo me mordí el labio inferior.

—No se le dice eso a un experto en café —le dije.

Cade asintió.

—Gracias, Natalie.

—Seguid con lo vuestro —dijo Jake—. Voy arriba un momento.

—He sido un entendido en la materia desde el instituto —comentó Cade en cuanto Jake se marchó.

Jeannie se enderezó, girando los hombros. De repente, sus ojos azules se llenaron de picardía.

—Hablando del instituto, ¿has sabido algo de Meredith últimamente? —preguntó Jeannie mientras Cade se dirigía a la isla de la cocina, dejando sobre la encimera la enorme bolsa de papel que cargaba en un brazo.

Las cejas de Cade se levantaron.

—¿De Meredith? No, nada.

—Vale —dijo Jeannie con una sonrisa cómplice.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Spencer a Jeannie, mirando a su hermano como si estuviera calculando si estaba lo suficientemente lejos como para no oírle.

Sonreí, recordando lo que Jeannie había dicho de los gemelos: Cade era el alborotador, Spencer el conciliador. Y allí estaba él, cuidando de su hermano gemelo.

—Solo tenía curiosidad. Eran muy amigos en el instituto. Siempre me pregunté si había algo más entre ellos o si *podría* haber algo más. Supongo que pronto lo descubrirán.

—Abuela, ¿qué has hecho? —preguntó Spencer en tono seco.

Jeannie se limitó a guiñarle un ojo.

—Cade se va a llevar una gran sorpresa. Ahora vayamos a la cocina. De pronto me han entrado ganas de probar esos aperitivos que tanto recomendaba Natalie.

Spencer y yo intercambiamos una mirada mientras los tres nos dirigíamos a la cocina. Jeannie estaba haciendo de celestina otra vez. El éxito que había tenido con Jake y conmigo probablemente la había convencido de que era lo correcto. Por otra parte, éramos inmensamente felices, así que ¿quién era yo para llevarle la contraria?

—¿Crees que deberíamos avisar a Cade? —le pregunté a Spencer.

Negó con la cabeza, riéndose.

—No. Cuando la abuela planea algo, cuanto menos sepas, mejor.

Este es el final de la historia de Jake. La serie continúa con la historia de Cade.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:
Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora
Suscríbete a mi boletín aquí

Únete al Grupo de Lectores de Layla